José Carlos Mariátegui

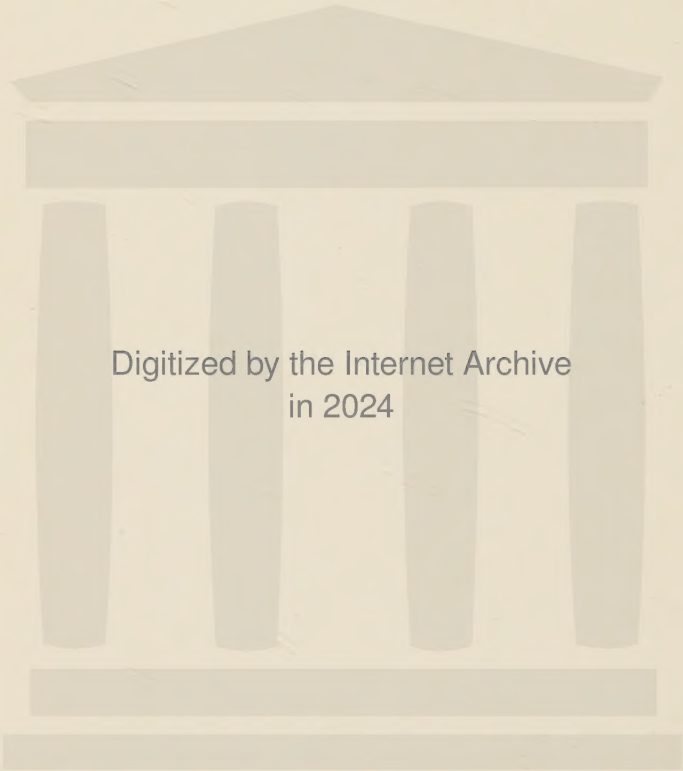
UNIVERSITY OF ARIZONA
3900103133537

Voces I

Escritos Juveniles

La Edad de Piedra

4


Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/escritosjuvenile0004jose

BIBLIOTECA AMAUTA/OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

PQ
8497
M267
A6
1987
V. 4

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

ESCRITOS JUVENILES

(LA EDAD DE PIEDRA)

TOMO 4

Voces I

Prólogo, compilación y notas
de
Alberto Tauro

BIBLIOTECA AMAUTA
LIMA PERÚ

© Empresa Editora Amauta S.A.
Calle 1 Nº 142, Urb. Sta. Lucía
Km. 2.600 C. C. – Ate, Lima 3
Casilla de Correos 10111, Lima 100

JOSE CARLOS MARIATEGUI (Juan Croniqueur), Lima, 1914

NOTA EDITORIAL

Con esta cuarta entrega de Escritos Juveniles *de José Carlos Mariátegui, damos comienzo a la publicación de "Voces", la columna de comentario político que escribiera Juan Croniqueur primero en el diario* El Tiempo *y que llevara después a* La Razón. *En* El Tiempo *pudo Mariátegui hacer periodismo político crítico sin las ataduras del oficialismo, entonces representado por* La Prensa. *Producida la salida ruidosa de* El Tiempo, *a raíz del atropello de un grupo de oficiales militares contra el periodista y la imprenta, Mariátegui dio a la estampa, con César Falcón, al proyecto de un diario propio,* La Razón *que fue, como lo ha recordado Juan Gargurevich, el primer diario de izquierda, de trabajadores y estudiantes, publicado en el Perú, lamentablemente de efímera existencia.*

"Voces I" da comienzo a la publicación de la primera parte de esta vasta producción escrita, un testimonio más de la excepcional capacidad de trabajo del autor. En esas prosas políticas de intención crítica, además de la crónica del acontecer cotidiano, se manifiesta el reflejo o la proyección del autor sobre sí mismo, lo que hace de estos escritos, además de su contenido estricto, una verdadera cantera para la investigación biográfica.

Como lo señalamos en la presentación del primer tomo de Escritos Juveniles, *sus hijos y editores, en acatamiento estricto del* dictum *de*

Mariátegui, de no considerar esta proficua etapa de adolescencia literaria como parte de su pensamiento maduro, no la tuvimos en cuenta en el diseño de sus obras completas. La investigación mariateguiana fue y sigue encontrando valiosos y esclarecedores los artículos firmados por Juan Croniqueur y, obedeciendo este reclamo, comenzamos en 1987 la publicación de Escritos Juveniles. *Con los cinco tomos de "Voces" que presentaremos, culmina una tarea complicada y laboriosa de recopilación. Una vez más expresamos nuestro reconocimiento al doctor Alberto Tauro quien ha dedicado muchos años a la exploración de esta etapa y a la compilación y presentación de* Escritos Juveniles.

Los Editores

PRÓLOGO

Tras una desvelada incidencia en heterogéneas formas del periodismo, Juan Croniqueur dio vida a una serie de estampas políticas, inspiradas en los intereses y los juicios comunes, y por eso definidas con el plebiscitario título de Voces. *Una serie original, incisiva y caleidoscópica, en la cual se halla el animado y variopinto cuadro que en su momento histórico caracterizaba a la sociedad peruana. Y, fundamentalmente, una cabal demostración de profesionalismo: pues son piezas que reflejan una severa experiencia creadora, y cuya acogida dio a su autor un lugar propio en el periodismo de la época.*

En esos artículos se advierte la realización de un íntimo deseo, indisolublemente ligado a sus circunstancias: obtener el reconocimiento de su valía como escritor, y una posición que en el periodismo fuese asociada a su autoridad personal. Trataba de crear una columna con estilo propio; y que, a despecho de su intrínseca seriedad, esgrimiera la risa para señalar y castigar los errores de la política patricia y de sus representantes. Intentó crearla desde que decidió adoptar el seudónimo de "Juan Croniqueur", para romper el anonimato que tal vez mantuvo antes en algunas notas ligeras; y cuando presentó su primera publicación personal, como la iniciación de una serie de "crónicas madrileñas" que tratarían "de todo aquello más interesante y seductor" que hay en España, insinuó la concepción de ese deseo. Pero ya sabemos la suerte deparada a su intento, porque la dirección de La Prensa *tomó con escepticismo*

su autoría, en atención a los cortos años del inesperado "corresponsal", la modestia de la posición que a la sazón ocupaba en el diario, y el prejuicio determinado por su truncada educación escolar. Y en sucesivas ocasiones renovó su aspiración, al tratar temas susceptibles de asedios más o menos continuados y a cuyos títulos anteponía un encabezamiento genérico: "Lecturas amenas", "Por esas calles", "Por los suburbios", "A la vera del camino", "Comentarios". Todos pasaron inadvertidos, porque parecían asociarse a las rutinarias amenidades del periodismo coetáneo, o tal vez porque sus respectivos contenidos parecían adaptables a los propósitos de la información general. Y de pronto se le deparó una nueva demostración de sus postergadas iniciativas: pues, quizá para subsanar la ausencia temporal del comentarista parlamentario, se le requirió para atender a esa tarea de la redacción; nada menos que en los cálidos días de enero de 1916, durante los debates finales de una anodina legislatura extraordinaria; y en la columna que entonces publicó, bajo el sugerente epígrafe de "Guignol del día", abandonó los trazos escuetos de la crónica, los tonos y los temas desprendidos de la influencia palaciega o la tímida cortesanía ante el poder.

A decir verdad, se le ofreció aquella opción en un momento decisivo: cuando expresaba los fervores de su personalidad a través de la creación literaria, y lograba atraer la estimación hacia los valores estéticos y humanistas de su palabra transparente; y cuando proyectaba su conciencia crítica hacia la realidad, al afrontar sus flagrantes y ominosas contradicciones. O sea, en una coyuntura vital caracterizada por la diferenciación del individuo frente a la sociedad, y por la identificación subordinada a sus mutuas relaciones e interacciones. Y mirando hacia la potencial grandeza y las inconsecuencias de la política, pudo decir [1]*:*

> *los que somos todavía niños e ingenuos, extrañamos y sentimos la nostalgia de la tragedia que siempre acaba en sainete y del sainete que nunca acaba en tragedia.*

Obliga a evocar las cavilaciones del pensador, que sitúa entre esos extremos los azares de la vida o la política: tragedia para quienes la

(1) En su "Glosario de la vida cotidiana": *La Prensa*, 21–II–1916. Incluido en *Escritos Juveniles*: Vol. III, p. 65.

sufren, y sainete o comedia para quienes la observan desde algún retiro o disponen de los medios aptos para modelarla. Y a poco de haber volcado concepciones semejantes en el "Guignol del día", confesó Juan Croniqueur [2]*:*

> *A mí no me sugestiona la política. Me gustan sí los políticos, que es distinto. Hasta hace poco fui asiduo de la tribuna periodística en una de las cámaras. Iba ahí todas las tardes. Tenía como siempre la franquicia de un pase libre para todos los teatros y para todos los cinemas, pero nunca hice la tontería de optar por una tanda vermouth en vez de ir a la cámara. Me encariñé tanto con la escena y el debate de las tardes parlamentarias, que llegué a hacer, como los chiquillos, un teatro guignol para los lectores de este periódico.*

Como observador o acucioso relator de sus incidencias, la escena política fue un espectáculo para Juan Croniqueur. Y aunque no se calara entonces en la intención burlesca del epígrafe adoptado en su columna, era fácil entender que las intervenciones más o menos impresionantes y aparatosas de los personajes presentados en ese "guignol" le parecieron predeterminadas, o movidas por hilos que accionaba una voluntad invisible. Por eso ajustó esa columna a términos informales, y al iniciarla confesó [3]*:*

> *Las tardes parlamentarias nos atraen de cinco a siete y media... y tenemos con frecuencia el consuelo de no cansarnos y de no aburrirnos de ellas.*

Sin embargo, esa disposición anímica fue debilitándose, hasta que un día pudo apuntar que había sido "soporífero, sombrío y antipático"; y otro, que "en la cámara joven no hay forma de divertirse, [porque] los discursos son homeopáticos, incoloros y amorfos"; y otro, que el aburrimiento de una sesión lo amodorró profundamente. Pero es posible que la causa de esa desmayada reacción no se debiera únicamente a la pobreza de los debates parlamentarios, y que más sensible fuera la presión

(2) En su "Glosario de la vida cotidiana": *La Prensa*, 13–II–1916. Incluido en *Escritos Juveniles*: vol. III, p. 53.
(3) Cf. "Las tardes parlamentarias", en su "Guignol del día": La Prensa, 1º–I–1916.

ejercida por las limitaciones que en La Prensa *debían ser acatadas: pues el diario mantenía estrechas relaciones con el régimen del presidente José Pardo, y otorgaba un lógico respaldo a los hechos y dichos de cuantos lo secundaban en el gobierno y el parlamento. De modo que no pudieron ajustarse a la tónica del periódico ni la aparente frivolidad, ni la ligereza, ni el humorismo que Juan Croniqueur intentó concertar en el "Guignol del día". Y dio lánguido final a sus notas con una apelación al espíritu de las vacaciones legislativas, el vago recuerdo de algunos parlamentarios amigos y un ejercicio dialéctico con Abraham Valdelomar.*

Terminada aquella experiencia, Juan Croniqueur inició en La Prensa *un "Glosario de las cosas cotidianas": una nueva columna personal, cuyo encuadre debió motivar amistosas conversaciones con la dirección del diario, a fin de estipular la exclusión de los tópicos relacionados con la política nacional. En sus días fue una columna buscada, leída y muy comentada, porque en sus temas y su estilo se reflejaba cabalmente la sensibilidad del momento. Pero no era ese el género periodístico adaptable a sus horizontes personales, porque lo constreñía a un grupo selecto de lectores y lo privaba de asomarse a los artilugios y los meandros del poder. Con intensidad hamletiana enfocaba íntimamente aquel dilema profesional: de una parte, la cotidiana versión de sus afinidades estéticas y literarias, y su comprensiva aproximación a las manifestaciones externas de los dramas históricos o sociales, que a la postre lo exponían a las repeticiones, los estereotipos y la autosatisfacción; y de otra parte, un interés metódicamente enderezado hacia la realidad y la movilidad de la vida nacional. Se planteaba la necesidad de optar entre la actitud más o menos efímera y superficial del cronista literario y la del escritor que a través del análisis político ejerce un magisterio basado en la verdad. Su reacción inmediata lo llevaba a cumplir con cierto desgano su "obligación con el periódico". Y logró despejar sus dudas cuando fue comprometido para incorporarse a la planta profesional de* El Tiempo, *nada menos que para aplicarse al cotidiano seguimiento de la política y los políticos.*

La ocasión fue excepcionalmente feliz: porque la fundación de El Tiempo *estaba enderezada a estimular la oposición al régimen de José Pardo; y, libre de las limitaciones y las convenciones que debió respetar en* La Prensa, *Juan Croniqueur asumió el "puesto de redactor político". Su decisión siguió a una íntima y turbadora reflexión: porque se había*

iniciado en La Prensa *y al dejarla acudían los recuerdos a su mente; y porque la nueva empresa de* El Tiempo *le franqueaba un atractivo progreso profesional, pero no dejaba de entrañar un riesgo. A nadie solicitó consejo para resolver "cuestión [tan] importante"; y al inclinarse hacia el cambio lo hizo "por ambición", porque el posible surgimiento de* El Tiempo *le hacía entrever "un gran porvenir"* [4]. *Su continuación en* La Prensa *lo habría mantenido en la posición de un cronista literario, elegante, más o menos displicente, y halagado por aplausos volanderos; pero su incorporación al nuevo diario* El Tiempo *lo convertiría en escritor político, discutido, influyente, y tal vez elevado a la cresta de la actualidad nacional. De modo que a un mismo tiempo iniciaba con ese gesto la probación de su pugnacidad juvenil y el voluntarioso cumplimiento de un previo plan de vida.*

En los días de su fundación, El Tiempo *se distinguió por las auras de renovación que fluyeron a través de sus campañas políticas y populares. Bien fuera por obra de sus redactores principales, bien por la autoridad y la elocuencia de colaboradores que sostuvieron la crítica del conservadorismo predominante, y avanzaron algunos lineamientos destinados a reformar la estagnada administración. Desde la columna editorial –confiada a veces a alguno de sus compañeros de empresa– empeñóse en tales lides el director, Pedro Ruiz Bravo, en tono polémico y copiosamente ceñido a la citación de antecedentes que en alguna forma desahuciaban los actos del gobierno. A ello contribuyeron los "Puntos de Vista" de César Falcón, cuyos enfoques críticos tuvieron alcances beligerantes y aun premonitorios; el fecundo y versátil Ladislao F. Meza; y uno o más cronistas o reporteros, que acopiaban la información rutinaria. Pero no cabe duda que destacaron los puntuales artículos publicados por Juan Croniqueur bajo el epígrafe de "Voces"* [5]*: porque reflejaron*

---

(4) Cf. su carta a "Ruth", del 15–VI–1916, que ya tuvimos oportunidad de glosar en *Anuario Mariateguiano*: Vol. I, p. 48; Lima, 1989.

(5) Es interesante recordar los asertos que en torno a "Voces" incluyen algunos estudios consagrados a José Carlos Mariátegui. Por ejemplo: los de Luis Alberto Sánchez, Jorge Basadre, Guillermo Rouillon y Mario Castro Arenas.

Apunta el primero que en *El Tiempo* "escribía 'Voces', comentarios irónicos a la situación y a los personajes políticos, [en tanto que] Cisneros se burlaba, con copia de chistes, en los 'Ecos' de *La Prensa* –punto de partida de aquellas 'Voces'– [y que] Mariátegui humorizó y atacó más a fondo, [haciendo en esa columna] su aprendizaje indispensable para conocer a nuestros políticos". (En sus "Datos para

observación y agudo conocimiento de hombres y hechos; y con notable originalidad ejercitaron formas ágiles, sugestivas, risueñas, incisivas, urticantes y metódicamente alejadas de la malevolencia, la pasión o la rudeza. Fueron clara secuencia de los artículos que antes incluyera en su "Guignol del día"; pero en sus nuevas circunstancias logra hacerlos más seguros y penetrantes, claramente definitorios y mejor temperados.

Aun en la simplicidad del epígrafe dado a la nueva columna, Juan Croniqueur definió su proyección exacta. Pues debía auscultar y expresar las críticas autorizadas y los testimonios de quienes alternaban en la acción pública; y, paralelamente, los comentarios ingenuos o maliciosos que reflejasen la impresión que los hechos políticos inspiran a las gentes comunes. Es decir, una versión de la actualidad palpitante; y, no obstante coincidir con la oposición al gobierno y sus prohombres, evita hábilmente la procacidad y el vejamen, y opta por la ironía y la sugerencia humorística. Es una versión pulcramente desenvuelta para condicionar la percepción inteligente y la sonrisa del lector, y para despejar el asombro que

---

una semblanza de José Carlos Mariátegui", inicialmente publicados en *Presente*: Nº 1; Lima, VII–1930. Y reproducidos en su *Escafandra, lupa y atalaya*: Madrid, 1977; pp. 127–144).

Jorge Basadre informa que José Carlos Mariátegui "publicó una sección diaria de comentarios políticos humorísticos, al estilo de los 'Ecos' que había popularizado Luis Fernán Cisneros [y la tituló] 'Voces', con clara alusión a ellos". (En su *Historia de la República del Perú*: Tomo IX, p. 4197; Lima, 1964).

Guillermo Rouillón adopta la misma información, al decir que "Juan Croniqueur cultivará el comentario político a través de la columna 'Voces', tratando de imitar 'Ecos' de Luis Fernán Cisneros". (En *La creación heroica de José Carlos Mariátegui*: p. 167; Lima, 1975).

Y a su vez, Mario Castro Arenas observa: "Mariátegui adhiere la línea antioficialista [en la columna 'Voces'], más por desacuerdos con el estilo político del civilismo que por hondas y maduras razones ideológicas, [pasando por alto levantamientos frustrados como] la sublevación del prefecto de Huarás Manuel Rivero y Hurtado, quien trató de impedir que Pardo asumiera su segunda administración, demandando la prórroga del mandato provisional de Benavides". (En su *Reconstrucción de Mariátegui*: Lima, Okura editores S.A., 1985; p. 27).

En verdad, no es necesario llevar a cabo un escrutinio muy exigente para establecer que los cuatro asertos se ajustan a una línea testimonial, que trasmite impresiones más o menos parciales y apresuradas, sin apelar a la confrontación directa de los textos referidos y a la consiguiente fundamentación del juicio. Y ya que deducen algún grado de interinfluencia a base de la aparente semejanza entre los vocablos *ecos* y *voces*, extraña que no hayan recordado también que Abraham Valdelomar publicaba en *La Prensa* otra sección cuyo epígrafe podría asimilarse a los dos anteriores, pues, es, simplemente, "Palabras". Por nuestra parte, juzgamos

suelen labrar la pompa y los ditirambos palaciegos. Y desvelado el cronista por los justos contornos de la noticia y de la reacción que ésta debía provocar entre los lectores, se ampara en la presunta autoridad de la información recibida y disimula cualquier parcialidad entre los finos hilos de su ironía.

Muchos dichos y hechos comunicados en "Voces" sorprenderían seguramente a los interlocutores o los actores respectivos, pues es posible que provinieran de indiscreciones cogidas al vuelo o de confidencias amistosas. Y Juan Croniqueur oculta cuidadosamente el origen de sus informaciones, o menciona murmuraciones que tendían a disimular sus fuentes. Cuidaba celosamente el secreto profesional que hoy constituye una garantía del periodismo político, pero así cuidaba su propia credibilidad, como base de su prestigio personal. Y aunque muy bien pudiese atribuir muchas anécdotas a chismes o impresiones, que en sus diálogos cambiasen los cronistas palamentarios durante los prolegómenos o los

---

que sería fácil seguir esa corriente, si nos atenemos a dos hechos: la relativa afinidad de los vocablos *ecos* y *voces*, y la coincidencia que denotan ambas series de artículos en cuanto están dedicados al tratamiento de la política peruana coetánea. Pero hacerlo así sería engañoso. En primer lugar, porque no es exacto que el título de "Voces" sea secuela de "Ecos", pues uno y otro vocablos tienen connotaciones diferentes; y, sin necesidad de insistir en las calidades y modalidades del estilo, puede observarse que "Ecos" adopta en sus contenidos las informaciones obtenidas en alguna fuente próxima a los medios gubernativos, y parece basar su interés en la anticipación o la confidencia que así ofrece a sus lectores, en tanto que "Voces" apela al comentario público para armar cuadros humorísticos o críticas ingeniosas y risueñas de los personajes y las circunstancias del momento político. Por ello creemos que más exacto y lógico es reconocer que "Ecos" y "Voces" corresponden a disciplinas y enfocamientos diversos; y a base de ello deducimos que su consulta paralela puede ser muy ilustrativa para el cabal conocimiento de esa etapa de la historia cultural y social del país.

Totalmente distinta es la observación que sugiere el aserto de Mario Castro Arenas: porque deja traslucir su premeditada intención de formular alguna crítica a las "Voces" de Juan Croniqueur, y para hacerla ignora la coyuntura histórica. Es irrisorio que le censure haber pasado por alto una sublevación militar ocurrida (17–VIII–1915) once meses antes de que se iniciase la publicación de "Voces" (16–VII–1916); y, por añadidura, que aun antes de que el joven José Carlos Mariátegui hubiese asumido una ideología definida, se extrañe de no hallar "hondas y maduras razones ideológicas" a sus desacuerdos con la política del civilismo.

De paso, vale la pena advertir al lector que una adecuada evaluación del carácter y la significación de "Voces" aparece en el libro de Genaro Carnero Checa: *La acción escrita – José Carlos Mariátegui periodista* (Lima, 1964), pp. 99–107.

intervalos de las sesiones, son muy características las alusiones deslizadas en "Voces" acerca de la procedencia de sus noticias. Por ejemplo: "nuestros informadores, que están en todas partes", "muchas gentes nos han rodeado y nos han dicho", "hace un instante nos han venido a contar un caso muy curioso", "vienen a nuestra imprenta las gentes malévolas y suspicaces para decirnos", "nuestros cronistas nos han referido", "asevera el comentario callejero", "la opinión pública y nosotros que estamos muy cerca de ella", "las gentes piensan"[6]*. Y a esa referencia, o a la vaga mención de la sabiduría o la experiencia de quienes le trasmiten una noticia, sigue el desarrollo que en forma inteligente la engarza en un animado cuadro de época.*

En cada artículo de la serie puede advertirse el seguimiento de un esquema, cuyas partes tienden a cautivar y conducir el interés del lector, y acompasan certeramente los elementos conceptuales y verbales a cuya trabazón se fía el efecto global. Obedece a la concepción clásica de la unidad y el orden, en cuanto se inicia con la enunciación o la insinuación del tema escogido, sigue con las referencias o las reflexiones pertinentes, y en forma coherente llega a la palabra o la sentencia que prueban o dan valor cabal a la propuesta inicial. Es obviamente intencionado en su ironía, y en su declarada desconfianza ante las ideas o los actos de gobierno de quienes ejercían el poder. Pero no puede negarse que representa un modo de ver el flujo de los acontecimientos que hacen noticia y que sucesivamente van definiendo el momento histórico; y hasta cierto punto es también el alegato de la razón, sorprendida ante el espectáculo de una sociedad tradicional y decadente. Desde el comienzo de su examen cotidiano lo acongojó "un poco la posibilidad de llegar a ver muy claro". Y por eso fue "Voces" la columna que afianzó y condicionó la orientación profesional del joven Mariátegui; y que, por su resonancia, dio a su autor una especial significación en la modelación y la difusión de la opinión pública.

Alberto Tauro

(6) En forma igualmente vaga o indirecta alude Ricardo Palma a las fuentes de sus "tradiciones", para crear la expectativa del lector. Por ejemplo: "Dice la Historia", "los cronistas convienen", "en una hoja impresa circuló en Lima".

VOCES

VOCES

Desperezo

Acabamos de abrir los ojos. Desde la clausura de las sesiones del último Congreso hemos estado durmiendo. Durmiendo a pierna suelta. Somos como las boas constrictor que duermen tres meses, a manera de siesta digestiva, después de cada festín. Con esto no queremos decir que asistamos a la politica parlamentaria como a un festín para dormirnos luego.

Abrimos los ojos. Nos desperezamos. Con nosotros se despereza todo el mundo. Durante cuatro meses y medio, debe haber estado todo el Perú dormido. Las naciones duermen también, seguramente, como las boas constrictor.

Abrimos los ojos. Y preguntamos:

–¿Dónde estamos?

Y nos contestan:

–En el Perú, hijos míos.

Y exclamamos entonces:

–¡Ah! ¡Esto es el Perú todavía!

Y nos agregan:

–Todavía.

Y preguntamos otra vez:

–¿El señor Pardo es Presidente de la República?

Y nos résponden.

–El señor Pardo es Presidente de la República.

Nada más hemos interrogado. Para saber de nuestra salud y de la salud de la patria basta sin duda alguna. Basta y sobra. Lo que ha pasado durante nuestro sopor no necesitamos preguntárselo a nadie. Lo adivinamos.

–El señor Pardo ha ido seguramente a Palacio todos los días. ¿No es cierto?

–¡No es cierto! Estuvo tres días indispuesto. Estuvo en Miraflores.

–Bueno. No es mucho equivocarse. Y otra cosa. El señor Pardo ha recibido diarias visitas y ha tenido diarias conferencias.

–¡Para bienestar del país y de todos nosotros!

–No lo dudamos. Y el señor Pardo ha proyectado seguramente algún empréstito.

–Sí. Pero un empréstito honestísimo.

–¿Onerosísimo?

–¡Honestísimo!

–Bueno. Y el señor Pardo ha enviado algún agente para contratarlo.

–¡Un distinguido agente! ¡El señor don Manuel Montero y Tirado!

–Justo. Y el señor Pardo ha vestido siempre con mucha corrección y elegancia.

–¡Claro! ¡Siempre muy chic!

–Pero ha empezado a envejecer un poquito. Poquísimo. Apenas...

–¡No! ¡Sigue joven! ¡Sigue buen mozo! ¡Sigue guapo! ¡Muy guapo!

–Bueno. Y los hermanos del señor Pardo han seguido siendo discretos y caballerosos.

–¡Gentlemen!

–Eso es. Y el señor Pardo está cordial con el doctor Durand, con el general Cáceres, con el doctor Osores, con el doctor Manzanilla.

–¡Todo el mundo está cordial con el señor Pardo! ¡Todo el mundo lo admira!

–¿Con el doctor Prado también está cordial el señor Pardo?...

Silencio.

Y así adivinamos cómo ha transcurrido la política durante el tiempo que hemos tenido cerrados los ojos. Las gentes, pardistas del todo, nos rectifican apenas. A veces no nos rectifican absolutamente. Nuestro nirvana no nos ha privado del espectáculo casi en nada. Las gentes nos soplan en los párpados, para que abramos bien grandes los ojos. Y para que veamos muy claro. Y nosotros no sabemos por qué nos acongoja un poco la posibilidad de llegar a ver muy claro.

La movilización

Nos acercamos a las jornadas parlamentarias. Estamos a las puertas de ellas. Se ha llamado ya a las reservas. Estamos en plena movilización. Estamos en vísperas de la lucha. Estamos inquietos. Estamos nerviosos. Estamos en espera del porvenir. ¿No anda por ahí una gitana agorera que

nos diga la buenaventura? ¿No anda por ahí una quiromante? No. No habrá nadie que nos cuente lo porvenir. No está en Lima siquiera el señor Corbacho, teosofista, que sabe descifrar el destino como una pitonisa.

Diputados y senadores han celebrado ya su primera y protocolaria sesión preparatoria. Ceremonia ritual. Liturgia profana. Acto sin trascendencia.

A la Cámara de Diputados llegamos primero. Y encontramos en ella a todos los diputados que viven en Lima y a todos los que han llegado ya. Al primero que hemos abrazado ha sido al señor Balbuena, jovial, risueño y afable como siempre.

El señor Balbuena nos ha preguntado enseguida:

–¿Cuándo se echan ustedes a la calle?

Y nosotros le hemos dicho:

–De repente. Uno de estos días. Mañana, pasado, traspasado, cualquier día...

Y el señor Balbuena nos ha requebrado:

–¡El público los espera con los brazos abiertos!...

Luego le hemos interrogado:

–Y usted, doctor, ¿cómo está?

El señor Balbuena ha hablado radiante, de esta manera.

–¿Yo? ¡De plácemes! ¡Manzanilla va a ser Presidente de la Cámara!

Hemos dejado al señor Balbuena. Y hemos visto gallardo, luminoso, plácido al señor Manzanilla. Conserva ilesa toda su apostura de líder. Está más joven que nunca. No pasan por él años ni penas. Ama y practica la filosofía del optimismo. Le hemos saludado cariñosos. Y él nos ha contestado galantísimo. Ni más ni menos que si nosotros fuéramos también diputados y debiéramos contribuir con nuestros votos para hacerlo presidente. Nosotros nos hemos lamentado de no serlo. Si lo fuéramos, le daríamos seguramente nuestros votos al señor Manzanilla. Haríamos hasta una trampa para favorecerlo. Nos pegaríamos por él, si algún osado le detractara. Lo único que soñamos es que se haga candidato a la Presidencia de la República. Por él no temeríamos ni siquiera volvernos capituleros.

Hemos visto a todos los diputados, charlatanes y simpáticos. Todos tienen los ánimos pacíficos. El combate está aún distante. Hoy, apenas si preocupa algo la elección de la mesa. Y respecto de esta elección hay pocas dudas. Y pocos forcejeos. Apenas si los liberales están puestos en sus trece en que debe dárseles las dos secretarías. El doctor Durand les ha dado

instrucciones terminantes.

En la Cámara de Senadores, hemos encontrado el mismo ambiente de todos los años. Un poco austero, un poco frío, un poco inquisitorial. El señor don Amador del Solar sonríe seguro de que la Presidencia de la Cámara es para él. Por hoy, la presidencia de la Cámara le contenta. ¿Mañana? Mañana, ¿quién sabe? También la presidencia de la Cámara sería amable regalo para el doctor Cornejo que sueña con ella, con el Ateneo y con el jurado, y para el doctor Villanueva que es muy buen amigo del doctor Prado y Ugarteche.

Los senadores "independientes" han acordado trabajar por el señor don Carlos Forero para la primera vicepresidencia. Se sienten grupo, se sienten facción. Están absolutamente seguros de su fuerza. El señor Forero quiere la vicepresidencia. Como el señor Solar vaca, a él le tocaría presidir las incorporaciones. ¿Será también "independiente" el señor Forero?

Los civilistas se han comprometido formalmente a votar por el doctor Flórez, candidato también a la vicepresidencia. ¿Será electo el doctor Flórez en virtud del formal compromiso?

Respecto de los puestos que en esta mesa del Senado les toca a los liberales, el doctor Durand ha dado también instrucciones terminantes. Muy terminantes:

–¡No hay que dejarse pisar el poncho!...

(En *El Tiempo*: Lima, 17–VII–1916)

VOCES

Los que se van

Este semeja un epígrafe de vida social. Pero no lo es. Es sólo un epígrafe de información política. Los ministros se marchan. No sabemos si se marchan todos o si se quedan algunos que le han cogido cariño al Palacio de Gobierno y al señor Pardo. Pero la crisis ministerial es de todos modos inminente.

Las crisis ministeriales son entre nosotros de una periodicidad inevitable. Los ministerios en el Perú tienen generalmente una organización anacrónica. Los abogados catedráticos son encargados del ministerio de gobierno. Los librepensadores son nombrados ministros de culto. Los literatos son utilizados para el ministerio de fomento. Y hay partidos que tienen derecho de propiedad sobre ciertas carteras. Al partido liberal le toca por antonomasia la de justicia, instrucción y culto. Como es partido de principios nada más justo que poner en sus manos los códigos y los problemas de la enseñanza y de las relaciones entre la iglesia católica y el Estado. Raro será que dentro de algunos años no estén todos los liberales en la Corte Superior, en las Universidades y en las diócesis episcopales.

Cuando el señor Pardo inauguró su gobierno, todos le hicimos morisquetas a su gabinete.

Y unos decían:

–Anodino.

Y otros:

–Incoloro.

Y otros:

–Amorfo.

Y otros:

–Insípido.

Y el señor Abelardo Gamarra:

–Desparejo.

Y el doctor Cornejo:
–Abigarrado.
Y el señor Borda:
–Bizantino.

Luego vimos al gabinete en las Cámaras. Y vimos al señor Riva Agüero, parco. Al señor Menéndez, optimista. Al coronel Puente, teatral. Al señor Varela, bondadoso. Al señor García y Lastres, austero. Y al señor Sosa, callado y discreto. Los diputados de la minoría les enseñaron los puños. Sonaron las interpelaciones. Hubo tempestad. Sedante y elástico el señor Maúrtua, mesurado y grave el señor García Irigoyen, abacial y sereno el señor Solf y Muro, defendieron a los señores ministros. Vino el cierre del congreso. Y poco a poco nos fuimos habituando al gabinete. Hoy hemos transigido con él por absoluto. Nos hemos acostumbrado a verlo en Palacio. Ya no nos parece ni anodino, ni incoloro, ni amorfo, ni abigarrado. Nos parece tan sólo un gabinete del señor Pardo. Nada más y nada menos.

Y hoy que ya nos habíamos acostumbrado con este gabinete, hoy que habíamos ya convenido en que no era malo, hoy que nos encantábamos con la proximidad de verlo y oírlo en el parlamento, resulta que se va, que renuncia, que deja el banco.

Es el eterno fenómeno de nuestra política. El Perú tiene que cambiar de ministros con periodicidad matemática; hay animales que cambian de piel por estaciones; nuestra política apunta un cambio ministerial en cada estación parlamentaria.

Y es una lástima que sobrevenga la crisis. Y que nos dejen el señor Riva Agüero, tan discreto y seriecito; el señor Menéndez, tan locuaz y tan catedrático; el señor Varela, tan protocolario y risueño; el coronel Puente, tan retórico y marcial; el señor Sosa, tan cuerdo y equilibrado. El único que ha perdido el prestigio de sus combinaciones y utopías financieras, es el señor García y Lastres. Le ha fracasado el más luminoso de los ensueños que compartiera con el señor Pardo. Su agente en New York, el señor Montero y Tirado, regresará en breve, desencantado de la gigantomaquia neoyorkina, de los rascacielos, del City Bank, del Instituto Carnegie, del panamericanismo y de Mr. Woodrow Wilson. El señor García y Lastres está irremisiblemente condenado al pronto regreso a su bufete del Banco Popular. A la cuenta general de la República, reemplazarán en su escritorio las prosaicas cuentas corrientes de la gente burguesa. Cuenta del señor N. comerciante en abarrotes e italiano; cuenta del señor Z., cosechero de arroz carolino; cuenta del señor X, traficante en mercerías; cuenta del señor R,

importador de piñas y mangos de Guayaquil; cuenta del señor V, agente de aduanas y padre de familia. Esto es descender del máximo cielo del Corán a la mísera realidad de un ex Tahuantisuyo.

Antes de marcharse, el gabinete se empeña en dejar Palacio elegantísimo. Casa nueva para los que vengan. Los que se van son gentiles y corteses. Su despedida podría dar motivo para un suelto muy afable y cordialísimo. Un gabinete del señor Pardo debe ser despedido con frases y sueltos de crónica social...

(En *El Tiempo*: Lima, 18–VII–1916)

VOCES

Escena perdida

Podría quedarse el señor Riva Agüero. Podría quedarse el señor Puente. Pero quien no podría quedarse de ninguna manera en el ministerio es el señor Menéndez. El señor Menéndez es candidato a una representación y ha resuelto volver a sus labores de abogado, catedrático, representante y miembro del bloque chico. Acaba de avisar a la Universidad su vuelta a la cátedra de Derecho Peruano para que no se le nombre sustituto. El señor Menéndez ha dicho lacónicamente:

–En agosto, estaré entre vosotros.

El señor Menéndez es, antes que político, catedrático. La didáctica lo cautiva y lo pierde. Cuando actúa en el parlamento o en el congreso, se empeña siempre en aplicarla. Opina que la pedagogía y la política parlamentaria tienen íntimos puntos de contacto. Y es así como en su cámara parece más un maestro de colegio que un orador político. Un discurso suyo, más que discurso parece una lección universitaria. Le pasa lo contrario que al señor Hildebrando Fuentes, que deja en las gradas de mármol del Palacio de Gobierno sus atributos de profesor de metafísica.

El señor Menéndez, como político, es conciliador y discreto. Su eclecticismo de profesor se lo aconseja así. No transige con las actitudes violentas ni con los grupos exaltados y combativos. Le gusta estar siempre en el centro, en el ombligo de la política. Jamás en sus extremos. Por eso, cuando al lado del señor Leguía se formó un grupo resuelto de civilistas y frente a él otro grupo resuelto también de bloquistas, el señor Menéndez se puso en el bloque chico. No podían llamarle bloquista. Tampoco podían motejarle leguiísta. El señor Menéndez se había colocado al margen de la lucha. Y todo el mundo decía de él:

–Es muy ecuánime. Es muy sereno. Es muy tranquilo. Es una alhaja.

Y como al señor Menéndez no le agradan las situaciones de violencia, de lucha, hace recientes días, apenas tuvo noticia de que el señor Celestino

Manchego Muñoz, pretendiente hostilizado de una diputación de Huancavelica, estaba cobijado por el ala paternal de sus correligionarios constitucionales, se apresuró a visitar al general Cáceres para evitar o suavizar un posible desagrado del jefe nato de La Breña. Y le dijo corteses cumplidos, le preguntó por su salud, le habló de la estación, del frío y de las enfermedades. El general Cáceres le escuchaba imperturbable y seco. Y el señor Menéndez abordó luego su tema. Y dijo que todo lo que se había hecho con el señor Manchego era puro juego, pura mataperrada. Y que el señor Manchego Muñoz constitucional, tenía que ser una preciosura para los ojos del régimen y de su ministro.

Pero el general Cáceres no quiso oír la explicación. Sintió que renacían en su espíritu sus arrestos de soldado. Se puso de pie, marcial, arrogante y heroico. Y gritó con voz de mando:

–¡No quiero saber nada!

El señor Menéndez intentó la réplica, pero el general Cáceres la evitó con otra frase cortante y definitiva.

El señor Menéndez hizo una reverencia y se fue consternado.

Y el general Cáceres, se abandonó silencioso en su sillón, tosió secamente y pidió a voces su gorro casero. Habían durado un segundo los arrestos extinguidos del militar y del héroe...

(En *El Tiempo:* Lima, 18–VII–1916)

VOCES

En la obscuridad

Parece que no pasa nada. Parece que no ocurre nada. Parece que no sobrevendrá nada. Y sin embargo, nos da en la nariz que hay algo en la sombra. Creemos que la procesión anda por dentro, como dicen los viejos. Y queremos vernos cara a cara con la política. Pero la cara de la política es ahora cara de comedia. Es plácida, es apacible, es risueña, es mansa, es franciscana. Tras ella hay algo que se oculta, que se mistifica, que se esconde.

Nadie niega que hay paz y tranquilidad en el reparto de los cargos en las mesas parlamentarias. Pero sobran indicios de que mientras en el escenario todo tiene aspecto risueño, entre bastidores se teje algún conato de farsa dramática. Buscando estos indicios nos echamos a la calle.

Hallamos a un amigo maledicente e incapaz de conformarse nunca con la verdad. Es incrédulo, escéptico. Lo abordamos:

–A ver Ud., ¿qué dice? ¿Verdad que aquí todo es calma? ¿Verdad que todo está arreglado?

–No es cierto. No hay que creerlo, la procesión anda por dentro.

–Pero si nadie discute, si nadie intriga, si nadie murmura.

–No importa. Hay intereses, hay farsas, hay ajetreos.

–Pero si la paz es absoluta. Octaviana. Si parece que fuera a regresar al mundo el Mesías, sólo por visitarnos. ¡Si somos el remanso del mundo!

–¡No sean cándidos! ¡No sean simplones! ¡Abran los ojos. ¡Agucen los oídos!

–Ud. es muy pesimista.

–Soy avisado. ¡Aquí hay enredo! ¡Aquí hay intriga! ¡Aquí habrá toletole!

–Cuéntenos Ud. ¿Qué sabe Ud.? ¿Qué sospecha Ud.?

–¿Ustedes creen que la composición de las mesas está arreglada definitivamente?

–A pie juntillas. ¿Puede ocurrir que no sea elegido presidente de la Cámara de Diputados el señor Manzanilla? ¿Puede ocurrir que no sea elegido presidente del Senado el señor del Solar?

–El señor Manzanilla será elegido. Eso es indiscutible. El señor del Solar será elegido también.

–¿Qué puede ocurrir entonces? ¿Que no sea elegido el doctor Flórez, vicepresidente? No puede ser.

–Puede ser.

–No puede ser.

–¡Ustedes están en Babia! ¡Ustedes son unos inocentes! ¿Saben ustedes por qué es candidato el señor Forero?

–Por darle gusto a sus distinguidos amigos independientes.

–¡Ingenuos! ¡Porque hay gato encerrado! ¡Porque hay intriga!

–Los civilistas apoyan al doctor Flórez. Los liberales lo sostienen a capa y espada. El doctor Durand lo impone. El señor Pardo lo ampara.

–¿Están Uds. absolutamente seguros de que el señor Pardo ampara al doctor Flórez?

–Absolutamente.

–Bueno. Entonces no me sigan preguntando...

Nuestro amigo se despidió de nosotros. Quisimos detenerle. Pero no nos hizo caso. Se marchó de prisa. Le gritamos. Le imploramos. Nos pusimos a mitad de la calzada para llamarlo agitando el sombrero. Despectivo e imperturbable se alejó y se perdió de vista.

No hemos encontrado mejor informante. Quisimos reportear al señor Balbuena, pero el señor Balbuena nos dijo sólo: –¡Ya están ustedes en la calle! ¡Bravo!

La opinión honesta dice que el acuerdo de las mayorías parlamentarias es absoluto, pero el chisme volandero y la información subrepticia dicen que en el fondo de las cosas se agitan intereses dudosos y solapados.

Y el automóvil del doctor Flórez pasa de rato en rato con vocinglero son de bocina que es como un toque de zafarrancho y con nebulosa humareda de bencina que es como la humareda de una salva...

Statu quo

El señor Pardo es enemigo de las fórmulas violentas. Las situaciones definitivas le desagradan. Gusta del *statu quo*. Su política diplomática fue siempre una política de statu quo. Statu quo con Bolivia, statu quo con el

Brasil, statu quo con Colombia, statu quo con todo el mundo. El señor Pardo detesta la responsabilidad y no se explica cómo puede haber hombres tan necios que se resuelvan alguna vez a afrontarla, cuando casi siempre es tan fácil rehuirla. Y en política es también el statu quo la fórmula ideal para el señor Pardo. El señor Pardo opina probablemente que mejor que abordar una solución es aplazarla.

Y, político avezado a orillar el peligro, tiene naturalmente grandes facultades para presentirlo. Es como el albatros. Sabe cuando la tempestad se avecina. Tiene ojos de vidente, que es como quien dice tiene ojos de gitana nómade. Sólo que no dice nunca la buenaventura. Es un egoísta de su videncia. Inquiere el peligro para él solo. Y sabe alejarlo mediante la fórmula del statu quo.

El señor Pardo vio en lontananza el peligro de un conflicto con motivo de las elecciones municipales. Los amigos del señor Osores, presidente del cacerismo y candidato posible lo mismo a la Presidencia de la República que a la Presidencia del Senado, pusieron los ojos en la Alcaldía de Lima para el senador por Cajamarca. Y los amigos del doctor Durand, que no transigen con el señor Osores, pensaron inmediatamente en prepararse para enfrentarle la candidatura de su ilustre jefe. El doctor Durand, desde su egregio bufete de periodista, sonrió plácidamente a la idea de sus amigos. Y se escuchó aclamado y loado. Y se vio conducido por la unanimidad de los sufragios limeños al cargo burocrático y distinguido de burgomaestre.

Hubo aprestos de los estados mayores respectivos. El eco de las voces de mando llegó hasta el gabinete del señor Pardo. Y el señor Pardo se alarmó ante la proximidad de una lucha, que le iba a colocar en el duro trance de ordenar una difícil y comprometedora cancha libre. El doctor Durand es temible. Recordándolas, al señor Pardo le pareció ver escritas dos fechas en el techo –como el monarca asirio en su fantástica y deshonesta orgía, en la pared–: "4 de febrero", "15 de mayo": El señor Pardo pensó que estas eran dos fechas inconvenientes.

Del devaneo presidencial, surgió la idea de postergar las elecciones municipales. Para evitar el conflicto, bastaba que no hubiese elecciones. Sin elecciones, seguiría el actual concejo cuidando del aseo y bienestar de la ciudad. El señor don Luis Miró Quesada, ascendería a alcalde, por obra y gracia de su afabilidad, de sus finas maneras, de su tolerancia y de su discreción. Los amigos del señor Miró Quesada quedarían complacidos de la prudencia y tino del señor Pardo.

Y el plan se lleva a cabo. No habrá elecciones municipales. Se vencerán los plazos, transcurrirán las fechas y pasarán los días y los meses. Los limeños somos muy olvidadizos y muy ociosos y no estamos para trajines electorales. Cuando nos demos cuenta de que nos quedamos sin elecciones, pensaremos que no nos va mal con el actual concejo. Somos devotos de refranes, adagios y consejos, como los dramaturgos argentinos. Y nos decimos siempre: "No hay que dejar lo viejo por lo bueno".

Lo único inquietante para el señor Pardo era la posibilidad de que siguieran en el concejo algunos delegados distritales, que están muy distanciados de él. Bajo un régimen pardista, no se concibe sino un municipio pardista. El señor Pardo por lo menos piensa así. Y debe tener razón. Pero esa posibilidad está alejada. Los concejos distritales se renovarán y elegirán nuevos delegados. Los nuevos delegados serán por supuesto amigos del señor Pardo. Todo, como consecuencia de un plan admirable y sencillo. Al señor Pardo, que como su antecesor literato don Felipe ama a los clásicos, le place "la difícil facilidad".

No habrá osado que niegue la habilidad del plan. Sería una lástima que se echase a perder. Una lástima grande. Si el fracaso sobreviniese, tendríamos inevitables bullicios electorales, gritos, algazaras y expansiones democráticas, todo lo cual es del peor gusto y de la más alarmante vulgaridad. Un gobernante esteta no puede consentir tales cosas.

Y luego no habrá quien niegue que el señor Pardo es un mandatario previsor. Eminentemente. Podría no prever una dificultad hacendaria o una calamidad agropecuaria. Pero la angustia de una situación comprometedora y de mal gusto, la prevé enseguida...

(En *El Tiempo*: Lima, 19–VII–1916)

VOCES

Horóscopo

Los peruanos tenemos una gran virtud que aún nadie ha enaltecido, loado y glorificado como se merece. Nosotros querríamos hacerlo. Los peruanos tenemos la gran virtud de ocuparnos sólo de los asuntos del porvenir y del pasado y de olvidarnos por completo del presente. Lo pretérito y lo futuro nos absorben. Nos pasamos la vida haciendo comentarios de lo que fue y adivinanzas de lo que será. Las mujeres y los varones, desde menorcitos, van a las casas de las cartomantes para que les digan el destino. Las niñas interrogan a un oráculo inocente y de pega en las noches de las veladas familiares. Las gitanas hacen aquí su agosto o nos amenazan con el tracoma. Hay una pitonisa a la vuelta de cada esquina. El que no consulta a las cartas, se pasa las horas muertas leyendo la historia del Perú, aunque sea la del doctor Nemesio Vargas. El presente, en cambio, no nos interesa. A los peruanos nada se nos da que sea presidente el señor Pardo. En cambio nos preocupa gravemente que lo haya sido el señor Billinghurst, cómo llegó a serlo el señor Leguía y si será posible que lo sea algún día el señor Cornejo. Avizorando el porvenir y escrutando el pasado, nos pasamos las horas de la mañana, de la tarde y de la noche.

Ahora mismo, ya no hay quien no tenga puestos los ojos en el horizonte, para distinguir quiénes comienzan a aparecer como probables candidatos a la presidencia de la república. A lo lejos, se ve muy chiquitas y borrosas unas siluetas. Las gentes se preguntan de quiénes serán esas siluetas. ¿Esa que parece pequeña y delgada será la del señor Prado? ¿Esa que parece mediana y un tanto gruesa será la del doctor Durand? ¿Esa que desde ahora simula traer la cabeza calva será la del señor Osores? ¿Esa discreta y sigilosa, tan incógnita, será la del señor Tudela y Varela?

Y las gentes se hacen un largavista con una mano y afirman bulliciosas y alborozadas como quien hace un descubrimiento sensacional:

–Sí, sí. ¡Ese es el señor Tudela y Varela!

A nosotros nos entretienen mucho logogrifos y enigmas. E interroga-

mos a las gentes:

–¿El señor Tudela y Varela?

Y las gentes deshacen sus largavistas y nos contestán:

–Sí. El señor Tudela y Varela.

Y nosotros que somos porfiados:

–¿El señor don Francisco Tudela y Varela?

Y las gentes que son convencidas:

–El señor don Francisco Tudela y Varela.

Ya lo sabe el lector. El señor Tudela y Varela es candidato a la presidencia de la república. Lo es ya. Desde que supimos su inminencia candidatorial nos pusimos a observarlo. Y vimos que el señor Tudela y Varela no era el mismo. Siempre fue amable. Siempre fue ceremonioso. Siempre fue cortés. Pero nunca fue tan amable como ahora, tan ceremonioso como ahora, ni tan cortés como ahora. Su continente fue más bien un tanto adusto. Hoy es hasta risueño. Hace venias, hace genuflexiones, hace cumplidos. Un hombre público peruano tan afable y sonriente, si no es el señor Manzanilla o el señor Balbuena, tiene que ser un candidato a la presidencia de la república. Y el señor Tudela y Varela, es, sin duda alguna, candidato a la presidencia de la república. No hay sino que mirarlo desde lejos para convencerse de su calidad de pretendiente.

Algo se nos alcanza de que el señor Tudela y Varela era ya candidato a la presidencia de la república, cuando gobernaba las sesiones de la Cámara de Diputados. Ya se acentuaban en él la amabilidad, la política, la cortesanía. Ya era obsecuente y gentilísimo con las oposiciones. Felicitaba al señor Ulloa, abrazaba al señor Químper, le cedía la acera al señor Borda, celebraba al señor Torres Balcázar.

El señor Vivanco, campechano y dicharachero, le decía:

–Lo cortés no quita lo valiente. Diga usted, doctor.

Y el señor Tudela y Varela se sonreía con sonrisa que sólo ahora nos venimos a dar cuenta de que era sonrisa de candidato presidencial. Sí. No podia ser otra suerte de sonrisa. Igual sonrió el señor Leguía, igual sonrió el señor Pardo, igual sonrió hasta el señor Billinghurst que en materia de sonrisas fue un poco intransigente.

Ya tenemos noticia de que el señor Pardo se encanta con la candidatura del señor Tudela y Varela. La encuentra deliciosa, la mima, la arrulla, la acaricia, la ampara bajo cuerda para que no se den por resentidos los demás candidatos en ciernes. La esconde como un pecado muy dulce, muy rico, muy plácido. Tiene con ella complacencias clandestinas. Se encierra en su

gabinete a solas, completamente a solas, para poner un retrato del señor Tudela encima de su escritorio y abobarse contemplándolo. Se encierra a piedra y lodo. Antes nadie sabía explicarse estos encierros del señor Pardo. Se tejían suposiciones. Un ingenuo dijo que el señor Pardo fumaba opio. Casi matan al ingenuo. Pero nadie llegó a dar con el verdadero culto secreto del señor Pardo. Nadie llegó a descubrir que se quedaba a solas con un proyecto suyo muy escondido y muy misterioso. Nosotros somos los únicos que lo hemos descubierto. Y queremos propalarlo a los cuatro vientos.

El señor Pardo, sin duda alguna, peruano como el que más, se olvida completamente del presente para pensar en el futuro y añorar el pasado. Mentalmente pasará revista a todos los candidatos posibles. Y se dirá: "¿Fulano? Fulano, no. Es muy feo. ¿Zutano?; no: es muy viejo. ¿Mengano?; no: viste un poco cursi". Y entonces se detendrá en el señor Tudela. Y se dirá: "Tudela, sí. Tudela es buen mozo. Tudela es de la familia". Con el señor Tudela se consolida la tendencia dinástica del señor Pardo y se tiene otro presidente de buen tipo.

Y como el señor Tudela y Varela fue un correctísimo presidente de la Cámara de Diputados, el señor Pardo piensa acaso que necesariamente sería también un correctísimo presidente de la república.

Con mucha razón los que avizoran en el horizonte político, haciendo largavista con una mano y cerrando un ojo, exclaman:

–Ese que viene por ahí es el señor Tudela y Varela...

Film Callejero

Comienzan a llegar los representantes a congreso. Hemos visto por esas calles al señor Octavio Alva, al señor Hoyos Osores, al señor Vivanco. Se ha embarcado ya el señor Ezequiel Luna que nunca falta a la inauguración del parlamento ni a su clausura, aunque tiene el buen sentido de desdeñar la oratoria.

El señor Octavio Alva se lamenta por haber llegado tarde para las ubicaciones en la mesa directiva. Aspiraba a la subsecretaría modestamente. Tenía el propósito de conchabarse con los secretarios para que le dejaran algunas sesiones. Se ha encariñado con la mesa de su cámara y con las reverencias de los conserjes.

Los comedores del Cardinal y del Maury, reúnen a diario cenáculos amables de diputados risueños y provincianos que se hacen confidencias, que comentan la política, que dogmatizan sobre las obras argentinas y

sobre el pericón, que encuentran delicioso el teatro de Segura y que parten de un comité. Todo es allí yantar apacible, honesto, copioso, híbrido, ecléctico y sazonado. Todo es ahí sobremesa plácida, pícara, chistosa, amable y fecunda. Se debate desde el trascendental asunto del empréstito frustrado hasta el nimio asunto de la última moda en el calzado para caballeros.

Mientras tanto, el ambiente político se anima. Hay en la atmósfera callejera una agradable humedad de pulverizador para la barba. Los chismes se multiplican, como los panes y los peces del milagro evangélico, sin necesidad de conjuro divino de ninguna clase:

–Hay trajines.

–Hay temores.

–Hay comentarios.

–Hay chistes.

–Hay soplones.

Y las gentes desocupadas se ríen a carcajadas de sus propias invenciones y las celebran y las glosan.

En automóvil pasan el señor Amador del Solar y el señor Rafael Villanueva.

–¿Por qué pasan en automóvil el señor Amador del Solar y el señor Rafael Villanueva?

El señor del Solar y el señor Villanueva van a Palacio.

–¿Por qué van a Palacio el señor del Solar y el señor Villanueva?

El señor Pardo les ha dicho, patriarcalmente: "Haya paz entre los príncipes cristianos".

–¿Por qué el señor Pardo les ha dicho príncipes cristianos al señor Solar y al señor Villanueva?

El señor Pardo quiere la paz. Si fuera multimillonario, fundaría otro Instituto Carnegie. O mandaría a Europa una caravana para predicar la paz, igual que la fábrica de automóviles Ford. Profesa las doctrinas de León Tolstoy. Hay quien dice que va a proponer la mediación del Perú en la conflagración europea.

Pero todas estas son calumnias. Cosas que "le levantan" al señor Pardo. El señor Pardo no se preocupa de asuntos tan grandes. El hace cumplimientos. Visita a los enfermos, da condolencias y felicita a las damas que celebran sus onomásticos.....

(En *El Tiempo*: Lima, 20–VII–1916)

VOCES

Hacia las cumbres

El señor del Solar, tendría acaso razón para temer que un acuerdo de última hora, lo dejase sin la presidencia del senado, a pesar de todas las seguridades de la hora presente. El señor Manzanilla, dueño de la unanimidad siempre que sea candidato, tendría acaso razón para temer lo mismo. El único que no tendría ya razón alguna para poner en duda su elección de vicepresidente de la Cámara de Diputados es el señor Peña Murrieta. Toda la cámara lo apoya. La mayoría le quiere. La minoría lo admira. El coronel Bedoya, militarmente disciplinado, le ofrece su voto. Todo el mundo lo patrocina. La elección del señor Peña Murrieta será una elección unánime. Habrá champaña, habrá ovaciones y habrá brindis del señor Peña Murrieta.

Hace más de un año que el señor Peña Murrieta camina hacia la gloria. Hacia las cumbres, como dice Belisario Roldán, que además de orador es poeta de abanico y además de poeta de abanico, dramaturgo, cosa ya bastante grave. El señor Peña Murrieta está en plena exaltación. Si nosotros fuésemos Segura o hiciésemos como Segura acopio de refranes y dicharachos diríamos que el señor Peña Murrieta "se va arriba", que "se pone las botas", que "más vale caer en gracia", que "a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga". Y lo diríamos en verso y hasta en sainete.

Un día inmortal, el señor Peña Murrieta adquirió sin esfuerzo la celebridad. Fue el día de la promulgación de la libertad de cultos. La reforma lleva la firma del señor Peña Murrieta. Dentro de cincuenta años los historiadores escribirán: "La libertad de cultos fue promulgada en día memorable por el señor Rodrigo Peña Murrieta". Y al señor Peña Murrieta le ayuda hasta el nombre. (Es castizamente español y legendario: Don Rodrigo). Y le ayuda el continente. Es apuesto y robusto. Y le ayuda el carácter. Es bondadoso y afable. Y le ayuda la profesión. Es médico y cirujano. Y le ayuda la voz. Y le ayuda el ademán. Y le ayuda el denuedo.

Y le ayuda el énfasis. Y le ayuda la verbosidad. Sus discursos son rotundos. Grandilocuentes. Sus metáforas son todas profesionales. El país necesita tónicos y reconstituyentes; la empleomanía es una grave dolencia; hay que aplicar buenos cauterios al organismo nacional; tal político es un verdadero caso patológico; la mentalidad partidarista se halla seriamente afectada. Una verdadera revolución en la oratoria. El señor Peña Murrieta es todo un innovador.

Las únicas que no transigen por nada de este mundo con el Sr. Peña Murrieta son las damas. Y con las damas los miembros de la juventud católica. Y los niños de las escuelas religiosas. Las damas limeñas le guardan rencor muy hondo al señor Peña Murrieta. No quieren perdonarle. El señor Peña Murrieta se ofrece a hacer penitencia. Reverente y galante dice que acepta hasta que le pongan en berlina como en los juegos de prendas. Hasta la pena de escribirles versos en sus abanicos. Pero las damas limeñas, tiránicas e inflexibles, no hacen caso de contrición. Le niegan la salvación de su alma. De nada le sirve que se humille, de nada le sirve que implore absolución, de nada le sirve que haga propósito de enmienda. El señor Peña Murrieta, hecho inmortal con una rúbrica y un gesto airado, está excomulgado de la simpatía de las damas. Y el señor Peña Murrieta se venga diciéndoles a las más bonitas requiebros y chicoleos por las calles, igual que un chico travieso.

Pero, con todo, el señor Peña Murrieta es un triunfador. El porvenir es suyo. Su lectura predilecta es "El carácter y el éxito" de Mr. Teodoro Roosevelt. Profesor de energía, le dice el señor Balbuena, que siempre tiene una frase feliz y amable para cada persona.

Telefonazo

Estamos consternados. Estamos afligidos. Estamos con el alma en un hilo. Y no es para menos. El público nos acoge bondadoso, los políticos nos sonríen benévolos, los palatinos nos leen y nos comentan curiosos; pero hay alguien a quien no hemos caído en gracia y que nos hostiliza y nos pone mala cara. Es el Sr. don Carlos Forero. El Sr. Forero nos detesta. Hemos tenido la mala suerte de serle antipáticos acaso porque en nuestro primer número, y en esta misma sección "Voces", nos ocupamos de la persona de su señoría sin todas las reverencias que merece. Tuvimos para su persona todos los respetos debidos al mencionarla, pero pecamos sin duda de escasa devoción y humildad al ocuparnos de ella. El señor Forero nos

repudia, nos desampara, nos echa de su casa con cajas destempladas. Es una lástima. Estamos desolados.

El señor Forero ha querido hacernos ostensible y ruidosa su antipatía. Ha querido decírnosla a nosotros mismos. Nuestros empleados de administración, laboriosos y obsecuentes, recibían avisos, anotaban direcciones, rotulaban sobres, cuando sonó el timbre del teléfono.

–Aló! ¿"El Tiempo"?

–Si. "El Tiempo".

–De parte del señor Forero, que no quiere la suscripción. ¡Que lo borren!...

Nosotros habíamos tenido el pecado de enviar nuestro diario al señor Forero, igual que a otras personas de su importancia, antes de que lo solicitase. Son menudos hábitos de las empresas periodísticas que el señor Forero conoce. Pero el señor Forero no quiere vernos ni pintados y nos prohíbe que entremos a su casa. No volverá a poner los ojos en este periódico.

Todo pudo imaginársenos. El desagrado del señor Pardo, el desdén del señor Riva Agüero, el gesto agrio del señor García y Lastres, hasta la molestia del señor Manzanilla, que es la persona más amable que conocemos, pero nunca pudimos pensar en que iba a caernos encima la mala voluntad del señor Forero. Y es que tenemos en altísimo concepto al señor Forero, es que lo sabemos persona culta y educadísima, es que conocemos sus estadas en Europa, es que no ignoramos su respeto por todos los derechos, es que tenemos noticia de su entusiasmo por las libertades de París, la capital que él ama. Y esperábamos que el señor Forero, demócrata otrora, no podía hostilizar nunca la libertad de expresión de un diario.

No podía sucedernos cosa más grave. Hemos caído en desgracia en el favor del señor Forero. Es una lástima, muy grande.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–VII–1916)

VOCES

La Villa de los Presidentes

La revelación de la candidatura inminente del señor Tudela y Varela, echada a los cuatro vientos por las "Voces" ha tenido sensacional repercusión. Todo el mundo ha asediado y ha ajochado al Sr. Tudela y Varela. Todo el mundo le ha interrogado. Todo el mundo le ha hecho bromas. Le hemos conseguido al señor Tudela y Varela más adhesiones que las que han podido conquistarle sus sonrisas, sus genuflexiones y sus cumplidos. El señor Tudela y Varela tiene una deuda muy grande con nosotros. Si algún día le vemos de presidente de la república, vamos a creer que nosotros le hemos hecho tal. Vamos a estar de ello más convencidos que el señor Pardo de lo mismo. Y es el colmo.

Un amigo nos ha hecho notar una casualidad interesante a propósito de la candidatura inminente:

–El señor Tudela y Varela tiene todas las seguridades posibles de éxito.

–Ajá.

–Efectivamente. El señor Tudela y Varela vive en Miraflores. Un candidato presidencial residente en Miraflores tiene que triunfar de todos modos.

–¿De veras?

–Auténtico. Fíjense Uds., no más. El señor Pardo vive en Miraflores, tiene que triunfar de todos modos.

–¿De veras?

–Auténtico. Fíjense Uds. no más. El señor Pardo vive en Miraflores. El señor Benavides vivía en Miraflores. El señor Leguía vivía también en Miraflores. Ahora, el señor Tudela y Varela, candidato en marcha, es también de Miraflores.

Y nosotros hemos exclamado:

–¡Qué curioso!

Y nuestro amigo, al despedirnos, nos ha dicho:

–Yo me mudo a Miraflores.

Ya no se discute la exactitud de las posibilidades presidenciales del señor Tudela y Varela. Ya no se duda de las complacencias clandestinas que con este proyecto de sucesión tiene el señor Pardo. Las gentes curiosas y vizoras siguen investigando en el horizonte. Siguen haciendo largavista con una mano y cerrando el ojo derecho para escrutar con el izquierdo. Y ahora dicen más fuerte que nunca:

–¡Sí! La que viene ahí es la candidatura del señor Tudela y Varela. Y ya se sabe que Miraflores tiene buena sombra. Es la villa de los presidentes. En ella piensa construir el señor Pardo un gran palacio solariego que será el palacio de su dinastía. A Miraflores se va a mudar todo Lima. Miraflores es casi una tierra de promisión. No debemos tardar en trasladar a Miraflores nuestros domicilios. En Miraflores tendremos alguna esperanza de llegar tal vez a presidentes de la república. Por lo menos, a candidatos, que es ya algo.

Escenografía

El señor Pardo presidente no ha perdido ninguna de sus particularidades, ninguna de sus características, ninguno de sus distintivos. El señor Pardo sigue siendo el mismo de hace seis años. Su buen gusto es el mismo, su aristocracia es la misma, su distinción es la misma, su corrección de snob es la misma. Y el señor Pardo sigue siendo un obseso del decorativismo. Se muere por la elegancia, por el lujo, por la faustuosidad. Y su gobierno sigue siendo un gobierno decorativista. Ahora mismo le preocupa gravemente la reparación del palacio de gobierno. A todos sus visitantes les interroga su parecer sobre el nuevo piso de parquet. Ha llegado al extremo de olvidarse por completo del empréstito frustrado. Ya no recuerda al señor Montero y Tirado. Ya no recuerda a los prestamistas yanquis. Ya no recuerda al petróleo.

Hace dos años, el señor Billinghurst, que también gustaba de la elegancia, hizo reparar el palacio de gobierno. Los cronistas palatinos escribieron entonces así: "El palacio ha quedado como nuevo". Se celebró al Sr. Billinghurst, se elogió el buen gusto del señor Billinghurst, se dijo la excelencia de la discreta y severa suntuosidad de la obra del señor Billinghurst. Ahora el señor Pardo ha hecho remozar el palacio. Y los cronistas palatinos han vuelto a escribir: "El palacio ha quedado como nuevo". Parece, pues, que el palacio de gobierno se pone viejo cada dos

años.

El señor Pardo mismo ha intervenido en los trabajos:

–No. Ese papel no. El tono es muy oscuro. Uno más discreto. Parquet aquí. Parquet allí. ¿Cómo han podido subsistir ahí esos vidrios de color? Ya eso no se usa. Miren ustedes, el color marrón ha pasado ya de moda. En Londres no se usa ni en las oficinas bursátiles. El gabinete del secretario presidencial ha quedado de muy buen gusto. Muy *chic*.

El señor Pardo se encanta con estas preocupaciones. Goza mirando a los tapiceros, a los pintores, a los vidrieros. Si llega el señor Amador del Solar, absorbido por la cuestión de la presidencia del Senado, le interroga enseguida:

–¿Ha visto usted como está quedando Palacio?

El señor del Solar se desespera y tiene que decir que ha visto todo, que le ha encantado todo, que está admirable todo.

Y el Sr. Pardo sonríe, satisfecho de que se alabe su buen gusto. Si no se lo alabase sería su resentimiento mucho mayor que si se le hablase mal del empréstito. Entre el presupuesto y la ornamentación del salón de los pasos perdidos, le interesa mas la ornamentación del salón de los pasos perdidos. El presupuesto es cosa vulgar y mecánica. Todos los años se hace igual. Se coge el del año corriente y se enmienda algunas partidas, nada más. En cambio una ornamentación tiene complicados preparativos. Una ornamentación es siempre distinta.

Todo esto es un síntoma de que el señor Pardo no pierde sus devociones por el decorativismo. Un edificio debe ser elegante... Un funcionario debe ser buen mozo. Un decreto debe estar escrito con hermosa caligrafía. Cuando va al teatro, le preocupan sobre todo el decorado, el mobiliario, el atrezzo. Y es por eso, sin duda, que parece que a su gobierno no le importara su gestión administrativa, que es como quien dice su "argumento", sino exclusivamente su decoración y su ornato. En las obras gubernativas del señor Pardo todo es cuestión de escenografía. De este régimen podrán discutirse muchas cosas. Pero su aristocracia y distinción no habrá forma de discutirlas. Será tal vez –por culpa de la ingratitud de los peruanos–, un régimen malo. Pero es, indudablemente, un régimen *snob*. Y ya es bastante.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–VII–1916)

VOCES

Una dedicatoria

Este es un relato. Un relato auténtico. Parece una invención de Luis Taboada. Pero no lo es. Es un relato auténtico. Y es un hecho auténtico también.

Habla un amigo, busquillo y bien informado como él solo. Habla así:

–Este es un diputado suplente que va a incorporarse recién a su Cámara. Este es un diputado del interior. Este es un diputado provinciano. Existe costumbre de que los diputados provincianos, que van a formar en las mayorías, rindan al llegar a Lima homenaje de pleitesía al señor Pardo. Así se lo dijeron a este diputado de mi historia. Y el diputado buscó en sus maletas un regalito para ofrecérselo al señor Pardo, junto con su adhesión. Sacó de su equipaje un huaco. No le pareció bien. Sacó una momia. Le pareció mal. Sacó un trozo de cuarzo. Le pareció vulgar. Sacó una muestra de papa. Le pareció más vulgar. Sacó un santo de piedra de Huamanga. Lo volvió a guardar religiosamente. Sacó su levita. Olía a naftalina y a pimienta. El diputado se quedó meditabundo ante la maleta abierta y pensó con gravedad en el regalo. De pronto, sus manos revolvieron ávidas las ropas, las corbatas y los calcetines y extrajeron de bajo una camisa blanca con motitas azules, un gran pliego muy doblado y cuidado. Era un plano de un camino proyectado por su señoría. Un gran camino que había de trasformar su región, de engrandecerla, de impulsarla. El regalo estaba resuelto.

Y nuestro amigo tomó un respiro e hizo una pausa, como en los cuentos espeluznantes. Nosotros, curiosos de profesión, escuchábamos ávidos. Nuestro amigo siguió:

–El diputado escribió en el plano una gran dedicatoria así: "Al Excmo. Sr. Dr. José Pardo". Se puso chaqué. Se hizo la barba. Se echó perfume Roger Gallet. Y se fue a Palacio. El señor Pardo lo recibió gentilmente. El diputado le puso el plano en las manos. El señor Pardo quedó encantado

con el obsequio y dijo su agradecimiento. Y luego preguntó: –"¿Que podía hacer el Gobierno en este asunto?". El diputado respondió con modestia: –"Imprimir el plano". Al señor Pardo le pareció muy bien y prometió hacerlo. El diputado se despidió obsecuentemente. Y el Sr. Pardo mandó imprimir el plano en la sección respectiva del Estado Mayor. Y en esta sección se contestó: "Bueno. Lo imprimiremos nuevamente. Pero ya existe aquí impreso. Fue publicado hace tres años. Sólo que entonces la dedicatoria decía: "Al Excmo. Sr. D. Guillermo Billinghurst". El señor Pardo, festivo y bien humorado, se refociló más que si hubiera leído una historieta de su ilustre antepasado don Felipe, próximo a la exhumación.

Y nuestro amigo calló. Nosotros nos quedamos con la boca abierta. Nuestro amigo se rió con un estrépito que nos dejó sordos.

Convencionalmente

Malo es usar una vez entre nosotros una costumbre, un sistema, un método ajeno. Se aclimata aquí enseguida. Este es un país excelente para la aclimatación de todo lo exótico. Hubo una vez jornada cívica. Y la jornada cívica se hizo en el acto endémica. Jornada cívica para esto. Jornada cívica para aquello. Jornada cívica entre los universitarios. Jornada cívica en un cinema. Jornada cívica en todas partes. Ensayáronse otra vez las ubicaciones parlamentarias. Las ubicaciones son ya también endémicas. Hízose un día gobierno nacional. Y se ha hecho endémico también. Cada cuatro años habrá un gobierno nacional nuevo. Y ahora son las convenciones electorales las que definitivamente compran carta de ciudadanía en el Perú. Ya tenemos cercana otra convención. Como si hiciera mucho tiempo de la reunión de aquella que nos dejó al señor Pardo, con los nuevos atributos de gobierno nacional.

Los constitucionales patrocinaron la convención pasada. Los constitucionales patrocinan la por venir. El general Cáceres inició aquella. El general Cáceres inicia la de ahora. Todo es igual. Idéntico. Y hasta es el señor Osores el incógnito autor de la comedia. Y hasta son las bizarrías históricas y la heroica figura del general Cáceres las que amparan, cobijan y hacen otra vez insospechables las gestiones para esta convención.

El general Cáceres ha visitado al señor Barrios, vicepresidente de los civilistas, al señor Durand, presidente de los liberales, al señor Riva Agüero, presidente de los futuristas. Y al señor Malpartida, presidente de los progresistas. A todos les ha llevado una abnegada frase sobre el bien

comunal, sobre los anhelos de la ciudad, sobre la conveniencia de que los partidos se unan y se conchaben, para que de una convención nueva, de una convención chica, salga la lista de candidatos municipales. Han sido ligeras entrevistas, meros *pour parler*. Tras ellos vendrá una circular oficial del partido de La Breña, definitivamente resuelto a hacer el bien de la patria. Los constitucionales son todos héroes.

Ante la invitación del General Cáceres, todos los jefes de partido han tenido actitudes galantes, sonrisas, venias, cumplidos. El señor Barrios ha dicho que sí con la cabeza. El señor Durand ha sonreído para disfrazar el disgusto que le causaba advertir entre bastidores al vicepresidente de los constitucionales y candidato a la alcaldía. Los únicos que se han alborotado son los futuristas. Las novedades los sacan de quicio como a los chiquillos. Se han juntado en seguida en casa del señor Riva Agüero para acordar su actitud. Y han redactado una enorme y sustanciosa carta de respuesta a la invitación oficial de los constitucionales. Todo el programa comunal del partido; todos sus magnos principios comunales irán en la nota. El señor Riva Agüero pone en ella la autoridad, el señor La Jara la literatura, el señor Belaúnde los dogmas, el señor Gálvez una frase rimada. Colaboración absoluta. Si el señor Uceda estuviese en Lima, pondría la fecha...

Gesto heroico

Las gentes están alarmadas, asombradas, absortas. Y no es para menos. De la noche a la mañana, los constitucionales han adquirido una postura heroica, epopéyica, marcial. El espectáculo de la guerra europea los solivianta, los exalta y desentumece las belicosidades de sus almas guerreras. En la atmósfera les ha llegado humareda de pólvora. Y han tocado enseguida zafarrancho.

Hace poco tiempo los diarios dijeron: "Se organizan los constitucionales". Y las gentes preguntaron: –¿Pero hay todavía constitucionales? Porque el partido constitucional desde hacía largos años no daba señales de vida. Soñaba, dormía; existía, pero en estado cataléptico. Era como un fakir en pleno nirvana. El partido civil hablaba siempre a su nombre. Cuando los partidos decían sus pareceres en los debates de la política y le tocaba su turno al partido constitucional, el partido civil intervenía: –"Este dice que sí"; y en otros casos: –"Este dice que no".

Hoy el partido constitucional está rejuvenecido, guapo, animado.

Parece que por él no hubieran pasado los años. Se cuadra con el señor Pardo, con el señor Menéndez, con todo el mundo. Y hace sonar el sable y se pone su tricornio con pluma colorada.

El general Cáceres es el más transformado. Su actitud causa asombro. Celebra conferencias, escribe circulares, guapea a sus amigos, execra la metafísica del señor Hildebrando Fuentes, se pasea en coche, escribe en máquina "Underwood" y se prueba las caballerescas armaduras de su mocedad. Ha sacado al salón de su casa sus panoplias. Lo único que le falta es montar a caballo. El señor Pardo no se atreve a disgustarle siquiera, porque teme que a lo mejor el General Cáceres le grite: "¡Silencio! Ud. no es ni soldado raso". El señor Durand tiene idénticos temores. El doctor Barrios no se atreve a preguntarle por los males. El señor Riva Agüero le hace fiestas y reverencias y genuflexiones.

El más maravillado de la transformación es el General Canevaro. No sabe explicársela. Admite que con él no se atreven los achaques, pero no admite que no se atrevan con los demás. El afirmaba que ya el general Cáceres debía pasar al retiro. Hoy no sabe qué decir. Se quita los anteojos y limpia sus cristales en una manga de su americana, para mirar nuevamente y convencerse de que no se engaña.

El Sr. Pardo, confundido, le echa la culpa de todo al señor Osores. Mira inminentes las bizarrías y acometividades del señor Vivanco. Y se asusta. Los civilistas se conmueven y se consternan. Hay ruido de tambores y de chafarrangas. Y ya no exclaman como antes los amigos del gobierno:

–¡A los constitucionales no les regateamos puestos en la Cámara. Les damos una vicepresidencia y una secretaría, pero han de ser para el señor Peña Murrieta y el señor Carrillo que son más civilistas que constitucionales. Nada más!.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–VII–1916)

VOCES

Descanso dominical

La política cumple el precepto divino. Se ajusta a la ley mosaica. Pero sólo en cuanto al descanso dominical. Se asiste y trabaja seis días. El sétimo descansa. Duerme a pierna suelta o se va de juerga o se recata honesta y religiosamente. Los días domingos, los políticos dejan casi de serlo. Se suspenden los ajetreos, se paralizan las maniobras, cesan las intrigas. Las únicas personas importantes que trabajan los domingos somos los periodistas.

El día de ayer fue, como para todos, día domingo para la política. El señor Pardo se quedó en la plácida y honesta tranquilidad de su casa de Miraflores. En la paz del hogar como diría el doctor don Juan Bautista de Lavalle, que se regala y expansiona en los encantos de la vida intima, de la placidez doméstica, del yantar hogareño, de la velada familiar, del juego de prendas, de la abuelita haciendo *crochet* y de las horas de descanso para el espíritu. Y es la paz del hogar la que goza el señor Pardo los días domingos. En el gabinete presidencial de palacio, los edecanes hacen comentarios, toman té con pastas y juegan tresillo.

Los diputados y senadores que llegan de provincias, tuvieron ayer programa festivo. Las carreras, el teatro argentino, Paco Ares, el Zoológico. Traen todos a Lima un gran contento. Hablan de la guerra europea. Se refocilan con la proximidad de las fiestas patrias. Si hubieran perdido, por culpa del tren o del vapor, las fiestas patrias, grandes habrían sido su desolación y sus quejas. Les entusiasman los fuegos artificiales, las iluminaciones, las guirnaldas, las banderas, las nochebuenas.

Ayer los constitucionales dejaron en descanso las armaduras, los arcos y las panoplias. Hicieron un armisticio. También respetan obedientemente la ley mosaica. Descansan los días domingos. Y las fiestas de guardar, como agrega la santa iglesia católica. El General Cáceres no hizo visitas. Se quedó en su casa. Arrellanado en un sillón y con gorro casero, pensaba

en el porvenir. Evocaba la campaña de La Breña. Leía los diarios de la mañana.

El comentario público decía que la iniciativa de la nueva convención, hacía su camino. La circular de los constitucionales haciendo oficialmente su invitación, está ya lista. La respuesta de los futuristas fue sacada en limpio el sábado. Le falta únicamente la fecha. La firma del señor Riva Agüero está ya puesta. Y los futuristas prominentes han comenzado a tener el temor de que los constitucionales no pasen circular alguna y los dejen con la contestación escrita. Y la contestación, como ya hemos dicho, es todo un manifiesto sobre las ideas comunales del partido. Una amplia exposición de principios y opiniones. Muy jugosa, muy sazonada, muy interesante, muy bien escrita.

El señor Belaúnde, encantado con la exposición, es el que no abandona la certidumbre de que se publica. Y dice, a la sordina para que no le escuchen en Palacio donde no se mira bien al futurismo:

–Si los constitucionales, se arrepienten, buscaremos otro pretexto para la postura.

Candidato en marcha

El doctor Manuel Bernardino Pérez vuelve a ser candidato. Hace algunos años que la nostalgia de la cámara lo consume. Triste y taciturno, busca una distracción para sus penas. En su cátedra de la universidad, les cuenta anécdotas a los estudiantes. En su gabinete de abogado, le hace amena tertulia a su clientela. En el club y en las confiterías, le da a cada amigo un festivo comentario, que suena indiscreto y breve como un rezongo. Pero la nostalgia de la Cámara no lo abandona. Cuando leía los debates parlamentarios se entusiasmaba y quería ir a dar sus pareceres más ladinos. Y se abstenía de presentarse en una sesión, por miedo de que la costumbre le llevase a meterse en la discusión y hacer interrupciones risueñas. Y las gentes, como han tenido hábito de verle de diputado, no recuerdan siempre que no lo es, y a veces le han dicho, en presencia de una situación legislativa:

–¡Cómo doctor! ¿Y Ud. qué hace? ¿Por qué no interviene? ¿Qué dice Ud?

En el alma nostálgica del doctor Peréz que, a pesar de todas sus apariencias, tiene un fondo romántico y sentimental, tales equivocaciones despiertan y avivan recuerdos un poco sombríos. Cuando el doctor Peréz

ha oído que le hablaban de este modo y cuando esto ha ocurrido en una confitería, silenciosamente le ha dado la espalda al amigo que interrogaba, ha ido al mostrador, ha destapado un frasco de chocolates, se ha comido uno y no ha contestado nada. El chocolate tiene la virtud de endulzarle la boca y el alma.

Hoy el señor Pérez es candidato a la diputación por Pataz. El gobierno le apoya. Se inician ya, con el amparo oficial, sus trabajos electorales. En Pataz todo el mundo sabía de oída quién era el señor Peréz y lo admiraban. Los chicos tienen su retrato, recortado de los periódicos. Los contribuyentes admiran al señor Pérez. Los electores lo aman. El subprefecto lo patrocina. El médico titular lo exalta. Sólo el cura le detesta y enciende lámparas y bujías para que esta candidatura se la lleve el diablo.

Y la candidatura del señor Pérez es unánimemente consultada y aplaudida. Pero hay malévolos que dicen:

Mal augurio. La candidatura del señor Pérez trae terribles presagios. Hace algunos años fue la semilla de la discordia. Por él disputaban bloquistas y leguiístas. Tiene *jettatura*, anuncia tempestad y, según el mismo señor Pérez, la historia se repite.....

(En *El Tiempo*: Lima, 24–VII–1916)

VOCES

Cuarto creciente

La política pasa a ser interesante. Se ha desentumecido y corre y salta, que es un contento. La intriga se anima no sólo en las sombrosas clandestinidades de los bastidores sino también en el escenario y a los ojos del público. Es un hecho que los constitucionales alborotan el cotarro como en sus mejores tiempos. Es un hecho que el general Cáceres se torna travieso igual que un chico. Es un hecho que la crisis ministerial estalla cualquiera de estos días. Acaso hoy, acaso mañana, acaso pasado. Es un hecho que la próxima renovación municipal tiene soliviantados innumerables intereses. Es un hecho que el señor Pardo está arreglando en palacio un gabinetito muy chic con muebles de Malherbe. Es un hecho que la celebridad de don Felipe Pardo y Aliaga se levanta, después de setenta años, nuevecita e ilesa.

Ayer, el comentario callejero se hizo animado. Y se hizo también mentiroso y malévolo y temible y aleve. Las gentes decían que el señor Riva Agüero había renunciado ya. Y se refocilaban a costa de la noticia. Unas decían a modo de responso: Requiescat. Otras afirmaban haber visto en la mañana al señor Riva Agüero y haberse dado cuenta de que ya no tenía cara de ministro. No podía pues ponerse en duda la noticia. Un ministro que ya no tiene cara de tal, es porque ha dejado de serlo. Lógica criolla.

Nosotros hablamos con el oficial mayor de relaciones exteriores. Y el señor oficial mayor de relaciones exteriores nos dijo que no tenía noticia de la renuncia. Luego el comentario público mentía. Indiscutiblemente. La palabra del señor oficial mayor de relaciones exteriores es palabra oficial y por lo tanto insospechable.

Y las gentes, alborotadas, comentaban después esta otra noticia, igual que si fuera la de un acontecimiento sensacionalísimo:

–¿El señor Pardo y el señor Tudela y Varela han venido juntos de Miraflores?

–¿Juntos?

–En el mismo carro.

–¿Y después?

–Después han ido a Palacio.

–¿Juntos?

–Juntitos. Y han conferenciado. Y se han conchabado.

–¿Comienzan las conferencias?

–Comienzan.

Los liberales protestaban:

–¡Eso no quiere decir nada! El señor Pardo conferencia con todos los políticos. Hace tres días estuvo también en Palacio el doctor Durand.

Y las gentes comentadoras acotaban:

–Si. Y entró por la puerta de los Desamparados. Es como quien dice por la puerta falsa.....

Ayer estuvo en Palacio el doctor Osores. No sabemos qué cara llevaría. Seguramente risueña y cordial como es siempre la del señor Osores. El señor Pardo le miraría rencoroso. El señor Pardo le atribuye el secreto de toda la energía inusitada y gallarda del partido constitucional. Y no se la perdona. Y como no se la perdona le sale al encuentro en la cuestión de las elecciones municipales.

Mientras tanto, los obreros también se agitan completamente solivian-tados contra el señor Pardo. Están resueltos a enseñarle los puños. El señor Pardo, completamente aristócrata, sonríe y exclama despectivamente:

–¡Huelguistas!

Y toda la atmósfera se torna nublada y sospechosa. Hay olor de humareda. Hay aprestos militares. A la movilización han seguido los ultimatums. A los ultimatums seguirán las batallas. La política tiene cara nueva. Ha entrado en una nueva fase. Está en cuarto creciente.....

Plagio patente

El señor Pardo comienza a imitar tímidamente los métodos del señor Leguía. Pero los imita sin estilo. Sin atrevimiento, sin modificación. Viéndolo, el señor Leguía se reiría de él a caquinos. Por pura imitación, el señor Pardo tiene una maniobra en incubación. Una maniobra tremenda, pero sin originalidad. No va a sorprender a nadie y va a hacer reír a todo el mundo. Es la suerte de todas las maniobras del señor Pardo.

El señor Pardo quiere cisionar el partido constitucional. Quiere que los constitucionales que lo quieren, que lo admiran, que le son devotos, se

enfrenten a los otros y hagan casa aparte. El señor Pardo les garantiza el éxito bajo su palabra de honor. Ha llamado al señor Canevaro, al señor Fuentes, al señor Criado y Tejada, al coronel Arias Pozo. El señor Canevaro ha dicho que es cosa grave meterse con el general Cáceres ahora que está tan belicoso y puesto en sus trece. Los demás han respondido con frases muy gentiles. Pero el señor Pardo no ceja en su empeño. Está definitivamente resuelto a cisionar a los constitucionales. Quiere dividir para gobernar. Y como es un método con patente de invención reconocida, nosotros denunciamos el plagio.....

Chocolate, pastas, oporto

Anoche se reunieron los liberales. Fue el suyo un concilio pleno. Se realizó en el salón de actuaciones de "La Prensa" que es grande, suntuoso y placentero. Y presidió el concilio el señor Durand. Hubo comentario amable, íntimo, hogareño. El señor Durand tenía la cara risueña que tiene siempre para sus amigos políticos. Una cara más risueña que la del señor Balbuena.

Se hizo debate alrededor de la iniciativa constitucional para una nueva convención. El señor Durand se ríe de ella con estrépito:

–¡Otra convención! ¡Y otra convención de los constitucionales! ¡Y otra convención detrás de la cual anda como un fantasma el señor Osores!

Y una voz respondía desde un rincón:

–¡Como si nos hubiera ido muy bien en la primera!

Y otra voz decía en otro extremo de la sala filosóficamente:

–Una vez por gusto, pasa.

Después de los comentarios, hubo chocolate, pastas y oporto. El señor Durand presidía la cena, cual si fuese una cena pascual. Aunque es ateo, guarda aún ciertos ritos religiosos. Y dividía un bizcocho muy grande entre toda la familia liberal y hacía que todos probaran de él por igual. Era, en el reparto, patriarcalmente bondadoso.

Y después del chocolate, la reunión fue languideciendo. Los liberales, que son todos personas apacibles y recatadas, comenzaron a bostezar con síntomas de sueño. Y sobrevino el desbande. La tertulia había sido sólo una tertulia familiar. Terminó a hora temprana y discreta. Es que los liberales, son todos ciudadanos honestos que gustan de recogerse temprano y detestan la mala noche. Por eso es que el señor Silva Santisteban los va dejando solos y se va saliendo de puntitas del cercado del partido.....

Derechos de Autor

Anoche estuvo en el teatro Colón el señor Pardo. Este dato nos lo trae nuestro repórter palatino. No le trae nuestro revistero teatral. Lo adquirimos nosotros mismos. Desde que entramos al teatro nos dimos cuenta de que había dentro un acontecimiento solemne. Y acallamos nuestros pasos. El portero nos hacía: "¡Chist!". Y cuando pasamos cerca de él, nos agregó gravemente:

–Adentro está el gobierno.

Y en verdad, el señor Pardo estaba en el teatro. Había en todo él un ambiente de religiosidad y admiración. Las gentes seguían los gestos del señor Pardo. Las mujeres le miraban con sus impertinentes. Los cómicos estaban con el alma en un hilo y se aturdían. Se daban cuenta de la gravedad de interpretar una obra de un genuino burgués y peruano, escrita hace setenta y tantos años, en presencia de un nieto suyo y presidente de la república. Salían a la escena, hablaban, se movían y, en cuanto el libreto lo anotaba, se regresaban corriendo a los bastidores.

La obra era sustanciosa y reflexiva. Tenía moraleja como las fábulas de Samaniego. Los cronistas teatrales decían que se la exhumaba. Y efectivamente olía a antigualla, a momia y a ropa legendaria. Y a naftalina y a pimienta y a alcanfor.

El teatro estaba rebosante. Y estaba en él toda la familia Pardo. Toda la familia Barreda. todos los descendientes del genio limeño. Las gentes aplaudían y el señor don José Pardo sentía tentaciones de presentarse en la escena.

Y al final unas gentes decían:

–La obra se ha representado ante la familia.

Y otras comentaban:

–¿Quién cobrará los derechos?

Y otras preguntaban:

–¿Cuáles derechos?

Y aquellas respondían:

–Los derechos de autor del señor Pardo y Aliaga.....

Todo un conflicto de delicadeza para el empresario.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–VII–1916)

VOCES

Training

La figura afable de la oposición es la del señor don Juan Manuel Torres Balcázar. El señor Torres Balcázar visto de cerca y de lejos parece persona agresiva y destemplada. Sus opiniones no se concilian con la sonrisa. La ha proscrito un tanto de su fisonomía. Y no comprende cómo el señor Manzanilla y el señor Balbuena y tantas otras personas hacen abuso y prodigalidad de ella. Pero el señor Torres Balcázar, a pesar de tales apariencias hoscas, es persona llena de amabilidades y gentilezas. Igual que el señor Peña Murrieta, tiene entre sus adversarios tantas simpatías como entre sus compañeros. Es la suya una personalidad bizarra, pero al mismo tiempo galante y cortesana. Lima entera le quiere. Su popularidad y sus simpatías son enormes. Es un tribuno que se halla en los aledaños de la inmortalidad.

Hace dos días fue el cumpleaños del señor Torres Balcázar. Todo Lima le felicitaba; todo Lima le agasajaba; todo Lima le aclamaba. Un núcleo de amigos le había invitado a un banquete. Y el señor Torres Balcázar había tenido que decirles:

–Hoy no puedo. Muchas gracias. Estoy comprometido para otro banquete.

Y luego el núcleo invitante modificaba:

–Entonces mañana.

Y otro grupo solicitaba después al señor Torres Balcázar. Y el señor Torres Balcázar y sus amigos tenían que acabar en un convenio que difería la fecha del nuevo banquete.

Sólo hoy concluye la serie de banquetes al señor Torres Balcázar. Hoy le obsequian sus amigos de la cámara. El señor Torres Balcázar pronuncia hoy su último brindis. Porque ésta ha sido la significación que para el señor Torres Balcázar ha tenido su cumpleaños. Un obligado entrenamiento de su oratoria. Hace tres días que no hace otra cosa que pronunciar brindis.

Todos ellos elocuentísimos y vibrantes. El aniversario del señor Torres Balcázar tiene la oportunidad de anteceder muy cercanamente a las sesiones de la cámara. Nosotros pensamos que todos los oradores parlamentarios, del Perú y del mundo, debían tener igual oportunidad en sus natalicios.

La inauguración del congreso sorprende, pues, al señor Torres Balcázar en pleno training. No habrá quién le discuta. No habrá quién se le enfrente. Está formidable de elocuencia. Ha pronunciado hasta ahora innumerables discursos. Sólo que todos ellos han sido discursos cortesanos y amables. Oratoria galante. Oratoria de cumplido. Oratoria de sobremesa y de champaña. En el parlamento tendrá que tornarse en oratoria de combate. Esto del entrenamiento ha sido, como quien dice, una salva gentil y caballeresca. Un saludo a la bandera.

Milagro bíblico

Ayer, inocentemente, como decimos nosotros todas las cosas, decíamos que el señor Durand, en la presidencia del concilio de los liberales, había puesto evocaciones de pasaje bíblico. Y que había repartido un bizcocho muy grande entre todos los liberales, igual que el divino galileo unos panecillos y unos peces entre los peregrinos que oían sus parábolas. Y que el concilio había semejado en su último instante una cena pascual.

Pues bien, todas las evocaciones que nosotros, por pura divagación y ociosidad, quisimos atribuirle, son absolutamente ciertas. El concilio ha sido milagroso. Bíblicamente milagroso.

En los diarios de la mañana de ayer, se publicó una nota oficial de los liberales, que consignaba los nombres de los liberales representantes, reunidos antenoche bajo la augusta presidencia del doctor Durand. Los consigna como una demostración de fuerza:

–Aquí, cogidos de las manos, compactos, decididos, resueltos, estamos todos los que somos. ¡Y miren ustedes cuántos somos los que aquí estamos!

Pero aquí las gentes son incrédulas, malévolas y observadoras. Y se dieron rápida cuenta de que en la lista había engaño. Y gritaron:

–¡La han hinchado!

Y cogían un lapicito, las listas de pasajeros, las nónimas de representantes y apuntaban:

–¡Fulano no está en Lima! ¡Mengano es civilista! ¡Zutano no se incorpora!

Y, efectivamente, en la lista hay milagrosa multiplicación. El señor Durand ha anotado nombres, nombres, más nombres. Despues los ha contado y los ha puesto en ella. Y el milagro ha sido hecho.

Un amigo nos gritaba así:

–¡Esta es estrategia de montonera! El señor Durand no se olvida de sus tácticas revolucionarias. Los revolucionarios criollos hacen así. Arman espantajos en las puntas de los cerros con un palo y un poncho y un sombrero.

Cartas minuciosas que nos han llovido, dicen:

–El señor Manuel J. Mendoza no está en Lima. El señor Benjamín Flores no está en Lima. El señor Saturnino Bedoya no está en Lima. El señor Pérez Velásquez no está en Lima, ni viene tampoco.

Y antenoche mismo en el Palais Concert, delante de varios representantes, el señor Arturo Vidal, declaraba precavido:

–Yo que he sido siempre tan civilista. Yo que sigo siéndolo. ¡Porque yo sigo siendo civilista!

Y nadie le contradecía.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–VII–1916)

VOCES

Vísperas

Ya estamos a un paso de la inauguración de las sesiones del congreso. Ya la política va entrando en cuarto creciente, como llevamos dicho, nueva fase. Nueva vida. El señor Pardo que hasta ayer vivía en paz completa siente desde ahora intranquilidades y molestias. El parlamento va a importunarlo algún rato. Los diputados y senadores ponen cara de escolares para quienes han concluido las vacaciones. Regresan al colegio con la cara de fiesta y de mataperrada.

Casi todos los representantes de provincias se encuentran ya en Lima. Les hemos visto en las calles, en las confiterías, en los clubes. Siempre simpáticos, siempre joviales, siempre alegres. Entre ellos se festejan y se obsequian. Lima les solivianta y les pone traviesos.

Hemos visto a muchos amigos nuestros. Al señor Octavio Alva, al señor Vivanco, al señor Ezequiel Luna, al señor Sergio Rodríguez. Hemos visto también al señor Juan Durand y al señor Gregorio Durand. Don Juan irá al senado. Don Gregorio irá a la cámara de diputados. Si el doctor don Augusto, jefe del partido, va a la cámara de diputados, habrá tres representantes del ilustre apellido Durand en el parlamento de la república.

Los liberales han dicho ya sonoramente que ellos están en lo absoluto de acuerdo con los civilistas. Los civilistas han dicho con la misma sonoridad, que ellos están absolutamente de acuerdo con los liberales. Esto tuvo repercusión revolucionaria entre los constitucionales que no quieren estar de acuerdo con nadie.

Y se rumoreó un plan tremendo. El de dejar hoy al congreso sin quórum. Los constitucionales contaron sus adeptos y prepararon la maniobra. El comentario público dudó mucho que su belicosidad llegase a este extremo. Se hizo burla de la maniobra. Se negó que los constitucionales tuvieran fuerza para hacerla. Pero el rumor continuó persistente y amenazador.

Y hasta se refería una frase militar del señor Cáceres.

–Es una sorpresa de flanco. Táctica alemana.

Ayer, las cosas se habían modificado. Los bonos constitucionales se cotizaban mal. Y el señor Rojas Loayza declaraba terminantemente a nuestros cronistas, en el Senado:

–Hay para los consitucionales hasta una prosecretaría...

Estética

La crisis está galvanizada. Iba a producirse, iba a estallar pero no era correcto dejar al señor Pardo sin gabinete en víspera de la reunión del Congreso. Habría sido muy feo. No hay por qué averiguar si habría sido favorable para la salud de la patria. Basta con saber que habría sido feo. Feísimo. Asunto de ornamentación gubernativa. Estética de la administración.

Parece que ya no se va nadie del ministerio antes de la inauguración del Congreso, ni siquiera el señor Menéndez, que es quien hace más rato se halla con el pie en el estribo.

Y sobre todo se queda el coronel Puente. El coronel Puente estaba heroicamente resuelto a la dimisión. Sentía que el Senado lo reclamaba con instancia. Anhelaba verse, frente a frente, con el general Canevaro, para derrotar sus teorías anticuadas con las suyas juveniles y revolucionarias. Pero lo ha detenido una consideración de última hora. Una consideración grave, trascendental y patriótica. Su renuncia iba a privarlo de revistar mañana las tropas, lujosamente uniformadas por desvelo suyo. El, que ha resuelto la conveniencia e importancia de que el ejército use uniforme gris; él, que ha elegido el paño; él, que ha asistido a la confección; él, que ha soñado con la elegancia de los nuevos trajes, no podía dejar la cartera sin asistir a la inauguración de obra tan prolija. Y se queda hasta después del estreno. No es un retardo pueril. El mismo coronel Puente lo dice a sus íntimos:

–Dejo el ejército como nuevo.....

Ayer ha salido en los diarios la noticia de que, antes de formar para la inauguración del Congreso, desfilará el ejército delante de los balcones de Palacio. Las gentes, que aquí son tan suspicaces y maliciosas, y que andan buscándole significado a todo, se preguntaban la razón de este desfile previo.

Y unas decían:

–Es para que el coronel Puente admire su obra a la luz del día.

Pero otras, menos festivas, buscaban un significado más abstruso y grave, y exclamaban:

–Son sugestiones del 4 de febrero. El Gobierno quiere que el ejército desfile para él antes de formar para el Congreso. Es como decirle a los soldados: "Primero el Gobierno; después el Congreso".

Puro logogrifo. Pura adivinanza.

Música de sirenas

Ayer terminó la serie de banquetes con que ha sido agasajado el señor Juan Manuel Torres Balcázar por motivo de su cumpleaños. Ayer fue el último banquete. El último menú. El último brindis. Fueron los diputados los que ayer se reunieron alrededor del señor Torres Balcazar. Y los hubo de todos los matices, de todos los grupos, de todas las opiniones. Estaban el señor Manzanilla, el señor Peña Murrieta, el señor Balbuena. Todas las celebridades de la Cámara joven.

Ya hemos dicho que el Sr. Torres Balcázar es universalmente admirado. Universalmente querido. Tiene en la mayoría los mismos afectos que en la minoría. Y en la minoría todos lo aman. La fiesta fue, pues, alegre, cordialísima y regocijada. Hubo orquesta nacional. Y hubo también orquesta del ejército. El señor ministro de guerra le envió, de este modo, recado al señor Torres Balcázar de que no se acordaba de los ataques parlamentarios de su señoría. Un recado lírico, romántico, sentimental del señor ministro de guerra. Arduas preocupaciones le costaría resolverlas. ¿Cómo podría cumplimentar al señor Torres Balcázar? ¿Cómo podría obsequiarlo? ¿Cómo podría festejarlo? Y se resolvería al fin. Le enviaría una banda de músicos. El homenaje enternecería seguramente al señor Torres Balcázar.

Pero el señor Torres Balcázar es un espíritu templadísimo y enhiesto. Y no le enternece la música. Mucho menos la música militar. Admite que quieran conquistarle el corazón con una guitarra y un yaraví, pero no admite que quiera conquistársele con bombo y platillos. El señor ministro de guerra ha confundido los métodos. Ha oído hablar de la música de las sirenas. Y ha oído hablar de que la música auspicia una simpatía y un amor. Pero no sabe que no es la musica guerrera la que para tales cosas sirve. La música guerrera más bien exalta, solivianta y espolea. La música que enternece es la música de serenata. Son éstas, pequeñas equivocaciones del señor ministro de guerra, que tiene un alma marcial y vibrante como una

clarinada de la escolta.

Al rededor de la música militar, se hizo en la fiesta sabroso comentario. Hubo murmuraciones. Hubo comentarios. Y, aparte del tema de la música, hubo regocijo y placidez digestiva. Hubo bocaditos. Hubo viandas criollas. Y hubo, naturalmente brindis. Galanísima y florentísima frase del señor Manzanilla. Grave y mesurada frase del señor Salazar y Oyarzábal. Agradecida y elocuente frase del señor Torres Balcázar. Y, también, frase profesional y jocunda del señor Peña Murrieta. El señor Peña Murrieta, dijo que hacían falta en el parlamento hombres como el señor Torres Balcázar, guapos, honestos, valientes, trejos, decididos.

Y, como el señor Manzanilla le acotara risueñamente:

–¡A ver, doctor: una metáfora del repertorio!

El señor Peña Murrieta tuvo esta frase entusiasta:

–¡El señor Torres Balcázar es un hombre que hace honor al sexo parlamentario!

Textual. Auténtico.

Coqueterías

El señor Balbuena, tan entusiasta y risueño hasta anteayer, pasea ahora trágico. Ha llegado el diputado propietario por el Marañón. Y el señor Balbuena no va a poder ocupar su escaño del parlamento. Disfuerzos y coqueterías del señor Durand con su leader.

Y resulta a la verdad consternador que el señor Balbuena esté ausente del parlamento. El señor Balbuena es en él imprescindible. El señor Balbuena es muy amable, muy bondadoso y muy gentil. Está educado en una escuela de genuflexiones y cumplidos que es la única compatible con los tiempos que corren. La humanidad no quiere ya hombres adustos y severos. La humanidad quiere hombres que sonrían. Y el señor Balbuena, que sonríe habitualmente, sabe también a ratos ponerse serio. Entonces grita, se congestiona, da puñadas sobre su carpeta, hace gestos teatrales. Más tarde, en los corrillos, se muere de risa de sí mismo. Es que en el escaño siente la dignidad sacerdotal de sus funciones. Y, fuera del escaño, se acuerda de que es muy limeño y muy jovial y todo lo toma a broma. Chiste. Sonrisa. Eutrapelia. Chacota, como aquí decimos.

Hoy el señor Balbuena está sombrío. Y le asiste toda la razón. Protesta. Se indisciplina. Y se hace la vaca del partido. Porque los representantes liberales tenían un conchabamiento para no concurrir al banquete al señor

Torres Balcázar. Y el señor Balbuena estuvo en el banquete. Se puso altivo. Se sustrajo a las consignas. Se irguió. Y cuentan que en la puerta de "La Prensa" le dijeron:

–¿Viene usted doctor del banquete?

–Y que él contestó:

–Justo.

Y que le replicaron:

–¡Ah! Una noticia. A la salud de don Gregorio Durand le conviene definitivamente el clima de Lima.

Estamos locos por asistir a una postura del doctor Balbuena.....

(En *El Tiempo*: Lima, 27–VII–1916)

VOCES

Pirotecnia

Estamos escribiendo para un público lleno de alborozo patriótico y ávido de vianda criolla, de procesión cívica y de fuegos artificiales. Estamos escribiendo para un público de veintiocho de julio. Todo es entusiasmo, calor, vibración, himno nacional, cohetes, luces, banderas solemnes, banderitas de papel, banderas de percalina y asta de caña, marcialidad, regocijo, golosinería, tamales, buñuelos, trajes flamantes. Todo es típica manifestación patriótica.

Hoy, las gentes se desperezarán ágiles tras el cansancio de la nochebuena. Comprarán las abultadas ediciones de los diarios que son, como el pueblo, pomposos y exorbitantes en la conmemoración de la libertad. Comprarán un abanico de papel con los colores peruanos y un muñequito de cartón de esos que hacen acrobaciass mediante un ingenuo mecanismo. Se pasearán. Se aburrirán. Y más tarde, dudarán entre asistir a los espectáculos militares de rito o al festival de los jardines del Zoológico.

Nosotros escribimos mientras en la ciudad todo es holgorio y diversión. En el jirón de la Unión miles de luces desparraman una alegría desmesurada y festiva. Los coches y los automóviles hacen corsos tumultuosos. Coches y automóviles de gente suntuosa que marchan gravemente. Coches y automóviles de gente rastacuera y cursi que van más de prisa. Coches y automóviles de jovencitos que pagan por cotizaciones y que van a toda carrera. Y en las veredas y hasta en las calzadas, formidable flujo y reflujo de gentes de todas calidades, temperamentos, humores, tamaños, aspectos. Chicos que suenan procaces pitos y agitan encarnizadas matracas y chicos que llevan globos cautivos atados a un hilo que con la marcha se oblicua. En los parques de la Exposición, vivanderas, farolitos chinos, braseros, carpas, chicha, picarones, abigarradas y coloristas viandas. Todo pidiendo a gritos una pluma que, cuando no es la del señor Manuel Ascensio Segura, es la del señor Abelardo Gamarra.

Los cohetes de un castillo de fuegos artificiales nos recuerdan que, en medio de esta expansión cívica, se agita la política y "vuelve el tinglado de la antigua farsa". Ayer se eligieron las mesas directivas de las Cámaras. Hoy se inaugura el Congreso y dice su mensaje el señor José Pardo. Hoy nos va a decir el señor Pardo lo feliz que es la patria, lo felices que somos los peruanos con su administración, lo feliz que es él gobernándonos. En la sala del Congreso va a haber una gran eclosión de entusiasmos y todos, representantes y espectadores, celebrarán la felicidad de la patria, de los peruanos y del señor Pardo. En el Perú nos enteramos todos los años de la felicidad universal por los mensajes presidenciales. Antes y después, somos tan miopes que no sabemos darnos cuenta de ella. Es que aquí los presidentes de la república y las viejas que cuentan historias de ánimas en pena, tienen "ojos de ver".

Suenan más cohetes. Más fuegos artificiales. Más luces de bengala. Los peruanos nos perecemos por los fuegos artificiales, por los cohetecillos y por las luces de bengala. La pirotecnia es aquí una industria símbolo. Pirotecnia en la política, pirotecnia en la vida, pirotecnia en todo.

Y estos cohetes que suenan pertinaces y que nos exaltan y estimulan con más vehemencia que el ruido de la "Underwood" amable, sufrida y colaboradora, también a nosotros nos soliviantan. También entre nosotros se despiertan unos deseos muy grandes de marchar al jolgorio; también nosotros queremos confundirnos en el vórtice de los paseantes; también nosotros queremos un abanico con los colores nacionales y un pito disfrazado con un chantecler criollo; también nosotros queremos deslumbrarnos con las iluminaciones y con los fuegos; también nosotros apetecemos el tamal y el buñuelo festivos; también nosotros nos sentimos limeños jocundos, alegres y ardorosos...

Antesala

Ayer la política se puso chaqué y hongo. Hoy podría ponerse gorro frigio. Mañana podría ponerse chaleco de fantasía. Y pasado mañana escarpines.

Hoy todos tenemos que estar muy contentos, muy regocijados, muy bulliciosos. Hoy va a instalarse el Congreso. Hoy entran todos los representantes al gran salón del concilio parlamentario. Ayer hicieron antesala y dejaron sus sombreros en las perchas de metal.

Nosotros estuvimos en el Senado y en la Cámara de Diputados. Nos

convencimos de que las mayorías están absolutamente de acuerdo. Nos dimos cuenta de que el gobierno del señor Pardo tiene muchos adictos en el Congreso. Vimos al señor Manzanilla, al señor Cornejo, al señor Villanueva, al señor Torres Balcázar, a todas las personas trascendentales del país.

Del Senado salimos corriendo. El ambiente es ahí frío y grave. Sintiéndonos en ese ambiente no podíamos comprender cómo el señor Barrios no era presidente vitalicio del Senado, ni cómo se elige presidente al señor don Amadeo del Solar y no al general Canevaro o al general Diez Canseco.

En la Cámara de Diputados nos sentimos a gusto. Ahí todos nos son conocidos, casi familiares. Ahí todas las caras son risueñas y amigas. En el salón de los pasos perdidos repercutían sonora e isócronamente los pasos de dos diputados que discurrían. En el salón de sesiones, los pasos de otros muchos se apagaban silenciosos en la mullida alfombra que propicia sigilos y cambios de lugar. El comentario era furtivo y libre. No había la tiranía del debate, con campanillazos, términos reglamentarios, ni turnos. No había disciplinas. Todos conversaban de lo que querían. La política, el veintiocho de julio, el teatro argentino, "La ciudad alegre y confiada", la moda, las mujeres bonitas, la plata, el empréstito frustrado, las mesas de las Cámaras. Tema libre. Libertad absoluta. La única manifestación disciplinada del momento era la votación. Los secretarios leían y releían la nómina de diputados y en rededor de la mesa presidencial se agitaba un torbellino. Elección de presidente, de primer vicepresidente, de secretarios, de prosecretarios.

En las galerías, curiosos impenitentes. En los pasillos, más curiosos y los periodistas. En el salón de los pasos perdidos un concilio alborozado de empleados que hacían su programa para las fiestas patrias. Y en las puertas, en las gradas mismas, el señor Pasquale, candidato inminente, haciéndose leer las rayas de la mano por una gitana de ojos negros y bonitos y de artera y aduladora frase...

La primera jornada

La minoría de la Cámara de Diputados estuvo ayer heroica. Esta es una minoría que no se agacha, que no se achica, que no se intimida, que no corre. Y ayer sorprendió a los diputados ministeriales con un triunfo formidable. Nadie lo esperaba.

Triunfó, como no podía dejar de ser, el señor Manzanilla. Triunfó,

como no podía dejar de ser, el señor Peña Murrieta. Pero fracasó con estrépito, sensación y bullicio, la candidatura liberal del señor Barreda a la segunda vicepresidencia. Quisieron, agoreros, los civilistas que el candidato de sus aliados tuviese un apellido con legítimo sabor de abolengo civilista. Pero ni esto ha valido. Y el señor don Enrique Escardó y Salazar, miembro distinguido y permanente de la minoría, ha sido electo en lugar del señor Barreda. La minoría, motejada hasta ayer, por los ministeriales, de chica y reducida, está triunfante, gloriosa, plácida.

Ayer venció la primera jornada. Ha sido una sorpresa. Se esperaba que fuera escaramuza y resultó batalla campal.

Y hubo gallarda declaración del señor Borda, a guisa de prólogo de futuras actitudes:

–¡Aquí estamos! Somos los mismos de ayer. Pero más guapos, más entrenados, más valientes. Y, sobre todo, más numerosos...

(En *El Tiempo*: Lima, 28–VII–1916)

VOCES

Presagios

Han sido estos días de patriotismo alborozado y bullicioso, de fuegos artificiales, de iluminación eléctrica y de corso de flores, días de expansión para el comentario político y para el chisme mal intencionado. Y es que no todo ha sido regocijo, pirotecnia de colores y rosas para el señor Pardo.

El señor Pardo había soñado toda una semana en que cortesanas multitudes le acompañasen al tedéum metropolitano, que devotas muchedumbres le ovacionasen en la Inquisición, que el parlamento le aclamase, y que luego todos los apellidos importantes del Perú se inscribiesen en las listas del besamanos ritual.

Pero, por insolente rebeldía y osada audacia, las cosas no se han producido como soñaba el señor Pardo. La vida tiene a veces airadas e irrespetuosas actitudes contra el señor Pardo y se olvida de que es el señor Pardo, de que lo hizo presidente del Perú la voluntad unánime de los partidos, de que es el suyo un gobierno nacional, de que fue su abuelo el autor de "El niño Goyito" y de otros nobles títulos y gentiles abolengos que tiene el señor Pardo en su abono.

Y no hay forma de decirle al señor Pardo:

–¿Qué tal "veintiocho"?

Para él no ha habido veintiocho. Y si lo ha habido, ha sido tan negro, tan desconsiderado y tan inclemente, que el señor Pardo maldice de él a estas horas.

En el "Te Deum", le acompañó el cortejo oficial de todos los años, en la Inquisición hubo apenas un centenar de gentes frías y secas, en el Palacio Legislativo hubo sólo ceremoniosos cumplidos, en el besamanos hubo contada concurrencia.

Y no es esto lo grave. Lo grave es que no sólo las gentes no se asombraron del jugo y sustancia de las ideas del señor Pardo, no lo aclamaron, no le cargaron en triunfo, y no le festejaron; es que el señor

Pardo ha escuchado el 28 los primeros silbidos de su administración.

Los menos optimistas acerca de los éxitos del señor Pardo, pensaron casi siempre que estos primeros silbidos aguardarían prudentemente el segundo año de su administración. Pero los silbidos no transigen con las cortesías y no entienden de recatos. Son impulsivos y espontáneos y se producen cuando les da la gana. No tienen ni pizca de urbanidad.

El señor Pardo estaba absolutamente seguro de que su mensaje era una gloriosa pieza. Lo cotejó con el último discurso de la corona española, y él y el señor Concha convinieron en que el mensaje superaba al discurso de la corona en ideas y estilo. Los ministros de Estado lo hallaron admirable. El señor Valera sobre todo se refocilaba con la lectura de cada párrafo.

No se podía luego esperar que hubiese impávidos e insolentes que se atreviesen a silbarle. Pero así ha sido. Menguados y malsines sujetos han silbado al señor Pardo a la salida del Congreso. Se habían atrevido a dudar de la genialidad del mensaje y lo manifestaban de modo procaz.

El silbido es una demostración democrática de la reprobación. Silban los caballeros y silban los granujas. Se silba a un político en desgracia, se silba una comedia, se silba a una tiple mala y se silba a una farándula.

Así piensa el señor Manzanilla que tiene ideas muy amplias.

Discrepan con él, el señor Varela y el señor Puente, quienes exclamaban en el desfile, convencidos:

–¡Ya aquí no hay respeto!

El señor Pardo hace indudablemente noble escuela.

Psicología

El señor Pardo se muestra reacio a los buenos consejos. No acepta que se le recomiende un sistema, un método o una iniciativa cualquiera. Se yergue intransigente. Está más aristócrata que nunca, más arrogante que nunca, más señor Pardo que nunca.

Hace dos días no más el señor don Enrique de la Riva Agüero le insinuaba:

–Fije usted un día de recepción para los diputados y senadores. Atráigalos a su lado. Y sobre todo sujételos a su lado. Póngales liga como a los pajaritos.

Y el señor Pardo se negaba.

Y el señor Riva Agüero, que es machacón a lo criollo, insistía:

–Hay que ser diplomático. Hay que ser afable.

Y otro señor ministro apoyaba:

–¿No vé usted, señor, cómo el doctor Durand ofrece chocolate a sus amigos todos los lunes?

Pero el señor Pardo no se daba por vencido. Y se batía en sus últimos reductos. De pronto replicó al señor Riva Agüero:

–Recíbalos mejor Ud.

Para que el señor Riva Agüero, duplicase:

–Pero yo ¿a título de qué? Esas atenciones son cosas de los presidentes. Las mías serían atenciones del amigo, no del gobierno. A Ud. es a quien le toca.

Hasta que el señor Pardo, no pudo contener más la frase que estaba por escaparse de sus labios, y le dijo:

–¡A mí no me hacen falta recepciones para que los representantes me quieran!

Ni más ni menos que los pollos buenos mozos cuando se pavonean de un amor.

Sólo que después de la frase fueron los silbidos.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–VII–1916)

VOCES

Carreras clásicas

Ya hemos dicho que la política respeta el mosaico precepto del descanso dominical. Trabaja seis días y descansa el sétimo. Ya descansó la política que también ha estado de fiesta cívica durante varios días. En estos días la política se ha sentido efusiva, abnegada, entusiasta, patriótica y alborozada, ha bebido champagne, ha coreado la canción nacional en el Palais Concert y se ha paseado en automóvil o en coche para ver la iluminación eléctrica y los embanderamientos callejeros.

El Excmo. señor Pardo no buscó esta vez la paz del hogar. Se puso tarro y levita y fue a las carreras. Gente aviesa le había insinuado la posibilidad de que espectadores mal agradecidos y procaces, prorrumpiesen en absurdos y groseros silbidos a su llegada al hipódromo. Pero el señor Pardo no supo prestar oídos a tales augurios infundados y fue heroicamente en busca del peligro. No podía concebir que la ingratitud nacional fuese tanta que quisiera hacérsele ostensible en un espectáculo aristocrático y de buen tono. Y, efectivamente, no se equivocó el señor Pardo. La ingratitud nacional no llego al extremo de morderle en un hipódromo. El público de las carreras, mesurado, gentil y elegante, recibió a S. E. sin efusiones pero con cortesía. Saludos y algunas palmas. Verdad que muy pocas, que poquísimas, que casi insensibles, que amortiguadas por los guantes, pero palmas al fin y al cabo. Hacía ya algún tiempo que el señor Pardo no escuchaba aplausos. Los últimos que oyó no fueron para él sino para su abuelo don Felipe Pardo y Aliaga, autor de "El niño Goyito".

S. E. gusta también de las carreras. Pertenece a una especie de ciclo de presidentes sportmen que va teniendo el Perú. Es un entendido en handicaps, performances, breedings, castas y teorías de Bruce Lowe. Conoce los pelajes de los caballos. Presiente a los ganadores. No va cotidianamente a las carreras, porque le parece de mal gusto exhibirse frecuentemente.

Sólo transige con su asistencia en las grandes solemnidades. Ayer fue una de ellas. La orquesta tocó en su obsequio el himno nacional; las gentes, en obsequio al himno nacional, se pusieron de pie; las apuestas, en obsequio al Jockey Club, fueron copiosas, y los caballos, en obsequio a no se sabe quien, se esforzaron por el triunfo. Todo lo auspiciaba el señor Pardo desde la tribuna presidencial.

Gentilmente, el señor Pardo se dignó abandonarla por un instante para pasear el paddock y ver de cerca a los caballos. El presidente del Jockey Club, doctor Prado y Ugarteche, le hizo los honores de la casa. Y el señor Pardo estaba muy contento de que fuese él quien se los hiciese. Apenas si extrañaba la presencia de un señor Barreda en la presidencia, hasta ayer dinástica, del Jockey Club...

Hoy

Las jornadas parlamentarias van a comenzar con anticipación. No esperan el 1° de agosto. No. Quieren aprovechar el 31 de julio, porque el 31 de julio ha caído en lunes. Hoy mismo van a realizar las cámaras sus primeras sesiones. Y acaso hoy mismo van a comenzar las operaciones ofensivas de la minoría. La minoría no quiere perder tiempo y está entusiasta y animosa como una compañía de "poilus".

La repercusión de la primera jornada parlamentaria y del fracaso de un candidato liberal, apellidado de modo aristocrático como una transacción con el civilismo, está en el ambiente todavía. Aún la percibe sobre todo el doctor Durand, que se preguntaba si cabría aún una reconsideración de la elección de vicepresidente. Tan embarazado por este problema ha estado el doctor Durand que no ha querido unirse al holgorio de las fiestas patrias. No ha estado en la instalación del congreso; no ha estado en el corso de flores; no ha estado en el concierto de la filarmónica; no ha estado en las carreras de caballos; no ha estado en la nochebuena; no ha estado en los fuegos artificiales. Graves preocupaciones le han absorbido.

Los constitucionales conservan intacto todo su ardor de combate. El general Cáceres sigue con la mano en el puño de la espada. El doctor Osores sigue ajochando al general Cáceres para que la desenvaine y amedrente a todo el mundo. Hay un ambiente de lucha en el campamento constitucional. Si no de lucha, por lo menos de simulacro, que ya es bastante.

Y al decir del rumor público, la minoría oposicionista de diputados querrá hoy mismo derribar de un soplo al gabinete. Y es posible que el gabinete resuelva a última hora no aguardar la agresión de la minoría y tornar a la paz doméstica. En este caso, la opinión diría que el gabinete ha capitulado antes de la primera batalla...

(En *El Tiempo*: Lima, 31–VII–1916)

VOCES

Prólogo

Ayer recobraron las Cámaras su fisonomía habitual. Sin el ambiente inquietante de las votaciones, sin la solemnidad suntuosa de la instalación, sin ninguna manifestación de decorativismo y trascendencia patriótica, las sesiones de ayer fueron las primeras sesiones de la legislatura en que hallamos atmósfera de cotidiana vida parlamentaria. Diputados, curiosos, periodistas, comentarios, chismes, corrillos, coloquios, secretos, trajines, ruido de máquinas de escribir, idas y venidas de los conserjes, campanillazos, acta de la sesión anterior, curiosidad, augurios, inquietudes, trámites reglamentarios, chismes a la sordina, sonrisas, señas, todo el sabor de la vida parlamentaria, agitada, sorpresiva, tornadiza, nerviosa y amable.

Antes de la sesión, aquí y allá, se hacía en la Cámara de Diputados festivo comentario del mensaje. Malevolencia general y unánime espíritu de desacreditar el severo folleto en que el señor Pardo notifica al Congreso que sigue haciendo la felicidad de la patria. Una voz aviesa hablaba sobre el mensaje de esta manera:

–Es una pieza deliciosa. Escuchad lo más interesante de ella. El señor Pardo ha perseguido el asiático vicio del opio; ha descubierto que la Avenida Alfonso Ugarte no es adecuada para construir una cárcel; ha encontrado excelente la calidad y número de las profesoras que prepara la escuela normal; ha exhortado a la juventud estudiosa a que sea buena, a que respete a sus maestros, a que no se declare en huelga, a que no se ponga escarapelas rebeldes en la solapa; ha puesto un uniforme nuevo y elegante al ejército; ha convenido en que el viaje del señor Montero y Tirado a Estados Unidos fue una plancha; ha comprobado muchas otras cosas no menos trascendentales.

Y otras voces decían, como replicando:

–Bueno. Pero está bien escrito.

–No, señor. Bien impreso.

–En papel satinado.

Entonces el señor Torres Balcázar intervenía:

–En cuarto mayor.

La herejía del comentario era casi absoluta. Nadie tenía la corrección de hablar sobre el mensaje con todos los acatamientos debidos. Cada frase vale seguramente una excomunión.

Los más curiosos trataban de conocer algunas opiniones valiosas sobre el mensaje e interrogaban a varios hombres trascendentales.

Y el señor Manzanilla declaraba con sinceridad:

–Discreto y amable.

Y el señor Maúrtua, declaraba con rapidez:

–Principista.

Y el señor Solf y Muro, declaraba con mesura:

–Honesto.

Y el señor García Irigoyen, declaraba con literaria pulcritud:

–Diáfano.

Y el señor Cornejo, declaraba con una sonrisa:

–Complejo en su simplicidad.

Y el señor Abelardo Gamarra, con énfasis criollo y palabras sabrosas:

–¡Majadero! ¡Y candelejón!

Diagnóstico

Y no sólo en el comentario de los pasillos y del salón de los pasos perdidos, se ofendió gravemente la excelsitud del mensaje. También en la sesión de Diputados, el señor Secada dijo acerca de él blasfemia y media. Y exigió que se trascribiesen sus palabras al presidente del Consejo de Ministros para que enterase de ellas a sus colegas.

La primera postura del señor Secada ha sido postura de gran paladín. Ha cogido Su Sa. el mensaje y lo ha llenado de garabatos con un lápiz azul. Luego, lo ha hecho trizas en presencia del Parlamento.

Las gentes acotaban:

–¡Es que el señor Secada es hereje por temperamento!

En su tribuna, el señor Secada daba voces. Voces contundentes, voces vibrantes. Voces heroicas. Voces guerreras. Voces múltiples:

–¡Que no se vaya todavía el Gabinete! ¡Que espere un instante para que nos rija! ¡Que venga a darnos cuenta de lo que ha hecho! ¡Que no se escape! ¡Que no fugue! ¡Que nos haga cara!

Y después de tomar aliento añadía:

–Hay que detener sobre todo al señor Menéndez. ¿A dónde se va el señor Menéndez? Hay que registrarle el equipaje. Algo va en él de contrabando.

Y se prodigaba con toda la exorbitación de metáforas y simbolismos que el público le conoce.

El señor Secada ha jugado rol de avanzada. Ha disparado con energía y tenacidad. Y, tras del esfuerzo, ha quedado gozoso, plácido y tranquilo.

Y, más tarde, el señor Peña Murrieta, lo felicitaba así:

–Y eso que esto no ha sido sino un *pródromo*, compañero.

Primer acto

La minoría ha ido ayer a la Cámara a decir que ella no obstruirá. Lo ha dicho bien claro, marcando las frases y subrayando las declaraciones. Lo ha dicho patrióticamente. Y luego se ha sacado de bajo el brazo un matalotaje de proyectos. Proyectos económicos, proyectos militares, proyectos de toda clase y de todas cataduras. De un considerando, de dos considerandos, de tres considerandos. De un artículo, de dos artículos, de muchos artículos. Variedad polícroma de iniciativas. Obra nacional. Obra patriótica. No. Obra política. Ha sido una sorpresa.

El señor Borda fue el portador de los proyectos. Los colocó encima de su carpeta con la ayuda de todos los conserjes de la Cámara. Pero no los envió todos a la mesa. Envió seis solamente y prometió seguirlos presentando de seis en seis. El más sensacional de los seis primeros era uno en que se prohíbe el nombramiento de los parientes del Jefe del Estado para cargos públicos.

A la sordina se murmuraba:

–Eso tiene intención.

Y se agregaba:

–Hay un nombre propio de por medio. El de don Felipe Pardo.

No había quien creyese en la inocencia absoluta de la iniciativa. Nadie. Aquí las gentes son muy maliciosas. Y muy aviesas. No hay quien crea en la ingenuidad de una intención. Lo sabemos por experiencia. Aquí nosotros nos pasamos los ratos escribiendo gacetillas e impresiones que no tienen nunca tortuoso pensamiento. Y sin embargo nadie fía en su candor e inocencia. Es una lástima.

Y lo mismo que nos pasa a nosotros, le pasa a algunos proyectos de la

minoría. Serán muy puros, pero el comentario enemigo busca siempre en ellos un objetivo oculto.

Alrededor de los cuarenta proyectos del señor Borda se hacía sabrosos comentarios:

–¡Cuarenta proyectos! No va a haber tiempo para discutirlos.

–¡Este es el diluvio! No es un diluvio de cuarenta días, sino un diluvio de cuarenta proyectos.

¡Cuarenta! ¡Cuarenta! Número simbólico. Nuestro Señor estuvo cuarenta días en el desierto.

–¿Ha estado usted también en el desierto?

Y el señor Borda respondía:

–He estado en la Universidad de San Marcos...

En efecto, el señor Borda es postulante a doctor en ciencias políticas y letras.

Va a ser negocio de que no se consienta en la Universidad de San Marcos la matrícula de los diputados.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º–VIII–1916)

VOCES

El simulacro

Tal como dijeron las "Voces", la renuncia del gabinete no quiso esperar la primera sesión del parlamento. El ministerio esquivó la primera batalla. No quiso oír con tal anticipación las interpelaciones de los representantes de la minoría, resueltos a llamar a los ministros de Estado, y a ponerlos en serio aprieto con sus preguntas y censuras.

Y el gabinete se puso su sombrero y se fue a la calle. La noticia circuló inmediatamente e impidió las interpelaciones. En las calles hubo animado comentario del suceso. Y el suceso, como todos los sucesos esperados, no causó sorpresa alguna. No despertó siquiera la malevolencia pública. Nadie dijo una agudeza. Nadie hizo un chiste. Nadie apuntó una procacidad. Nadie le hizo una venia al gabinete que se iba.

Luego se vino en rápido conocimiento de que el gabinete renunciaba por puro simulacro. Era la suya una maniobra militar. Una retirada estratégica. La había sugerido sin duda alguna el ministro de guerra. Y es cosa de ponerse a pensar seriamente si en caso de una campaña de verdad, el señor ministro de guerra emplearía la misma táctica de retiradas. Las retiradas, sobre todo cuando se llaman estratégicas, son cosa fácil de aclimatarse en el Perú.

Y de acuerdo con el plan de simulacro, el gabinete no se fue. Lo fingió no más. Corrió a esconderse detrás de una tapia. Y ha reaparecido muy pronto. Sólo que ha reaparecido con un remiendo. El señor Menéndez no es ya ministro de gobierno. Torna a sus tranquilas faenas de maestro de la Universidad. Vuelve a su bufete de abogado. Se reincorpora a su Cámara. Se entrega a la dirección de sus trabajos electorales. Y se lleva del gabinete un mal propósito. Un propósito malévolo y complicado. Quiere que le den una cátedra nueva. Quiere que esta cátedra sea una de Ciencias Políticas o de Letras. Quiere, en fin, que el señor Borda pase a ser su discípulo.

Y es que el señor Menéndez ignora ingenuamente que el señor Borda

no quiere otra cosa, y sueña desde ahora con que su señoría le dé lecciones...

Regimen parlamentario

Ya tiene reemplazo el señor Menéndez. Y no es el Sr. Uceda. Y no es tampoco el señor Solf y Muro. Es el señor García Bedoya. Es, pues, siempre un diputado.

El señor Pardo se decide a ratos por el régimen parlamentario. Quiere que el ministro de gobierno sea un miembro de la cámara joven para que así la minoría guarde con él las amabilidades del compañerismo. Y no se fija en que la minoría procede con sujeción al adagio de que "la justicia entra por casa".

Hasta ayer se daba por ministro seguro al señor Uceda. El señor Uceda es futurista. El señor Uceda es muy afable. El señor Uceda es muy ecuánime. El señor Uceda es muy principista. No era posible concebirlo ministro de gobierno de la administración Pardo por muchos días. El señor Uceda es justo y bueno. Es un alma arcangélica. Es un alma diáfana.

El mismo señor Uceda se alarmó ante la noticia de su postulancia. Casi se cae de espaldas:

–¿Yo, ministro de gobierno? ¿Yo, combatido? ¿Yo, en luchas? No, no. Gracias, Excmo. señor.

Y el señor Uceda volvió a su casa corriendo, como si lo persiguieran para hacerlo ministro quieras que no quieras.

Luego se dio como ministro inminente al señor Solf y Muro. El señor Solf y Muro, como el señor Menendez, fue miembro del bloque chico. Y el bloque chico reclamaba su derecho a una cartera.

–La cartera de gobierno, sostenía, es hereditaria para el bloque chico.

–Pero si ya no existe bloque chico.

–Existe. Y más compacto que nunca. Más bloque que nunca.

Y el señor Secada acotaba:

–¡Más chico que nunca. Sobre todo más chico que nunca...!

Pero, enseguida se supo la noticia de que el nuevo ministro era el señor García Bedoya. El mismo señor García Bedoya se encargó de anunciarla a los señores Borda y Secada, igual que las cancillerías de los nuevos gobiernos a las cancillerías de los otros países:

–Yo soy el nuevo ministro.

Y los señores Secada y Borda se inclinaban muy corteses:

–Nuestros parabienes.

Y enseguida:

–¿Qué día le será más cómodo venir a la cámara? Porque es preciso que no pierda Ud. la costumbre...

Día plácido

Tranquilo y plácido fue el día de ayer en ambas cámaras. En la de diputados, el señor Borda puso sobre la mesa un nuevo rollo de proyectos. Estética de las construcciones. Estética de los matrimonios. Eugenesia en el Perú. Que no se casen sino los buenos mozos. Adonis y Afrodita. Decididamente, el señor Borda, imita las tendencias del señor Pardo. "Será una ironía la del señor Borda".

Luego el señor Borda hizo un discurso fundando sus proyectos. Toda su elocuencia y toda su versación de aprovechado alumno universitario, se dejaron sentir vibrantemente en él. El señor Manzanilla, catedrático de Economía Política, sonreía. Es que el señor Manzanilla, maestro del señor Borda en la Universidad, lo mismo que el señor Fuentes, que el señor Tudela y Varela y que el señor Salomón, tiene la mala idea de ponerle cara adusta al señor Borda el día de los exámenes de fin de año. Con Stuart Mill en la mano piensa confundirle.

Y despues del señor Borda, todo fue visto, fue la unánime elección del señor Larrañaga para la tesorería. Todo el mundo convino en que el señor Larrañaga era el tesorero obligado. Y el señor lo acepto con resignación y cortesía.

Hecha la votación, fueron también unánimes las felicitaciones y los piropos. Los diputados le decían al señor Larrañaga:

Ud. es la columna principal del edificio legislativo.

Y el señor Peña Murrieta se ponía celoso.

(En *El Tiempo*: Lima 2–VIII–1916)

VOCES

Concilios cotidianos

El señor Pardo reúne todas las mañanas en su gabinete a un grupo distinto de representantes. Les invita a amable, cordial y animada charla sobre los más trascendentales problemas de la república. Una hora entre el desayuno y el almuerzo, le basta al señor Pardo para atender a los asuntos de la salud de la patria.

Estas reuniones matinales y plácidas van enderezadas a la conquista de simpatías para el proyecto de presupuesto que el señor Pardo ha remitido al Congreso. El señor Pardo quiere que no se ponga cara adusta a su proyecto, que no se le achique, que no se le agrande, que no se le cercene, que no se le adultere, que se le deje tal como es, que se le respete como a obra de su gobierno. Y teme no conseguirlo si prescinde de los métodos cortesanos. Y por eso atrae a Palacio a los representantes, los recibe con los brazos abiertos, les habla de los muebles que está haciendo Malherbe, les pide dictamen sobre el nuevo piso de parquet y sobre la nueva pintura al óleo de los salones presidenciales. Y promete leerles en familia las letrillas de don Felipe Pardo y Aliaga.

Ayer hubo en Palacio reunión matinal de representantes. Anteayer la hubo también. Hoy la habrá acaso. El señor Pardo tiene la gran abnegación patriótica de abandonar su mansión solariega y su balneario en estas frías mañanas, para venir a conversar con los representantes e irles hipnotizando uno tras otro con sus modales, con sus frases, con sus sonrisas y con sus miradas. El señor Pardo está absolutamente seguro de que es irresistible.

A estas reuniones seguirán las tertulias semanales. El señor Pardo se ha decidido al fin por ellas. Ha transigido con las recepciones de diputados y senadores. Ha desistido de sus orgullosos y aristocráticos aislamientos. Así como hace un año y medio, la necesidad le hizo transigir con el óleo popular, con la convención, con el nacionalismo de su candidatura y con el partido liberal, así ahora la necesidad le hace ser democrático, risueño y afable. La necesidad tiene cara de hereje, dicen las gentes de esta tierra que piensan siempre en refrán.

Las recepciones del señor Pardo van a ser nocturnas. No las quiere vespertinas porque harían la impresión de los "días de recibo" de las damas y de las niñas bonitas. Los diarios las anunciarían en su crónica social. Se serviría té y pastas. Y para evitar todo esto prefiere la nocturnidad. No le importa que el doctor Durand crea que le imite. No le importa que el chocolate, aunque no sea del Cuzco, dé a estas reuniones cierto sabor de tertulias limeñas. Pretende sólo que sean amenas y atrayentes para sus agasajados. Ha pensado seriamente en contratar números de varietés. Ha pedido condiciones a Los Marins para dos noches. Ha pedido condiciones a la Quijanito para una noche. Y si alguien le reprocha esto, dirá que el señor Billinghurst hacía sus tertulias palaciegas con cinematógrafo. Que es la pura verdad.

Vermouth

Casi todo es hasta ahora mieles y sonrisas en la cámara joven. Se intercala entre el almíbar y la ceremonia de los parlamentos, alguna nota breve de acidez y destemplanza. Pero pronto desaparece y todo vuelve a ser mieles y sonrisas. El parlamento es ahora limeño. Parece una obra de repostero criollo. Y este repostero podía ser el señor Manzanilla.

Ayer el señor Borda siguió presentando proyectos. Está recién en la tercera serie. Y ha presentado ya dieciocho proyectos. No tiene consideración con sus compañeros, no tiene consideración con las comisiones, no tiene consideración con los dactilógrafos, no tiene consideración con los cronistas, no tiene consideración con nadie. Escribe sus proyectos en papel celeste. Los explica con voz dulcísima. Y es tan celeste el papel y tan dulcísima la voz, que en la galería murmuran:

–¡Música celestial!

Y el señor Borda saca de su carpeta un proyecto, lo muestra y dice:

–Con éste vamos a ser muy ricos.

Y saca otro, lo muestra y dice:

–Con éste vamos a ser más ricos.

Y luego:

–Con éste vamos a ser felices.

Y después:

–Con éste vamos a ser grandes.

Y enseguida:

Con éste vamos a ser gloriosos.

Todas las cuestiones del presente y del porvenir nacionales, las resuelve

Su Señoría en papel celeste.

Y hemos sorprendido un procedimiento imitador del señor Borda. Hace lo mismo que las empresas cinematográficas. Ofrece los proyectos por series, lo mismo que las películas muy grandes. Lo mismo que *Los Misterios de New York*. Lo mismo que *El Tres de Corazones*.

Profesión de fe

El señor Secada hizo ayer diecisiete pedidos. Nadie es capaz de hacer más pedidos que el señor Secada. El señor Secada se lo apuesta a cualquiera. El señor Secada hace cada día todos los pedidos que quiere. Si está de buen humor hace cinco. Si está de humor tornadizo hace diez. Si está de mal humor hace quince. El número de sus pedidos es, como quien dice, el barómetro del humor del señor Secada. Ayer el señor Secada estuvo de mal humor sin duda alguna. Hizo quince pedidos. Dijo la elegía del imperio del Tahuantinsuyo, exaltó las virtudes de Manco Cápac, lloró el fracaso de Túpac Amaru y lamentó que el mayor Teodomiro Gutiérrez no esté gobernando hoy el Perú desde la fortaleza de Sacsahuamán, en lugar de que el señor Pardo lo esté gobernando desde el palacio de Lima.

Y también estuvo de mal humor el señor Vivanco. Dio dos o tres puñetazos en su carpeta y habló mal del ministro de hacienda. Habló tan mal, que el señor Velezmoro, diputado de la mayoría, a quien no habíamos tenido el honor de escuchar todavía, se puso de pie para decir que él era civilista hasta la médula, que él tenía fe ciega en el señor Pardo, que él creía en el régimen, que él creía en el presupuesto, que él creía en el empréstito, que él creía en la felicidad de la patria, que él creía en todo lo que quisiera hacer el señor Pardo que, por ser del señor Pardo, tenía que ser muy bueno. Y gritó al final:

–¡Yo soy de la mayoría!

Las gentes abrían la boca y preguntaban:

–Pero, ¿a qué viene todo esto?

Y el señor Velezmoro, emocionado, les preguntaba a sus camaradas más tarde:

–¿Qué tal he estado? ¿Qué tal?

Y luego jactancioso:

–¡Aquí hay que poner los puntos sobre las íes!

Ha sido toda una revelación la del señor Velezmoro.

(En *El Tiempo*: Lima, 3–VIII–1916)

VOCES

Propaganda

El señor Pardo tiene el noble y generoso empeño de que todo el mundo conozca su mensaje y, conociéndolo, se ilustre e instruya.

Quiere que sea difundido en todo el país, quiere que sea leído en todos los hogares y quiere que las gentes se lo aprendan de memoria. No le basta que haya sido publicado en todos los diarios. No le basta que lo hayan escuchado conmovidos y reverentes un parlamento y una barra selecta. No le basta verlo impreso en unos folletos muy grandes y en cuarto menor. Quiere que estos folletos se repartan pródigamente en todas partes. En las insituciones, en las oficinas públicas, en las escuelas elementales, en las sociedades de auxilios mutuos, en los teatros, en los bares, en todas partes. Tentaciones ha tenido de que se le anuncie con afiches y se le distribuya en puestos públicos. Pero la palabra del señor Riva Agüero las cortó a tiempo. Lo cual ha sido una lástima muy grande.

En papel del más barato linaje, la secretaría del presidente ha impreso circulares remitiendo el mensaje a cuantos podía servirle de medio de difusión. Las suscribe el señor Concha. Y para tener la certidumbre de que las reciben y lo confiesen los destinatarios, llevan anexa una nota de respuesta para acusar recibo al señor Concha.

El mensaje presidencial está llegando a todas las casas. Lo comienzan a leer en las veladas familiares. El señor Pardo espera que con el tiempo lleguen a repetirlo de paporreta los chiquillos, como si se tratase de "El Ratoncito Pérez", "La Cenicientilla" o "El gato con botas". Lo propalaba ayer irónicamente el señor Balbuena:

–El señor Pardo quiere que sú mensaje llegue a ser tan popular cómo los cuentos infantiles. ¡Muy bien hecho!

Y se reía solo con un estrépito tan grande, que nos decía el corazón cómo las palabras del señor Balbuena tenían malevolencia y retintín.

Ha habido quienes han recibido el obsequio de un paquete de mensajes,

con el mismo júbilo con que habrían recibido un premio de la lotería. Uno de estos ha sido el señor Velezmoro, diputado y civilista de cogollo según propia y terminante declaración. Lo único que no ha satisfecho al señor Velezmoro es el mal linaje del papel de la circular. Protesta de que este papel sea tan ordinario. Y se alarma ante la posibilidad de que, al estamparla en él, su firma no aparezca con todas sus bellezas caligráficas y el señor Pardo, viéndola, pueda imaginarse que su señoría tiene mala letra...

La Farola Trágica

En la tarde de ayer, en la sala de diputados, hubo miedo, angustia, misterio, vaga inquietud. Los diputados miraban al techo con terror y ponían caras pavorosas. Había un ambiente de trágicos presentimientos e imprecisos temores. De pronto una voz valiente, la voz del señor Secada que no le tiene miedo a nadie, dijo:

–¡La farola, señores, la farola es lo que nos amenaza!

Y otra voz, la del señor Grau, repitió vibrante como un alerta:

–¡La farola!...

Los diputados miraron todos con espanto la farola en refacción.

El señor Secada, bromista, dio un puñetazo sobre su carpeta y gritó con todos sus pulmones:

–¡La farola!

Y otra voz cavernosa:

–La farola...

Todos los representantes pegaron un brinco en sus escaños y dieron un grito creyendo que la farola se desplomaba.

Todos tenían los semblantes demudados, pálidos, terribles. Todos tenían las cabelleras hirsutas. Todos tenían los ojos alucinados. Nosotros comenzamos a contagiarnos de este miedo y a dar diente con diente. Comprendimos que en la Cámara había en esos instantes aliento de drama maeterliniano.

Y se reanudaron las voces. Eran voces semejantes a las de las viejas cuando refieren historias de aparecidos, de demonios y de ánimas en pena:

–Una vez, se rompió un vidrio de la farola y cayó a la sala un gato negro.

–Sería el diablo...

–Otra vez el señor Pasquale vio tras un cristal dos manos con guantes negros.

–Otra vez se sintió sobre la farola un gran estrépito y no pasó nada...

–En las noches, mientras nosotros sesionamos aquí, arriba, sobre la farola se celebran aquelarres espantosos...

Y sobrevino el silencio. Un silencio terrible. De repente una voz preguntó:

–¿Quién está componiendo la farola?

Y otra voz repuso:

–El gobierno.

Y aquella voz volvió a sonar acongojada:

–¡Pero, entonces, estamos perdidos! ¡El gobierno!

Creció el miedo. Creció el espanto. La noticia de que el gobierno era el que componía todos los años la farola era algo así como una especie de espada de Damocles. El gobierno la tenía suspendida sobre las cabezas del parlamento y la dejaría caer en cualquier momento.

Y el debate se encendió enseguida:

–¡Es preciso que el gobierno no se meta en la farola!

–¡En todo se ha de meter el gobierno!

–¡La farola es de nosotros no más!

Y como para que el momento fuese más trágico, la sala se puso sombrosa. Los vidrios de la farola se enturbiaron. Y un conserje que acababa de fijarse en que la hora lo reclamaba, encendió el alumbrado eléctrico. La luz artificial llenó la sala. Y en toda la cámara hubo un murmullo de miedo y de angustia...

(En *El Tiempo*: Lima, 4–VIII–1916)

VOCES

Pereza

Ayer los diputados no quisieron ser puntuales. Y el señor Manzanilla, que está absolutamente empeñado en que los diputados sean puntuales, dio asueto a los concurrentes y declaró que la tarde era de fiesta para todos. Los diputados salieron en grupos, contentos, regocijadísimos, risueños. Les urgía ir a ver "La Marcha Nupcial".

Cuando nosotros llegamos al local de la cámara había ya en él muy pocos diputados. Y nosotros interrogamos:

–¿No hay sesión?

Para que nos respondieran:

–No ha habido quórum a la hora de reglamento.

A nosotros nos causó una gran sorpresa que se hablara de la hora de reglamento. En general creemos que en el Perú debe chocar que se hable de reglamentos, de leyes, de ordenanzas, de bandos y sobre todo de estrictez y puntualidad.

Y en todos lados nos repetían:

–No ha habido quórum a la hora de reglamento.

Y el señor Manzanilla nos decía también:

–No ha hàbido quórum a la hora de reglamento.

Una verdadera sorpresa. Nosotros creíamos pesimistamente que en el Perú no debía mencionarse nunca los reglamentos. Pero el señor Manzanilla nos refutaba contundentemente:

–¡No, señores periodistas! ¡El reglamento ante todo!

Y nosotros asentíamos claudicantes:

–Efectivamente. El reglamento ante todo...

Los diputados tenían caras de fiesta. Caras de chicos con asueto. Seguramente los que no habían asistido tendrían caras de chicos que se hacían la vaca.

Y se iban alegres, comentando la falta de quórum y la severidad reglamentaria del señor Manzanilla. Y hablaban de que la sesión habría sido agitada. De que el señor Vivanco, diputado por la selva virgen, estaba

completamente resuelto a ser más denodado que nunca, más valiente que nunca y más heroico que nunca.

Y esta noticia de los arrestos bélicos del señor Vivanco nos era confirmada en todas partes. Todo el mundo nos anunciaba:

–¡El señor Vivanco está hecho un tigre!

Un amigo nos decía prudente y sigiloso y casi al oído:

–¡El señor Vivanco está furioso!

Y al doblar de un pasillo a otro, nos advertían:

–¡Por ahí, no¡ ¡Por ahí no! ¡Por ahí está el señor Vivanco!

Y había gentes que corrían y gritaban azoradas:

–¡Ahí viene el señor Vivanco¡

El señor Vivanco es un tribuno tremendo. Tiene frases grandilocuentes. Tiene terribles apóstrofes. Tiene nerviosos y congestionados ademanes. Tiene verbosidad. Tiene emoción. Tiene fuerza. Tiene argumentos como puñadas. Y tiene puñadas como argumentos...

El señor Manzanilla, comprensivo para estas inquietudes, sonreía satisfecho de que no hubiese habido sesión y completamente convencido de la intervención de providenciales causas. Y a todo el mundo le decía:

–¡Asueto! ¡Asueto! Hoy no hay sesión. Vayan al cinema. Dan "La Marcha Nupcial" por Lyda Borelli. Y Lyda Borelli es muy linda. "La Marcha Nupcial" es de Henry Bataille. Henry Bataille es el autor de "Mamá Colibrí". "Mamá Colibrí" fue representada por Serrador...

La erudición del señor Manzanilla es indudablemente universal.

El leader

Los diputados de la minoría se preguntaban anteayer quién era el leader de la mayoría. Maquinaban la forma de averiguarlo. Urdían proyectos. Preparaban una trampa para descubrirlo. De repente el señor Vivanco, completamente providencial y milagrosamente oportuno, dijo esta frase:

–El señor Tudela y Varela, leader de la mayoría.

Y fue una frase luminosa. Una frase que, como frase del señor Vivanco, parecía un machetazo que abría una trocha.

Pero el señor Tudela y Varela intervino:

–Yo no soy leader, H. señor Vivanco.

Los diputados de la minoría volvieron a quedar en el limbo. Y tuvieron ganas de gritar, por boca del señor Borda:

–¿Quién es el leader, entonces?

Y de añadir enseguida:

–¡Aquí hace falta un leader!

Pero luego todos reaccionaron. Comprendieron que el señor Tudela había rectificado por pura coquetería. Había dicho no, lo mismo que las niñas lo dicen cuando quieren que se les entienda sí. Había negado con la frase, rotunda y definitiva, pero había asentido con el ademán y con la sonrisa maliciosa y pícara. El señor Tudela y Varela es sin duda alguna el leader. Ya ha tenido una o dos posturas de tal. Ya ha hablado con entonación de caudillo.

El señor Tudela y Varela está en el momento trascendental de su vida política. Momento cenit. Es un candidato que se perfila, conforme ya hemos dicho. Es un candidato inminente. El instante definitivo de su figuración pública se halla en gestación. Los representantes de la mayoría han echado la elección de leader a la suerte y la suerte ha dicho que el señor Tudela y Varela sea el leader. El señor Pardo ha dicho lo mismo que la suerte. Es muy frecuente esto de que el señor Pardo y la suerte coincidan.

Ya se sabe que el señor Tudela y Varela es el leader. El, al negarlo, lo ha confesado. Ha sido el suyo un *no* muy hábil. Su primer acierto de grande hombre. Ha estado teatralísimo. Ha estado oportuno. Ha estado inteligente. Ha estado discreto...

(En *El Tiempo*: Lima, 5–VIII–1916)

VOCES

Cédulas, cédulas, cédulas...

Ayer encontramos en el Palacio Legislativo un ambiente inusitado. Grandes eran la concurrencia de representantes y la concurrencia de espectadores. Estaban allí los senadores respetables, graves y ceremoniosos. Estaban, pues, ahí el señor don José Carlos Bernales, el señor don Juan Durand, el señor don Ricardo Flórez, el señor don Amador del Solar. Y había gran afluencia de gentes del foro, del Poder Judicial y hasta de los pasillos del Palacio de Justicia.

Sobre todas las carpetas había profusión de cédulas. Votos del señor Correa y Veyán, votos del señor La Torre González, votos del señor Lanfranco, votos del señor Loredo, votos del señor Calle, votos de todos los candidatos a las vocalías vacantes. La sala estaba inundada de cédulas. Y también en la galería de los periodistas había inusitada concurrencia. El Dr. Varela y Orbegoso. El Conde de Lemos, Ascanio, Félix del Valle. El comentario era animado y pródigo en augurios. De pronto brotó un chiste:

–El candidato con menos probabilidades es el doctor Belisario Soto.

–¿Por qué es el doctor Soto?

–Porque el doctor Soto ha hecho sus trabajos "sotto voce".

Risas. Un campanillazo. Se abre la sesión. Los conserjes atienden a la llamada de los representantes. Despacho. Trámites reglamentarios. Comienza la votación. Murmullos. Comentarios. Pronósticos. Cada espectador es una pitonisa. Se hacen apuestas. El ilustre doctor Varela y Orbegoso se obstina en disuadir a dos amigos de su propósito irrespetuoso de resolver esta tarde en la votación –sustituyendo con ella al cachito– quién pagará el cocktail. La palabra persuasiva del doctor Varela y Orbegoso evita tan irreverente juego.

Primer escrutinio. El doctor Correa y Veyán, favorito. Comentarios. El señor Secada, haciendo un paréntesis, trata de convencernos de que no es cierto que cuando está de mal humor formule muchos pedidos. Todo lo

contrario, cuanto mejor es su humor, más numerosos son sus pedidos. Y esto es lógico: el buen humor de su señoría es como quien dice una hiperestesia de su patriotismo.

Segundo escrutinio. Gran expectación. El señor Correa y Veyán y el señor La Torre González tienen igual número de votos. El señor Serdio, empleado clásico de la Cámara de Diputados, nos dice:

–Nunca he asistido a una elección más reñida.

El señor Abelardo Gamarra opina:

–Está muy "peleada". Dos candidatos se han puesto "chico a chico".

Tercer escrutinio. Expectación. Murmullos. Cómputos. Nosotros nos llevamos del que hace el señor Secada. Triunfa el señor La Torre González. El señor La Torre González está apoyado por la influencia de todo el Poder Judicial. El ascenso del señor La Torre González representa una serie de vacantes y de promociones próximas. Obran a su favor muchas voluntades, muchas sugestiones, muchas neuronas. Los intereses creados.

Aplausos.

Termina la sesión. Son las 7 y 30. Qué lástima. No vamos a poder asistir hoy a la salida de las gentes del cinema.

Pero llevamos al centro una noticia que prodigamos sin economía.

Y las gentes la comentan así:

–¡El señor La Torre González! ¡Un batacazo!

En el "Foyer"...

El parlamento nacional está en el minuto grave y trascendental de su vida. Está en el minuto en que periódicamente hace la felicidad de la patria. Por hoy todo es honesta iniciativa, generoso proyecto, previsor empeño, saludable legislación. La política anda un tanto proscrita del parlamento y sólo de rato en rato se asoma. Y cuando se asoma, se asoma con careta. La Cámara de Diputados, que es la Cámara en la cual nos place discurrir, observar, oír y charlar, apenas piensa en otra cosa que en los proyectos celestes del señor Borda, en la clasificación de puentes y caminos y en las cuencas carboníferas del señor Balta, en el presupuesto nacional y en otras cosas no menos elevadas y patrióticas. Es lo que nos dice don Abelardo Gamarra convencido:

–¡Aquí hay que dejarse de "guaraguas" y pensar al fin en hacer patria! La política nos hará "chichirimico" de otro modo. ¿Qué conseguimos con seguirnos sacando los trapitos al aire unos a otros? Y luego que aquí somos

muy "picones". Y si no nos componemos se quedará esto como está hasta que San Juan baje el dedo. ¡Arza! Es como decía el finado Castilla que en gloria esté...

La charla del señor Gamarrra es muy pintoresca, jugosa y pródiga en criollismos y en refranes. Dan ganas de pedirle que hable en romance y que escriba sainetes. La palabra del señor Gamarra es sabrosa como un anticucho. La pluma del señor Gamarra lleva dentro un compás de marinera. Y el señor Gamarra razona en adagio. Es el representante más original de la Cámara, pero es al mismo tiempo el más tradicionalista y el más peruano. De su voto dicen los cronistas: "voto de conciencia". Y cuando se produce una votación importante y el secretario llama al señor Gamarra, hablan así:

–¡A ver el "voto de conciencia"!

Otro "voto de conciencia " es el del señor Uceda, futurista. El señor Uceda se sienta cerca del señor Gamarra. Y mientras el señor Gamarra escribe "Integridad" o cabecea, el señor Uceda medita sobre graves filosofías. A veces los dos comentan los debates. Y se ocupan entonces del volterianismo terrible del señor Secada, de la apostura bizarra del señor Borda, de la metamorfosis del diputado por Pallasca a grande hombre por que atraviesa el señor Tudela y Varela, de la innovadora elocuencia del señor Peña Murrieta, de la disciplina militar del señor Bedoya, de las puñadas y de los argumentos del señor Vivanco, de la conciencia profesional del señor Balta y de muchas otras cosas. Otras veces llevan a sus charlas las cuestiones de la vida metropolitana. El teatro argentino, el asalto de Anticona, "La Marcha Nupcial", el teatro peruano, la Mancini.

Mientras tanto, el señor Borda sigue desenrollando sus proyectos. Van a ser cuarentiséis en lugar de cuarenta. Y a propósito de ellos nos ha dicho su señoría:

–El papel celeste, señores periodistas, no es mío. Es el papel oficial de la Cámara de Diputados.

Nos hemos sonreído y hemos prometido consignar la rectificación. El papel celeste, que nosotros creímos particularísimo del señor Borda, es el papel timbrado que la Cámara ofrece a los representantes para sus proyectos. Todos los proyectos de los diputados van a ser escritos en papel celeste. Todos van a tener un solo y dulcísimo color. Ironías del señor Manzanilla presidente.

(En *El Tiempo*: Lima, 6–VIII–1916)

VOCES

Intermezzo

La política sigue anestesiada. No da casi señales de vida. Anteayer hubo para absorberlo todo una elección de vocal de la Corte Suprema. Ayer fue domingo y hubo consecuentemente descanso dominical. Hoy habrá otra elección de vocal de la Corte Suprema. El señor Pardo sueña tranquilamente. Los representantes piensan en los proyectos que salvarán al país y lo harán rico, próspero, faustuoso y grande. El señor Borda agota todo el papel celeste de la Cámara de Diputados. El señor Manzanilla ordena la compra de una nueva provisión de papel celeste. El invierno hace tiritar a todo el mundo. El chisme político se hiela en los labios de los malévolos.

Ayer ofreció una conferencia el doctor Mariano H. Cornejo. Lima se dividió en dos fracciones. Una fue a ovacionar al gran orador y otra fue a las carreras de caballos. El señor Pardo quiso contarse entre los que fueron a ovacionar al gran orador. Y lo mismo que el señor Pardo quisieron nuestros políticos, nuestros universitarios, nuestros intelectuales.

Y como la conferencia se realizaba en un teatro, hubo también corrillos y comentarios de foyer:

–En el Perú todo es ecléctico.

–Exacto. Todo es ecléctico.

–Un local puede servir lo mismo para una película de Francesca Bertini que para la conferencia de un gran hombre.

–Ni más ni menos.

–¿Qué retrato es ese que se exhibe a guisa de anuncio? ¿Es el del conferencista?

–No. Es el de un intérprete de "La Marcha Nupcial".

–¿Le gustarán al señor Pardo las conferencias?

–Opino que siempre le gustarán más que las películas.

–¿Qué cosa es preferible? ¿Nacer gran orador o nacer tonadillera?

–¡Tiene usted unas preguntas!

Dispersión en el foyer. Murmullos en la sala. Ambiente de expectación. Aplausos al doctor Cornejo. Miradas al señor Pardo. Gran efusión de frases y de ideas. Elocuencia máxima. Explosiones de entusiasmo. Atenta actitud del señor Pardo. El señor Cornejo, además de saber ser pensador ilustre, sabe ser un tribuno más interesante que una película policial.

Ovaciones.

Y al final, en medio de la satisfacción de haber escuchado un gran discurso, cierto sentimiento de imprecisa pena. Y un comentario irónico:

–Francia ofrecería al doctor Cornejo la Sorbona.

–Muy cierto.

–El Perú le ofrece en cambio el Cine Excélsior.

–Muy cierto.

Más tarde, en el Palais Concert, el té y la orquesta epilogan la conferencia...

Inauguración

El sábado ofreció el señor Pardo su primera tertulia palatina. Fue sólo para los senadores. El señor Pardo tiene en todos sus actos razones de categoría. Una razón de categoría es siempre una razón definitiva para el señor Pardo.

El señor Pardo estuvo muy cortés con todos sus invitados. A todos les hizo idénticas ceremonias, a todos les hizo idénticas cortesías, a todos les hizo idénticas atenciones. La alta cámara y el señor Pardo fraternizaron en una íntima y plácida velada. Hubo instantes en que parecían inminentes el tresillo o el ajedrez.

El general Canevaro decía risueño y campechano:

–Aquí habemos muchos militares. Yo, el general Eléspuru, el general Diez Canseco, el coronel Vivanco, el general Pizarro, el coronel Zegarra...

Y el señor Coronel Zegarra interrumpía para rectificar:

–Yo no tengo clase militar, mi general. Yo apenas soy Coronel de apellido.

Todo era así ingenuo y amable. Comentarios sin trascendencia. Chistes sin trascendencia. Sonrisas sin trascendencia. Opiniones sin trascendencia. Todo sin trascendencia. El buffet también...

A las doce de la noche el señor Pardo dejaba Palacio para tornar a su solariega mansión de Miraflores. Advirtió que hacía frío. Lo hizo estremecer una corriente de aire. Y tuvo miedo de coger un resfriado. Fue un

minuto en que el señor Pardo tuvo la sensación de que envejecía. Un minuto trágico. El señor Pardo va a guardar mal recuerdo de la primera de sus noches de tertulia. Fue ésta una noche en que sintió frío, le hizo estremecer una corriente de aire, temió un resfriado y miró en una esquina un cartel del Teatro Municipal, recién pegado, húmedo de engrudo, que decía así: *Gran matinée*. "Adiós juventud"...

Genuflexión

El señor Maúrtua cumplió anteayer un acto importante de sus deberes de diputado. Dio su voto en la elección de vocal de la Corte Suprema. No sabemos a quién favoreció el voto ilustre del señor Maúrtua. Indiscreto sería averiguarlo y más indiscreto todavía que averiguarlo sería decirlo a los demás. Sabemos que el señor Maúrtua, noblemente idealista, tenía la cortesana y gentil iniciativa de que el Congreso diese un voto de honor al doctor Cornejo, uno de los candidatos de la terna.

El señor Tudela se esforzaba por disuadirlo de tal iniciativa:

–Los votos de honor fueron una invención de los demócratas.

Y el señor Maúrtua insistía:

–No investiguemos los antecedentes o símiles de un homenaje que debe ser galantísimo.

Y el señor Tudela replicaba:

–Eso es romanticismo.

Y el señor Maúrtua se obstinaba:

–¡Eso es gentileza!

Y fracasó la iniciativa del voto de honor. Fracasó tan totalmente que ni el mismo señor Maúrtua votó por el señor Cornejo. Hubo una razón muy sencilla. No había votos impresos del señor Cornejo. El señor Maúrtua escogió un voto impreso cuando el diputado secretario dijo su nombre. Y al dirigirse el señor Maúrtua a la mesa de la presidencia hubo expectación en la Cámara:

–¡A ver qué cara le pone el señor Maúrtua al señor Manzanilla!

El señor Maúrtua llegó a la mesa, hizo una genuflexión muy atenta al señor Manzanilla y dejó su voto.

La minoría se agitó entusiasta. Recordó que ya el señor Maúrtua no era ni podía ser leader de la mayoría. El señor Manzanilla había sido para él un adversario afortunado. Se recordó la iniciativa del voto de honor. Y surgió otra iniciativa gentil. Nombrar al señor Maúrtua miembro

honorario de la minoría. Voto de honor. Puesto de honor. Todo es hoy en la Cámara hidalguía y caballeresca tradición.

Los señores Secada, Borda y Químper fueron a comunicar el nombramiento al señor Maúrtua.

Y el señor Maúrtua lo aceptó con todos sus agradecimientos.

No habrá quien pueda decir hoy con razón que el señor Maúrtua no está con la minoría. A mucha honra para la minoría...

Aplausos

Hacía tiempo que el señor Pardo necesitaba aplausos pródigos. Los que han venido sonando en su honor han sido generalmente convencionales y tímidos. Y al señor Pardo le hacen falta los aplausos para su felicidad. Por fin ayer escuchó el señor Pardo muchos aplausos.

Cuando el señor Pardo llegó al Teatro Excelsior hubo en la sala una imprecisa e indefinible demostración. El señor Pardo sintió asfixia.

Y siguió la conferencia.

Terminó de hablar el señor Cornejo. El público prorrumpió en vítores y aplausos al señor Cornejo. El señor Pardo se sintió en el vacío. Pero reaccionó enseguida y comprendió que tales entusiasmos no podían ser suscitados solamente por la frase del señor Cornejo. Comprendió que era ésta, sin duda, alguna explosión de la admiración metropolitana al señor Cornejo y a su persona por igual. El señor Cornejo era sin duda alguna un gran orador, pero él era el señor Pardo y el presidente de la república.

Y de esta manera oyó el señor Pardo muchos aplausos. Aplausos de prestado. Pero aplausos al fin y al cabo...

(En *El Tiempo*: Lima, 7-VIII-1916)

VOCES

Definiciones, extravagancias

En la mesa de los periodistas que asisten diariamente a las sesiones de la Cámara de Diputados, el comentario es siempre pródigo y animado. Y es iracundo para el señor Luis A. Carrillo, secretario, que no se deja entender nunca. Amable para el señor Manzanilla. Ceremonioso para el señor Tudela y Varela. Risueño para el señor Borda. Amistoso para el señor Torres Balcázar. Anfibológico para el señor Balta.

Los periodistas son todos gentes traviesas que hacen en la Cámara lo mismo un suelto de redacción que un gallito de papel, lo mismo una caricatura que una charada, lo mismo un chiste que un artículo serio.

Y en la Cámara de Diputados ejercitan sus facultades para la travesura y la barba.

Una tarde hacían curiosas definiciones.

–La palabra del señor Peña Murrieta es complicada como antiséptico en desuso.

–Acaso.

–La palabra del señor Manzanilla es elegante como una "toilette" de invierno, importada por Oechsle.

–Original.

–La palabra del señor Abelardo Gamarra es sabrosa como anticucho y fresca como chicha de maní.

–Justo.

–La palabra del señor Plácido Jiménez es meliflua como anticucho de caucho.

–Exacto.

–La palabra del señor Alejandro Vivanco es violenta como foetazo de comisario rural.

–Tal vez.

–La palabra del señor Borda es elástica como femenina liga de seda.

–Sí.

–La palabra del señor Cornejo es suntuosa como pórtico asirio, espontánea y copiosa como lluvia de la serranía y profunda como sentencia de Sakya Muni.

–Acertado.

–La palabra del señor Ulloa es clara y luminosa como lámpara "Lux".

–Preciso.

–La palabra del señor Maúrtua es diáfana como agua potable.

–Cierto.

–La palabra del señor Solf y Muro, es sedante e inodora como cloretilo tóxico.

–Bueno.

–La palabra del señor Carlos Paz Soldán es parpadeante y sigilosa como mística lámpara de aceite.

–Quizá.

–La palabra del señor Balbuena es plácida y espumosa como un "ice cream soda".

–Justo.

–La palabra del señor Uceda es parsimoniosa y grave como tortuga anciana.

–Quién sabe.

–La palabra del señor Balta es geométrica como vía férrea, trascendental como ecuación algebraica, y aguda como un triángulo isósceles.

–Bien dicho.

–La palabra del señor Secada es airada como finta de esgrima, en un match de aprendizaje.

–Lógico.

–La palabra del señor Torres Balcázar es definitiva como "shot" de "fútbol".

–Atinado.

–La palabra del señor José María Miranda es simple como vianda andina.

–Ajá.

–La palabra del señor Rafael Grau es fresca y eficaz como manga de agua en incendio incipiente.

–Posible.

–La palabra del señor Picasso es desagradable y confusa como cuenta de restorán después de alegre y profuso yantar.

–Aceptable.

–La palabra del señor García Irigoyen es flexible como corset higiénico de dama honesta.

–Discutible.

–La palabra del señor Fuentes es abstracta como poesía simbolista.

–Realmente.

–La palabra del señor Rojas Loayza es ruidosa y trivial como cohetecillo chino en festividad criolla.

–Indiscutible.

Y siguen las definiciones, a cual más disparatada e irrespetuosa. Callamos indignados las que faltan. Sólo una de ellas tenemos a ratos tentaciones malévolas de revelar. La de la palabra del señor Carlos Forero...

Más cédulas

La política sigue durmiendo. Su sueño es intermitente. De rato en rato se mueve, se incorpora, se despereza, abre la boca y se restrega los ojos. Pero nuevamente vuelve a quedarse dormida. Parece a veces el suyo un digestivo sueño de boa constrictor.

Uno de estos días despertará. Acaso hoy. Acaso mañana. Acaso pasado. A media noche, en la mañana o en la tarde. A la hora más inesperada. Pero despertará de todos modos. Por hoy se ha quedado dormida como un angelito. El señor Pardo, paternalmente, siente tiernísimas tentaciones de arrullarla como a un niño.

Ayer hubo en la Cámara de Diputados breve sesión. Siguió la sesión de Congreso para elegir un nuevo vocal de la Corte Suprema. Cédulas, cédulas, muchas cédulas. Y dos candidatos con muchos y muy firmes amigos. El doctor don Juan José Calle y el doctor don Juan M. Diez Canseco.

Votación. Diálogos en los escaños y en los pasillos. El doctor Cornejo está asediado aún por las felicitaciones. El señor Picasso se muestra empeñado en dar también una conferencia sobre cualquier otra reforma, aunque fuese una sociedad de auxilios mutuos. El señor don José Carlos Bernales, distinguido y buen mozo, manifiesta toda su autoridad de jefe del grupo independiente. El señor Sousa no manifiesta autoridad alguna y discretea con el señor Mujica. Y el señor don Víctor Andrés Belaúnde que hace de raro en raro furtivas incursiones en el Parlamento, del cual exige

anticipos de compañerismo y aplauso, pasea por un pasillo de la sala de sesiones y hace elocuentes apostillas a la conferencia del señor Cornejo. Y exclama orgulloso:

–¡Yo fui su primer panegirista!

El señor Belaúnde reclama para sí el honor de haber sido el primero en exaltar y glorificar al señor Cornejo. Lo reclama con toda energía. Y promete hacer la exégesis de la obra del señor Cornejo. Porque el señor Belaúnde sostiene con un calor muy suyo y muy vehemente:

–¡La obra del señor Cornejo pide exégesis!

Y el ilustre periodista doctor Varela y Orbegoso contradice al señor Belaúnde sólo por soliviantar sus espontaneidades oratorias.

Escrutinio. Murmullos de expectación. Sorpresa. El señor Calle no es elegido en la primera votación, sólo por un voto. Nuevas cédulas. Y nuevo escrutinio. El señor Calle alcanza un triunfo exorbitante. Aplausos. Dispersión.

A la salida, el señor Borda exclama abriendo los brazos desmesurada y nerviosamente:

–¡Mañana, será otro día!

¿Será que el señor Borda va a anunciar hoy cuarenta nuevos proyectos en papel celeste?

(En *El Tiempo*: Lima, 8–VIII–1916)

VOCES

Caballería andante

Faltan aún varios meses para las elecciones políticas. Y ya son innumerables las candidaturas en marcha. Cada día nace una candidatura nueva. Y muchas hay que se mueren de frío apenas se asoman a la calle. En todas partes encontramos candidatos. En las cámaras, a donde van con el objeto de cobrarle anticipo a la vida parlamentaria. En los clubes, a donde van a hacer comentario de la política y a hablar con todo el respeto debido del gobierno del señor Pardo. En las confiterías. En las esquinas. En los teatros. Vamos a llegar a creer que todos los peruanos son hoy candidatos.

Hay candidaturas que nacen jubilosas y alharaqueras. Hay candidaturas que nacen tímidas. Hay candidaturas que nacen enfermizas. Unas parecen alegres y festivas como un verso de Yerovi. Otras parecen impávidas y procaces como un niño engreído. Otras parecen afligidas por juveniles pudores. Otras parecen delictuosas y sombrías como un pecado mortal. Y, respectivamente, ríen, gritan, se ruborizan o se recatan.

Las únicas candidaturas que nacen a tambor batiente son las candidaturas constitucionales. Se exhiben marciales y elevan la mano puesta en el puño de la espada. El general Cáceres las mira paternalmente y sonríe. Viéndolas, siente el alma heroica del general que en ellas está reproducida y multiplicada. Y, entusiasmado, suele el general hacerse una corneta con un diario de la mañana para tocarles zafarrancho belicosamente.

La más airada de las candidaturas constitucionales es la del señor Celestino Manchego Muñoz. El señor Manchego Muñoz es en Huancavelica casi un héroe. Hace varios años que el señor Manchego Muñoz se empeña en que los pueblos de Huancavelica le den carta de ingreso al parlamento. Y, antes de cada elección, se va en caballeresca andanza por esos pueblos orgullosos de su apostolado, y se proclama en ellos candidato. Y enseña la ley electoral, apostrofa a las autoridades arbitrarias, se encastilla en los cabildos municipales, se conchaba con los vecinos más

rebeldes, fraterniza con el párroco, convence al boticario, se saluda con el mayor de guardias, conspira con el albéitar, solivianta a los mayores contribuyentes, y mete bulla, algarabía y bochinche en todas partes. El año pasado, el señor Manchego Muñoz consiguió una suplencia. Pero una suplencia no le sirve. El quiere estar permanentemente incorporado en el parlamento para poder decirles discursos hasta a los conserjes cuando la cámara esté en receso.

El señor Manchego Muñoz tenía hasta ayer un arduo e insoluble problema: el de su filiación política. Y el señor Manchego Muñoz, después de minucioso examen de conciencia, se ha definido constitucional.

Le gustaba el civilismo y repetía:

–El credo civilista ha echado raíces en mi alma liberal.

Y profuso en metáforas agrícolas añadía:

–Es lo mismo que si en el surco fecundo de un huerto cayera la simiente del huerto vecino portada por el viento.

Y luego:

–El huerto de mi espíritu ansía la irrigación del triunfo.

Y se detenía para apuntar todas estas frases notables a fin de utilizarlas en el discurso que pronunciará en la Corte Suprema.

Simpatizaba también con el doctor Durand y visitaba "La Prensa". Pero en el umbral del salón de sesiones del partido, se detenía siempre, en las noches de chocolate y tertulia.

El señor Manchego vino luego en cuenta de que había nacido con vocación constitucional. Advirtió que su contextura espiritual era una contextura de héroe. Se compró una panoplia y una carabina. Y se fue a Huancavelica. Y de Huancavelica ayer ha vuelto.

En Huancavelica ha estado de aventura en aventura. Ha sido la suya una caballería de gran paladín de las libertades públicas. A los honestos indios de Huancavelica que encontraba en los caminos, les repetía frases íntegras de Mirabeau. Y si los honestos indios de Huancavelica no entendían a Mirabeau, el señor Manchego sustituía a Mirabeau con Machiavello. Para luego sustituir a Machiavello con Castelar. Castelar en labios del señor Manchego tiene la interpretación más castiza que el lector puede suponer...

Plena ofensiva

Ayer la política se despertó violentamente. Fue tal como nosotros lo presentíamos. Se incorporó en la cama, se levantó con los pies descalzos

y se fue a mirar en el espejo del ropero. Y recobró entonces todas sus energías, todos sus ímpetus y todas sus vehementes ansias de travesura. Arrancó del calendario varias hojas e inquirió la fecha en que se hallaba. Se fijó en el santo que decía el anverso y en la charada inquietante que decía el reverso. Y se bañó, se hizo la barba, se peinó con coquetería y se vistió con elegancia. Y se echó a la calle. Y compró a un chiquillo un número de la suerte.

Desde entonces la perdimos la pista por mucho rato.

En la Cámara encontramos un ambiente cálido y sorpresivo. Hablaba el señor Químper. Y hablaba con bríos, con entonación, con bravura. Hacía una faena esforzada, mientras los demás oradores de la minoría le guapeaban y le aplaudían.

El señor Quimper desenrolló un enorme pliego de interpelaciones. Un pliego más voluminoso que todos los proyectos del señor Borda. Sólo que no estaba escrito en papel celeste.

La mayoría se quedó silenciosa y tranquila. Intervino únicamente el señor Menéndez.

–Yo estoy aquí para que ustedes me juzguen, me escuchen y me absuelvan. Sobre todo para que ustedes me absuelvan.

Y la minoría le contestó:

–¡Ahora no queremos escucharle! ¡Ya no es usted ministro! ¡Ahora lo absolvemos a usted de todo!

Y el señor Menéndez exclamó consternado, agradecido:

–¡Compañeros!

Pero el señor Secada no quiso que las cosas quedaran así no más. Y habló del accidente al "Grau" por maligno deseo de poner en un brete al señor ministro de guerra. Y, risueñamente, volterianamente, burlonamente, como dice todo, su señoría dijo que el señor ministro de guerra era un ingenuo, un crédulo, un candoroso.

El señor Abelardo Gamarra acotaba por lo bajo:

–¡Un candelejonazo, mejor dicho! ¡Gua!

Y siguió animada la tarde. El señor Vivanco se puso pico a pico con el señor Menéndez y le aturrulló con su oratoria contundente. Y para poner punto final a su discurso, le gritó así:

–¡Detective!

El señor Químper ocurrió en busca de un diccionario y le hizo identificar en él su palabra al señor Vivanco. El diccionario dice así: "Detective" M. En Inglaterra y los Estados Unidos, agente de la policía secreta.

Luego el señor Balta hizo un discurso muy trascendental y muy patriótico sobre puentes y caminos. La Cámara languideció como si siguiera al señor Balta en una travesía por todos los puentes y por todos los caminos de la república. Y nosotros, que somos muy accesibles para la fatiga, desertamos cobardemente y dejamos al señor Balta a mitad de su abnegada caminata...

(En *El Tiempo*: Lima, 9–VIII–1916)

VOCES

Postura

El futurismo acaba de sorprender al mundo con una nueva postura. El futurismo ama la publicidad y teme el olvido. No comprende que puedan existir las entidades, las agrupaciones y hasta las personas sin hacer bulla, algarabía y estrépito. Tiene miedo de estar callado. Le pasa en esto lo mismo que a los niños cuando están solos y sienten la necesidad de dar de gritos para creerse acompañados y ahuyentar el temor.

Hace un mes, aproximadamente, el futurismo tenía listo un manifiesto. Era un manifiesto sobre las ideas comunales del partido, a propósito de la proyectada invitación del General Cáceres a las agrupaciones políticas para designar en una convención candidatos municipales. Pero el anuncio de una nueva convención tuvo risueña resonancia en la opinión pública. Las gentes se murieron de risa ante la idea de ver reproducida la convención que hizo presidente al señor Pardo en otra que hiciera alcalde de Lima al señor Osores. Y la invitación del General Cáceres no se produjo. Y el futurismo se quedó con su manifiesto escrito. Apenas si sirvió para que los miembros del comité directivo lo releyeran muchas veces en concilio pleno y celebraran sus originalidades de pensamiento, sus donosuras de estilo y sus bellezas literarias.

Hoy el futurismo encontró una oportunidad interesante para hacer otro manifiesto. Y esta vez no quiso perderla. E hizo la declaración que ayer publicaron los diarios de la mañana. Nada le importa que los empleados públicos se indignen y chillen contra las ideas que patrocina. Nada le importa que se arme alboroto y trocatinta contra sus doctrinas. Lo único que pretende es que su nombre y sus palabras salgan en los periódicos y que los periódicos tengan para su postura unos epígrafes muy gordos y muy llamativos.

El futurismo emplea en estas cosas sistemas modernos solamente. Gusta del método yanqui de la profusión en el reclamo. Y tentado está de

adquirir en las primeras planas de los diarios, un "campito", como dice el señor Abelardo Gamarra, para un anuncio diario. Quien se ha opuesto siempre con toda vehemencia al reclamo por los diarios es el ilustre escritor y periodista señor don José María de la Jara y Ureta.

El comentario callejero sobre la postura del futurismo ha sido animado y risueño. Y como comentario de las gentes limeñas ha sido también malévolo. Y se ha dicho:

–El señor don José de la Riva Agüero está en un momento trascendental de su vida política. Es candidato.

–¿A la presidencia de la república?

–Todavía no. A una diputación por Lima solamente.

–Ajá. ¿Entonces, su manifiesto es un manifiesto de candidato?

–Sí. Y aparece con una coincidencia.

–¿Con cuál coincidencia?

–La de que el señor Pardo comienza a simpatizar con las candidaturas del señor Riva Agüero y del señor Luis Miró Quesada y con ninguna otra más a las diputaciones por Lima.

Nada más ha dicho la malevolencia irreverente y procaz del comentario callejero.

(En *El Tiempo*: Lima, 10–VIII–1916)

VOCES

Segundo acto

Ya está la política en pleno trajín. Ya no se da descanso. Ya no se duerme. Ya se agita. Concluyen los preliminares y principian las escaramuzas. Es el segundo acto de la farsa. En el primer acto, el dramaturgo ha hecho ya la exposición. Y ha logrado interesar a los espectadores. ¿Habrá tragedia?

Ayer se produjo la primera interpelación de la temporada. Una interpelación aperitivo. Y, sin embargo, una interpelación terrible y complicada. Un aperitivo fuerte sin duda alguna.

El señor Vivanco, que trae todos los años de la montaña unos ímpetus muy grandes y heroicos, había escogido al ministro de fomento para su primera campaña. Lo había escogido con displicencia y hasta por simpatía. El señor ministro de fomento debe estarle agradecido por la predilección.

Y ayer, blandiendo en una mano un expediente y en otra un plano de las selvas vírgenes o no del Madre de Dios, el señor Vivanco puso en un brete al señor Sosa. Y, despiadados y agresivos, el señor Gamarra (don Manuel Jesús) y el señor Secada se bajaron al ruedo para ayudarle.

El señor Sosa se vio rodeado. Se vio perdido. Intervinieron en su auxilio, sin eficacia, el señor Sayán y Palacios, el señor Solar, el señor Tudela y Varela y el señor Gálvez. El más denodado de todos era el señor Tudela y Varela. Y era también el más enfático, el más valiente y el más abnegado.

Las gentes decían:

–Habla el "leader" mayor...

Y el señor Tudela y Varela se erguía satisfecho como si oyera el comentario.

El señor Tudela y Varela se ha denunciado definitivamente. Ha hecho su debut. Y lo ha hecho con éxito. Sin equivocarse, sin temblar, sin ponerse pálido. Y sin apuntador.

Hoy seguirá el debate. De él dicen las gentes que es sólo una escaramuza. Pero no sabemos por qué nos da el corazón que va a concluir en batalla campal...

Flirts

Tal como ya hemos advertido, hay muchas candidaturas que hacen su camino con sigilo o sin él, con felicidad o sin ella. Las hay recatadas, las hay entusiastas, las hay tímidas, las hay vocingleras, las hay imperativas. Y, sobre todo, múltiples y muy adictas casi todas a la persona y al régimen del señor Pardo. El señor Pardo no va a saber qué hacerse con tantas devociones.

Las candidaturas mas bulliciosas y risueñas son las candidaturas del futurismo. Y la más trascedental de las candidaturas del futurismo es la candidatura del señor don José de la Riva Agüero, presidente dinástico del partido. El señor Riva Agüero es candidato a una diputación por Lima y marcha a las elecciones cogido de la mano con el señor Luis Miró Quesada, candidato a la otra diputación por Lima.

También es candidato a una diputación por Lima el señor Guillermo 2o. Billinghurst, que va a poner en juego todas las influencias de su nombre, dueño de vasta aureola popular.

Y por no verles la cara a ninguno de estos candidatos, el señor doctor don Augusto Durand, jefe de los liberales, ha renunciado a su propósito de presentar su candidatura a una diputación por Lima y ha preferido conspirar contra la senaduría vitalicia del señor don Manuel Camilo Barrios, senador por Moquegua. La patriarcal figura del señor Barrios está pues gravemente amenazada. El señor Durand aspira a derribarla. Se dedica a minar su pedestal y a socavar sus cimientos lentamente. Cuando llegue el instante de las elecciones, el señor Barrios se va a encontrar irreverentemente combatido por los iconoclastas empeños del señor Durand. El señor Durand no acepta que el señor Barrios vuelva a ser senador por Moquegua. Y el señor Barrios no concibe que haya quien se atreva a poner en duda la calidad vitalicia de su senaduría. El señor Barrios es persona serenísima, majestuosa, buena y apacible. Pero es persona que cree sinceramente en el derecho divino de su senaduría. Es una lástima que el señor Durand no crea en el mismo derecho divino, de puro ateo, liberal y revolucionario que es. Y por eso, el señor Barrios es a la hora presente una anciana gloria del senado amenazada por los ímpetus del señor

Durand.

Y hay otras muchas candidaturas resonantes y comentadas. La del señor David García Irigoyen, que se empeña también en ser representante vitalicio de los habitantes de Huari, a pesar de las protestas de los habitantes de Huari contra el empeño de su señoría. La del señor Víctor Andrés Belaúnde, que sostiene el sentido clásico y tradicional de su candidatura a la diputación por Arequipa. La del señor Menéndez, que está completamente resuelto a sojuzgar las gallardas acometividades del señor Manchego Muñoz. La del señor Gabriel Velarde Alvarez, heroica candidatura constitucional a una senaduría por Ayacucho. La del señor Manchego Muñoz, candidatura también denodada y valiente. La del señor Rafael Grau en oposición a la del señor Pedro Abraham del Solar. La del señor Pedro Abraham del Solar en oposición a la del señor Rafael Grau.

Pero, la candidatura más interesante y típica de todas es, sin duda alguna, la candidatura del ladino catedrático señor don Manuel Bernardino Pérez. El señor Pérez es, entre todos los pretendientes de esta hora, el más enamorado y el más vehemente. Y es también, en andanzas galantes y en escarceos de conquistador, el más experto, tranquilo, metódico y afortunado. La diputación de Pataz es, por eso, muy suya.

Trueque

La presidencial villa de Miraflores adquiere cada día mayores atributos de asiento, sede y trono de la aristocracia dinástica del señor Pardo. Miraflores está hoy orgullosa del señor Pardo, ufana del señor Pardo, engreída del señor Pardo. Y las gentes de Miraflores, cuando exaltan las calidades y merecimientos de su balneario, dicen así:

–¡Aquí vive el señor Pardo!

La calle en que tiene su mansión el señor Pardo es la mayor gloria de Miraflores. Son en ella más suaves las pisadas, más reverente el tráfico, más discretas las palabras, más gentiles las gentes, más plácida la atmósfera, más humilde el polvo. No hay famélicos perros, no hay románticas hojas secas, no hay malcriados granujas, no hay bullicio, no hay basura, no hay nada que sea vulgar y no hay nada que sea mortificante.

Y en las noches y en las madrugadas, cuando la mansión solariega del señor Pardo está en silencio y reposo, si pasan frente a ella gentes nocherniegas, caminan de puntillas y se dicen a dúo y en voz muy bajita:

–¡Duerme el señor Pardo!

Y todo comienza a llamarse Pardo en Miraflores. A poco que este fervor del balneario por la persona ilustre del presidente continúe, Miraflores, la villa de los presidentes, la villa sentimental, va a llamarse Villa Pardo.

En uno de los barrios de Miraflores en actual urbanización hay una avenida en la cual comenzaron a adquirir lotes de terreno jefes y oficiales del ejército. Y por tal motivo quedó bautizada como Avenida del Ejército desde que principió su urbanización. Pero hoy el alcalde de Miraflores ha encontrado poco respetuosa esta intromisión del nombre del ejército en Miraflores. Y le ha cambiado de nombre a la Avenida. Sorpresivamente, se han encontrado los vecinos de Miraflores con que la Avenida del Ejército se llama ahora Avenida José Pardo. Todos han juzgado muy justa y atinada la sustitución. Han convenido en que el burgomaestre de Miraflores es indiscutiblemente un caballero de mucho criterio.

Y el señor Tudela y Varela, candidato presidencial en ciernes, se ha apresurado a comprar un lote en la Avenida Pardo. Un acto de devoción...

(En *El Tiempo*: Lima, 11–VIII–1916)

VOCES

Medalla de Oro

El señor Pardo acaba de ser condecorado con la medalla del Libertador. Venezuela es un país que demuestra participar de la admiración al señor Pardo. El señor Pardo comienza a ser un hombre continental. Y será también muy pronto un hombre hacia el cual convergirán las reverencias de todas las naciones. A través de los años, Bolívar le tributa su homenaje hecho condecoración y su condecoración hecha medalla de oro.

La aristocracia del señor Pardo reclama realmente condecoraciones, muchas condecoraciones, homenajes, muchos homenajes. Para el señor Pardo solicitaríamos nosotros títulos nobiliarios, blasones, títulos caballerescos. La injustificable calidad democrática de nuestro país y de su gobierno, lo impiden desgraciadamente. Y es así como el señor Pardo, que no puede ser condecorado con el toisón de oro por su majestad el rey Alfonso, es sólo condecorado con una medalla del Libertador Bolívar por el excelentísimo presidente de Venezuela.

Y esta condecoración que se llama de primera clase está representada apenas por una medalla de oro. Una medalla de oro que a los profanos irrespetuosos podría parecerles un premio escolar de primera categoría. Una medalla de oro que podría ser codiciada por el contralmirante Gárezon o por el ilusionista y trovador Giusepini, pues de medallas hacen ambos esforzado acopio. Una medalla de oro que podría colocar el Sr. Pardo sobre su diploma de Dr. en jurisprudencia. Una medalla de oro que pesa muchas veces más que una libra esterlina. Una medalla de oro que dentro de cien años los hombres de estudio no sabrán si clasificar dentro de la heráldica o dentro de la numismática. Una medalla de oro que podría prendérsela el señor Pardo en la banda bicolor, en los días de solemnidad y de fiesta.

Dicen las gentes que en la intimidad del gabinete presidencial se ha realizado una escena interesante. El señor Pardo se puso la medalla en el pecho a guisa de prueba. Se irguió ante el señor Concha para preguntarle

qué tal lucía. Y se irguió después ante un espejo para preguntarle lo mismo que al señor Concha...

Viernes de moda

Ayer no hubo sesión en la cámara de diputados. El señor Manzanilla con el reglamento en la mano, pasó lista a las 4 y 30 de la tarde y, no encontrando quórum, premió con el asueto a todos los concurrentes. Hizo el elogio de los puntuales y dijo que de ellos sería el reino de los cielos. Y quiso ponerles notas de sobresalientes. Y después, en un pasillo, les dijo esta observación diluida entre mil sonrisas y carantoñas:

–El viernes pasado tampoco hubo quórum. ¿Por qué no habrá habido quórum el viernes pasado ni este?

Y como nadie le contestara a tiempo, el señor Manzanilla se apresuró a añadir.

–Estos son viernes de moda en el cinema. Y aquí también quieren serlo.

Y todos los diputados celebraron con algarabía el buen humor del señor Manzanilla y vinieron en cuenta de que era en realidad viernes de moda. Siguió paulatinamente la dispersión. Y mientras quedó en la cámara un diputado, hubo animado y pródigo comentario El señor Vivanco lamentó que no hubiese sesión y afirmó que las horas del señor ministro de fomento estaban contadas. El señor Gamarra (don Manuel Jesús) dijo lo mismo que el señor Vivanco. El señor Tudela y Varela sonrió de ambas afirmaciones. El señor Peña Murrieta hizo una metáfora profesional. El señor Carrillo secretario tomó té con galletas.

Las interpelaciones sobre la selva virgen del Madre de Dios, cuya legítima personería tiene el señor Vivanco, han sufrido, pues, una interrupción. El viernes de moda les ha impuesto una tregua. El viernes de moda ha obligado un entreacto. El viernes de moda influye trascendentalmente en la suerte de la actualidad nacional.

A falta de sesión en la cámara de diputados que, por razones de juventud, es la que más se aviene con nuestros gustos, fuimos en la tarde de ayer al Senado. Lo creímos hallar grave, solemne, anciano, venerado. Pero lo encontramos trocado en una cámara juvenil y bulliciosa. Hablaba el señor Lanatta. Y hablaba con ímpetu, con brío, con emotividad. Hablaba con terrible entonación contra el señor Zapata que quiere que se le ascienda a coronel efectivo de infantería. Y exclamaba:

–¡Qué lisura! ¿Por qué se va a hacer coronel efectivo al señor Zapata?

¿Cuándo ha peleado en un combate? ¿Cuándo ha cogido una espada? Hacerlo coronel efectivo sería una tontería. ¡Me opongo!

Y como advirtiera en muchos semblantes intenciones benévolas para el señor Zapata, agregaba:

–¡Si se le quiere premiar sus años de servicios administrativos, asegúresele en buena hora en la mejor compañía aseguradora! ¡Yo contribuiré para la prima! ¡Yo, que soy el más pobre!

El señor Lanatta es un tribuno tremendo. Un orador formidable y denodado. Estamos por creer que todos los representantes del oriente tienen idénticos arrestos. Basta estar un año en la selva para venir a Lima hecho un héroe. Lo atestigua el señor Vivanco. Y lo atestigua también el señor Lanatta. No ha tenido consideración alguna para el señor Zapata, ni siquiera en atención a que sus apellidos son consonantes, conforme se lo advertía el senador poeta señor Marquina que para eso de cazar los consonantes al "ojo", como él dice, es muy ducho y experto.

Y el señor Lanatta ha metido tanta algarabía en el Senado que el Senado nos ha parecido ayer nuevo. No estaba grave, no estaba solemne, no estaba anciano, no estaba venerable. Estaba alborotado y belicoso. Parece que comienza a imitar a la cámara de diputados. No volveremos a ir al Senado. Ni siquiera cuando se anuncie un discurso del señor Picasso o un discurso del señor Carlos Forero.....

Después de la travesura

A los futuristas les ha pasado lo mismo que a los niños después de la travesura. Se han escondido. Se han puesto pálidos. Se han achicado. Han mirado a su declaración como a un espantajo y le han tenido miedo.

Ellos han dicho que en el Perú el país entero es de empleados públicos. Y como en su declaración han propuesto que se siga cercenando los sueldos de los empleados públicos, es el país entero el que les ha caído encima. El futurismo está en un terrible aprieto. Y se exculpan todos del feísimo pecado de proponer que se mate de hambre a los servidores del Estado. Y coinciden todos en echarle la culpa al señor Riva Agüero.

Al señor Uceda le dijeron:

–Confiéselo Ud. doctor. Ahí ha metido Ud. la mano.

Y el señor Uceda protestó:

–No es cierto. El manifiesto es obra única del señor Riva Agüero.

Y le replicaban:

–¡El ilustre doctor don José de la Riva Agüero!

Al señor Oscar Miró Quesada le dijeron:

–Ud. doctor ha puesto algo. ¿No es cierto?

Y el señor Oscar Miró Quesada protestó también:

–Toda es obra del señor Riva Agüero.

Al señor Francisco Graña le dijeron:

–Ud. doctor ha colaborado en el documento.

Y el doctor Graña protestó igualmente:

–Todo es obra del señor Riva Agüero. ¡Todo!

Y lo mismo han hecho los demás futuristas. Nadie ha querido cargar con las duras responsabilidades del manifiesto. Nadie ha querido compartir algunas de las que a esta hora recaen en el señor Riva Agüero. Y el mismo señor Riva Agüero se encuentra alarmado por la resonancia del documento. Y ha convocado a los futuristas dirigentes a una reunión secreta para el lunes. El lunes se conchabará con todos sus amigos. Va a buscar la forma de botar el yerro. Y, especialmente, la forma de que no vuelvan a aventurarlo a él solito al peso de las responsabilidades. Será el primer concilio después de la travesura. Va a haber caras compungidas y propósitos de enmienda.....

(En *El Tiempo*: Lima, 12–VIII–1916)

VOCES

Proceso lánguido

La lucha parlamentaria de las interpelaciones al señor ministro de fomento ha tenido una nueva tregua. Es una lucha que se prolonga. Parece que los amigos del gobierno la estiraran como un alfeñique con profundo miedo de que terminara.

Y la lucha presente tiene, pues, un proceso lánguido, intermitente y casi frío. Se inició con una crisis violenta, pero pareció enseguida como si se hubiera exhaustado.

Anteayer no hubo quórum. Ayer hubo quórum, pero no hubo continuación del debate iniciado. Se charló en secreto sobre ciertas complicaciones del asunto de las concesiones de terrenos de montaña con el ramo de relaciones exteriores y se acordó que el señor ministro de fomento volviese otro día acompañado del señor ministro de relaciones exteriores.

El señor Sosa salió alborozado. Más alborozado que si le hubiesen dado un voto de aplauso. Se sentía gozoso con el permiso que le había concedido la cámara para irse y regresar acompañado. Ya no volverá a la cámara solo. Volverá con él el señor Riva Agüero. Y serán dos en afrontar las acometividades del señor Vivanco y del señor Gamarra que es en buena cuenta otro representante de la montaña y, por lo tanto, heroico y denodado.

Y ayer el señor Macedo hizo violenta protesta contra la insinuación que los senadores han acordado dirigirle al ejecutivo, que no quiere otra cosa, para que disponga el ascenso del señor Zapata a la clase de coronel efectivo. El señor Macedo no quiso que le llevasen chico el señor Lanatta y el señor González y dijo cosas muy feas y despectivas del señor Zapata. Y al final tuvo una ocurrencia diabólica. Pidió que se oficiase al señor ministro a fin de que remitiese la foja de servicios militares del señor Zapata. Los diputados casi se mueren de risa ante el pedido.

Y el señor Macedo comentaba con sus vecinos de la cámara:

–¡Claro! Si el señor Zapata tiene derecho para que se le ascienda debe

deducirse ese derecho de su foja de servicios.....

Y luego agregaba entre sonrisas de lo más malignas y sospechosas:

–¡Pero es que no tiene servicios militares! ¡Ni foja! El ministerio va a tener que mandarla en blanco!

Y se restregaba las manos jubiloso. Y, como los chicos, hacia "bien hecho" castañueleando los dedos de la mano derecha. El señor Macedo es un hombre terrible. Le ha declarado una guerra encarnizada a la música y, por eso, nosotros que somos amigos de cosas bellas, le guardamos resentimiento. Su señoría encuentra desabrido al piano, plañidero y llorón al violín, descorada a la mandolina, melindroso al violoncelo. Transige un poco con la vihuela. Admite a la flauta. Y cree que los instrumentos soberanos son el bombo y los platillos. Suenan más fuerte que ninguno indudablemente.

Pero su actitud contra el ascenso que ha soliviantado los ánimos más reposados, ha sido valiente y hábil.

Sólo que el señor Moreno en los pasillos cuchicheaba:

–Ganas tengo de decir por qué el señor Macedo no quiere bien al señor Zapata.....

Grandes Capitanes

No es cierto que en el Perú se hayan extinguido para siempre los grandes capitanes. No es cierto que el general Cáceres y el General Canevaro sean los postreros representantes del bizarro ciclo de napoleónicos ejemplares. No es cierto que los guerreros mexicanos hayan desaparecido totalmente de la que fuera heroica tierra. No es cierto. En el Perú ha habido dos tipos de guerrero, disímiles en sus características, pero idénticos en su trascendencia. En el primer tipo están comprendidos el indio Cahuide y el coronel Alfonso Ugarte. En el segundo tipo están comprendidos el general Gamarra, el general Salaverry, el general Castilla y el coronel Fernando Sarmiento. El primero es el tipo de los grandes soldados. El segundo es el tipo de los grandes capitanes. Ha existido este último en todos los excelsos pueblos y en todas las excelsas edades. En la España de la historia, don Gonzalo de Córdoba y don Rodrigo Díaz de Vivar; en el Perú del presente, el coronel don Fernando Sarmiento.

Hasta hoy las gentes de esta república, irrespetuosas, ingratas y profanas, han vivido ignorantes de la alta calidad militar del coronel don Fernando Sarmiento. Hasta hoy no se habían enterado de su gloria y

merecimientos. Hasta hoy no se habían acordado de hacerle gran mariscal o generalísimo. El señor Sarmiento es coronel solamente. Como dice el general Canevaro que probablemente no le teme a ninguna emulación militar:

–El coronel Sarmiento no es general todavía.....

En cambio el coronel Sarmiento, como todos los coroneles, ha tenido siempre la conciencia, la certidumbre de su grandeza y sobrenaturalidad. Nunca la ha puesto en duda. Sabe que está hecho de la masa de los grandes guerreros. Sabe que si su espíritu no está vaciado precisamente en el molde de Napoleón I, es porque está vaciado en el de Alejandro el Grande o en el de Bolívar. Y cuando le echan en cara que su preparación militar no responde a todas las exigencias de las quintaesenciadas escuelas modernas, responde con énfasis que tampoco Napoleón, Alejandro y Bolívar hicieron mucho de teorías y estrategias. El genio es ante todo dueño de maravillosas intuiciones.

Y efectivamente, el coronel Sarmiento no tiene muchos antecedentes académicos. Pero fue en su mocedad, en el instante preciso de la génesis de su genio guerrero, ayudante de campo del doctor Durand, que ha sido también excelso capitán de montoneros.

Anteayer, en día de graves maniobras militares, el coronel Sarmiento tuvo una postura heroica. Reunió en Canto Grande a todos los jefes y oficiales que en ellas tomaban parte y en una definitiva abominación de la modestia les dijo.

–Yo soy un notable militar. No ha habido en el Perú mejores maniobras que unas que yo dirigí en Arequipa. El éxito de estas maniobras prestigiaría a la mejor preparación militar y al mejor talento estratégico. Y yo tengo hoy una aspiración muy noble. Quiero que así como se dice cuando se me ve pasar por una acera: "ahí va el coronel Sarmiento que es un militar muy instruido e inteligente", se diga otro tanto de todos los jefes y oficiales peruanos. Aún no son bien interpretados los maravillosos reglamentos de que yo he dotado al ejército peruano. Aún no se me ha entendido.

Y en un largo discurso el coronel Sarmiento hizo su propia exégesis. Muchos oyentes se asombraron y murmuraban que el coronel Sarmiento estaba completamente "colónida". Las contagiosas audacias del grupo literario de arrogantes gestos que entre nosotros ha vivido, han trasformado sin duda al coronel Sarmiento.

Pero el coronel Sarmiento no supo mantener el total de su discurso. Y tuvo al final esta frase:

–Hemos llegado al *colorario* más importante de todos los *colorarios*.....

Y entonces consintieron todos en que el coronel Sarmiento no estaba influido por Colónida, sino más bien por el general Canevaro.....

(En *El Tiempo*: Lima, 13–VII–1916)

VOCES

Jolgorio

Ayer la política estuvo de jolgorio y festejo. Se divirtió con los representantes y con los militares en el almuerzo al secretario de la cámara de diputados señor Carrillo y se divirtio con el doctor don Mariano H. Cornejo, con el doctor Balbuena y con el doctor La Jara en el almuerzo a Málaga Grenet. Todo fue brindis, alborozo y champán.

El señor Carrillo, que tiene universales simpatías, estuvo rodeado ayer en un almuerzo por sus amigos del ejército y por sus amigos de la cámara de diputados. Fue un almuerzo de ambiente criollo. Se sirvió en un jardín. Hubo estudiantina nacional. Hubo marinera y hubo yaraví . Y hubo arroz con pato. El ejército y el parlamento vibraron juntos en un idéntico sentimiento de admiración al señor Carrillo, que es casi tan popular como el señor Peña Murrieta.

El señor Carrillo había sido sucesivamente prosecretario en varias legislaturas. Se pensaba ya en acordarle la prosecretaría vitaliciamente. Hasta que en la última renovación de la mesa de diputados, muchos se dijeron:

–Pero, ¿por qué no le otorgamos un ascenso al señor Carrillo?

Y otros agregaron:

–Es cierto. Necesita un ascenso. Y otros finalmente:

–Justo. Un ascenso. Lo reclaman las aficiones militares del señor Carrillo.

Porque el señor Carrillo es un bien amado del ejército. Todo el ejército peruano, desde la clase de suboficial, se saluda con el señor Carrillo. Y el señor Carrillo es en general un buen amigo de todo lo que es milicia y de todo lo que con ella se relaciona. Es un buen amigo de los oficiales. Es un buen amigo de los indefinidos. Es un buen amigo de las pensionistas.

Y ayer hubo muchos brindis en honor del señor Carrillo. Y hubo también discurso del señor Carrillo. Esta vez se decidió el señor Carrillo

una vez por todas a que le entendieran claro. Felizmente para su señoría no hubo en el banquete periodistas ni taquígrafos, que parecen los únicos irremisiblemente empeñados en no entender a su señoría.

Y mientras en el almuerzo al señor Carrillo, el parlamento y el ejército se regocijaban y brindaban, otro tanto hacían entre la gente intelectual y moza y retozona el señor Cornejo y el señor Balbuena. El señor Balbuena sobre todo. El señor Balbuena es orador por temperamento. No admite que pase un mes sin que él diga un discurso. Y como ahora no está incorporado en su cámara, busca anhelantemente las ocasiones en que pueda encontrar asidero para decirlo.

En el almuerzo a Málaga, habían hablado ya el señor Cornejo, el señor Cisneros, el señor Gálvez y el señor La Jara. Y el señor Balbuena pensaba con horror en la posibilidad de que los concurrentes, requeridos por las carreras de caballo o por otras cosas dominicales, se marchasen del restorán sin solicitar la palabra de su señoría. Pero los concurrentes fueron comprensivos. Y pidieron un discurso al señor Balbuena. Y el señor Balbuena lo dijo consternado. Y habló tristemente con una entonación que partía el alma:

–Yo casi ya no sé hablar. La falta de función atrofia el órgano.....

Y siguió de esta suerte.

Eleven o'clock tea

Los del señor Pardo no son "five o' clock tea" como los de las damas elegantes y bonitas y de buen tono. Los del señor Pardo son "eleven o'clock tea". Hay pues mucha diferencia. Y los "eleven o'clock tea" del señor Pardo se realizan todos los sábados. Son noches de sábado. Esto podría parecer simbólico para quienes entienden a don Jacinto Benavente, que no estamos seguros todavía si son muchos o muy pocos.

La última noche del sábado del señor Pardo fue de recepción para los diputados. La anterior fue de recepción para los senadores. Y las dos han sido muy amables, distinguidas y aristocráticas. Té, galletas, bizcotelas y sonrisas del señor Pardo, que está totalmente cortesano. Es la suya una cortesanía que tiene razones de período legislativo. Pero es cortesanía indiscutible y, como del señor Pardo, finísima.

Y estuvo en Palacio toda la mayoría. Toda absolutamente. Sólo la minoría no quiso hacerle caso a las amables invitaciones del señor Pardo y se quedó en su casa. O se fue al teatro. O se fue al club. O se fue al cinema.

Y el señor Pardo hizo un dueño de casa muy gentil y hasta campechano. Tan gentil y campechano que sus invitados le hacían chistes irreverentes y equívocos. Y entre muchas sonrisas pedían el azucarero. Y lo pedían con pertinencia y retintín aun a trueque de que el té del señor Pardo resultara empalagoso a fuerza de verter en él azúcar.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–VIII–1916)

VOCES

Vacaciones tristes

Los grandes oradores del partido liberal se hallan ausentes del parlamento en esta hora. El señor Urquieta está en Arequipa. Y el señor Balbuena que está en Lima y el señor Pinzás que ha venido a Lima hace muy poco, no están en cambio en el parlamento. Sienten una nostalgia muy grande de sus pasados tiempos. Y viven tristes y taciturnos de sus recuerdos. El dolor los ha hermanado. Juntos han paseado por las calles y por los parques. Juntos han ido a la Alameda de los Descalzos y se han subido sobre las bancas de mármol para ensayar una frase oratoria. Juntos han hecho comentarios. Juntos se han acongojado. La suerte es con ellos tan injusta que ni siquiera les tiene de catedráticos y les permite ejercitar en la didáctica sus aptitudes y sus temperamentos de tribunos.

El señor Balbuena, que es de los dos el más triste y el más afligido, alivia un poco su nostalgia frecuentando los banquetes. Sabe la admiración universal que despierta su calidad de orador y tiene la certidumbre de que le pedirán un brindis. Y hace por eso el obsequio gentil de su asistencia a todos los ágapes y a todas las fiestas.

Del señor Balbuena y del señor Pinzás nos han contado una historia interesante y auténtica. Nosotros vamos a divulgarla. Ellos que son buenos amigos y buenos cristianos sabrán perdonárnoslo.

Hace varios días el señor Balbuena y el señor Pinzás caminaban lentamente por el jirón de la Unión. Era de noche. El señor Balbuena y el señor Pinzás no tenían rumbo ni norte algunos. Marchaban sonámbulos y cabizbajos. De pronto el señor Balbuena habló de esta manera:

–¿A dónde vamos Pinzás?

Y el señor Pinzás respondió:

–¿A dónde vamos, Balbuena?

Y los dos se quedaron silenciosos e interrogativos.

Luego el señor Balbuena dijo:

–Sigamos andando, Pinzás.....

Y el señor Pinzás agregó:

–Sigamos andando, Balbuena.....

Y los dos continuaron su marcha. Andando, andando, llegaron al Parque de la Exposición. Y se aproximaron a la fuente de Neptuno. El señor Balbuena que es un poco romántico había dicho: "Vamos a escuchar el surtidor de la fuente". Pero la fuente de Neptuno es una fuente sin surtidor, sin poesía y sin romanticismo. Es una fuente muerta. Y el señor Pinzás y el señor Balbuena la dejaron presurosos. Y entraron en el Paseo Colón. Y volvieron a detenerse para decidir si iban a ver el monumento a Bolognesi o si tomaban el tranvía para dar "una vueltecita". Lamentaron que el Parque Zoológico estuviera cerrado y que no pudieran entrar a ver la laguna dormida y los cisnes despiertos. Y el señor Balbuena exclamó:

–¡Oh, los cisnes! ¡Si usted hubiera visto a Felyne Verbist! ¿Por qué no vino usted a ver a Felyne, Pinzás?

Y el señor Pinzás, por contestar, algo contestó:

–Cosas que tiene la vida, Balbuena.....

Los dos siguieron indeterminados, irresolutos, indecisos. Pero pronto tuvieron un refugio. El Centro Universitario estaba abierto. El señor Pinzás y el señor Balbuena entraron al Centro Universitario sin ceremonia. Dentro, los estudiantes sesionaban. Y el señor Balbuena y el señor Pinzás se sentaron para asistir a la sesión de los estudiantes. Y la sesión les pareció idéntica a una sesión del parlamento. Había despacho, había pedidos. había orden del día. El señor Luis Ernesto Denegri desempeñaba con absoluta gravedad su papel de presidente y de rato en rato agitaba una campanilla. El señor Balbuena y el señor Pinzás tuvieron poco a poco la ilusión perfecta de que aquel era el parlamento. Y de repente, a mitad del discurso de un estudiante, el señor Balbuena hizo una interrupción. El señor Denegri, comprensivo, la consintió sonriente. Y el señor Pinzás hizo luego otra interrupción. Y el señor Denegri volvió a consentirla sonriente. Los universitarios miraban al señor Balbuena y al señor Pinzás con azoramiento. Y el señor Balbuena y el señor Pinzás, felices e iluminados, sentían que aquel era el parlamento y que ellos eran ahí, como en otros tiempos, dos diputados y dos grandes oradores.

De pronto el señor Balbuena y el señor Pinzás exclamaron a un tiempo:

–Pido la palabra.

–Pido la palabra.

Y entonces el señor Luis Ernesto Denegri, cruel y despiadado, les

devolvió a la realidad. Agitó la campanilla y dijo gravemente:

–Va a darse lectura a los artículos del reglamento relativos a la compostura que debe guardar la barra.

Y el secretario, obediente, se puso de pie para hacerlo.

–El señor Balbuena y el señor Pinzás salieron consternados.

(En *El Tiempo*: Lima, 15–VIII–1916

VOCES

Fuego a discreción

La jornada parlamentaria de anteayer fue intensa, agitada, emocionante y sonora. Terminan las perezas, las cortesías, los bostezos y los eufemismos. Y todo comienza a ser lucha candente y cruenta. A la escaramuza ha seguido la primera gran batalla y a la primera gran batalla seguirán otras muchas, más tremendas, más sangrientas, más ardorosas.

El señor Torres Balcázar entró al salón de sesiones con cara trágica. Los diputados pensaron que el señor Torres Balcázar llevaba en el bolsillo algún petardo. Y repararon que en su puesto estratégico, de centinela avanzado, estaba el señor Borda, a quien indiscretas acometividades del invierno habían obligado a faltar varios días. y la mayoría quiso hacer un gesto galante. Quiso tributar un homenaje a la minoría. Quiso hacerle un saludo. Y, caballerescamente, el señor Balta pidió la palabra para enaltecer al señor Borda, hacer el elogio de sus cuarenta proyectos en papel celeste y solicitar que fuesen publicados en los periódicos. Y el señor Manzanilla, que cada día es mas amabilísimo, advirtió entonces:

–Ya lo había resuelto yo.

Pero la minoría comprendió que no estaba el tiempo como para andarse con más cortesías y genuflexiones. Agradeció los homenajes de la mayoría, pero se aprestó para dar batalla. Y el señor Torres Balcázar se puso de pie solemnemente. La sala entera se estremeció. Y los diputados miraron la farola para ver si se conmovía o se venía abajo de miedo.

Y el señor Torres Balcázar, que es todo un estratega, operó el más eficaz de los ataques. Revolucionó a la cámara, soliviantó a las galerías, emocionó a los conserjes, alborotó a los periodistas. Y cuando al final la cámara se pronunció adversamente a una proposición de su señoría en defensa de los empleadoss públicos, el señor Torres Balcazar, risueño y burlón, habló así:

–Yo sabía ya cual iba a ser el voto de la Cámara. Yo lo he provocado

conscientemente. Yo no he tenido fe alguna en la eficacia de mi pedido. Pero he obligado a muchos representantes a soltar prenda sobre la cuestión de las rebajas. Los he puesto cara a cara con la opinión.

Y se reía a caquinos, completamente satisfecho de su hazaña. El sèñor del Solar, obligado a decir que él y sus compañeros pretendían que los empleados públicos sufriesen hambre y sed por un año más en beneficio de la patria y de sus acreedores, lo miraba indignado y protestaba contra la táctica aviesa de su señoría.

Y en toda la sesión hubo gran animosidad de la minoría que efectuó un bombardeo general y esforzado.

En la orden del día volvieron a verse frente a frente el señor Macedo y el señor Moreno. Se discutía un asunto relativo a Ica, Chincha y Pisco y opinaban sobre él los representantes de esas provincias. Y el señor Macedo, rival impenitente del señor Moreno, resolvió intervenir en él. Y el señor Moreno tuvo que indignarse y decir a sus vecinos:

¡Pero qué "entremetido" es este diputado!

Y luego en los pasillos seguía protestando contra las actitudes del señor Macedo. Y hablaba mal también de sus singularidades físicas:

–Mi contendor tiene un alma flácida como su gordura. Porque su gordura es flácida. No es turgente y redonda como la mía y como la del cronista de "La Prensa". ¡No! Nuestros carrillos son cual melocotones sazonados. Los del señor Macedo son cual alforjas.....

Y continuaba su diatriba por este camino.

El señor Moreno está obsesionado por la enemistad del señor Macedo. No sabe cómo vengarse de él. No sabe cómo impedir que intervenga en las cuestiones de Chincha. Y, enterado de la odiosidad que le tiene el señor Macedo a la música, a Verdi, a Wagner, a la ópera italiana y al drama sinfónico alemán, está absolutamente resuelto a establecer en Chincha, en la misma calle en que tiene su alojamiento el señor Macedo, no menos de diez orfeones. O "estudiantinas" como dice su señoría.....

(En *El Tiempo*: Lima, 16–VIII–1916)

VOCES

A puerta cerrada

Cuando llegamos ayer a la cámara de diputados, el centinela nos gritó brusca y descortésmente:

–¡Atrás!

Y acudieron a detenernos un sargento y un oficial. Nos dijeron entonces que la cámara estaba en sesión secreta y que debíamos marcharnos. Quisimos argüir que nosotros tomábamos té todos los días a esa hora en el Palacio Legislativo y que en éste no íbamos a prescindir de tan suntuosa y digna costumbre. Pero nos dimos cuenta de que convencer a un oficial y a un sargento juntos, es empresa difícil.

Nos retiramos del Palacio Legislativo. Y fuimos a aguaitar a los senadores. Pero los hallamos tan serios, tan tranquilos, tan quietos, que preferimos dejarlos solos.

Y preferimos sentarnos en una banquita de la Plazuela de la Inquisición, para reconstruir mentalmente lo que ocurriría en la cámara de diputados o para invitar al ilustre doctor Varela y Orbegoso, que está absolutamente convencido de que esa plazuela es algo así como el parque señorial de su castillo, a que se dignase conversar con nosotros. Pero en la Plazuela de la Inquisición no hacía en esos instantes sus cotidianos paseos el doctor Varela y Orbegoso. En los bancos descansaban una señora gorda, un suertero, un cholito mayordomo y otras personas símiles. Y en la plazuela triscaban cual cabritos unos chicos locuaces.

Fue mansa y apacible la sesión secreta, según luego supimos. Se realizó en un ambiente familiar y tierno. Entró a la sala con aterciopelado y gentil paso el señor de la Riva Agüero y se sentó en un escaño. Y luego comenzó a hacer un discurso. Y como su señoría tiene voz tan dulce y leda, todos los representantes se agruparon en torno de su escaño para oírle de cerca.

Y el discurso del señor Riva Agüero fue un discurso optimista, amable, risueño, plácido. Su señoría lo ve todo de color de rosa. Se diferencia en

esto del señor Borda que lo ve todo de color de cielo. El mundo entero nos quiere, nos mima, nos engríe y nos arrulla, según el señor Riva Agüero. Nuestros vecinos parten con nosotros de un confite. La guerra actual tiene para el Perú tan afables consideraciones que hasta ahora no ha comprometido nuestra neutralidad. El submarino "Deutschland" que arribó a Baltimore, no tuvo nunca la menor intención de visitar al Callao trayendo tinte de cochinilla como pudo creerse alguna vez. No se ha escuchado aquí un solo cañonazo, ni aun en los días trágicos del combate de Verdún. En el Perú todo es paz. Todo es tranquilidad.

Y entre los diputados el discurso producía tranquilas y apacibles impresiones. Algunos como el señor Román, como el señor Becerra, como el señor Alva (don Arturo) y como otros más, se dormían arrullados por la palabra del señor Riva Agüero. Otros como el señor Torres Balcázar, hacían gallitos de papel y los paraban en fila sobre sus carpetas. Otros, como el señor Carrillo, militaristas y guerreros, se indignaban ante las seguridades de paz que decía el orador.

Sólo hubo un incidente. Una interrupción de un diputado de la minoría para rectificar cierto concepto indiscreto del señor Riva Agüero.

Y por lo demás, calma completa.

Los diputados oían el discurso del señor Riva Agüero con la misma cara que ponen los chicos cuando oyen contar un cuento al abuelito. Y cuando el cuento no es de aparecidos ni de guerra, sino de encantamientos y de hadas buenas.

Y el señor Macedo se dormía. Había oído acerca del discurso del señor de la Riva Agüero a un diputado maledicente:

–¡Música celestial!

Y el señor Macedo, que no transige con la música ni aún cuando es celestial, se indignó de manera terrible y dijo:

–¿Música? ¡Protesto!

Y se hizo dos pelotillas de papel. Y se puso una en cada oreja. Y se quedó dormido.

Congoja

Estamos afligidos. Nos creíamos modestos. Nos creíamos pequeños. Nos creíamos humildes. Pero ahora ya no sabemos qué creernos. Una declaración tremenda del señor Riva Agüero en la sesión secreta de ayer nos ha descorazonado por completo. Ahora nos creemos más chicos. Nos

creemos chiquititos. Somos tan insignificantes que habrá que buscarnos con microscopio un día de estos.

Y no podemos pensar de otro modo. El señor Riva Agüero, desdeñando a los periódicos que se han atrevido a comentar desfavorablemente el cambio del ministro en Washington, ha dicho que el "New York Herald", que el "World", que el "Sun", que todos los grandes diarios yanquis, que todos esos rotativos de innumerables páginas, de los cuales lo más que podíamos pensar los irrespetuosos es que son un poco rastacueros – resultan unos periódicos de cuarta clase. Ni más ni menos.

Y nosotros que, humildemente, nos esforzamos por ser lógicos, pensamos que si el "New York Herald", que si el "World", y que si el "Sun" son periódicos de tan ínfima calidad, nos acongojamos al pensar en el calificativo que para nosotros tendrá el señor Riva Agüero. El señor Riva Agüero se siente tan grande, tan alto, tan elevado, que mira a todos los rotativos "arrasca cielos" de Washington y New York a la altura de una hormiga. Y desde la cúspide de su posición majestuosa y olímpica les avienta, hecho una pelotilla, un pliego de interpelaciones.

Su señoría se exhibe despectivo y orgulloso como nunca lo imaginamos. Y es cosa de ponerse a meditar seriamente si su actitud denunciará un contagio de la magnífica aristocracia del señor Pardo. Acaso el señor Riva Agüero se siente ya un poco señor Pardo. Acaso el señor Riva Agüero comienza a imitar al señor Pardo. O acaso, como un observador sutil nos insinúa, a quien imita el señor Riva Agüero no es al señor Pardo sino al señor Mac Adoo. Lo admira desde que le conoció a bordo de un crucero yanqui.

Pero, el señor Riva Agüero se equivoca entonces en la imitación. Porque el señor Mac Adoo no es canciller sino ministro de hacienda. Y a quien le toca imitarlo es al señor García y Lastres.....

Anticipo

Anoche ofreció un banquete a sus amigos de la cámara de diputados el señor ministro de guerra. El señor ministro de guerra está en vísperas del generalato. Y el señor ministro de guerra quiere decirles su agradecimiento a los diputados con toda anticipación. Ha sido la suya una anticipación previsora. Y estratégica. Como que es el ministro de guerra y generalísimo de todos los soldados peruanos, que no sabemos bien cuántos son desde que el coronel Puente los preside o capitanea.

Hubo hasta once diputados en torno de la mesa del señor ministro de guerra, de los cuarenta que fueron invitados. Pero el ministro no se descorazonó y tuvo para todos muchas atenciones y muchas gentilezas. Son atenciones y gentilezas que le va aprendiendo el señor ministro de guerra al señor Pardo, dueño y señor de todas sus admiraciones según él afirma en público. Nosotros no tenemos por qué intervenir en las cosas que el señor ministro de guerra afirme en privado.

Algunos de los representantes invitados se abstuvieron de concurrir por puntillos de delicadeza. Puntillos de delicadeza que son de lo más exagerados como comprende el lector. Esos invitados abstencionistas dijeron así:

–Se va a decir que el coronel Puente ha convencido nuestro voto en el banquete.

Y se indignaron, por supuesto.

La fiesta del señor ministro de guerra fue gentil y alegre. El coronel Puente no es precisamente un tipo de gran capitán como el coronel Sarmiento, su amigo y aliado. Es más bien un tipo de estratega. Y es también un tipo de triunfador. La fortuna se ha hecho para él y se le entrega con liviandad extrema. El coronel Puente que llegará a ser un conquistador en achaques de guerra, sabe serlo en achaques de fortuna. Y en achaques de fortuna que cuando no tienen por teatro el recinto solemne de una cámara, es porque tienen por teatro un comedor elegante del Club de la Unión.....

(En *El Tiempo*: Lima, 17–VIII–1916)

VOCES

Bajo la farola

Ayer volvió a sesionar en secreto la Cámara de Diputados para oír al ministro de relaciones, señor Riva Agüero. Ha sido una nueva sesión a puerta cerrada como decimos nosotros, o a puerta "trancada", como dice el señor Abelardo Gamarra. Se diría que el parlamento y el gobierno han estado dialogando a hurtadillas del país.

El señor Riva Agüero volvió a sentarse en un escaño de la izquierda y volvió a verse rodeado como un abuelo por los miembros de la Cámara joven. Y volvió a ponerse de pie para decir un discurso. Y volvió a encontrar todo de color de rosa y a afirmar que el Perú era amado en estos momentos no sólo por todo el continente, sino también por todo el mundo.

Y fue el discurso del señor Riva Agüero en su espíritu un himno a la paz. El señor Riva Agüero es un preconizador ferviente de la paz. Casi un apóstol de ella. Sueña con la fraternidad universal. Si el señor Riva Agüero, en lugar de ministro de relaciones, fuese fabricante de automóviles, iría a Europa, presidiendo una caravana para predicar la paz. Y abriría el Palacio de La Haya para ofrecer conferencias. Y más tarde las repetiría en Hyde Park, con proyecciones luminosas, a la manera del señor Oscar Víctor Salomón. El señor Riva Agüero es un espíritu optimista, enamorado de los tiernos y bellos idealismos. Está resuelto a realizar la más noble e hidalga de las propagandas, con empeño, que hay derecho para suponer que su señoría aspira al premio Nobel. Y que su señoría sueña con llegar a hacer compañía en una lista gloriosa a Berta Süttner, a Echegaray, a Federico Mistral, a Maeterlinck, a Marconi y a Edison.

Pero, a pesar de toda la elocuencia arrulladora y dulce de la frase del señor de la Riva Agüero, los diputados de la minoría no quisieron ayer convencerse de que tenía razón en cuanto decía. Y el señor Secada, el señor Químper, el señor Gamarra (don Manuel Jesús) y el señor Borda atacaron con ímpetus formidables a su señoría. Lo ajocharon, lo asediaron, lo

rodearon. En torno del escaño del señor Riva Agüero, se pusieron todos para hacer críticas de la gestión de la cancillería y dar puñadas sobre las carpetas.

Y a pesar de estas protestas, la sesión tuvo ambiente de intimidad y familiaridad. Y si hubo rencilla y controversia, tuvieron ellas un sabor hogareño. El señor Riva Agüero tuvo frases gentiles en sus respuestas. Insistió en que la situación era plácida y tranquila. Y trató de probarlo con los ademanes y hasta con las sonrisas.

En la Plazuela de la Inquisición, a la salida, abordamos al señor Secada, que salía de la sesión y le hicimos la más discreta de las preguntas. Y el señor Secada nos contestó indignado:

–¡No me pregunten nada! Yo no vuelvo a hacer interpelaciones. El ministro de relaciones exteriores nos ha contestado con un salmo dulcísimo. Su señoría tiene un alma mística. Su política es casi una política monástica. Parece una Santa Teresa de Jesús hecha hombre público y canciller.

Galantería

El señor ministro de gobierno es un devoto de la minoría parlamentaria. La mima, la engríe, la requiebra, la enamora. Cuando le indican que pasa un diputado de la minoría, llama a un coche para seguirlo. Cuando se encuentra con otro, lo detiene, lo galantea y le pregunta por su salud y por la de sus deudos. El señor ministro de gobierno es un modelo de gentil hombre.

Hay quienes dicen que el señor ministro de gobierno, que es ferviente admirador del señor Manzanilla, imita al ilustre leader. Cree que el señor Manzanilla ha alcanzado su cúspide de popularidad y de gloria, a fuerza de sonrisas. Y confía su creencia a sus amigos íntimos:

–¿No es cierto que el señor Manzanilla ha llegado a grande hombre, porque sabe ser amable y porque sabe sonreír admirablemente?

Y los amigos íntimos del señor ministro de gobierno, le responden:

–Muy cierto.

Y el señor ministro de gobierno se da cuenta de que piensa siempre con mucho tino. Y resuelve prodigar sonrisas y cortesanías.

Anteayer, a las siete de la noche iba por una calle el señor ministro de gobierno en un elegante automóvil de suave y silenciosa marcha. Reparó en un coche que le precedía. Advirtió que conducía dos pasajeros. Y tuvo

la intuición de que estos pasajeros eran dos miembros de la minoría. Se lo preguntó al chauffeur:

–¿No es cierto que en ese coche van dos diputados de la minoría?

El chauffeur respondió:

–No lo sé, señor ministro. Son dos señores gordos los que van en ese coche.

El ministro ordenó al chauffeur que interrumpiese el automóvil su lenta marcha aristocrática y se apresurase para dar caza al coche. El chauffeur obedeció. Y el ministro comprobó que no se había engañado. En el coche iban al señor Borda y el señor Torres Balcázar. El ministro los siguió en su automóvil. El coche del señor Borda y del señor Torres Balcázar iba seguido por el automóvil del señor ministro de gobierno, como por una rara escolta con música de bocina. Se pegaba a una acera el coche y se pegaba a la misma acera el automóvil. Volvía una esquina el coche y volvía la misma esquina el automóvil. Atenuaba su velocidad el coche y atenuaba la suya el automóvil. De pronto el coche se detuvo. El automóvil se detuvo también. Descendieron del coche el señor Borda y el señor Torres Balcázar y descendió del automóvil el señor García Bedoya. Y fue al encuentro del señor Borda y del señor Torres Balcázar, diciéndoles:

–¡Oh queridos compañeros! ¡Cuánto placer tengo en encontrarlos! Ustedes son mis muy amados amigos.

Les estrechó las manos con efusión. Les invitó a tomar un cocktail en una confitería. Después de un cocktail otro. Luego uno más. Y entre sorbo y sorbo, entre sonrisa y sonrisa, entre piropo y piropo, les preguntaba:

–¿No es verdad que ustedes están muy contentos conmigo? ¿No es verdad que ustedes son muy buenos amigos míos?

Handicap

El señor Gamarra es una figura del porvenir. No hablamos del señor Abelardo Gamarra, que no podría parecer muy fácilmente una figura del porvenir. Hablamos del señor don Manuel Jesús Gamarra. Porque en la Cámara de Diputados existe otro señor Gamarra que se llama don Manuel Jesús y que no representa a Huamachuco sino a Urubamba. Y el señor Gamarra, don Manuel Jesús, es, sin duda alguna, un orador en pleno desenvolvimiento. Habíamos advertido en él hace ya tiempo los síntomas del orador inminente.

Hace casi un año de la revelación del señor Gamarra. Fue una tarde en

que la Cámara de Diputados se ocupaba de la situación geográfica del distrito de Chincheros, a propósito de un vulgar proyecto de demarcación territorial. Hablaba el señor José Balta, presidente de la Sociedad Geográfica. Los periodistas, comentadores habituales y obligados de la sesión, pensaban que no iba a llegar más allá el debate. La autoridad del señor Balta en cuestiones geográficas era definitiva, incontrovertible y aplastante. Nadie podrá rebatirle ni argüirle adversamente. Nadie. Y ni siquiera se atrevería nadie a glosar sus palabras. Pero en medio de la sorpresa unánime, se puso de pie el señor Gamarra. E, irreverente, refutó cuanto había dicho el señor Balta. Sacó un mapa. Atacó a la Sociedad Geográfica. Asombró al Parlamento. Y del distrito de Chincheros hizo tema de un discurso de tres días. Y demostró cosas trascendentales, completamente trascendentales, como que la capital del distrito no estaba en un recoveco sino en una llanura, ni en tal latitud, sino en cual otra, ni a orillas de un abismo sino de un riachuelo, ni gustaban los de Chincheros del cañazo sino de la chicha, ni placíales Rudyard Kipling sino Chuquihuanca Ayulo, ni eran carnívoros sino vegetarianos, ni había en Chincheros caballos sino llamas y huanacos, ni se hacían las casas con cemento "Portland" sino con caña brava, ni condimentábanse las viandas con setas sino con huacatay. Y el señor Balta quedó confundido. El señor Gamarra acababa de destruir todas sus mistificaciones. Chincheros quedaba definido en el criterio de la Cámara y del país, tal como era, por obra y gracia de la milagrosa palabra del señor Gamarra. Fiat lux había dicho el señor Gamarra. Y su palabra había sido también cual trompeta de Josué. Como Jericó, como la ciudad alegre y confiada, el prestigio geográfico del señor Balta se había venido guardabajo.

El señor Gamarra atrajo desde entonces todas las miradas. Los periodistas inquirieron datos biográficos de su señoría. Supieron que había sido juez de primera instancia, que se había hecho diputado contra viento y marea y que había convencido más tarde a la Excma. Corte Suprema, a quien no es muy fácil convencer, de que sus credenciales traían patente muy limpia, tan limpia que procedía de una elección triunfadora sobre una candidatura presidencial. Y comenzaron a admirar al señor Gamarra. Y descubrieron muchos detalles de la carrera pública de su señoría.

El señor Gamarra ha venido sosteniendo desde hace muchos años una noble emulación con el señor Chaparro, que es también diputado cuzqueño. Fueron condiscípulos en el kindergarten, en el colegio de primera enseñanza, en el colegio de segunda enseñanza y en la Universidad del

Cuzco. Siempre estuvieron en la misma clase. Siempre fueron rivales de estudios. El maestro les ponía pico a pico en escolares torneos de sabiduría. El señor Gamarra resultaba vencedor generalmente. Pero el señor Chaparro se sacaba, sin embargo, las primerass medallas, mientras el señor Gamarra no alcanzaba sino menciones honrosas. El señor Gamarra era el eterno placé del señor Chaparro. Era el eterno "cuasi". Y las gentes imparciales opinaban que el señor Gamarra tenía mayor talento y mayor sabiduría que el señor Chaparro, siendo altísimos y sorprendentes el talento y la sabiduría del señor Chaparro, y que era una injusticia que el señor Gamarra no ganase las primeras medallas. Y en la Universidad, las contentas fueron para el señor Chaparro, a quien, naturalmente –este no es raciocinio del general Canevaro–, contentaban sobre manera.

Y la hidalga emulación siguió más tarde. Y sigue hasta ahora. El señor Chaparro llegó a ser diputado antes que el señor Gamarra. Pero el señor Gamarra no tardó en hacerse una elección y unas credenciales legítimas y popularísimas. Hoy el señor Chaparro espera llegar a ser ministro antes que el señor Gamarra. Y el señor Gamarra confía en que llegará a ser presidente de la Sociedad Geográfica antes que el señor Chaparro. Es el de ambos un match formidable, al cual consagran todas sus energías. Una justa caballeresca. Ambos han llegado a ponerse casi en empate. Pero el señor Chaparro tiene una honda preocupación. Su señoría no ha sido juez de primera instancia como el señor Gamarra. Y piensa que el Sr. Gamarra le ha ganado con un título. Y no encuentra forma de ser juez de primera instancia un mes siquiera, al mismo tiempo que representante. Y se ha consultado con todos sus amigos al respecto. Quien le ha dado un consejo eficacísimo ha sido el señor Luis V. Carrillo, juez de paz por muchos años. Le dice el señor Carrillo:

–¡Hombre! Haga usted que lo nombren juez de paz. No hay incompatibilidad entonces.

Y el señor Chaparro le objeta:

–Pero el señor Gamarra ha sido juez de primera instancia y no juez de paz.

Y el señor Carrillo le replica victoriosamente:

–¡No haga usted caso de detalles, amigo Chaparro! La cuestión está en que sea usted juez.....

(En *El Tiempo:* Lima, 18–VIII–1916)

VOCES

Mixtura

Ayer la Cámara de Diputados quiso dejarse ver la cara un ratito. Tres días hacía que se recataba de los ojos del público. La guardia militar y los conserjes ponían entre ella y el público una valla inexorable. Y los diputados se sentaban en torno del ministro de relaciones para escuchar de sus labios el relato de los amores y amoríos del Perú. Hay quienes afirman que el ministro de relaciones se situaba a mitad del hemiciclo y que los diputados se situaban en su rededor puestos en cuclillas. Sobre el ministro de relaciones y sobre los diputados, la farola trágica temblaba. Y el señor Castillo, que está convencido de que una neumonia le amenaza desde una rendija de la farola, se alzaba las solapas de la americana y se encogía en su sillón. Y el señor Abelardo Gamarra, que tiene idénticos temores, exclamaba:

–¡Ese "chiflón"!

Y se estremecía de frío, con las manos en las faltriqueras.

La farola sigue siendo motivo de pavor para los diputados. Sigue asustándoles. Sigue intimidándoles como a chiquillos. En sus comentarios a la sordina se dicen sigilosamente:

–¡Esa farola!

Y temen decirlo en voz alta por temor de suscitar la indignación de la farola. "Bajo la farola" escribimos nosotros como epígrafe de la sesión de anteayer y los diputados lo interpretaron como de mal agüero.

La sesión fue animada. Largo despacho. Muchas iniciativas. Muchos dictámenes. La cámara está en un instante de actividad.

El señor Cox y el señor Secada protestaron de que en Trujillo se haya resucitado el régimen de las sableaduras y de los atropellos. Y pidieron que diese explicaciones el señor ministro de gobierno. Mala suerte ha tenido el señor García Bedoya. Desde que es ministro de gobierno, se suceden las sableaduras y los atropellos. Cada guardia civil se siente un energúmeno.

Y cada gendarme se siente más energúmeno que un guardia civil, lo cual es casi hiperbólico.

Y volvió a encenderse el debate alrededor del encauzamiento de los ríos de Ica. Y volvió a intervenir a nombre de Chincha, con gran indignación del señor Moreno, el terrible señor Macedo. El señor Moreno había recibido un telegrama de su provincia y tenía pensado un pedido. El señor Macedo había recibido el mismo telegrama y tenía pensado hacer también un pedido. Y como es más ducho que el señor Moreno en achaques parlamentarios, se había apresurado a pedir la palabra en secretaría. Y apenas se iniciaron los pedidos se puso de pie, con su telegrama en la mano, para meterse en las cosas de Chincha y disgustar al señor Moreno. Y trató agresivamente al señor ministro de fomento, confundiéndolo acaso eon el director de la Filarmónica.

Luego se interrumpió la sesión. Se pasó a sesión secreta, para escuchar las explicaciones de los señores ministros de fomento y relaciones exteriores sobre el asunto de las concesiones de montaña.

Hubo, pues, así sesión pública y sesión secreta en una misma tarde.

El señor Gamarra la comentaba así:

–¡Sesión "cabeceada"!

Y el señor Balbuena, que rondaba nostálgico por los pasillos y que siegue siendo finísimo y modernista en la frase, añadia:

–¡Mixtura!

Aniversario

Ayer celebró el señor Pardo el primer aniversario de su período presidencial. Y hubo besamanos en Palacio. Las gentes de la política asistieron a hacerle cumplidos al señor Pardo. Y el señor Pardo sentía la misma satisfacción que sienten las niñas bonitas el día de su santo. Probablemente se sorprendía de que no le enviasen flores y otros cortesanos y gentiles obsequios.

Un año de presidente de la república ha cumplido el señor Pardo. Un año durante el cual ha venido haciendo la felicidad de la patria. Un año durante el cual le han preocupado arduamente la decoración y la pintura de los salones de palacio. Un año durante el cual ha seguido honrando y enorgulleciendo a Miraflores con el honor de su permanente residencia en esa villa. Un año durante el cual ha sido el más "dandy" y el más "snob" de nuestros presidentes. Un año durante el cual ha tenido arduas preocu-

paciones de estética y de escenografía. Un año durante el cual ha titubeado once meses para dar de baja a un diplomático por razones de familia.

No se dirá, pues, que el señor Pardo no tiene títulos para celebrar con orgullo este aniversario.

Y con él lo ha celebrado el gran mundo social que ha estado en Palacio a felicitarlo. Y con el gran mundo social, el país entero que no ha estado en Palacio a felicitarlo.

Sólo que el regocijo del señor Pardo y el regocijo del país acaso se diferencian sustancialmente. Porque podría ocurrir que el país, que es muy ingrato, se alegre, no de que haga un año que el señor Pardo nos gobierna, sino de que se haya cumplido el primer año del gobierno del señor Pardo...

(En *El Tiempo*: Lima, 19-VIII-1916)

VOCES

Máscara y coturno

Ayer todo fue sesiones secretas. Sesión secreta en la cámara de diputados. Sesión secreta en la cámara de senadores. Sesión secreta aquí. Sesión secreta allá. La política, de puro coqueta, escoge métodos de sigilo. Se oculta, se recata, "se refunde". Y juega a los escondidos. O se viste de dominó. Ayer, probablemente, se puso máscara y coturno. El debate privado que venía desarrollándose en la cámara de diputados con ciertos plácidos ribetes de escena doméstica, se trasformó por completo. Lo que había comenzado en sainete de los Alvarez Quintero ha terminado en tragedia de Sófocles o de Esquilo. Todo ha sido ayer gritos airados, actitudes fieras, muecas terribles, crispaciones pavorosas, escorzos trágicos. Parecía que la farola sospechosa y maligna proyectaba sobre la sala una luminosidad siniestra. Y el cónclave parlamentario no parecía un cónclave parlamentario, sino un aquelarre fantástico.

Hasta ayer el ministro de relaciones exteriores había semejado un abuelo que les contaba cuentos y fábulas de Samaniego a los chicos. Los chicos no habían tenido mayor irreverencia que la de una sonrisa incrédula ante una mentira o ante una ingenuidad muy grandes del relato. Pero ayer los chicos se sublevaron contra el abuelo.

Asistieron a la sesión el ministro de relaciones exteriores y el ministro de fomento. El ministro de relaciones tenía un aire de tranquilidad que revelaba a las claras como su señoría estaba ya seguro de haber salido del atrenzo. Y, más bien, el ministro de fomento tenía un aire tímido, un aire miedoso, un aire acongojado, que revelaba cómo su señoría le seguía teniendo un temor muy grande al asunto de los terrenos de montaña. El ministro de fomento miraba con alarma al señor Vivanco. Y miraba después, con más alarma todavía, al señor Torres Balcázar. Y luego, con la misma alarma, al señor Secada, al señor Químper, al señor Borda. El señor Riva Agüero trataba de infundirle valor:

–¡Animo compañero! ¡Por un pedazo de selva no vale la pena inquietarse! ¡Aprenda de mí!

Y el señor Riva Agüero se ponía muy tieso y muy erguido ante el señor Sosa, para demostrarle cuán grandes eran su tranquilidad y su heroísmo.

Más tarde, estalló la tempestad. El sainete se hizo tragedia. No hubo más sentimentalismos, ni más ternuras, ni más devociones. Los diputados de la minoría concentraron todos sus fuegos contra el señor Riva Agüero. El señor Riva Agüero se sintió solo, vencido, rodeado. Y los diputados, inclementes como una sentencia del oráculo, lo siguieron envolviendo entre los tentáculos de su invectiva tremenda.

Fue un minuto espantoso del debate. Un minuto único. Un minuto nunca visto. Nadie podía imaginar que el señor Torres Balcázar fuese tan guapo. Nadie podía imaginar que el señor Secada fuese tan despiadado. Nadie podía imaginar que el señor Borda fuese tan impetuoso. Las frases fueron rotundas y los conceptos fueron más rotundos que las frases. El señor ministro de relaciones tuvo que salir de la sala aceleradamente "A espetaperros", dijo el señor Abelardo Gamarra. Y tras de él salió consternado el señor Sosa.

Y luego, en el salón de la presidencia de la cámara, como quien dice en berlina, el señor Sosa y el señor Riva Agüero conversaban afligidos y contritos. Y el señor Sosa le decía al señor Riva Agüero:

–¡Yo lo presentía, compañero!

Y el señor Riva Agüero le contestaba al señor Sosa:

–¡Cómo iba a esperarlo, compañero!

Mientras tanto, en la sala de sesiones, bajo la farola que estaba más siniestra y maléfica que nunca, continuaba el debate tempestuoso y alarmante. Y los diputados de la minoría gritaban a coro:

–¡Qué se vaya el ministro!

–¡Ya se irá!

Pero los diputados de la minoría insistían imperiosamente:

–¡Ahora mismo!

Así fue la sesión. Así culminó el debate secreto. Así se presentó sorpresiva y emocionante la tragedia. Lo decían a la salida los representantes ministeriales:

–¡Ha sido una tragedia!

Y los oposicionistas rectificaban:

–¡No ha sido una tragedia! ¡Ha sido la primera tragedia! ¡Porque ésta va a concluir en trilogía.....!

La fama del señor Pardo no se había detenido en Venezuela, de donde le han mandado la medalla de oro del libertador Bolívar. Había llegado a Alemania, a la Alemania terrible del Káiser, a la Alemania loca de Nietzsche, a la Alemania magnífica de Wagner, a la Alemania marcial de Von Hindenburg, a la Alemania rechoncha de la cerveza de Munich y a la Alemania romántica de los pianos de Brandes. Ignoramos sólo si la fama del señor Pardo que ha llegado a Alemania es su fama de gobernante, su fama de dandy o su fama de buen mozo. A juzgar por la clase de personas en quienes ha despertado el señor Pardo admiración en Alemania, hay que suponer que la que ha llegado a ese imperio es su fama de buen mozo.

Fue hace muchos años en un conservatorio alemán cuando Rosita Renard conversaría sobre geografía política con un viejo maestro alemán. Rosita Renard, sudamericana, sabía de las cosas de Sud América, por lo que en Alemania le enseñaban. Y rodando de tema en tema de geografía, darían en el Perú, que era dar muy lejos. Y Rosita Renard curiosa preguntaría al viejo maestro alemán, previendo desde entonces su visita a Lima.

–¿Y que hay que admirar en el Perú?

Y el sabio alemán le contestaría:

–La fortaleza de Sacsayhuamán.

Y Rosita Renard seguiría interrogando y el viejo maestro alemán respondiéndole.

–¿Y además de la fortaleza de Sacsayhuamán?

–Las huacas de Pachacamac.

–¿Y además de las huacas de Pachacamac?

–La osamenta de Pizarro.

–El callejón de Huaylas.

–¿Y además del callejón de Petateros?

–La pampita del Medio Mundo. ¡Oh la Pampita del Medio Mundo!

–¿Y además de la Pampita del Medio Mundo?

–El Cerro de San Cristóbal.

–¿Y además del Cerro de San Cristóbal?

–Otro cerro. Más que un cerro, una cumbre. El señor Pardo.

–¿Y quién es el señor Pardo?

–Un hombre público muy buen mozo.

Y Rosita Renard que de esta manera recibía lecciones de geografía de

un sabio alemán, dichas en teutona lengua, vino a saber entonces del señor Pardo. Más tarde tuvo de él un retrato. Probablemente lo halló en el Almanaque de Gotha, donde habría encontrado ya cabida amable la aristocracia dinástica del señor Pardo. Y desde entonces se hizo la resolución de saludar al señor Pardo si alguna vez venía a Lima.

Y ayer cumplió Rosita Renard esta resolución que nosotros le atribuimos. Fue a visitar al señor Pardo. No podía ser de otro modo. El lunes, visitó el Museo. El martes, la Telefunken. El miércoles, el Panteón. El jueves, el Parque Zoológico. El viernes, el Senado. Ayer, al señor Pardo. No ha querido conocer la osamenta de Pizarro, por haber leído en una información de "El Tiempo" que no era auténtica.

El señor Pardo recibió gentilmente a la pianista. Se sintió más cortesano que nunca, más amable que nunca, más elegante que nunca, más galantuomo que nunca. Rosita Renard le invitó a un concierto. El señor Pardo le ofreció asistir a todos sus conciertos. El coloquio fue aristocrático. En la cámara presidencial hubo ambiente de ternura, galantería y requiebro. Y a la hora de la despedida, el señor Pardo lamentó intimamente que en él no reviviera su ilustre antepasado don Felipe Pardo y Aliaga, para escribir un madrigal en el libro de recortes de la artista...

(En *El Tiempo*: Lima, 20–VIII–1916)

VOCES

Mala noche

El señor Riva Agüero tuvo anteayer una mala noche. Salió de la cámara consternado y llegó a Palacio más consternado todavía. Pero siempre atildado en el paso, siempre elegante en el ademán, siempre discreto en la frase. Y le dijo al señor Pardo:

–Yo me voy. Yo renuncio.

El señor Riva Agüero y el señor Pardo se tutean. Se tienen gran aprecio. Se admiran. Y se conceden cualidades y méritos equitativamente. Muy equitativamente. El señor Pardo dice:

–Riva Agüero es un hombre bueno.

Y el señor Riva Agüero dice:

–Pardo es un hombre sano.

Y el señor Pardo añade:

–Con Riva Agüero hay que tener buenas maneras.

Y el señor Riva Agüero, por su parte, añade:

–A Pardo hay que saberlo llevar.

Los dos contemplaron la situación creada por el debate secreto del sábado. Los dos execraron y excomulgaron a los diputados independientes que habían censurado a la cancillería. Los dos, que suelen partir de un confite, partieron esta vez de una peña.

Y el señor Pardo suplicó:

–¡No te vayas Riva Agüero!

Y el señor Riva Agüero dijo:

–Tengo que irme.

Y el señor Pardo insistió como en los idilios:

¡No te vayas Riva Agüero todavía!

Y el señor Riva Agüero contestó como en los idilios también:

–Ya es hora...

Y el coloquio languideció así, triste y acongojado. Al final, cuando se

puso de pie para despedirse, el señor Pardo se acordó de que él era el señor Pardo y le dijo al señor Riva Agüero con énfasis y orgullo:

–¡No te vas de ninguna manera!

Más tarde, ya en su domicilio, se entregó el señor Riva Agüero a detenida consulta con su conciencia. Le preguntaba a su conciencia si debía renunciar. Y hay que creer que su conciencia le respondería que renunciase. Y el señor Riva Agüero opondría a esta respuesta, razones de voluntad del señor Pardo y razones de su personal amor propio. Y su conciencia, que suponemos no entenderá razones de voluntad del señor Pardo ni de amor propio del señor Riva Agüero, volvería a recomendarle la renuncia.

Y fue una mala noche para el señor Riva Agüero. Una noche angustiada. Cuando amaneció, su señoría estaría exhausto e insomne. Estaría melancólico. Estaría fatigado.

Y ayer, por ser domingo, no querría el señor Riva Agüero pensar en la política. Celoso cumplidor del descanso dominical, se abstendría de todo trabajo. Y se entregaría a la santa lectura de la Biblia...

Clarinada

La política se alborota. No logra tranquilizarla el señor Pardo con sus banquetes ni con sus "eleven o'clock tea". La política se torna indómita. Y no es sólo que el señor Riva Agüero, puesto en un brete, piense en la renuncia. Y no es sólo que amenace en consecuencia una crisis total del ministerio. Y no es sólo que la minoría inicie una ofensiva general y violenta. Y no es sólo que el señor Juan Manuel Torres Balcázar y el señor Secada y el señor Borda y el señor Químper se salgan de sus casillas. Es también que los constitucionales vuelven a adoptar una postura de combate, vuelven a requerir la chafarranga, vuelven a poner los ojos en la panoplia.

Anteayer hubo sesión constitucional. Y esta sesión fue para decir al país que los constitucionales se oponen también a que los empleados públicos se mueran de hambre y le salen al encuentro a las economías del régimen pardista y del futurismo.

Mala sombra tienen los manifiestos del futurismo. Basta que el futurismo diga una opinión trascendental para que los partidos tradicionales se solivianten y digan que esa opinión es un disparate. O por lo menos para que la reciban con un silencio sospechoso y con una sonrisa más sospecho-

sa que el silencio.

Le pasa al futurismo algo parecido a lo que les pasa a los chicos cuando hablan de algo que se cree tema propio de la gente grande.

Y es así que el partido civil, que se siente padrino del futurismo, diga ante una declaración suya:

–¡Qué gracia!

Y el partido liberal que se siente adversario:

–¡Qué lisura!

Y el partido constitucional que se siente entidad anciana, venerable y protectora:

–¡Qué atrevimiento!

Y el partido demócrata que se siente abuelo y bondadoso:

–¡Qué adelanto!

Ni más ni menos que cuando a los niños comienzan a salirle los dientes con precocidad.

Los constitucionales han querido esta vez ser enfáticos en su opinión y han querido relegarla al comentario doméstico.

Fue el suyo un conclave heroico y marcial que revivió pasados instantes del partido. El general con una mano en la espada y otra en la botonadura del dolman, les dirigió una arenga. Y todo el partido juró por su honor caer en la partida.

Ha sido una clarinada. Una clarinada de combate. El partido constitucional se siente denodado, valiente, bizarro. Se siente en plena lucha. Se siente en el vivac. Y se siente tan aventurero, tan hidalgo y tan caballero andante, que va a quebrar lanzas por deshacer el entuerto de las economías odiosas. Y marcha a tal hazaña de Quijote con su ilustre caudillo tradicional a la cabeza...

Sábado Presidencial

El sábado agasajó el señor Pardo con un banquete a los representantes de Puno y Arequipa. Y en la noche ofreció su "eleven o'clock tea" ritual. En el banquete hubo suculento y exquisito menú. Y en la tertulia hubo té y pastas. Y en el banquete y en la tertulia hubo, por igual, gentil y galante charla, cortesana ceremonia y presidencial distinción.

El señor Pardo ha resuelto ofrecer todos los sábados un banquete a un grupo distinto de representantes. Y durante largo tiempo ha discutido el orden de las invitaciones. Pensó un día en invitar primero a los senadores

y luego a los diputados, pero le pareció vulgar y rutinario. Pensó otro día en invitar primero a los diputados y luego a los senadores, pero le pareció inusitado y atrevido. Pensó otro día en agasajar a los representantes por orden alfabético de apellidos, pero el señor Concha le hizo entender que era de mal tono. Pensó otro día en agasajarlos por orden alfabético de nombres, pero el señor Concha le dijo que era peor todavía. Por fin se decidió a invitarlos por departamento. Y a invitar a cada banquete a los representantes de dos, tres o cuatro departamentos vecinos. El señor Pardo ha trazado los lineamientos de la federación. Simples esquelas de invitación del señor Pardo, una fórmula social suya como quien dice, bastan para resolver un problema o una aspiración trascendentales del país.

Y el sábado, como ya hemos dicho, les tocó el turno a los representantes de Arequipa y Puno. El señor Pardo, lleno de sabiduría y previsión, piensa probablemente que Arequipa y Puno son dos departamentos de quienes hará una sola región el porvenir. Y estuvieron en el banquete todos los representantes de Puno y Arequipa. Desde el secretario de la cámara de diputados, señor Parodi, hasta el arrogante general Diez Canseco. Desde el discreto diputado señor Juan F. Ramírez, cuyas opiniones son siempre muy reservadas, hasta el diputado liberal señor José M. Barreda, que aspiró sin éxito a la vicepresidencia de su cámara. Y estuvo también, para que nadie faltase, el ilustre parlamentario doctor don Juan de Dios Salazar y Oyarzábal.

Y en la noche, el "eleven o clock tea" y el señor Pardo reunieron en Palacio a muchos representantes. Hubo palique y hubo alegría. El señor Manzanilla prodigaba ironías. El señor del Solar prodigaba ademanes. El señor Balta prodigaba cortesías. El señor Pardo prodigaba cumplidos. El general Diez Canseco prodigaba arrogancias. El señor Peña Murrieta prodigaba estatura.

Los amigos del gobierno se empeñaban en olvidarse del tremendo debate secreto de la tarde, pero no lo conseguían. Y las alusiones fluían incesantes y espontáneas. Con gran dolor del señor Pardo y del señor Riva Agüero...

Así fue la noche del sábado en Palacio. En el teatro Municipal hubo comedia argentina con pericón y tango. Y en el teatro Colón hubo vaudeville y variedades...

(En *El Tiempo*: Lima, 21–VIII–1916)

VOCES

Voces de gesta

Ya no se va el señor Riva Agüero. El señor Pardo quiere que se quede. Y la mayoría parlamentaria quiere naturalmente lo mismo que el señor Pardo. Y el señor Riva Agüero, tan atildado, tan meticuloso, tan fino de costumbre, se siente hoy inusitadamente fiero, tremendo y empecinado, porque se han puesto fieros, tremendos y empecinados el señor Pardo y sus amigos del parlamento.

Ayer no fue el señor Riva Agüero a la Cámara de Diputados. Pero hubo siempre sesión secreta. Y continuó el debate político. Y siguió la tragedia. En el intermedio los actores habían recobrado las fuerzas extenuadas y habían tomado claras de huevo para fortalecer la voz. Y aparecieron en el último acto llenos de bríos, de ímpetus y de energías. En el tinglado y en toda la sala resonaron terribles las voces, los carpetazos y los campanillazos. La farola trágica se estremecía y crujía de un modo pavoroso y siniestro. Y en los pasillos los empleados se aproximaban asustados a las puertas de la sala, aguzaban los oídos y se apartaban luego con los cabellos erizados.

La mayoría se presentó conchabada y compacta. Y cuando se entregó al debate la moción de la minoría, se puso toda ella de pie para gritar:

–¡Aquí somos el número! ¡Aquí somos la fuerza! ¡Aquí somos los que decidimos! ¡Aquí somos los que mandamos!

Una actitud de dueño de casa que repentinamente se presenta bravo, intransigente y bilioso, después de haber permitido que hostilicen y ajochen a su huésped.

Y la minoría que no sabe achicarse, que no sabe rendirse, que no sabe correr, se puso también en sus trece, y alzó la voz alarmantemente. Gran denuedo del señor Torres Balcázar. Gran denuedo del señor Borda. Gran denuedo del señor Secada. Gran denuedo del señor Químper. Gran denuedo de toda la minoría. Una jornada gloriosa.

Hizo su reprisse de leader el señor Balbuena. Pero fue una reprisse feísima, y desairada. El señor Balbuena tan liberal, tan amplio, tan generoso, se levantó para apoyar al señor Tudela y Varela. Y el señor Tudela y Varela negaba el derecho del señor Borda a pedir que se trasmitiese al Ministro de Relaciones la versión del debate producido en su ausencia. El señor Balbuena puso en defensa de esta tesis, que es civilista, el mismo calor, el mismo fuego, la misma elocuencia que en otras épocas pusiera para combatir los métodos y las mayorías guillotinadoras y arbitrarias.

Felizmente para nosotros, que queremos de veras al señor Balbuena, no hemos podido asistir a esta postura de su señoría. Felizmente se ha producido ella en sesión secreta. Felizmente nuestros ojos no la han visto. De este modo, es tanta nuestra indulgencia todavía, que tenemos motivo para dudar que sea cierto lo que nos cuentan. Y para creer que calumnian al señor Balbuena. Y para pensar que envidian al señor Balbuena. Y que mistifican al señor Balbuena.

Pero es lo cierto que con el concurso del señor Balbuena se desechó la moción que censuraba al Gabinete. Dieciséis votos tuvo la minoría para apoyarla. Setenta votos tuvo la mayoría para desecharla. Setenta votos que representan la continuación del señor Riva Agüero en el gobierno. Las soluciones políticas dependen siempre de una cifra.

El debate fue, en todo momento, cálido, terrible. La minoría se portó heroicamente. Tan heroicamente que la mayoría decía al final de la sesión lo mismo que Pirro:

–Con otra victoria así, estamos vencidos...

Leader chico

Un día dijimos que en la Cámara de Diputados, el señor Velezmoro había dicho repentinamente, y sin que nadie se lo preguntara, que él era muy civilista, muy pardista y muy gobiernista. Y que él era de la mayoría. Y que él no se cambiaba. Y que él era muy firme. Toda la Cámara se quedó estupefacta. Y los más avisados dijeron:

–El señor Velezmoro es el leader chico.

Porque siempre las mayorías han tenido un leader grande y un leader chico. El leader grande, defiende las grandes iniciativas. El leader chico propone las guillotinas. El leader grande recomienda mesura y prudencia. El leader chico se pone guapo. El leader grande concede sonrisas. El leader

chico da puñetazos. Y cuando el leader grande se llama el señor Tudela y Varela, el leader chico puede llamarse el señor Velezmoro.

Pero desde su profesión de fe, el señor Velezmoro había guardado silencio. Se había dedicado a observar el ambiente, a leer el reglamento, a consultarle al señor Luis Felipe Luna cuestiones de práctica parlamentaria. En la sala de sesiones, en los pasillos y en la cantina, había escudriñado los semblantes, las actitudes y los gestos. Se había empeñado en hacerse profesor de psicología. Y sondeaba las almas. A poco de continuar en estas observaciones, el señor Velezmoro habría acabado escribiendo una novela o una comedia.

Y toda la mayoría le reconocía al señor Velezmoro calidad de leader chico. Lo había designado para tal cargo por unanimidad de votos. Y estaba orgullosa de su designación. La había hecho a conciencia. Antes de la designación había examinado al señor Velezmoro como a un escolar. Y le había interrogado:

–¿Tira usted florete?

Y luego:

–¿Tira usted pistola?

Y el señor Velezmoro había contestado:

–Tiro florete. Tiro pistola.

Y después de una pausa había añadido:

–¡También tiro escopeta!

Y después de otra pausa:

–¡Ah! Y monto a caballo!

Y la mayoría se confirmó en su concepto de que el señor Velezmoro tenía aptitudes de leader chico.

El señor Velezmoro tiene apostura, tiene entonación, tiene arrogancia, tiene desenfado y tiene elocuencia. En Cajamarca había asombrado a todos con sus dotes de orador. Pocas ocasiones había tenido de lucirlas, es cierto. Pero había logrado lucirlas siempre. Y también había demostrado aptitudes para la lucha. Notables habían sido sus entusiasmos para concertar torneos de moros y cristianos, riñas de gallos y partidas de montería. Notable había sido su heroísmo en las justas políticas. Notable había sido su entereza en las contiendas hogareñas. Y las gentes de la provincia habían exclamado siempre muy admiradas:

–¡Si Velezmoro fuese diputado!

Y las más rendidas y soñadoras:

–¡Si Velezmoro fuese presidente de la república!

Hasta que el señor Velezmoro fue elegido diputado suplente. Y hasta que una transacción con su diputado propietario le había permitido venir a Lima, incorporarse en el congreso, visitar al señor Pardo, decirle que él era el Sr. Velezmoro de Cajamarca, pasear los balnearios, recorrer Lima sin cicerone y en coche de punto, comer en el Restaurante del Parque Zoológico y tomar té o cocktails o chocolate en el Palais Concert.

Ayer fue el día de la gran postura del señor Velezmoro. Su debut definitivo de leader chico. La mayoría le había venido urgiendo en todos los debates reñidos:

–¿Hasta cuándo señor Velezmoro?

Y el señor Velezmoro había venido respondiendo con tono enfático y grave:

–Estoy estudiando el medio en el cual actúo.

Pero ayer no tuvo más remedio que intervenir. Y lo hizo sin fortuna. Le dijo al señor Borda:

–¿Sabe su señoría por qué la mayoría decide? Pues porque es más grande que la minoría. Sí, honorable señor. Los de la mayoría somos más que los de la minoría. ¡Las mayorías pueden más que las minorías! ¡Sépalo, su señoría!

Y el señor Borda, que tiene con frecuencia ironía y gracejo, le respondió de esta manera:

–¡Desde Perogrullo hasta el señor Velezmoro, todos los hombres han pensado lo mismo!

Y la sonrisa fue unánime en la cámara

Retorno

Ya está nuevamente en la Cámara de Diputados, para honor y orgullo de ésta, el señor Balbuena, orador esclarecido del partido liberal. Ya han terminado sus nostalgias. Ya está restituido a su ambiente. Ya es feliz. Ya le han devuelto a su hogar parlamentario. Y su alborozo, al sentirse de nuevo en la cámara de diputados, ha sido el alborozo del pez, a quien restituyen al estanque las mismas manos traviesas y crueles que de sus aguas lo sacaron para gozarse con su angustia y constatar el tornasolado de su escama.

El señor Balbuena es otro. Le hemos visto radiante, jubiloso, jocundo, como en sus mejores días. Su verbosidad ha cobrado alientos. Parece un preso a quien hubieran indultado de repente. Parece un pájaro prófugo.

Parece un cabritillo en libertad. Vive, ríe, habla, bromea, grita, gesticula y retoza a sus anchas. Y respira a todo pulmón, alzando y abriendo los brazos con gimnástico y saludable esfuerzo.

Y exige que todo Lima comparta su felicidad. Y se asombra cuando hay quien no la ha advertido. En las calles, de una acera a otra, les grita a los amigos que le saludan:

–¡Muchas gracias!

Y si los amigos se sorprenden del agradecimiento, él les dice:

–¿Cómo por qué?

Y, consternado, atraviesa la calzada para agregarles, tras un apretón de manos:

–¿No sabía usted que ya estoy reincorporado en la cámara?

Y los amigos le responden entonces:

–¡Tanto gusto!

Y él les agrega:

–¡Lo que se le ofrezca a Ud.! ¡Con confianza!

El señor Balbuena es sin duda alguna un orador de raza. Nació locuaz. Nació verboso. Su vida es toda ella una perenne gimnasia de retórica. La Cámara de Diputados del Perú vive por eso tan contenta de tenerle en su seno. Y acabará por pensar en la conveniencia de crearle una diputación vitalicia. Antes pensará en crearle una provincia. La del actual barrio de La Victoria, por ejemplo, a pesar de que el señor Román querría tal vez entonces salirle al encuentro.

La reincorporación del señor Balbuena a la cámara ha sido un suceso. Hubo aplausos. Hubo aclamaciones. Hubo cumplidos y cortesías. El señor Balbuena se vio rodeado por toda la cámara que ansiaba felicitarlo. Y desde la mesa presidencial el insigne maestro Manzanilla le hacía un saludo con la cabeza, y lo acompasaba con un proyecto del despacho hecho cartucho a guisa de batuta.

Y todos los diputados le decían acerca del apartamiento del propietario:

–¡No podía ser de otro modo! El señor don Gregorio Durand vino por una temporada de lujo.

–Fue la suya una luna de miel.

–Huánuco lo solicita.

–Lima le fatiga.

–Ama la paz del campo.

–Es un alma virgiliana.

Y el señor Balbuena, ante el recuerdo de su obligada ausencia del

parlamento suspiraría y se diría:

–¿Por qué no escogerá el señor Durand otro instante de la vida parlamentaria para esta incorporación transitoria, para esta luna de miel?

Y hay diputados de la minoría que le dicen:

–¿Cuándo lo vemos a usted de ministro?

Y el señor Balbuena les contesta:

–¡Quién sabe!

Y luego añade:

–Una cosa me hace temer el ministerio. Tener que abandonarlos a ustedes.

Y los diputados le contestan:

–Nosotros haríamos porque nos visitase usted con frecuencia. Tenemos el recurso de las interpelaciones...

Y el señor Balbuena se ríe y exclama:

–¡Y me darían siempre voto de confianza! ¿No es cierto?

Pero los diputados interlocutores de su señoría, no contestan entonces.

La ciudad y los campos

Las candidaturas por Lima se multiplican. Ni más ni menos que los panes y los peces bíblicos. Ni más ni menos que los representantes liberales en el padrón del partido y en las nóminas de los diarios. Ya no son las únicas las candidaturas futuristas de los señores José de la Riva Agüero y don Luis Miró Quesada y la candidatura independiente del señor don Guillermo 2º Billinghurst. Ha aparecido una nueva candidatura que ostenta los sensacionales atributos de la popularidad rural. A las candidaturas metropolitanas se ha unido o se ha enfrentado, según se interprete, una candidatura de los campos.

En la ciudad han comenzado a ser populares, o han comenzado a intentar serlo, las candidaturas del señor Billinghurst, del señor Riva Agüero y del señor Miró Quesada. Y los campos han resuelto negarles su apoyo. Los campos se han indignado de que la ciudad designe a sus representantes. Los campos han puesto el grito en el cielo. Y, en los campos, todo, los hacendados, yanacones, sementeras, árboles, aguas de regadío e ingenios, ha vibrado en un solo sentimiento de autonomía, orgullo e ideal.

Y es lógico y noble el anhelo de los campos.

Cañaverales y olivares, algodonales y huertas, tuvieron noticia de que

la ciudad se aprestaba una vez más a imponer su capricho en las elecciones políticas. Y cañaverales y olivares, algodonales y huertas, se irguieron sobre surcos y sobre colinas para protestar del empeño de la ciudad y para amenazarla. Los campos todos tuvieron un gesto heroico que parecía un gesto del partido constitucional. Sólo que los campos no van a requerir, como los constitucionales, la chafarranga y la panoplia, sino que van a requerir las azadas y las hoces de trabajo.

Y esta candidatura que los campos han proclamado para hacer frente a las aspiraciones de la ciudad, es la candidatura del ilustre presidente de la Junta Departamental, don Arturo Pérez Palacio. Porque don Arturo Pérez Palacio, que es prominente y distinguida figura ciudadana, es también agricultor insigne, un enamorado de la vida pastoril, de la poesía bucólica, de la paz aldeana y del panorama eglógico. Y los campos le retornan, solícitos, su cariño. Y por eso quieren llevarlo al parlamento. Y este empeño de los campos de la provincia de Lima, se ha contagiado a todos los campos del departamento. Desde los campos prósperos de Cañete, Huaura, Chancay y Paramonga, vienen mensajes de adhesión a los campos de Ate, Lurigancho, Carabayllo y Pachacámac.

Y todos los agricultores se aprestan para la lucha. La candidatura del señor Pérez Palacio ha aparecido rodeada de una gran aureola rural. Es una candidatura asistida de todas las probabilidades del triunfo. Cuando lleguen las elecciones vendrán todos los hombres sanos, honestos y esforzados de los campos, a vencer a los hombres de la ciudad en la lucha de las ánforas. Y si fuera preciso vendrán los campos mismos. Avanzarán las arboledas como ejército. Será un milagro prodigioso que reproducirá la visión fantástica de Macbeth.

Y ya los grandes hombres del campo tienen adhesiones innumerables. Las cuentan, las recuentan y las propalan. Las gritan a voz en cuello para privar de miedo a los candidatos de la ciudad.

Y ayer no más exclamaban jubilosos:

–¡Y nuestra candidatura no es sólo la candidatura de los campos. Tenemos también la adhesión de los balnearios! ¡Va a quedarse sola la ciudad prosaica, monótona, gris...!

(En *El Tiempo*: Lima, 22–VIII–1916)

VOCES

Panorama

La política tiene crisis intermitentes. La última crisis de la política ha agonizado. Y de ella ha salido maltrecho, muy maltrecho, el presidente del gabinete. Y no ha concluido esta crisis cuando ya una nueva se esboza. Y no habrá concluido la que se esboza cuando una nueva se esbozará. Pero el señor Riva Agüero seguirá convencido de que el destino le manda que se quede. Probablemente el señor Pardo, en palacio, y una gitana agorera, en el vestíbulo de su casa, se lo han dicho. Y un hombre discreto debe hacerle caso al destino, sobre todo cuando tiene tan excelsos intérpretes.

Ayer las gentes hacían apuestas:

–Yo apuesto que el señor Riva Agüero se marcha a pesar de todo. Es una persona muy fina.

Y otras sostenían:

–El señor Riva Agüero se queda. Es una persona tranquila.

Y por poco las apuestas no tomaban mayores proporciones y no se hacían "sport" público como en las carreras de caballos.

Hasta que el señor Balbuena, completamente desolado, recorrió las calles prodigando la noticia:

–¡El gabinete Riva Agüero se queda! ¡Se ha quedado ya! ¡Se ha quedado ya!

Y los amigos le decían:

–Ya vendrá otra posibilidad de que llegue usted a ministro...

Y el señor Balbuena, lleno de risueña indignación, protestaba:

–¡Caramba! ¡Si yo no quiero!

Pero aún no ha salido de sustos el gobierno. Aún lo ajochan los diputados de la minoría. Aún le enseñan los puños. Ayer el ministro de fomento fue a la cámara de diputados. Y fue a oír al señor Vivanco. Milagro ha sido que el señor ministro de fomento llegase al parlamento con vida. Milagro enorme. Y milagro más grande todavía que el señor ministro de

fomento siguiese con vida después de haber oído al señor Vivanco...

El señor ministro, al finalizar la entrevista, dijo:

–Nada oficial puedo decir a usted, sobre las personas que puedan formar el primer gabinete del nuevo mandatario. Creo posible, como dicen los telegramas informativos, que algunas de las personas mencionadas constituyen aquel gabinete, pero nada más.

–Y respecto a Ud. ¿No es cierto que le hayan ofrecido la cartera de relaciones exteriores?

–Algo de cierto hay en el asunto, pero yo he declinado tal honor.

–Se queda Ud. en Lima?

–No dejaré esta simpática ciudad. Mi deseo es por ahora seguir en Lima.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–VIII–1916)

VOCES

Miércoles

Ayer fue miércoles. Esto podía haberlo dicho el señor Velezmoro. Pero se nos ocurre decirlo a nosotros.

La política ha vuelto a anestesiarse. Ha vuelto a languidecer. Ayer estuvo el señor Ministro de Fomento en la Cámara de Diputados. Pero el debate fue manso, tranquilo, sereno y blando a pesar de que tomó parte en él el señor Secada.

El señor Secada estuvo de buen humor. De tan buen humor que no hizo un solo pedido. De tan buen humor que fueron exorbitantes su volterianismo y su eutrapelia habituales. De tan buen humor que no tuvo un solo arresto anticlerical. De tan buen humor que estuvo templado, bondadoso y sedante en el debate. Hizo chistes. Contó anécdotas. Tuvo agudezas. La Cámara que es siempre entusiasta celebrándole, lo fue esta vez más que nunca.

Y el señor Ministro de Fomento pronunció un discurso largo. Un discurso muy largo, que fue también un discurso muy suave, muy lento y muy cadencioso. Un discurso que apenas se oía. Los taquígrafos requerían la máxima aptitud de sus inteligentes oídos, pero la requerían sin eficacia. Y el presidente renunciaba a escuchar al señor Ministro por escuchar al señor Picasso, que se había ido a conversarle sobre Ica. El señor Picasso se disponía a subir al estrado y hablar al señor Manzanilla para que la Cámara recuerde que es compadre del insigne maestro.

Y el debate tuvo todo el sabor de charla familiar y antigua. Sabor de tertulia de viejas y de abuelos. En escaños muy vecinos se habían sentado el señor ministro, el señor Secada, el señor Balta y el señor Vivanco. Y entre ellos dialogaban, sonreían, se indignaban, hojeaban el expediente y revisaban los planos. El resto de la Cámara se aburría. y los periodistas bostezaban.

Y tras de la sesión hubo un rumor. El rumor de una iniciativa del señor

Velezmoro. El señor Velezmoro ha pensado que el debate se prolonga con exceso. Y ha resuelto presentar la guillotina. Una gran idea del señor Velezmoro. Y es que esto de las guillotinas está dentro de las obligadas atribuciones de un leader. El señor Velezmoro lo sabe. Y se enorgullece de exhibirse en pleno ejercicio de su esclarecido rol.

Los diputados de la mayoría le dicen:

–Señor Velezmoro. Antes presentaba todas las mociones de guillotina el señor Arias Echenique.

Y el señor Velezmoro pregunta:

–¿Pero el señor Arias Echenique era también leader?

Porque el señor Velezmoro está orgulloso de que ya todo el Congreso, toda la ciudad, todo el país, todo el mundo, y todo el gobierno, sepan que él es el leader chico. Es el mismo orgullo que tenía el señor Arias Echenique de ser autor por antomasia de las mociones de guillotina.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–VIII–1916)

VOCES

Mala fortuna

El señor Balta tiene mala suerte en el parlamento. Fuera del parlamento todo es éxitos para su señoría. El señor Durand le mima. El partido liberal lo proclama su ministro vitalicio, aunque espera llegar al poder para hacer práctica esta proclamación. El señor Pardo le tributa homenajes. Sus negociaciones mineras marchan viento en popa. Bajo su dirección, las vetas de carbón de Sayapullo se tornan inagotables. El país lo ama y no comprende cómo no ha llegado todavía a la presidencia de la república. El civlismo lo apadrinó. Luce un nombre histórico. Y el señor Balbuena lo ensalza. Y el señor Pinzás le admira. Pero en el parlamento es muy mala fortuna la del señor Balta.

Sensible es que el señor Balta sea hereje y no tenga fe en el oráculo y no haya consultado todavía su porvenir a una gitana o al señor Corbacho. Porque, indudablemente, si el señor Balta creyese en el destino y hubiese interrogado a una gitana sobre su actuación parlamentaria, la gitana le habría predicho desdichas muy negras al señor Balta y el señor Balta se habría apartado para siempre de la Cámara de Diputados y no estaría pensando a estas horas en la reelección.

El parlamento no es el medio del señor Balta. Y el señor Balta no sabe hacer papel en el parlamento. La suerte no le ayuda.

Una vez el señor Balta se había preparado con gran acopio de datos y observaciones a hablar sobre el presupuesto. Tenía meditado un discurso que duraría ocho días. Tenía adquirido su turno en el debate. El señor Balta se sentía ya halagado y acariciado por el éxito. Pero apareció de repente, tronchando las esperanzas del señor Balta, una moción de guillotina. Y su señoría se quedó con el discurso preparado y anunciado. Otra vez, el señor Balta consiguió hablar tres días seguidos sobre el presupuesto. Y resultó que la comisión y el gobierno estaban absolutamente de acuerdo con él. En otra oportunidad en que su prestigio geográfico era absoluto, el señor

Manuel Jesús Gamarra, recién venido del Cuzco, le refutó victoriosamente. Y el prestigio geográfico quedó mal herido y contuso.

Ayer mismo, antes de la sesión, sabedores de que el señor Balta tenía preparado un gran discurso sobre la selva virgen, sobre las concesiones, sobre el Manuripe, sobre el caucho, sobre la vainilla, sobre las sachavacas, sobre las lagartijas y sobre los caminos carreteros, todo a propósito de las interpelaciones del señor Vivanco, pensamos que algo inesperado iba a producirse. Y llegamos a admitir la absoluta inminencia de la moción de guillotina del señor Velezmoro.

El señor Balta había soñado con su discurso, le había calculado seis horas de duración, había hablado sobre él con el señor Balbuena, con el señor Sayán y con el señor Monteagudo, había pasado una noche de insomnio examinando el expediente de las concesiones, había invitado a los empleados de la negociación Sayapullo a concurrir a la barra y le había dicho al redactor parlamentario de "La Prensa":

–Voy a hablar toda la tarde, amigo. Esta noche reconstruiremos el discurso, con la ayuda de Balbuena. Y le había invitado una kola en la cantina para darle alientos y cohibir sus protestas.

Pero, muy mala es la fortuna parlamentaria del señor Balta. El ministro de fomento y el señor Vivanco se pusieron de acuerdo antes de la sesión. Su señoría quedó burlado. No hubo nada en debate. Grande fue la desolación del señor Balta.

El señor Balbuena, que es muy malévolo, se moría de risa en un pasillo.

–¡Ji, ji, ji, ji, ji!

Y nos hacía aspavientos con las manos.

Y el señor Abelardo Gamarra, hacia un comentario a la sordina. Y el comentario del señor Gamarra era gráfico, oportuno, preciso, sabroso, y, sobre todo, criollo:

–¡Qué "plancha"!.....

(En *El Tiempo*: Lima, 25–VIII–1916)

VOCES

Vuelve el tinglado...

Se va el gabinete. Se va porque lo ha resuelto el señor Pardo. En el Perú, bajo este régimen, no puede producirse un suceso sino cuando lo resuelve el señor Pardo. Las situaciones políticas, los cambios de gabinete y las actitudes internacionales dependen absolutamente del señor Pardo. La voluntad del señor Pardo es el péndulo de la vida nacional. Y es milagro que se hayan sustraído irreverentemente a ella los cambios atmosféricos y las avenidas de los ríos.

Ocurre en este caso, sin embargo, que la voluntad del señor Pardo no ha sido decisiva. Hace tiempo que el señor Pardo pensaba en que debía cambiar de gabinete pero quería colaboradores de importancia. Quería un gabinete luminoso y decorativo. Quería nombres resonantes. Quería confundir a la opinión pública con un gabinete de personalidades del civilismo. Y el civilismo estaba desconcertado y anarquizado. Y, desde la penumbra o desde Chosica, lo manejaba el señor don Javier Prado y Ugarteche. La voluntad del señor Pardo ha necesitado, pues, la colaboración de la voluntad del señor Prado y Ugarteche. Y esto podría ser un síntoma de decadencia de la voluntad del señor Pardo. Parece como si se sintiera achacosa y enferma y se apoyase en un bastón.

El señor Prado y Ugarteche, que sabía que el señor Pardo lo necesitaba, no quería abandonar Chosica. En Chosica recibía a sus amigos. En Chosica conocía los sucesos. En Chosica leía los periódicos. En Chosica gozaba las satisfacciones de la vida tranquila, serena, apacible, aldeana y dulce. Se apaciguaban sus nervios. Se serenaban sus inquietudes. Se dormían sus ímpetus. Se restablecía su salud. Se le abría el apetito.

Y el señor Prado y Ugarteche se obstinaba en no venir a Lima. Sabía que el señor Pardo necesitaría ir a buscarlo a Chosica. Conocía la intimidad y la trastienda de la política. Y se arrellanaba en una mecedora para leer a Fray Luis de León. Fray Luis de León en la página abierta del libro del

señor Prado y Ugarteche, decía casi siempre: "Qué descansada vida..." El señor Prado y Ugarteche tiene un espíritu delicado, fino y accesible a la emoción poética.

Y los cálculos del señor Prado y Ugarteche no han fallado. El señor Prado y Ugarteche sabe mirar el porvenir. Es un vidente. Y mira el porvenir no en la palma de la mano que es muy vulgar, sino en el horizonte geórgico de una aldea, que es muy poético.

El señor Pardo ha llamado al señor Prado y Ugarteche. Le ha mimado, le ha engreído, le ha hecho fiestas. Y lo ha convencido de que debe ayudarlo y acompañarlo. Y el señor Prado y Ugarteche, que es muy generoso y muy bueno, se ha dejado convencer por el señor Pardo. Ha sido la suya la concesión plácida de la niña que espera alegremente la confesión del galán.

Todo vuelve a ser paz y armonía entre los príncipes cristianos. El señor Pardo y el señor Prado, que tienen apellidos un poco afines, han celebrado alianza. Se han dado la mano. Y la salud de la República se ha salvado. Un apretón de manos de dos personalidades tan excelsas como el señor Pardo y el señor Prado basta para hacer la felicidad de la patria.

Y hay todavía ilusos y pobres diablos que creen que es muy difícil y casi inaccesible la felicidad de la patria...

Retreta

Ayer hubo retreta en la Plaza de la Inquisición. De esta tarde parlamentaria podría decirse que fue amenizada por una banda de músicos.

En la cámara de diputados encontramos un interesante debate, en tanto que en la Plaza de la Inquisición la orquesta entretenía a huachafitas, ociosos y granujas.

Con tales atributos exteriores, podía haberse esperado que la sesión de la cámara de diputados fuese completamente lírica. Pero no lo fue. El debate del diario de los debates y la resurrección del debate de las concesiones de terrenos de montaña, pusieron las notas más prosaicas y menos acordes con el lirismo cosmopolita de la retreta.

Y hubo interesantes conjunciones entre la armonía de los discursos y la armonía de las piezas musicales.

El señor Secada ponía el grito en el cielo contra la "lista negra" y contra la Gran Bretaña.

Y la banda de músicos tocaba un "one step".

El señor Borda definía el altísimo concepto de las minorías en orden a las economías fiscales.

Y la banda de músicos tocaba la "Viuda Alegre".

El señor Vivanco decía argumentos tremendos sobre las concesiones de terrenos de montaña.

"Y la banda de músicos tocaba el "Bolondrón".

El señor Salazar y Oyarzábal exponía un grave y dogmático fundamento de voto.

Y la banda de músicos tocaba el "Ven y Ven".

El señor Tudela y Varela, en postura de leader grande, proclamaba las responsabilidades de la mayoría.

Y la banda de músicos tocaba la "Canción de Pierrot".

El señor Torres Balcázar proponía que se trasladase a la cámara de diputados todo el archivo del ministerio de fomento.

Y la banda de músicos tocaba "La Princesa del Dollar".

El señor Grau hacía un discurso de sonora elocuencia.

Y la banda de músicos tocaba el "Marchosito".

El señor Abelardo Gamarra elogiaba el patriotismo de un acuerdo.

Y la banda de músicos tocaba una marinera.

La sesión fue animada, nerviosa, interesante, plácida y amable. Tuvo múltiples matices. Hubo en ella, desde lo más trascendental hasta lo más superfluo. Desde un acuerdo, propuesto por el Sr. Secada, que es en el fondo un recado político al jefe del gabinete, hasta un acuerdo de reapertura de las interpelaciones al ministro de fomento que devuelve al señor Balta el derecho y la obligación de pronunciar un notable discurso sobre la selva virgen.

El señor Torres Balcázar y el señor Manzanilla, por animar la sesión tuvieron un diálogo sabrosísimo.

El señor Torres Balcázar reclamaba:

–Pido la palabra.

Y el señor Presidente le replicaba:

–No hay nada en debate.

Y el señor Torres Balcázar seguía reclamando y el señor presidente contradiciéndole:

–Yo necesito decir dos palabras.

–Yo no puedo consentirlo.

–V. E. debe ser más galante.

–El reglamento me lo impide.

–Estire V. E. el reglamento.

–El reglamento es inflexible.

Y el señor Torres Balcázar hallaba un asidero inteligente:

–¿Y el reglamento no me permite fundar mi voto?

Y el señor Manzanilla consentía entonces:

–El reglamento le permite a U. S. fundar su voto y a mí me es muy grato y honroso escucharle.

Y se sonreía.

La banda de músicos seguía interpretando a Quinito Valverde, a Franz Lehar y a Leo Fall.

El único desesperado y aburrido era el señor Macedo. El señor Macedo no toleraba las indiscreciones de la retreta. Se decía que sin duda alguna había sido enviada por el ministro de guerra a solicitud del señor Moreno. Y como su señoría no transige jamás con la música, se indignaba terriblemente. Y se abstenía de hacer uso de la palabra. Pero no se atrevía a dejar el parlamento, por temor de que a la salida la banda de músicos lo confundiese con los sones de una armonía inconcebible y procaz.

Una retreta más matará al señor Macedo.

Claudicación

El señor don Juan Francisco Ramírez es una de las personalidades más esclarecidas del parlamento. Su apellido es muy noble apellido. Y esto no lo afirmamos solamente nosotros. También lo afirmó Eça de Queiroz cuando comprendiendo la aristocracia y el linaje del apellido escribió "La ilustre casa de los Ramírez". No estamos seguros de que el señor Ramírez lea a Eça de Queiroz. Y, naturalmente, no estamos seguros tampoco de que el señor Ramírez nos lea. Pero nosotros nos sentimos obligados a hacer el elogio del apellido del señor Ramírez.

Tan esclarecida es la personalidad del señor Ramírez que sustituye en la cámara de diputados al señor don Mariano Nicolás Valcarcel. Su inmortalidad está pues asegurada. Cuando la historia diga la actuación parlamentaria del señor don Mariano Nicolás Valcárcel tendrá, probablemente, esta apostilla: "Y los pueblos de Camaná eligieron entonces para reemplazarle en la diputación al señor don Juan Francisco Ramírez".

El señor Ramírez es un enemigo de la oratoria, posiblemente por que ha reemplazado al señor don Mariano Nicolás Valcárcel. Cree que la oratoria es absolutamente odiosa e inútil. No concibe que existan gentes que se

entusiasmen con ella. No comprende cómo el señor Valcárcel teniendo tanto talento ha podido ser orador. No perdona al señor Víctor Andrés Belaúnde sus entusiasmos retóricos. Y, terminantemente, rotundamente, se niega a admirar al señor Cornejo. Y si simpatiza con el señor Manzanilla es porque sabe que es persona amable e inteligente y porque sabe que es leader y presidente de la cámara. Desdeña su calidad de orador.

Si el parlamento fuese razonable y comprensivo para las iniciativas originales, el señor Ramírez presentaría un proyecto suprimiendo los discursos en las cámaras o reduciéndolos a determinados días. Un proyecto que señalase días de discursos como los cinemas días de moda. El señor Ramírez tendría el cuidado de no asistir esos días al parlamento. Casi nos consta que su señoría ha expuesto esta idea a varios diputados que, por supuesto, la han encontrado muy interesante. Y que hasta lo han estimulado para que la presente. Pero el señor Ramírez no quiere exponerse a que una honesta iniciativa suya fracase por escasa comprensión de la cámara. Y sobre todo le detiene la necesidad en que estaría de pronunciar un discurso fundándola. Esta es una razón definitiva para el señor Ramírez.

Hace varios años que es diputado el señor Ramírez. Y durante ellos no ha incurrido nunca en el que para él es grave pecado de pronunciar un discurso. Nunca ha hecho uso de la palabra. Nunca. Habría sido para él un cargo de conciencia. Ha querido ser el único diputado que no pronunciase jamás un discurso. Y no ha sido porque su señoría no se haya preocupado del bienestar de su provincia. Ha trabajado siempre por ella. Ha luchado siempre por ella. Pero sus esfuerzos se han concretado a gestiones particulares o a proyectos y proposiciones escritas. Como la cámara sabe que su señoría tiene mucha razón, no ha osado nunca discutirle.

Pero, irrespetuosa e irreverente con la indeclinable resolución del señor Ramírez, surgió hace días en un grupo travieso la idea de obligarle a hablar.

El señor Basadre había preguntado:

–¿Cuál es el colmo del parlamentarismo?

Y los diputados se daban por vencidos como los chicos con las adivinanzas. Entonces el señor Basadre sonriente decía:

–¡Hacer que el señor Ramírez pronuncie un discurso!

Y el señor Secada, que no cree nada imposible y que gusta de los raros empeños, exclamaba:

–¡Yo me comprometo a conseguirlo!

Y, efectivamente, el señor Secada, ha logrado que el señor Ramírez pronuncie un discurso. Hizo un pedido hablando muy mal de un goberna-

dor de Camaná. Y solicitando que lo echasen a la calle.

Y el señor Ramírez no podía consentir que se cometiese una injusticia. Pensó horrorizado que su silencio podía permitirla. Al siguiente día pidió la palabra. Y se puso de pie para defender al gobernador. Dijo que era un alma de Dios. Una autoridad ejemplar. El señor Secada se moría de risa.

Y luego el señor Vivanco, por imitar al señor Secada, hizo otro pedido contra el cura de Camaná. El señor Ramírez tuvo que pronunciar un segundo discurso refutándolo. Y fue todo un suceso. La cámara asistió emocionada a los discursos del señor Ramírez. Hubo enorme sensación. Y fue toda una revelación la del señor Ramírez. El señor Ramírez es un orador, sencillo, diáfano, expresivo y sustancioso. Su palabra es discreta. Y su ademán es mesurado. Los diputados han felicitado entusiastas al señor Ramírez.

Pero el señor Ramírez está consternado. No le perdona al señor Secada la travesura. Siente toda la gravedad de su renuncia. Tiene remordimientos terribles. Y dice, completamente afligido:

–Ha sido una claudicación...

(En *El Tiempo*: Lima, 26–VIII–1916)

VOCES

Minuto sensacional en el tinglado

Mal hizo el señor don Javier Prado y Ugarteche en tornar a Chosica, tan luego como concluyeron sus convenios con el señor Pardo. El bloque le despidió con sonrisas y le agitó los pañuelos cuando el tren de la sierra se alejaba llevándoselo a la villa del poeta Fiansón y del señor don Juan Francisco Ramírez. Y hubo lágrimas afligidas en sus ojos. Pero en seguida que el tren se perdió de vista, el bloque comenzó a urdir una trama terrible contra el señor Prado.

El encanto de la vida aldeana ha estado a punto de perder al señor Prado. La tranquilidad campesina y la leche de Chosica serenan y halagan su espíritu, pero perjudican su personalidad política. Y mientras el señor Prado en Chosica contempla un amanecer geórgico y armonioso, el bloque en un gabinete sigiloso culmina el insomnio de su intriga. Y mientras el bloque en Palacio arrulla al señor Pardo, el señor Prado en Chosica asiste a una puesta de sol.

Y es que el señor Prado tiene un atildado temperamento artístico y un espíritu sano y generoso. Es una persona que entiende la exacta diferencia entre una égloga de Virgilio y un mensaje del señor Pardo. Y entre un cuento de Rudyard Kipling y un decreto del señor García Lastres. Y ama la serenidad y la dulzura del campo y de la aldea. Y siente el aburrimiento y la monotonía de la urbe.

En cambio el bloque no entiende de la serenidad y la dulzura del campo y de la aldea, ni del aburrimiento y la monotonía de la urbe. Pero sabe muy bien cómo hay que conversar con el señor Pardo, cómo hay que argumentar con el señor Pardo y cómo hay que rodear al señor Pardo.

Y ha surgido de sus conciliábulos y conchabamientos la candidatura del señor don Juan Pardo a la presidencia de la junta directiva del partido civil. El bloque no podía consentir que el señor Prado asumiese la suprema

dirección del partido civil con mengua de sus aspiraciones. Y el bloque que recibió con genuflexiones la candidatura del señor Prado, apenas el señor Prado regresó a Chosica comenzó a tirarle chinitas.

La más amenazada por la presidencia del señor Prado era la candidatura en gestación del señor Tudela y Varela a la presidencia de la república. La muy amada del señor Pardo. La muy altísima para el señor Pardo. La muy meritoria para el señor Pardo. La de todos los pensamientos del señor Pardo. La de las íntimas y clandestinas complacencias del señor Pardo.

El leader grande de la mayoría ha sido, pues, uno de los más alarmados. Se ha movido de un grupo a otro, de un círculo a otro, de una cámara a otra.

Todo el mundo político ha sido notificado de que el bloque vuelve a juntarse y vuelve a intrigar. No acepta la pérdida de su personalidad politica. Se defiende. Y le enfrenta al señor Prado la candidatura del señor don Juan Pardo. Naturalmente, el señor don José Pardo, sonríe satisfecho ante la devoción.

Pero el bloque siempre emplea eufemismos. Las fórmulas del bloque son fórmulas embozadas. Por eso es que ahora dicen los bloquistas:

–Este es un voto de honor.

Y de esto sí protesta el señor don José Pardo:

–¡Un voto de honor! ¡Eso sabe a demócrata!

Y protesta indignado.

En la sala

La política se torna agitadísima. Los espectadores asisten a ella interesadísimos. Y se arrellanan en sus lunetas con los diarios en la mano. Y el diario de La Rifa dice frases sigilosas. El diario de Pando dice frases ambiguas. El de los liberales no dice frase alguna. Y "El Tiempo" dice frases tremendas.

Y el decano agrega que hay nubarrones, que hay incertidumbres, que hay amenazas en el horizonte para darle miedo al señor Pardo que es a veces asustadizo. Todo para que el bloque, con el decano en el bolsillo, vaya donde el señor Pardo y le diga también:

–Hay nubarrones, hay amenazas, hay incertidumbres.

Y entre el decano y el bloque han hecho candidato a la presidencia del partido civil al señor don Juan Pardo. Voto de honor han dicho primero por miedo al fracaso. Pero luego, asediados y rodeados, no han tenido más

remedio que confesarse:

–¡Voto de verdad! ¡Candidato de verdad! ¡Actitud de verdad!

Y luego los más leguleyos han añadido.

–¡A esto los códigos le llaman defensa propia!

Y los más precisos han ratificado:

–¡Es una cuestión de derecho a la vida simplemente!

El señor don Juan Pardo es el único que no quiere sentirse todavía candidato en público. Se esquiva. Y hace coqueterías. Y parece una de esas niñas que recatan el rostro tras del abanico y hacen travesuras y veleterías con los pies. Pero, en la intimidad del club o de Palacio, se yergue y adopta posturas de presidente del partido civil.

Y el prematuro candidato a la presidencia de la república doctor Tudela y Varela, es quien más se refocila e inquieta en estos vaivenes, siente que en ellos le va la vida. Y piensa con horror en lo que podría ocurrir si la dirección del partido civil cayese otra vez en manos de los civilistas históricos que no transigen con la juventud de su señoría.

Y el más irresoluto y alarmado es el señor Pardo. Le hace cariño al señor Prado a ratos. Pero luego su cariño se debilita y esfuma. Y en cuanto siente en la antesala de su despacho dos pasos del bloque, se dice que el bloque es más suyo, mucho más suyo que del señor Prado. Y recuerda la génesis del bloque, la actuación del bloque y las tendencias del bloque y lo mira con orgullo y con amor como si fuera su familia. Y llora a lágrima viva que la situación lo inste a darle un padrastro en el partido civil. Todo un cargo de conciencia para el señor Pardo.....

En el foyer

Esta es una vez más la división del civilismo. Este es una vez más el cisma. El bloque se yergue autónomo y firme. Y el civilismo antiguo se yergue con autoridad de padre y de hermano mayor y habla de meter en un colegio al bloque. Y se indigna de que una vez más quiera importunar con sus travesuras.

El comentario público es animado, inquieto, polícromo, ameno, retozón, trascendental, profuso e inquietante. Las gentes se dicen en todas partes que el civilismo está en crisis, que el señor Javier Prado y el señor don Juan Pardo aspiran a la jefatura del partido civil, que el bloque se defiende heroicamente, que ha quitado al fin todo disfraz a sus intenciones y que al fin va a saberse si el partido civil es el pardismo y el pardismo el partido

civil.

Y hay un reportaje en cada esquina,. en cada confitería, en cada club, en cada palacio legislativo y hasta en cada cinema. A veces el reportaje es como este:

–¿Quién va a ser presidente del partido civil?

–¡El doctor Prado y Ugarteche! ¿Pero usted lo dudaba?

–Lo dudaba un poquito.

–¡Muy mal hecho!

Y otras veces el reportaje es así:

–¿Quién va a ser presidente del partido civil?

–¡El señor don Juan Pardo! ¿Pero usted lo dudaba? ¿Se atrevía usted a dudar que llegase a ser presidente del partido civil? ¡Después de haberlo dicho el decano!

–Usted perdone.

–¡Muy mal hecho!

Todas las gentes han dado opiniones interesantísimas sobre la comedia. Y todas las opiniones han sido distintas. La crítica está dividida. Está recelosa, cohibida, abstracta, anfibológica, huraña. A veces se hace una ironía o un comentario que son como un rezongo en labios del señor don Manuel Bernardino Pérez. Porque, tratándose de una cosa de teatro, el señor don Manuel Bernardino Pérez ha estado entre el foyer y el escenario, para ver si había número coreográfico. Y le ha repetido a todo el mundo, con la mirada del espíritu puesta en Pataz:

–Yo estoy con Pardo. ¡Yo estoy con Pardo!

Una de las curiosidades más grandes ha sido la de los liberales. Desde los balcones de "La Prensa" han asistido al espectáculo y a los trajines. Y como los mirasen las gentes se recataron tras de las persianas. Pero nosotros que somos muy curiosos e indiscretos hemos sabido descubrirlos detrás de las persianas. Estaban ahí el doctor Durand, el doctor Balbuena, el señor Pinzás, el doctor Sayán Palacios, el doctor Valera y el señor don Juan Durand. Todos los liberales. Y hemos presentido que su comentario era éste:

–Hay mucho ruido y hay mucho afán al rededor de dos apellidos y dos personas.

–¿Existe mucha diferencia entre esas dos personas y esos dos apellidos?

–Ciertamente.

–Pero esos dos apellidos son casi idénticos. No hay ni una letra que los haga sustancialmente disímiles. No debía haber divergencia...

En los camarines

Ayer hubo incesantes reuniones en casa del señor Prado. El señor Prado convino en que para tan importante cuestión política precisaba estar en Lima y renunciar momentáneamente a Chosica. Y en torno de él se congregó el civilismo prominente y se congregaron también muchos políticos independientes. La casa del señor Prado fue durante el día un jubileo, como dicen las viejas.

Y no todo fue jugoso comentario, romántica contemplación del estado político y sigiloso acuerdo. Hubo también acuerdo público. Y el acuerdo público fue la insistencia del comité directivo civilista en su renuncia.

El señor Prado estuvo rodeado y felicitado como un presidente de la república en día de besamanos o de cumpleaños. Y estuvo galante, atento, cortesano. Algo se le ha contagiado del señor Pardo en las conferencias que con él ha tenido. Pero estuvo altivo, satisfecho y sereno. Ha recibido sin inquietudes las noticias de la trama de los bloquistas y de la candidatura del señor don Juan Pardo. Y hasta se ha sonreído de la trama y de la candidatura.

Nosotros abordamos a muchos de los concurrentes a la casa del señor Prado. Y todos nos dijeron más o menos lo mismo:

–Nos adherimos sin reservas a la actitud del doctor Prado.

–Hemos resuelto mantener nuestro apoyo incondicional al doctor Prado.

–Seguimos acompañando al doctor Prado.

Y si alguna vez nosotros insinuamos una interrogación sobre la candidatura bloquista del señor Pardo la respuesta fue siempre definitiva:

–¡Nuestro candidato continúa siendo el doctor Prado!

Y estas declaraciones circularon por toda la ciudad y la conmovieron. Y soliviantaron todos los comentarios. Las gentes metropolitanas pensaban que no siempre se hacía en el Perú la voluntad del señor don José Pardo. Y se asombraban de que fuese así. Porque venía haciéndose tan unánime el concepto de que, bajo un régimen como este, la voluntad del señor Pardo regulaba absolutamente la vida política del Perú que hasta nosotros mismos habíamos llegado a convencernos de ello. Ahora nos arrepentimos. Nos arrepentimos de todo corazón. Hacemos acto de contrición y propósito de enmienda. Todavía es posible que los hombres y las cosas, aunque sean hombres y cosas civilistas, sepan sustraerse al péndulo de la voluntad del señor Pardo. Como ayer presentimos, la voluntad del señor

Pardo está en absoluta decadencia. Su influjo se pone viejo y achacoso. Y no sabe ya sugestionar a los hombres por civilistas que sean sus devociones.

Ayer las gentes preguntaban:

–Entonces, ¿qué se ha hecho el pardismo? ¿Dónde está el pardismo? ¿Cuánto vale el pardismo?

Y había gentes que respondían:

–¡No se siente al pardismo!

Y había otras gentes que añadían:

–¡Ya no se ve al pardismo! El pardismo obra a oscuras. A tientas. Se siente su respiración, pero no se ve su fisonomía.

Y, por este camino, las gentes exageraban y concluían declarando que el pardismo no existía ni en Palacio, sino únicamente en la familia del presidente de la república.

Y se advertía un ambiente de combate.

Tanto que el general Canevaro exclamaba convencido:

–Huele a pólvora sin humo.

Y el general Diez Canseco, tan convencido como el general Canevaro, prestaba su asentimiento absoluto...

Facciones, facciones, facciones...

El civilismo no está dividido en dos. Si fuera así podría decirse de él que estaba partido por el eje. El civilismo está dividido en tres. Una facción aquí. Otra facción allá. Otra facción más allá. Una facción grande. Otra facción chica. Otra facción chiquita.

Porque ya los civilistas no son sólo civilistas del bloque y civilistas del señor Pardo. Ya no son sólo civilistas tradicionales y civilistas revolucionarios. Ya no son sólo civilistas antiguos y civilistas mozos. Ya no son sólo civilistas reposados y civilistas juguetones. Se han puesto repentinamente en sus trece los civilistas del señor Leguía. Y los civilistas del señor Leguía hacen legión.

Pero ha sorpendido a todo el mundo no encontrar decisivamente en ningún grupo al señor don Rafael Villanueva, leguiísta tradicional y al mismo tiempo uno de los más legítimos personeros del señor Prado en la cámara de senadores. Y ha sido unánime la pregunta:

–¿El señor Villanueva es pradista? ¿El señor Villanueva es leguiísta? ¿El señor Villanueva es bloquista?

Y ha habido innumerables exclamaciones:

–¡Bloquista el señor Villanueva!

Y ha habido también respuestas:

–Bloquista, precisamente no. Pero amigo del señor Pardo sí.

Y ha habido enseguida nuevas exclamaciones:

–¡Ah! ¡Amigo del señor Pardo, sí!

Y otro senador, el señor Picasso, paisano del señor Manzanilla, y como tal persona esclarecida, se ha visto también angustiado e irresoluto entre sus relaciones con el señor Prado y sus relaciones con el señor Pardo. El señor Picasso es admirador del señor Prado, pero es ante todo compadre del señor Manzanilla. El señor Picasso no comprende que pueda existir un partido en el cual no esté el señor Manzanilla. El señor Picasso no concibe que tenga razón de ser una situación política en la cual no intervenga el señor Manzanilla. Y para hacer pública ostentación de sus devociones va todos los días a conversar con el señor Manzanilla en el estrado de la presidencia de la cámara de diputados. Y se indigna cuando encuentra en el estrado, en lugar del señor Manzanilla, al señor Peña Murrieta.

Interrogado el señor Picasso ha dicho:

–El señor Prado es un gran hombre. El señor Pardo es un gentilhombre. Pero el señor Manzanilla que es un gran hombre y un gentilhombre, es simultáneamente mi compadre.

Y las gentes hablan así:

–¿Y en qué facción está el señor Picasso?

–¿El señor Picasso de Ica que es casi tan feo como el señor José María Miranda de Puno?

–Efectivamente.

–¡Verdad! ¿En qué facción está el señor Picasso?

Y comentarios semejantes se hacen alrededor de otras personalidades del civilismo, a propósito de la actual situación política. Las gentes preguntan:

–¿En qué facción está el señor don fulano? ¿En qué facción está el señor don zutano?

En cambio, como de la de otros muchos, no se duda de la austeridad de la actuación del señor don Manuel Camilo Barrios, patriarcal prohombre del civilismo. El señor Barrios acompaña al señor Prado. El señor Barrios le hace genuflexiones al señor Juan Pardo, pero no le concede el altísimo favor de su influencia. Y les dice a todos sus amigos gravemente, tan gravemente como cuando en la presidencia de la cámara de senadores se

sujetaba a las prescripciones del reglamento:

–Yo estoy con la tradición del partido...

Candidatura de la ciudad

Ha aparecido de repente una nueva candidatura. Lo mismo que en una alborada llegó de las campiñas la candidatura del señor don Arturo Pérez Palacio, ha asomado en un atardecer, a la hora del té, de las tandas vermouth, de los debates parlamentarios y de las matines sociales, la candidatura del señor doctor don José María de la Jara y Ureta, ilustre por la triple eufonía y por la triple sonoridad de su nombre, de su verbo y de su prosa. Sólo que la candidatura del señor La Jara no ha venido de las campiñas. Ha salido de un cónclave de políticos jóvenes y visionarios y burgueses. Y no ha surgido en una alborada, sino en un atardecer. Lo cual es muy distinto.

Y es que las dos candidaturas se definen sustancialmente en las más triviales características de su aparición. La del señor Pérez Palacio es una candidatura de los campos. La del señor La Jara es una candidatura de la ciudad. La del señor Pérez Palacio ha aparecido a la noble y geórgica hora de la madrugada. La del señor La Jara ha aparecido a la metropolitana hora del crepúsculo, que es como quien dice a la hora del Palais Concert. Cuando la del señor Pérez Palacio aparecía, cantaban los gallos líricos y brillaban las hoces segadoras. Cuando la candidatura del señor La Jara aparecía, tocaban un "one step" las damas vienesas y transitaban elegantes y sigilosos los automóviles aristocráticos por el jirón de la Unión.

Es que la ciudad ha resuelto salir al encuentro de la candidatura de los campos. Se prepara para atajarla. Y en un cónclave de los futuristas ha convenido la candidatura del señor La Jara. El señor don José de la Riva Agüero está orgulloso de esta candidatura. Y la proclama a boca llena. El señor La Jara y Ureta es el blasón nobiliario del partido futurista.

Y ocurre que mientras los campos quieren estar representados por el señor Pérez Palacio, presidente de la Junta Departamental, la ciudad quiere estar representada por el señor La Jara y Ureta, literato y orfebre de la frase. La poesía de los campos quiere estar representada por un agricultor ilustre; el prosaísmo de la ciudad quiere estar representado por un artista ilustre.

Y es que lo que en estos momentos vibra y se exalta no es la poesía de los campos. La poesía de los campos no se mete en política. Lo que en estos momentos vibra y se exalta es el esfuerzo de los campos, el trabajo de los

campos y la riqueza de los campos. No son las amapolas ni los lirios; son el algodón y la caña de azúcar. No son los pinares; son las sementeras.

Y con la candidatura del señor La Jara y Ureta son ya muchas las candidaturas a las diputaciones por Lima. Candidatura futurista del señor Riva Agüero, que es jefe de un partido chico pero intolerable. Candidatura futurista del señor Luis Miró Quesada, que en otra época fue diputado de la provincia petrolera de Tumbes. Candidatura futurista del señor La Jara y Ureta, que quiso representar a Yauyos. Candidatura rural del señor Pérez Palacio, que preside a la junta departamental. Candidatura popular del señor don Guillermo 2º Billinghurst, que tiene título dinástico en el afecto del pueblo. Candidatura repentina del señor Abraham Valdelomar a una diputacion suplente y en conjunción completa con la del señor Billinghurst.

Lima va a verse nuevamente amenazada por una invasión formidable de votos en blanco. Y lo que a los periodistas nos interese entonces no será los votos en blanco. Serán los votos de las ánforas. Y será también lo que interese a las candidaturas actuales, por supuesto...

(En *El Tiempo*: Lima, 27–VIII–1916)

VOCES

Los sábados del Sr. Pardo

En la noche del sábado, el banquete y la tertulia semanales, aturdieron en los salones y en los pasillos de palacio los síntomas de la agitación política. Los aturdieron solamente. El matiz social, el ambiente cortesano, la gentileza aristocrática, tenían que imponerse y tenían que vestir de gala la noche palatina.

Hubo en el banquete, selecto y distinguido concurso, ni más ni menos que como dicen los cronistas sociales. Estuvo el señor don José Carlos Bernales. Estuvo el señor don J. Fernando Gazzani. Estuvo el señor don Manuel Irigoyen. Estuvo el señor Málaga Santolalla. Estuvo el señor Rey. Estuvieron otras muchas esclarecidas personas.

Y en la noche hubo tertulia animada con té y pastas. El señor Pardo, dueño de casa, tuvo como siempre gentiles cortesías. Y clausuró sus labios para la alusión al momento político. No hubo lamentación ni tuvo estigma. Fue discreto, solemne y risueño como si nada ocurriera y como si nada pasara. Y sintió que desde la cumbre de su serenísimo y altísimo predominio, debía desdeñar los incidentes vulgares de la vida cotidiana. Y comprendió que debía ser el suyo un gran gesto de magnate ante la insignificancia de las situaciones molestosas.

Así son los sábados del señor Pardo. Porque de esta manera los ha bautizado el comentario público. Tal como la gente "bien" dice: los lunes de las de X., los martes de las de F., los jueves de las de H.: se dice ahora los sábados del señor Pardo. Y los primeros en propalarlo son los representantes:

–Interesantes son los sábados del señor Pardo.

–Animados son los sábados del señor Pardo.

–Plácidos son los sábados del señor Pardo.

–Gentiles son los sábados del señor Pardo.

–Mucha gente distinguida va a los sábados del señor Pardo.

Y el último sábado ha tenido la característica de una innovación. El Sr. Pardo no invitó a su banquete a los representantes de determinados departamentos. Invitó a un grupo designado en la secretaría sin clasificación de departamentos. El señor Pardo ha renunciado a seguir preparando las bases de la federación. Piensa sin duda que esto equivale a prestar su colaboración a una obra que podría ser obra del doctor Durand.

Pero gentes avisadas nos cuentan que lo que definitivamente ha intervenido en esta innovación es la inminencia de un conflicto. El señor Macedo se empeñaba en concurrir entre los representantes de Ica. Sostenía que los vecinos de Chincha le habían enviado un memorial pidiéndoselo. Y el señor Moreno que ve a cada instante al señor Macedo inmiscuirse en las cosas de Chincha, protestaba indignado:

–¡Pero si el señor Macedo es diputado por Huarás! Asistirá entre los representantes por Ancash.

Y el señor Macedo que tiene una gran flema, respondía sin inmutarse:

–Es que también asistiré al banquete a los representantes de Ancash. Lo uno no quita lo otro.

Mas el señor Pardo, prudente y discreto, quiso conjurar el conflicto. Y resolvió suspender las invitaciones por departamentos. El señor Macedo no podrá ya considerarse invitado dos veces. Y no podrá argüir que el pueblo de Chincha le ha mandado un memorial. Y no podrá sostener que será el pueblo de Chincha el que le obligue a asistir a dos banquetes...

Sport

Muchas veces hemos dicho que la política respeta la ley mosaica y la ley católica. Y que en consecuencia trabaja seis días y descansa el sétimo. La política respeta entre nosotros el descanso dominical como no lo respetan los establecimientos públicos. Es incapaz de trabajar los domingos como una barbería.

Y ayer estuvo la política de descanso. En la tarde se puso tarro y jaquet para ir a las carreras de caballos. Y el sensacional minuto político en que hoy vive la república tuvo una anestesia.

El Sr. Pardo estuvo en las carreras. Había sido invitado por tratarse de la trascendental tarde del Derby y había asistido acaso porque la invitación era del Jockey Club y presidente del Jockey Club es el señor Mariano Ignacio Prado y Ugarteche.

Hubo en el Hipódromo una enorme concurrencia. Y hubo en torno del

señor Pardo gentes aristocráticas y distinguidas que le envolvieron en una aureola de cumplidos y sonrisas. Una aureola que, por supuesto, encantaba al señor Pardo.

Al señor Pardo le placen las carreras. Las carreras son un sport elegante. Con el espíritu "snob" del señor Pardo se aviene todo sport elegante. Más aún, para su snobismo todo es un sport. La política, un sport. La presidencia de la república, un sport. El rectorado de la Universidad, un sport. La vida misma, un sport. Se nos ocurre que el señor Pardo debe tener permanentemente sobre su escritorio un reloj de tiempo y un par de prismáticos.

Y ayer el público de Santa Beatriz se sintió orgulloso de que entre él estuviera el señor Pardo. Y aunque por uno de esos caprichos de todos los públicos no quiso tributarle demostraciones de simpatía, rebosaba en las fisonomías el contento y se traslucía en los ademanes la alegría. Y las apuestas eran intensas y los dividendos pródigos.

Antes del Derby el señor Pardo quiso seguir la tradicional costumbre de abandonar la tribuna y pasear el paddock para ver a los caballos competidores. Y lo acompañó el señor don Mariano Prado y Ugarteche. Y lo acompañaron varios otros caballeros. De pronto ante un boxe, dentro del cual se hallaba un potrillo zaino, el señor Pardo se detuvo y preguntó de esta manera:

–¿Cuál stud es el que emplea los colores nacionales?

Y el señor Prado le contestó:

–El stud Porte Bonheur.

Y el señor Pardo volvió a preguntar:

–¿Y quién es el propietario del stud Porte Bonheur?

Y el señor Prado volvió a responder:

–El señor Manuel Químper.

El señor Pardo estuvo a punto de no seguir interrogando. Pero tuvo una última y fatal curiosidad. Y preguntó:

–¿Y cómo se llama este caballo?

Y el señor Prado respondió entonces con una sonrisa:

–Revoltoso.

Y luego agregó traviesamente:

–Se llama Revoltoso. Y es el favorito del público.

El señor Prado se calló. El señor Pardo se calló también.

Y el señor ministro de Italia intervino, entonces, con más travesura que el señor Prado y Ugarteche:

–Los revoltosos arrastran a las multitudes.

El señor Pardo no quiso seguir silencioso. Y dijo pausada e intencionadamente:

–¡Pero los revoltosos no tienen suerte!

Y se alejó del paddock con un rencor muy grande para el caballo del stud Porte Bonheur que acababa de ver en un boxe. Se alejó casi sombrío.

Y diez minutos después ganaba al galope Revoltoso. Mala suerte del señor Pardo.

Y es que no tiene aptitudes de profeta ni de agorero.

Debut

El sábado estuvo la minoría en el gobierno de la Cámara de Diputados. No asistió el señor Manzanilla. Y a mitad de la sesión el señor Peña Murrieta necesitó abandonar la presidencia. Y subió a ella el señor Escardó y Salazar, segundo vice–presidente de la Cámara.

Fue el debut del señor Escardó y Salazar. Y fue naturalmente un debut elegante. El señor Escardó y Salazar es persona que goza de unánimes simpatías en la Cámara. En su honor se hizo el milagro de que la minoría triunfase en una elección de 27 de julio.

La minoría se ha sentido, pues, ama y señora en una sesión de la Cámara de Diputados. Y sintiéndose tal no podía comportarse sino con mucha mesura y recato. El señor Secada no hizo un solo pedido. El señor Borda no presentó un solo proyecto. El señor Químper no hizo la menor inculpación al Gobierno por el asunto de la Brea y Pariñas. Apenas si el señor Torres Balcázar le hizo interrupciones al señor Moreno, que protestó con vehemencia:

–¡A mí no me gusta que me interrumpan! ¡Su señoría me está cortando el hilo del discurso!

El señor Torres Balcázar se empecinaba:

–Pues a mí me ocurre lo contrario. Me gusta interrumpir a su señoría.

Y luego:

–¡Yo no quiero interrupciones!

–¡Yo si las quiero!

–¡La presidencia me ampara!

–¡La presidencia tradicionalmente ampara las interrupciones!

Y el señor Velezmoro pidió que la Cámara celebrase los sábados sesión secreta para ocuparse de asuntos particulares. Pidió un asueto, para ser más explícitos. Y esto se lo agradecieron en el alma los periodistas. Cualquiera

diría que el señor Velezmoro trata de congraciarse con los periodistas. Pero hay que creer más bien que el señor Velezmoro desea rendir un homenaje de cortesía a los sábados del señor Pardo...

(En *El tiempo*: Lima, 28–VIII–1916)

VOCES

Sigilo

La política es entre nosotros caprichosa. Tiene crisis repentinas y violentas que en ocasiones parecen periódicas e intermitentes como las tercianas. Y que en ocasiones son convulsas como crisis epilépticas. Pero lo cierto es que el símil de nuestra política es casi siempre una dolencia. Cosas del país y del ambiente.

Hace dos, tres o cuatro días que la política ha tenido una gran crisis. Hace dos, tres o cuatro días que la política se ha exhibido repentinamente sin máscara y sin dominó. Hace dos, tres o cuatro días que la política ha perdido de repente sus recatos. Pero luego ha tornado a enmascararse, a disfrazarse y a esconderse. Se ha extenuado. Ha languidecido. Ha perdido los bríos. Ha depuesto el ademán airado y la mueca feroz. Y ha vuelto a sonreír teatralmente bajo la careta, convencida de que había sido una imprudencia y una ligereza descubrirse un instante.

Todo ha vuelto, pues, a ser sigilo y misterio. Ya no hay acuerdos públicos. Ya no hay voces callejeras. Ya no hay gritos. Ya no hay gesticulaciones violentas. La política torna a sus reservas y a sus esbozos.

Y si nos paramos en una esquina a media noche y preguntamos a un transeúnte:

–¿Qué pasa?

El transeúnte nos contestará seguramente:

–No pasa nada.

Y si nosotros preguntamos nuevamente:

–¿Qué ha habido esta noche?

El transeúnte nos responderá:

–No ha habido nada.

Y enseguida se marchará convencido de que somos unos pobres trasnochadores a quienes se les ha antojado que ha ocurrido un amago de incendio o un drama pasional. Y hasta por hacernos pagar de alguna

manera la demora, nos pedirá un cigarrillo o un fósforo.

Y si en lugar de esperar la media noche, si en lugar de esperar una hora en que los linotipos llenan de isócrono bullicio la imprenta, hubiéramos inquirido lo que pasaba en el mundo político, en oportuno momento de la tarde o de la noche, habríamos encontrado que el comentario público está contradictorio, indeciso, desorientado y versátil.

Hay gentes que exclaman:

–¡Se impone Pardo! ¡Triunfa Pardo! ¡Domina Pardo!

Y si uno los objeta tímidamente, ellas le preguntan a uno comiéndoselo con los ojos:

–¿Saben ustedes lo que significa ser gobierno? ¿Saben ustedes lo que significa disponer de las reelecciones, de los subprefectos y de los juzgados de primera instancia?

Y si uno les dice, por decirles algo:

–¿Pero las reelecciones no dependen de la ley? ¿Las subprefecturas no dependen de la ley? ¿Los juzgados no dependen de la ley?

Ellos sueltan la carcajada como si hubieran oído una ingenuidad muy grande.

Hay también gentes que así hablan:

–¡Se impone Prado! ¡Triunfa Prado! ¡Domina Prado!

Sólo que lo dicen en voz más baja y casi al oído.

Ayer hubo dos reuniones de los civilistas en casa del señor Prado. Y en las dos hubo quórum y hubo misterio. Fueron a puerta cerrada. A puerta "trancada", como dice el señor Abelardo Gamarra, que está completamente alarmado con tanta "guaragua".

Y de ambas reuniones salieron los civilistas silenciosos, reservados, mudos, sonámbulos, como si les embargasen problemas muy hondos. Y los más espontáneos y habladores decían a lo sumo una palabra, casi enigmática, casi misteriosa, pero entre dos admiraciones:

–¡Solidaridad!

Una palabra que parece una exclamación de obreros sindicalistas.

Error u Omisión

El señor ministro de justicia ha estado a punto de dejar de serlo. Ha estado a punto de que la cartera se le cayese solita de las manos. Esto no quiere decir que el señor ministro de justicia se hubiese quedado abobado un minuto.

Mala suerte tiene el señor ministro de justicia. Es un ministro vitalicio del partido liberal. Pero es un ministro que está siempre en peligro de voto de censura. Parece que hiciera equilibrios en el gabinete. Parece que caminara sobre un riel del tranvía eléctrico formando balancín con su cartapacio de decretos. Es un ministro que da siempre la impresión de que al día siguiente no va a seguir siendo ministro. Y esto es muy grave, aunque tratándose del actual ministro de justicia, por habitual, no lo parezca.

El señor Valera es, no obstante, dentro y fuera del gabinete, una persona amable y simpática. Y, aunque es liberal y hereje, tiene aspecto evidente de prelado ortodoxo. Y tiene la gran virtud de ser siempre risueño, apacible, bondadoso y afable. Y sabe y entiende de protocolos. Y en cualquier instante posee grandes y geniales aptitudes de maestro de ceremonias.

Pero esto no quita que en algún momento en que haga de maestro de ceremonias, suela equivocarse y promover críticas situaciones para su persona y para el gobierno. Y en que, equivocándose, dicte un decreto de ceremonial así:

"Concurrirán el edecán de S. E., el juez del crimen de turno, el secretario del ministerio de justicia, el oficial primero del senado y los presidentes de las cámaras legislativas".

Pequeños detalles que no significan nada en la vida y en la personalidad de un hombre público tan esclarecido como el señor ministro de justicia.

Y ha sido uno de estos pequeños detalles el que ha expuesto al ministro de justicia, hace cuarenta y ocho horas, a sufrir que se le caiga de las manos el portafolio. Al disponer el ceremonial del sepelio del doctor Ribeyro, agregó los nombres de los presidentes de las cámaras legislativas al pie de los de los funcionarios públicos que debían tomar las cintas o arrastrar el duelo.

Y de la misma manera se olvidó el señor ministro de justicia de considerar en el ceremonial el nombre del rector de la muy ilustre Universidad de San Marcos, de la cual había sido catedrático el muy ilustre doctor Ribeyro.

Insignificantes olvidos del señor ministro de justicia que está generalmente preocupado por altísimos asuntos de interés mundial . Tenemos para nosotros que el señor ministro de justicia inquiere en un horóscopo el fin de la guerra europea y la llegada del anticristo. Y naturalmente no tiene tiempo para pensar en menudos formulismos.

Mas ocurre que con estos olvidos insignificantes del señor ministro de

justicia no gustan transigir los presidentes de las cámaras legislativas. Y al encontrarse mencionados en forma despectiva, pusieron el grito en el cielo y fueron donde el señor ministro de justicia para decirle que aquello era tremendo y gravísimo. Y el señor ministro de justicia se sonreía creyendo que le hacían una broma. Pero los presidentes de las cámaras legislativas insistían hasta convencerle de que no era tal broma.

Y como el señor ministro de justicia es muy afortunado, el día en que su olvido constó en los periódicos fue día domingo. Día de descanso, de beatitud y de reposo. No había cámaras. Había únicamente carreras de caballos. En las carreras nadie iba a censurar a su señoría.

Por manera que hubo tiempo de que el señor ministro de justicia dictara un nuevo programa de ceremonial y pusiera en él todas las formalidades triviales de protocolo. Y para que el clásico oficial de la cámara de diputados señor Serdio, hábil en solucionar estas situaciones, se encontrara distraídamente con los periodistas en el Palais Concert y les dijera:

–¡Hombre! Tengo este papel para usted. Es muy urgente. Pero ponga que se lo han mandado del ministerio de justicia. Por que como usted sabe esto no es cosa de la cámara de diputados...

Y ayer, en el sepelio se renovó el incidente. El maestro de ceremonias del ministerio de justicia, contagiado en sus olvidos y equivocaciones por el señor ministro, ofreció una cinta en el cementerio al señor Manzanilla, después de haber ofrecido otras a altos funcionarios públicos. Y el señor Manzanilla, que no comprende que las omisiones puedan repetirse y que es muy pegado a los insignificantes formulismos que el señor Valera desdeña, rehusó aceptar la cinta, regresó a su coche y tornó a la ciudad.

Ha sido un conflicto tremendo para el señor ministro de justicia. Pero ha tenido solución feliz por haberse producido en día domingo. Lo cual quiere decir que las consecuencias de un conflicto no dependen de su gravedad sino del día de la semana en que el conflicto se produzca...

(En *El Tiempo*: Lima, 29–VIII–1916)

VOCES

Indulgencia Plenaria

La cámara de diputados tuvo ayer una sesión animada y extensa. Pero no hubo en ella política, ni hubo interpelaciones, ni hubo debate sobre los terrenos de montaña, ni hubo pedidos acoplados del señor Secada, ni hubo doctrina parlamentaria del señor Manzanilla. Hubo sólo debate largo sobre la amnistía. Un debate casi ocioso, porque toda la cámara estaba de acuerdo en que debía olvidarse, perdonarse e indultarse, y solamente difería de concepto en cuanto a la forma de ese olvido, de ese perdón y de ese indulto.

Sólo el señor Gamarra (don Manuel Jesús) se mostró intransigente. Su señoría no admite el perdón. Su señoría es rencoroso. Su señoría es inexorable. No concibe cómo los hombres pueden ser indulgentes. Y no concibe cómo los diputados pueden serlo también.

Ayer, cuando toda la cámara unánimemente proclamaba la necesidad de la amnistía, el señor Gamarra se puso de pie y dijo:

–Yo me opongo al indulto. Los indultos. Los indultos son justos cuando son útiles. Y son útiles cuando sirven para unir fuerzas divididas, para reconciliar a los elementos políticos del país. En este instante, el indulto es ocioso y romántico. No seamos sentimentales. Habemos en el Perú dos grupos. Uno muy grande, el de los hombres de bien. Otro muy chico, el de los delincuentes. ¿Por qué los hombres de bien vamos a darles la mano a los delincuentes? ¿Por qué los vamos a perdonar? Nosotros somos puros. Ellos son pecadores. ¿Qué utilidad tiene que seamos generosos? ¿Van a aumentar los ingresos fiscales acaso? Y luego por sus labios comenzó a hablar la Biblia. Sentencias tremendas. Trágicas inexorabilidades. Profecías pavorosas. Y la admonición del señor Gamarra, que no era una admonición muy castiza por cierto, era, en cambio, una admonición terrible:

–¡El pecado nos ahoga! ¡El pecado nos asfixia! ¡El pecado nos vence! No seamos misericordiosos con el pecado. No nos solidaricemos con los

pecadores, si no queremos también nosotros padecerlo. Si somos indulgentes, el castigo vendrá del cielo.

Y señalaba la farola.

Pero en vez de dar miedo a los diputados, en vez de conmoverlos, en vez de soliviantarlos, la elocuencia bíblica del señor Gamarra les hacía gracia. Y ni la farola se estremecía, ni las luces parpadeaban, ni el terror afligía los ánimos, ni se desorbitaban los ojos, ni se erizaban los cabellos, ni castañeteaban los dientes. Y el señor Gamarra se dio cuenta de que su discurso era mucho menos eficaz que un cuento de gnomos y de aparecidos, y se dio cuenta de que era infructuoso su esfuerzo. Y pidió un vaso de agua. Y se lo bebió a sorbitos entre las intermitencias de su discurso desfalleciente.

Fue pura "pose" la del señor Gamarra. Su señoría quiere ser original. Su señoría quiere distinguirse. Su señoría quiere sorprender a la cámara y a la opinión con sus gestos exóticos. Pero no sabe escoger las oportunidades sino de raro en raro. Con frecuencia se equivoca y es la suya una "pose" como la del doctor Mercado, completamente criolla y completamente huachafosa. Ayer, por ejemplo.

Y tuvo la sesión de ayer una nota trascendental. Reapareció en su escaño el ilustre diputado por Yauyos señor Alberto Ulloa. Pero reapareció no para pasar lista ni para conversar brevemente con algunos compañeros, sino para pronunciar discursos e intervenir con eficacia en los debates. Y la minoría estaba orgullosa de su leader. Y se frotaba las manos satisfecha de tenerle otra vez en la cámara.

Y hubo otra nota interesante. El señor Borda, que desde hacía tanto tiempo estaba en silencio, volvió a ser verboso y elocuente. Hacía días que su mutismo era comentado. Los diputados se preguntaban qué le ocurriría al señor Borda. El señor Borda seguía siendo, como de costumbre, amable, efusivo y risueño. Pero no hacía pedidos, no requería a los ministros, no presentaba proyectos, no exigía la celeridad en el despacho de los presentados. Algo le ocurría sin duda alguna. Los periodistas tienen la intención de averiguarlo en una encuesta. Pero, a pesar de la unanimidad de las buenas intenciones de la cámara, el proyecto de amnistía quedó ayer sin solución. Quedó sancionada la bondad de la iniciativa. Pero quedó postergada su aplicación en la ley. Y todo fue votos de perdón, de olvido, de misericordia, de generosidad y de altruismo. Indulgencia plenaria.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–VIII–1916)

VOCES

De ida y vuelta

Gravemente intrigado traía al señor Pardo la estada del señor Prado en Chosica. El señor Pardo no se explicaba con precisión qué cautivaba al señor Prado en Chosica. No comprendía el encariñamiento del señor Prado con Chosica. No se explicaba los afectos del señor Prado por Chosica. Y después de leer las Voces de "El Tiempo" y de saber por ellas que al señor Prado le encantaban las bellezas campesinas y la placidez geórgica de Chosica, le preguntaba al señor Concha:

–¿Es verdad, Concha, que la poesía de Chosica es muy grata y amable?

Y el señor Concha le contestaba:

–No tanto, Excmo. señor.

Y el señor Pardo volvía a preguntarle:

–¿Es verdad, Concha, que es muy distinguido y de muy buen gusto amar la poesía de los campos?

Y el señor Concha le decía:

–A veces, Excmo. señor.

Y el señor Pardo, insistía después de un minuto:

–¿Usted ha leído a Virgilio, Concha? ¿Usted ha leído a Francis Jammes?

Y el señor Concha contestaba:

–Un poco, Excmo. señor, un poco.

–Y el señor Pardo le interrogaba entonces:

–¿Entonces a usted le gustan los versos, Concha?

Y el señor Concha, alarmado ante la posibilidad de que el señor Pardo le considerase afecto a cosas tan pueriles como los versos, respondía presuroso:

–¡No tal Excmo. señor! A mí sólo me preocupan la Economía Política y la legislación.

Pero el señor Pardo replicaba entonces:

–¿Luego, a usted no le preocupan los versos de mi ilustre abuelo don Felipe Pardo y Aliaga?

Y el señor Concha tenía que decir entonces:

–Los versos de don Felipe Pardo y Aliaga sí me placen y preocupan mucho, Excmo. señor.

Seguía una pausa. El señor Pardo continuaba meditando en la razón de las simpatías del señor Prado por Chosica. Y de repente tornaba a interrogar al señor Concha:

–¿Es muy buena la leche de Chosica, Concha?

Y el señor Concha respondía:

–Es sana, Excmo. señor.

Y el señor Pardo tornaba a preguntar:

–¿Acaso Chosica es mejor que Miraflores, Concha?

Y el señor Concha contestaba iluminado y enérgico:

–¡Jamás, Excmo. señor!

Y el señor Pardo pensaba enseguida que el señor Concha tenía razón. Chosica no podía ser tan hermosa, ni tan poética, ni tan dulce, como se imaginaba el señor Prado y como nos imaginábamos nosotros. Chosica tenía una tradición odiosa. En ella había alzado la bandera revolucionaria contra su pasada administración el señor Durand. Y Chosica no podía tener tanta poesía. Cercana a ella se encontraba la prosaica instalación de Yanacoto. Pero de pronto encontró el señor Pardo la razón probable del encariñamiento del señor Prado con Chosica. En Chosica pasan la temporada de invierno muchas damas gentiles y bellas. Es que allí se congrega un florilegio de invernadero. Hay allí muchas niñas bonitas, donairosas, coquetas y pícaras. Y no constituyen únicamente los atractivos de Chosica la leche de vaca, el alcalde don Juan Francisco Ramírez y el versallesco poeta José Fiansón. El señor Pardo creyó descubrir entonces por qué al señor Prado le gustaba residir en un invernadero. Y sintió la necesidad imperiosa de ir a Chosica. Y pensó que de esta manera no sólo descubriría el verdadero origen de la estada del señor Prado, sino que restauraría el imperio de su reputación de buen mozo.

Y preguntó finalmente al señor Concha:

–¿Usted, Concha, cree que Prado es buen mozo?

Y el señor Concha contestó sorprendido:

–¿Cómo puedo creerlo, Excmo. señor?

Y el señor Pardo se miró en el espejo y pensó que muy pronto iba a derrocar la dinastía de afectos que seguramente tenía el señor Prado en el

florilegio de belleza, juventud y aristocracia femeninas del dulce invernadero de Chosica.

Y ayer el señor Pardo, muy temprano, tomaba el tren de Chosica. Y se sonreía considerando que el día de Santa Rosa de Lima era el más poético y el más adecuado para hacer una visita a Chosica. Y se sonreía también pensando que iba a encontrarse con el señor Prado. Y descubría una nueva virtud de Chosica. El señor Prado había sido generalmente tachado de escaso carácter, de debilidad. Y ahora el señor Prado se exhibía templado, valiente y enérgico. Esto no podía ser sino obra de Chosica, del clima de Chosica, del paisaje de Chosica, de la leche de Chosica y de las muchachas bonitas de Chosica. El señor Pardo se dijo que iba a regresar de Chosica con un gran restablecimiento de su energía y de su voluntad fatigadas.

Pero el señor Prado supo a tiempo que el señor Pardo iba a Chosica. E inmediatamente se decidió a venir a Lima. Sintió malogrado todo su programa. Sintió trastornada toda la poesía del minuto. Había invitado a almorzar con él a varios amigos de Lima, todos ellos gentes de sprit y de buen gusto. Y les dio inmediato y telefónico aviso de que no fuesen. Y tomó a su vez el tren para venir a Lima. Desde las ventanillas miró alejarse el panorama de la aldea. Y lo miró alejarse con pena, con aflicción y con congoja.

Luego, el convoy en que iba el señor Pardo y el convoy en que venía el señor Prado se cruzaron. El señor Prado se escondió para evitar que la casualidad permitiese al señor Pardo descubrirle. Y miró alejarse el tren del señor Pardo con una sonrisa que era una sonrisa casi sombrosa bajo el bigote entrecano y pulcro.

Y el señor Pardo, al llegar a Chosica, lo primero que hizo fue preguntar:

–¿Dónde está Prado?

Y cuando las gentes le respondieron:

–El señor Prado se ha ido a Lima.

El señor Pardo pensó que graves urgencias habrían requerido el viaje del señor Prado a Lima. Y pensó que algo inquietante ocurría en la urbe cuando el señor Prado había prescindido de su regalada residencia de Chosica en día de Santa Rosa de Lima. Desde entonces el ánimo del señor Pardo púsose turbio, ácido y taciturno. Aunque hacía por descubrir la poesía de Chosica, no la descubría. Y preguntaba:

–¿Dónde está la poesía de Chosica?

Y las gentes, que no comprendían la abstrusa y enrevesada pregunta, respondían:

–Está en las alboradas.

–Está en los atardeceres.

–Está en el clima.

–Está en las noches.

–Está en la leche.

–Está en el hotel.

Y el señor Pardo movía la cabeza. Y miraba el horizonte. Y miraba las callejas. Y miraba las techumbres. Y miraba el río. Casi se arrepentía de haber ido a Chosica. Sobre todo cuando le indicaban: –Allí escondieron las armas del doctor Durand. Allí dijo un discurso el doctor Durand.

Pero reparó de pronto en que había en Chosica muchas muchachas lindas, elegantes y graciosas. Y se dirigió a ellas para hacer triunfar sus fueros de gentil hombre y de galantuomo.

Pero las muchachas lindas, elegantes y graciosas, le hicieron cortesías y cumplidos, pero no fueron las suyas sino cortesías y cumplidos protocolarios. Tuvieron recatos y remilgos para el señor Pardo. Esquivaron los homenajes del señor Pardo. Un fracaso del señor Pardo. El señor Pardo comprendió que allí imperaba la simpatía del señor Prado.

Y había muchachas que decían:

–¡Qué lástima que se haya ido hoy el señor Prado!

Y otras añadían:

–¡Tan simpático como es el señor Prado!

Y otras:

–¡Tan amable como es el señor Prado!

Y alguna, más osada y maliciosa que todas, murmuraba a la sordina, mirando al señor Pardo:

–¡Papel "quemao"!...

Y el señor Pardo, consternado, no se explicaba estos desvíos. Y se miraba a veces en el espejo para convencerse de que seguía siendo tan buen mozo, tan distinguido, tan gentleman y tan señor Pardo como antes.

Regresó decepcionado de Chosica. Se convenció de que Chosica era una vil aldea. Y se indignó de la posibilidad de que fuese comparada con Miraflores, tan aristocrática, tan gentil, tan hermosa. Y pensó que era como decía el señor Concha:

–Chosica tiene cierta calidad de serranía. Es abrupta y nebulosa. Miraflores tiene genuina calidad de balneario. Lo arrulla el mar y lo besa la brisa. La serranía es sucia y friolenta. El balneario es luminoso y diáfano. La serranía es sospechosa. El balneario es franco. Miraflores es un

balneario como Biarritz, como San Sebastián, como San Juan de Luz. Miraflores es ideal, señor excelentísimo.....

Día místico

El de ayer fue un día místico. Lima hizo su homenaje anual a Santa Rosa de Lima. Todas las limeñas guapas, jóvenes, elegantes y gentiles que se llaman Rosa, celebraron ayer su fiesta. Fue pues una fiesta de limeñas bonitas. Una fiesta de Rosas que, por mucho que se tratase de Rosas con inicial mayúscula, no dejaba por eso de ser una fiesta de poesía.

Santa Rosa de Lima es la santa de todos los afectos y de todos los entusiasmos de la ciudad. Santa Rosa es dueña de los atributos precisos para ser la santa de la devoción limeña. Fue bonita, fue buena, fue simpática. Lima la ha adorado, la adora y adorará. Y por eso fue el de ayer un día místico. Había en la ciudad un ambiente de sahumerio, de incienso, de azahar, de azucena y de "mixtura".

Y la política quiso también ser piadosa y reverente. No hizo escandalo. No hizo ruido. Anduvo de puntillas. Anduvo recatada. Se sumó al homenaje a Santa Rosa de Lima. Nuestra política es religiosa. No trabaja los días domingos. Oye misa. Escucha sermones. Pero de ella podría decirse que, aunque suele hacer actos de contrición, no hace jamás propósito de enmienda ni, mucho menos, reparación de obras.

El presidente del consejo de ministros, el místico y devoto señor don Enrique de la Riva Agüero, no pudo sustraerse a estos religiosos homenajes de la ciudad. Su espíritu delicado tiene arraigadas devociones por la santa limeña y por sus santas virtudes. Y ayer fue, pues, un día en que el señor de la Riva Agüero se entregó plácidamente a la celebración de la fecha. El señor de la Riva Agüero es tan místico y fervoroso que llegaba a sentirla casi suya. Y se arrobaba. Y se transportaba. Y se iluminaba. Y en la intimidad de su casa solariega acaso tendría dulces y amables pláticas como esta:

–Santa Rosa fue una divina "flor de penitencia". Su vida es honra y prez de nuestra historia y del catolicismo. Yo no me explico cómo hasta ahora no se ha hecho de ella bastantes loas, elogios y exaltaciones. Yo no sé cómo nuestros poetas no se consagran a su glorificación y exégesis. Yo no sé qué hacen nuestros literatos. Y los hay que se ocupan de la Perricholi, de la Mariscala y hasta de cierta india, esposa de Manco Cápac, a quien denominan Mama Ocllo. Es un contraste, porque Santa Rosa es la única

que merece estos homenajes.

Y sería elocuentísima y florentísima seguramente la plática del señor de la Riva Agüero.

Paréntesis

Ayer estuvo de fiesta parte de la cámara de diputados. Hizo mesa larga, en el Jardín Strasburgo, para agasajar al señor Vivanco, diputado por la lejana provincia del Tahuamanu y héroe reciente de unas interminables interpelaciones al señor ministro de fomento.

Hubo numerosos representantes en rededor del señor Vivanco. Y hubo en la fiesta, espíritu de expansión y mataperrada. Y hubo mucha alegría, mucho entusiasmo y muchos brindis. Y hubo bocaditos.

Y a pesar de que fue orquesta de damas vienesas que la amenizó, la fiesta tuvo cierto carácter de fiesta criolla, en determinado instante. Un diputado pidió un cachaspare. Y la orquesta, con una pericia exótica en su nacionalidad, tuvo a bien tocarlo.

En el comedor vibró un alborozo unánime. Y, sobre los cristales, acompasaron los cuchillos los sones aborígenes del cachaspare.

Y al cachaspare siguió un huaynito. Y al huaynito una marinera. Había que lamentar que no estuviera presente el señor Abelardo Gamarra para que pusiera en todo aquello su "puntita de ají", como él dice. Y había que lamentar también que el menú no fuera criollo y reclamara más bien, para su acompañamiento y buen provecho, snobismo vienés o lírica italiana.

Pero, fue alegre y jovial y regocijada, la fiesta. Los diputados proclamaban a voz en cuello su derecho a alborozarse. Gritaban que ayer era día de fiesta. Y decían brindis tremendos. El señor Vivanco pronunció un discurso tan vibrante que hizo estremecer el Strasburgo. Y el señor Grau, otro discurso grandilocuente y enérgico que parecía la voz de la selva virgen. Y el señor Torres Balcázar, otro discurso desbordante y copioso que parecía una catarata de la selva virgen.

Y había ambiente revolucionario. Los discursos anatematizaban al pardismo, a la oligarquía, al nepotismo y a las dinastías, con invectivas que infundían pavor. Y el señor Grau, que se sentía completamente rebelde y airado al calor de esta atmósfera criolla de republicanismo y democracia, pedía a la orquesta:

–¡A ver! ¡La Marsellesa!

Si el gobierno se da cuenta del banquete, manda a la caballería.

Y es que el señor Grau en algunas ocasiones se acuerda de sus impetuosas tendencias de tribuno revolucionario. Siente muy vivas sus devociones por Robespierre y por Dantón. Y trata a todas las gentes de tú. Y trata a todas las gentes de "ciudadano". Y saluda entonces de esta guisa:

–¡Salud y patria!

Y abraza al doblar la esquina, al zambo más zafío, grosero y abyecto que le reconoce y saluda.

A la salida del Strasburgo, vibrantes aún los aplausos a los últimos brindis, los concurrentes se quedaron un instante perplejos. Tenían la indecisión del rumbo. Y algunos se preguntaban entre ellos:

–¿A dónde vamos?

Y había unas opiniones vulgares:

–Vamos al teatro.

Y había otras infantiles:

–Vamos al Parque Zoológico.

Y había otras ingenuas:

–Vamos al cinema:

Hasta que, en presencia de la libertad y heterogeneidad de las opiniones, el jovialísimo diputado de la minoría señor Basadre arriesgó la suya:

–¡Vamos a los gallos!...

(En *El Tiempo*: Lima, 31–VIII–1916)

VOCES

Gracia, gracia, gracia...

La política sigue irresoluta. Cotidiano es entre nosotros que la política viva de esta suerte. Los cónclaves sigilosos y secretos continúan. Hay un cónclave en cada recinto político. Y en todos los cónclaves hay sigilo y secreto.

El secreto de los acuerdos políticos es en el Perú muy semejante al secreto de las sesiones parlamentarias. Hay gentes que cuentan sin escrúpulos y con apostillas lo que en ellas se ha convenido. Hay otras que las escuchan y luego las aderezan a su gusto y placer. Y las hay, finalmente, que sin ser las que pueden contarlas y sin ser tampoco las que pueden oírlas, saben darse importancia haciendo cómico misterio de lo que ignoran. Estas son las que más hablan y las que más mistifican la verdad en consecuencia. Dicen así:

–¿Sabe usted lo que ha ocurrido hoy en la reunión tal?

Y si uno les contesta que no, ellas toman un porte grave y agregan:

–Es muy importante.

Y luego, tras veinte preámbulos, refieren dos o tres invenciones.

Estas gentes han estado sueltas en los días recientes. Han intrigado, han murmurado y han conspirado contra la tranquilidad, reposo y buena orientación del comentario público.

Ayer llegaron a hacer abuso hasta de la importancia de la sesión de la cámara de diputados. Y recorrían las calles y las confiterías para decirle a todo el mundo, adelantándose en muchas horas a los diarios:

–¡Una sesión tremenda en la cámara de diputados!

–¿Tremenda?

–¡Espantosa!

–¿Espantosa?

–¡Trágica! Basta un simple detalle. Ha terminado a las 9 y media de la

noche.

Y el detalle de que una sesión ha terminado a las 9 y 30 de la noche era suficiente para que las gentes afirmasen que la sesión habría sido terrible, que el debate habría sido violentísimo, que había habido incidentes vibrantes y que existían dos duelos en tramitación.

Y, mientras el comentario callejero se formaba y animaba de esta guisa, la verdad de la sesión era que había sido piadosa y misericordiosa y religiosa. En toda la cámara, había vibrado un solo sentimiento de perdón y de olvido. Y toda la cámara había repetido así:

–¡Gracia, gracia, gracia!

El debate tuvo un minuto culminante en el discurso del señor Ulloa. El señor Ulloa dijo con su elocuencia tranquila, serena, diáfana y amable la verdadera significación de la amnistía y la necesidad de que se tendiese un definitivo manto de olvido sobre las recientes miserias. Y habló de esta manera:

–¡No miremos el pasado, honorables señores! No volvamos los ojos, podría ser que nos convirtiésemos en estatuas de sal como la mujer de Lot. No volvamos los ojos, señores honorables. Miremos al porvenir. El presente es sospechoso, honorables señores. Pero el porvenir ofrece una tierra de promisión. El porvenir es nuestro si nosotros queremos que lo sea...

Y siguió un gesto muy interesante y airado del señor Maúrtua. Hacía tiempo que no oíamos al señor Maúrtua. Y a la verdad que lo lamentábamos. La frase del señor Maúrtua es delicada, fina, suave, sencilla, milagrosa. Arrulla como la música de las sirenas. Y convence y emociona.

Y quiso el señor Maúrtua que la cámara supiera que él creía artificial y falsa la aministía y que él pensaba que si se la concedía debía concedérsela absoluta; pero él quiso así mismo que la cámara supiera que no estaba en la mayoría. Se expresó del modo siguiente:

–Los señores de la mayoría piensan esto. Los señores de la minoría piensa esto otro. Yo pienso así. Aquellos opinan de un modo. Estos opinan de modo distinto. Yo no opino como ninguno de ambos.

–¡Aquellos! ¡Estos! ¡!

Y lo puntualizó muchas veces.

Faltó apenas que dijera:

–Yo estoy aquí solo como un hongo.

Pero probablemente le detuvo la circunstancia de que su estatura no haría en él muy exacta la comparación de su personalidad con un hongo.

Y como su señoría es muy preciso y pulcro en la expresión, no puede hacer jamás una comparación inadecuada.

Y siguieron luego muchos discursos llenos casi todos de misericordia. La voz de la cámara pedía indulgencia plenaria. Y decía así:

–¡Gracia, gracia, gracia!

(En *El Tiempo*: Lima, 1º–IX–1916)

VOCES

La lista negra

En la Cámara de Diputados hay un amable espíritu de diversión y mataperrada. Los representantes gustan en ella de sentirse jóvenes, jubilosos y risueños. Y se empeñan en sentirse en el Parlamento como en un colegio, salvo en las severas horas de sesiones, que son como las severas horas de clase. Y aun en estas horas de sesiones, hay siempre sonrisas, travesuras y morisquetas clandestinas, que escapan bajo la mirada del presidente excelentísimo. Sólo se sustraen a esta retozonería las austeras personalidades del señor Ulloa, del señor Ráez, del señor Maldonado, del señor Román, del señor Bedoya y de algún otro parlamentario. Pero también estas austeras personalidades son protectoras, benévolas y complacientes. Transigen con la alegría, sonríen ante la expansión y hacen la vista gorda para la mataperrada. Hay, sin embargo, algunos, muy pocos, que quieren ser graves a porfía. Son el señor Menéndez, el señor García Irigoyen, el señor Sayán Palacios, el señor Velezmoro.

Y es en la minoría independiente, en el grupo que por contraste es el que toma más en serio el bienestar de la patria y la salud de las instituciones, donde es mayor la dosis de buen humor y de alborozo. Casi todos los representantes de la minoría son joviales y plácidos. Tienen la sonrisa en los labios. Y si no fuera exagerado diríamos que también tienen la sonrisa en el ademán. El señor Borda que en las sesiones es susceptible, nervioso y violento, en la intimidad de los pasillos, de la cantina y de los intermedios es jocundo, dicharachero y alegre como unas pascuas. El señor Torres Balcázar tiene, en el fondo de sus hoscas apariencias, un espíritu afable y complaciente. El señor Basadre es juguetón y mataperro en todo instante. El señor Salazar y Oyarzábal guarda latentes alardes de juventud. El señor Castro es un "recordman" de la jovialidad y del humorismo. El señor Secada, que hace chistes en los discursos parlamentarios, es capaz de hacer una zarzuela completa en la intimidad. Y así son todos. Tienen alma

festiva. Y poseyendo aptitudes egregias para la tragedia, gustan siempre del buen humor y de la gracia.

No en vano los hombres, desde Aristófanes hasta José Ingenieros han hecho exaltación y culto de la risa. No en vano el señor Manzanilla ha demostrado que él, viendo a Aristófanes y a Ingenieros, sabe hacer de la sonrisa gayo empleo. No en vano en íntimas pláticas ha dicho cómo la sonrisa es más aristocrática que la risa, porque mientras ésta tiene estrépito y resonancia y escándalo, aquélla es sigilosa, muda y callada. Y no en vano nosotros, que somos algo menos que Aristófanes, que José Ingenieros y que el señor Manzanilla, decimos a veces:

–Una carcajada es como un pistoletazo; una sonrisa es como una puñalada.

La Cámara quiere buen humor, placidez y travesura. Y abomina de la gravedad, de la rigidez y de la ceremonia. Y no es para menos. En la hora presente existe la especialísima circunstancia de que en la presidencia de ella está el señor Manzanilla.

Y la minoría gusta de las bromas y de los juegos. El señor don Abelardo Gamarra les dice cotidianamente a sus miembros:

–¡Qué "mozones" son ustedes!

La última "mozonada" de la minoría –justo es que hablemos como el señor Gamarra, de quien mucho tememos que "se pique", como dice él también– ha sido la confección de la "lista negra". Así como la Gran Bretaña ha formado una nómina para boicotear a los comerciantes alemanes, la minoría ha formado también una nómina para boicotear a ciertos representantes de la mayoría. Y va a boicotearlos, no por ser adversarios, pues la minoría es muy cortés y respetuosa. Va a boicotearlos por serios, por graves, por severos, por inflexibles. La minoría les tiene la misma animadversión que les tienen los colegiales a esos chicos "más grandes" que aspiran a pasantes. Les anatematizan por rígidos y por ceñudos. Y proclama el imperio de la risa, de la amabilidad y de la gracia. La minoría no quiere "gente seria". Y se indigna contra los representantes de la mayoría que siendo austeros no saben ser complacientes con la travesura y con la juventud ajenas. Y ha comenzado a anotarlos en la "lista negra".

La noticia de la "lista negra" ha circulado sensacionalmente en la Cámara. Y ha tenido repercusión enorme en la mayoría. Todos los representantes han querido saber quiénes eran los comprendidos en la lista negra.

Y ha habido interpelaciones a granel:

–A ver, compañero, ¿cuáles son los de la lista negra?

–Es un secreto.

–Pero a mí, por supuesto, no me habrán comprendido. ¿No es cierto? ¡Yo soy muy buen amigo de ustedes!

–La lista negra es para todos los intolerantes, para todos los intransigentes, para todos los inflexibles.

–¡Pero si yo soy muy tolerante, muy transigente, muy flexible! ¿Cuándo les va a interesar a ustedes una votación? Yo los acompaño. ¡Vaya si los acompaño!

Y así por el estilo, ha habido diálogos sabrosos e interesantes.

Y se ha averiguado algunos de los nombres de los consignados en la "lista negra". Un amigo nos los ha confiado. Ha sido así:

–¡A ver, un nombre! ¡Uno solo!

–¡Uno solo! Pero, con mucha reserva. El señor Menéndez.

–¡El señor Menéndez!

–Sí, el señor Menéndez. Ha sido el único ministro que se ha hurtado a las interpelaciones.

–¿Y otro?

–¡Uno más, solamente! El señor García Irigoyen.

–¡El señor García Irigoyen!

–Sí, el señor García Irigoyen. Y ahora un último. El señor Sayán y Palacios.

–¡El señor Sayán y Palacios!

–Sí, el señor Sayán y Palacios.

–¿Y otro? ¡Por favor! ¡Una *llapa*!

–¿Una *llapa*? Bueno. El señor Velezmoro

Y tenemos averiguado que el señor Velezmoro es el único a quien se ha consignado en la lista negra a su solicitud. El mismo lo ha pedido. Y ha hecho franca y leal confesión a la minoría:

–Yo soy enemigo de ustedes. Yo estoy con el señor Pardo. ¡Y a mí no me metan en muchachadas! ¡Yo soy muy serio! Yo soy muy circunspecto...

Homenajes

Ayer fue el cumpleaños del señor doctor don Augusto Durand. Su onomástico, como diría el señor García Irigoyen que es muy atildado. Su natalicio, como diría una limeña vieja. Su "santo", como diría el señor

Abelardo Gamarra y, con el señor Abelardo Gamarra, todo Lima criollo. Sólo que, tratándose del Dr. Durand que es jefe del Partido Liberal, partido de herejes, y que además de venal es ateo, no creemos que sea muy apropiado el calificativo de "santo".

Y, con tan interesante motivo, el doctor Durand que, a pesar de su juventud, es, por sus arrestos y acometividades y rebeldías, un caudillo representativo de nuestro ayer político, recibió los homenajes de cuantos en Lima tienen el honor de ser sus amigos.

Todos sus correligionarios, todos sus adictos y todos sus subordinados acudieron a decirle que lo admiraban, que lo querían o que lo reverenciaban. Y muchas veces las felicitaciones llevaban conexos voces, ofrendas o pensamientos que demostraban la devoción de quienes los formulaban y enternecían y emocionaban al doctor Durand.

Los viejos liberales le recordaron al doctor Durand su pasado de héroe pertinaz de nuestros últimos lustros de historia política. Y le recordaron sobre todo los días en que fue muchacho, en que fue travieso y en que fue cabecilla de montoneros coalicionistas.

Los jóvenes liberales le hablaban al doctor Durand del porvenir. Le decían que ya estaba en punto de ser presidente de la república. Ni más ni menos que como dicen las viejas del almíbar. Y le disertaban sobre arduas cosas doctrinarias, sobre los conceptos políticos modernos y sobre la separación de la Iglesia del Estado. Esto, en día de fiesta y de fiesta tan grande, le parecía por supuesto una impertinencia muy grande al doctor Durand.

Los empleados de "La Prensa" querían publicar, en celebración del cumpleaños, una edición en colores y con una alegoría. Pero el doctor Durand risueñamente se negaba y les inducía a que aguardasen más bien la oportunidad ya cercana del Año Nuevo o la oportunidad, más cercana aún, de la fiesta de la primavera.

El señor Balta intentaba hacer al doctor Durand, a guisa de obsequio, la síntesis del discurso de dos días que había dejado de pronunciar en la Cámara. Pero el doctor Durand con excelentes modales se oponía a esta pretensión y tenía para ella el amable calificativo de extemporánea.

El señor Balbuena no intentaba hacer síntesis de discurso alguno. Menos considerado y más arbitrario que el señor Balta, hacía el discurso mismo. Y lo prologaba de esta suerte:

–El cumpleaños posee una significación espiritual muy profunda para quien lo celebra. El cumpleaños es evocador. Tiene el valor histórico de la

conmemoración. Tiene el valor moral de la experiencia. Cuando llegamos a nuestro cumpleaños parece que hiciéramos una "pascana" en nuestra vida. Nos detenemos un instante y volvemos los ojos al pasado. A veces en nuestro camino cae fuego del cielo. Otras veces cae copiosa lluvia de fecundación. Pero siempre cae algo. ¡Y entonces, yo descubro en el cumpleaños muy honda trascendencia en el espíritu del individuo y en sus orientaciones! ¡Y entonces, yo sostengo la absoluta necesidad de que en este día nos regocijemos y, como la tradición dice, echemos una cana al aire! ¡Porque la tradición es sabia! Porque la tradición es una fuente magnífica de lecciones y de intuiciones, de experiencias y de augurios.

Y el doctor Durand comprendió que la felicitación del doctor Balbuena tenía vuelos de discurso. Y lo cortó con una sonrisa y con un ademán. Y con una copa de champaña.

Pero el Conde de Lemos quiso refutar las teorías del señor Balbuena e intervino.

–¡No tal, Balbuena! La del cumpleaños es incongruente conmemoración. ¿Qué recordamos el día que cumplimos años? Recordamos la circunstancia, necia pero determinativa, de nuestro nacimiento. ¿Y qué constatamos el día que cumplimos años? Constatamos que nos envejecemos. Luego la evocación es la evocación de una infelicidad y la constatación es la constatación de otra infelicidad. Luego es grotesco que en día de este linaje nos alborocemos, nos emborrachemos y nos pongamos bullangueros. Luego es absurdo que hagamos en tan infortunada oportunidad tan desatinado aspaviento.

(En *El Tiempo*: Lima, 2–IX–1916)

VOCES

Anestesia

La exhumación del 4 de febrero y del crimen de Santa Catalina, habían motivado un debate tremendo en la Cámara de Diputados. Los ánimos belicosos del coronel Bedoya, del señor Balbuena, del señor Grau, del señor Secada y del señor Borda, se habían exaltado y querían intercalar, entre las ordinarias discusiones políticas o legislativas del parlamento, una controversia de historia crítica sobre tema demasiado reciente para que la controversia fuera desapasionada e imparcial.

Y había voces inexorables y trágicas que pedían:

–¡Venganza, venganza, venganza!

Y había voces religiosas y benignas que pedían:

–¡Olvido, olvido, olvido!

El señor Balbuena, que anteayer hacía interesante y optimista disertación sobre el sentido filosófico del cumpleaños, había hecho castelariana preconización de la indulgencia y de la piedad. Y había estado elocuentísimo y vibrante y revolucionario. Había dicho:

–¡Yo no quiero la impunidad! ¡Yo quiero la indulgencia! La impunidad es culpable tolerancia. La indulgencia es noble misericordia. Quien ampara una impunidad es un encubridor. Quien ampara un perdón es un generoso. El castigo es un rezago de la crueldad ancestral de los hombres. La justicia penal es una institución que se desmorona. El castigo no tiene otra significación que la de amenaza como la de las penas del otro mundo. Tiene simple sentido preventivo.

En la legislación del Estado, para unos existe la cárcel y para otros el panóptico; en la legislación de la Iglesia, para unos existe el infierno y para otros el purgatorio. ¡Son símiles auténticos, señor excelentísimo! ¡Y yo que soy un librepensador, yo que salgo al encuentro del hermético concepto religioso, tengo también atingencias y observaciones contra el hermético concepto penalista! ¡Abramos anchos cauces a los caudales del

sentimiento! ¡Tengamos gracia para nuestros enemigos! ¡Yo en esto soy cristiano, excelentísimo señor! ¡Yo en esto tengo una filosofía generosísima!

Pero estos desbordamientos sentimentales de la verbosidad romántica e idealista del señor Balbuena, no convencían del todo al parlamento y mucho menos a los temperamentos inflexibles como el del coronel Bedoya, el del señor Moreno y el del señor Borda.

Y ayer debió proseguir el debate.

Pero, después del discurso del señor Grau, que había lastimado algunas susceptibilidades y había rozado algunos sentimientos, las complicaciones eran inminentes. La controversia de historia crítica se iba a hacer formidable y encarnizada. Y se pensó en la conveniencia de un armisticio. O mejor dicho, de una anestesia. Una inyección de cocaína calmaría el dolor por algunos días. Y la inyección fue aplicada.

Por eso no hubo ayer sesión en la Cámara de Diputados. Los periodistas nos encontramos con la Cámara en pleno asueto, por falta de quórum en la hora reglamentaria. Y nos encontramos también con el señor Manzanilla que nos decía, desmintiéndose con la sonrisa:

–¡Ha vuelto a cumplirse estrictamente el reglamento!

Mas, en algunos grupos se comentaba el asueto y se establecía su exacto alcance:

–El lunes, conforme a su acuerdo, se ocupará la Cámara exclusivamente de las interpelaciones al Ministro de Fomento. Este debate volverá a empantanarse. Tratándose de un debate sobre la selva es lo más propio. Y la discusión sobre las adiciones de la amnistía quedará aplazada por varios días, hasta que los resentimientos se atenúen y los ánimos se serenen.

Es, pues, lo que decimos. Una anestesia perfecta. Dios quiera que sea una anestesia eficaz...

Augur

Fue anteayer en la Cámara de Diputados. El señor Grau daba una lección histórica. La Cámara le oía con un respeto de colegio en instantes de clase. Y el señor Grau, que sabe cómo a veces es más útil que una frase un documento, leía algunos papeles que daban mérito a su argumentación. Y leyó un cablegrama del señor Pardo. Estaba fechado en Biarritz y era un mensaje de felicitación al general Benavides. Y a pesar de estar fechado en Biarritz, que es un balneario muy aristocrático, y a pesar de ser del señor

Pardo, los miembros de la Cámara y el público de la galería guardaron silencio después de su lectura. Y el señor Grau leyó en seguida otro cablegrama. Era del señor Augusto B. Leguía. Estaba fechado en Londres y era también un mensaje de felicitación al general Benavides. Mas, entonces, miembros de la Cámara y público de las galerías prorrumpieron en aplausos y aclamaciones. Fue una ovación estruendosa. Nosotros, desde nuestros asientos de periodistas, asistimos muy asombrados y confusos al contraste.

Y no sabíamos explicárnoslo. Y como tenemos fe tan ciega en la sabiduría y perspicacia del señor Balbuena, le preguntábamos:

–¿Por qué han aplaudido al señor Leguía y no han aplaudido al señor Pardo, doctor Balbuena?

Y el doctor Balbuena, nos respondía:

–¡Cosas de los tiempos, amigos míos!

Y nosotros le interrogábamos entonces:

–¿Es un reproche para los aplausos al señor Leguía el suyo? ¿Es un reproche, doctor Balbuena?

Para que el doctor Balbuena se apresurase a respondernos:

–¡Perdón! ¡No es un reproche! ¡Es una exclamación! ¡Yo no repruebo nada¡ ¡Ustedes constatan un hecho! ¡Y a la constatación dicha por ustedes yo pongo una apostilla inocente y sin importancia! ¡No hay más!

Y luego añadía, reconviniéndonos:

–Son ustedes demasiado suspicaces, jóvenes periodistas...

Pero nosotros seguíamos sin explicarnos satisfactoriamente la efusión de entusiasmos que despertaba el nombre del señor Leguía, cuando el nombre del señor Pardo acababa de sonar en silencio. Y nos preguntábamos si sería porque el cablegrama del señor Leguía estaba fechado en Londres, que es la capital de un reino, en tanto que el cablegrama del señor Pardo estaba fechado en Biarritz que es apenas el balneario de una República. Y deducíamos que mayor importancia debía revestir un cablegrama dirigido de una gran capital, que un cablegrama dirigido de una estación de veraneo. E imaginábamos que una actitud política tomada en una playa, que es como quien dice en traje de baño, debía tener significación infinitamente más pequeña que una actitud política tomada en la metrópoli de un reino, que es como quien dice en traje de levita, con tarro y con guantes de preville.

Pero tan extravagantes deducciones encontraban de repente un tropiezo. Y se detenían ante una certidumbre que en parte las desvirtuaba. El

señor Leguía está ausente del país hace mucho tiempo. El señor Pardo está en Lima y está en el Palacio de Gobierno. Y está en el Palacio de Gobierno porque es Presidente de la República. Hay, pues, que suponer que el nombre del señor Pardo, que está entre nosotros, debe despertar mayores devociones que el nombre del señor Leguía que está tan lejos de nosotros. Sobre todo cuando concurre la circunstancia de que existe un refrán que dice: "A espaldas vueltas, memorias muertas".

¿Por qué entonces diputados y gentes de la barra son tan afectuosas con el nombre del señor Leguía que no es sino un burgués amable y amado, y son tan indiferentes con el nombre del señor Pardo que es Presidente de la República?

Son, seguramente, ingratitudes inexplicables. Se olvida acaso que el señor Pardo ha sacrificado su tranquilidad por obedecer a una convención política que le exigía imperiosamente la aceptación de la Presidencia. Se olvida acaso que el señor Pardo ha dejado Biarritz por venir a Miraflores. Se olvida acaso que Biarritz es un poco más importante y plácido que Miraflores. Se olvida acaso que el señor Pardo esta envejeciendo a causa de sus desvelos patrióticos. Y se recuerda, en cambio, al señor Leguía que se encuentra a tanta distancia y que hace muy pocos años fue también Presidente, con disgusto del bloque que está hoy en el Gobierno.

Y esto es muy grave.

Menús

Un acuerdo parlamentario tiene detenida la postulación a general del coronel Puente. Pero sin embargo, previsora y tenaz, la postulación del coronel Puente no pierde el tiempo. Y hace su camino entre menú y menú.

Porque el coronel Puente ha descubierto que una candidatura al generalato, lo mismo que una candidatura a la presidencia de la República, puede abrirse paso entre una doble fila de platos, cubiertos, servilletas y vasos. Y el coronel Puente, que es persona inteligente y entendida en ciertos sistemas modernísimos de seducción y de éxito, establece solidaridad y conexión entre las teorías y la práctica.

A partir de aquél que tuvo lugar en el Club de la Unión, el coronel Puente ha reunido en ágapes amables a grupos distintos de sus amigos del parlamento. Pero estos ágapes suyos han sido sigilosos y discretos. No han aparecido en las crónicas sociales. No han aparecido tampoco en las crónicas militares. El último de ellos se ha realizado en el Cuartel de

Barbones. Y algunos anteriores se han realizado también probablemente en cuarteles. Han sido banquetes entre muros almenados.

Y es ya innumerable la serie de banquetes que el coronel Puente ha ofrecido a los diputados. Y por ser innumerable la serie de banquetes, ha sido también innumerable la serie de menús. Menú a la francesa, menú cosmopolita, menú a la italiana, menú a la criolla. Menú de todas nacionalidades. La internacional simbolizada por las viandas y por los vinos. Porque los vinos han estado a tono con los menús. Chateaux, Champagne, Jerez, Pedro Jiménez, Marsala, Chianti, Ocucaje, La Huaca, Chincha.

Los banquetes del señor ministro de guerra van a recorrer todos los comedores. Los comedores de los cuarteles, el comedor de la residencia del señor ministro, el comedor del Club de la Unión, el comedor del Strasburgo, el comedor del Zoológico, el comedor del Jardín Progreso.

Y van a ser amenizados por todas las orquestas posibles. Banda de músicos del ejército, banda de músicos mercenarios, orquesta de damas vienesas, estudiantina criolla de guitarras y mandolinas.

El señor ministro de guerra forma con los menús de sus banquetes una estadística interesante. La estadística de las voluntades con las cuales cuenta en la cámara de diputados. Computa los votos probables por los menús. Y sonríe satisfecho ante el éxito retardado pero inminente.

Sólo que esta clase de estadística podría fallarle por la base...

(En *El Tiempo*: Lima, 3–IX–1916)

VOCES

Pasajes

No nos hemos equivocado cuando hemos dicho que la voluntad del señor Pardo estaba muy anciana y decaída. No nos hemos equivocado cuando hemos sostenido que el señor Pardo dejaba de ser el mismo en cierta forma. El señor Pardo en realidad ha cambiado de métodos. Pero ha cambiado de métodos en lo accesorio, no en lo fundamental de su régimen y de su fisonomía de gobernante. El señor Pardo ya no es tan imperioso como antes. Pero ya no lo es porque no le dejan serlo. Sus sistemas de arrogancia y despotismo están en bancarrota. Y el señor Pardo, mal de su grado, tiene que buscar sistemas de seducción y de halago. Ya no impone: transige. Ya no exige: suplica. Pequeñas evoluciones que desvirtúan un poco la personalidad del señor Pardo.

El señor Pardo se empeña hoy en neutralizar a los hombres importantes que son sus amigos ahora, pero que pueden tornarse sus enemigos derrepente. Y les enamora y les seduce. Y les ofrece cargos diplomáticos. Y tiene con ellos diálogos de esta especie:

–¿Y cómo se conserva usted de salud?

–¡Muy bien, señor! ¡Gracias!

–Sin embargo me parece que le encuentro descolorido y marchito. No estaba usted así la última vez que nos vimos. Su salud sufre.

–No lo he advertido en lo absoluto. No lo creo.

–¡Oh! Es indudable. ¡Si es usted otro! Debe estar usted neurasténico. Usted tiene muchas preocupaciones. A usted le convendría un viaje al extranjero.

–No lo había pensado. ¡Tengo aquí tantas atenciones!

–Ay, hijo. La salud ante todo! Usted debe hacer un viaje, la neurastenia está haciendo muchas víctimas. Yo estaba muy mal cuando me fui del Perú. Biarritz fue mi salvación.

Y de esta suerte, un diálogo lleno de familiaridad y afecto, en el cual el

señor Pardo se muestra solícito, servicial y cariñoso con sus interlocutores, y concluye ofreciéndoles una plenipotencia. Y de esta suerte le ofreció la plenipotencia en el Ecuador al señor don David García Irigoyen. Le dijo al señor García Irigoyen:

–Su salud pide un viaje al extranjero. Su salud está decaída. Debe usted aceptar la legación en el Ecuador.

Y el señor García Irigoyen, que es hábil en ironías, le replicó:

–¡Pero, excelentísimo señor, si Quito es insalubre! ¡Si en Guayaquil hay fiebre amarilla! Mi salud va a resentirse más de lo que está.

Y le dio las gracias al señor Pardo por el cuidado que su salud le inspiraba y por el empeño que ponía en que mejor la atendiese.

Y al señor don Arturo Osores fue ofrecida la legación en Inglaterra. Le dijo el señor Pardo:

–Su salud está quebrantada. A usted le convendría mucho ir a Inglaterra. Allí se haría usted amigo de Lloyd George y de Ramiro de Maeztu.

Y como el señor Osores se negara a ir a Inglaterra, el señor Pardo le dijo:

–Entonces váyase usted a España. El 6 de enero comienza la temporada de toros.

El señor Osores tenía que declarar, en vista de la insistencia, que no quería irse a ninguna parte, que no le interesaba el trato de Lloyd George ni de Ramiro de Maeztu, y que no le gustaban las corridas de toros.

Las seducciones han continuado amables y fascinadoras.

La más reciente seducción eligió al doctor Durand. El señor Pardo empleó múltiples argumentos para demostrarle al doctor Durand que debía ir a representarnos a la República Argentina:

–Yo estoy muy inquieto con esto de que los argentinos piensan que aquí no queremos a San Martín. Es necesario establecer la realidad de nuestros afectos.

Y tanto dijo el señor Pardo, que el doctor Durand aceptó la plenipotenciaria representación del Perú en la República Argentina. Podría pensarse que al doctor Durand le ha encantado el teatro argentino y el pericón y que esto le ha inducido a dejarnos para establecerse por un tiempo en Buenos Aires.

Sólo que el doctor Durand al aceptar un cargo diplomático ha dejado vacía una representación del pueblo de Lima en la cámara de diputados. El pueblo de Lima, que estaba tan orgulloso de haber elegido diputado al doctor Durand, deja hoy de tenerle como tal. Verdad que la diputación del doctor Durand era un diputación honoraria porque el doctor Durand no

concurría al Congreso. Verdad que el doctor Durand dejaba de ser diputado por Lima el año próximo. Y verdad también que se avenía mejor a sus gustos y calidad la senaduría de Moquegua. Y esto lo iba a tomar muy a mal el pueblo de Lima. Tan mal que no iba a reelegir al doctor Durand seguramente.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–IX–1916)

VOCES

Tarde sosa

La sesión de diputados fue tal como la previmos anteayer. Hubo debate sobre las concesiones de terrenos de montaña. Y concurrió el señor ministro de fomento. Fue una tarde sosa.

Pocas discusiones ha habido mas fatigantes que ésta de las concesiones de terrenos de montaña. Se ha empantanado cada cinco minutos. Y es que, como ya lo hemos dicho, una discusión sobre la selva tenía que ir de pantano en pantano. Nosotros hemos sentido en la cámara ambiente de paludismo y beri–beri. Y juramos que no era efecto de la farola.

Y es que en la cámara de diputados, el señor Vivanco es el único que sabe cuáles son los terrenos de montaña regalados, cómo es el Madre de Dios, cuántos son los ríos del Madre de Dios, cómo pican los mosquitos y las hormigas en el Madre de Dios y cómo son los chunchos en el Madre de Dios. Y el señor Vivanco, que lo sabe, se empeña a su turno en que lo sepa toda la cámara. Y, con los legajos de todos los expedientes puestos sobre su escaño, hace grandes disertaciones sobre cosas que su auditorio –ministro, representantes, periodistas y barra– ignora casi por completo. Sus discursos son una monografía. Y a veces tienen tal sabor de conferencia que reclaman que se les ilustre con proyecciones de linterna mágica.

Pero a pesar de la monotonía de la tarde, hubo ayer una que otra nota interesante y risueña. El coronel Bedoya nos asombró con una postura trascendentalísima. Haciendo un discurso aislado sobre la amnistía, sobre el 4 de febrero y sobre el asesinato del general Varela dijo más o menos:

–El señor Grau pretende que en la muerte del general Varela no ha intervenido la premeditación de los hombres; pretende que ha intervenido únicamente la fatalidad. Y esto es absurdo. Ya nadie cree en el fatalismo. Hace muchos siglos que el fatalismo fue sepultado en el olvido. ¡No hay fatalidad, excelentísmo señor! ¡No hay destino, excelentísimo señor!

Ha sido un gesto notable del coronel Bedoya. El coronel Bedoya se ha

levantado convencido para anatematizar el fatalismo. Y para confundirlo, a pesar de todos los devotos que en la actualidad tiene en el mundo. El Perú tiene el honor de que aparezca en él un apóstol pulverizador del fatalismo. El coronel Bedoya se ha erguido para imprecar contra la tragedia griega. El coronel Bedoya, en la historia de la humanidad se ha puesto frente a Esquilo. Desde su gloriosa cumbre, Mauricio Maeterlinck ha de inquietarse.

Pero la nota más original, sabrosa, jocunda y sobresaliente de la tarde la dio el señor Velezmoro, leader chico. El señor Velezmoro dijo:

–Yo no tendré práctica parlamentaria como decía el señor Borda. Pero tengo patriotismo, sinceridad y sentido común. El sentido común es inapreciable, excelentísimo señor. Y mi sentido común me dice que este debate es muy largo. Y me indica que debe ponérsele término. ¡No es la guillotina, no, lo que yo propongo! ¡Es simplemente el tácito acuerdo de la cámara de declarar fenecido este debate!

Y agregaba:

–Yo he oído decir que se quiere que vaya a Madre de Dios una comisión parlamentaria. ¡Un absurdo, excelentísimo señor! Nadie en la cámara está enterado de este asunto de los terrenos de montaña. Y como puede ser que yo sea elegido para formar parte de la comisión, mi honradez me obliga a declarar que yo no conozco la montaña y que yo no sé palabra de la cuestión.

Y había voces así:

–¡Pero si a su señoría no se le va a elegir! ¡Esté tranquilo su señoría!

Mas el señor Velezmoro se empecinaba:

–Nada importa. Yo tengo que ser precavido. Yo tengo que decir honradamente que yo ignoro cómo es el Madre de Dios. Y que yo soy propenso al beri–beri. Y que no me sientan los viajes. Y que soy pardista.

La cámara y la farola tenían una sonrisa.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–IX–1916)

VOCES

Política de Balneario

El balnerario aristocrático de Chorrillos va a ser teatro en breve de una lucha democrática. Hay dos solemnes candidaturas a la alcaldía. Una es la de uno de los señores Pardo, don Juan o don Felipe. Y la otra es la del señor don Guillermo 2º Billinghurst. Una es candidatura oficial. La otra es candidatura de oposición. Y las dos van a verse frente a frente muy en breve.

Aún no sabemos definitivamente cuál de los señores Pardo es el candidato a la alcaldía de Chorrillos. Sabemos tan sólo que es uno de los señores Pardo. No, por supuesto, el señor don José Pardo, que más altas investiduras tiene.

Y es que el señor don José Pardo quiere que uno de sus hermanos sea alcalde de Chorrillos. Había observado que en las administraciones comunales de la república no iba a tener representación el ilustre apellido Pardo. Y había convenido en que esto era muy grave. Y había dicho:

–Es imperioso que el alcalde de Chorrillos sea mi hermano Juan.

Y si le replicaban:

–Su hermano don Juan va a ser presidente del partido civil.

El señor Pardo insistía:

–Entonces es imperioso que el alcalde de Chorrillos sea mi hermano don Felipe.

Y si se le observaba la candidatura de don Felipe Pardo, exclamaba:

–¡Entonces haremos alcalde de Chorrillos a Concha!

Quienes suponen que el candidato a la alcaldía de Chorrillos es don Juan Pardo se lo explican en esta forma:

–El señor Juan Pardo es candidato a la presidencia del partido civil. Es probable que la irreverente oposición del señor Javier Prado haga fracasar esta candidatura. Y es necesario que el señor Juan Pardo sea algo muy importante. Por eso, si no se le elige presidente del partido civil, se le

elegirá alcalde de Chorrillos. Es una compensación.

Y se hace el elogio de Chorrillos. Se alaba el malecón de Chorrillos, el panorama de Chorrillos, los baños de Chorrillos, la Avenida de Chorrillos. Y se afirma que en Chorrillos hasta el tranvía eléctrico es mas discreto y plácido que en otras partes. Y finalmente se señala con el índice el Morro Solar y se exalta su tradición heroica.

Y los dos señores Pardo reciben a su turno las felicitaciones de sus amigos. El señor don Felipe, ante ellas, exclama:

–¡Pero si el candidato no soy yo! Es mi hermano don Juan.

Y el señor don Juan dice también:

–¡Pero si el candidato no soy yo! Es mi hermano don Felipe.

Mientras tanto hace también su camino la candidatura de oposición del señor don Guillermo 2º Billinghurst. El señor don Guillermo 2º Billinghurst exige que en Chorrillos se respete el predominio de su apellido. Y dice que para los señores Pardo basta con Miraflores. O con el Perú. Pero defiende la tradición de Chorrillos. Y la tradición de Chorrillos proyecta sobre el señor Billinghurst la aureola del heroísmo del coronel Guillermo Billinghurst en el Morro Solar. En el mismo morro que, igual que el malecón, la avenida, los baños, el panorama, la brisa y el clima constituye el orgullo de Chorrillos.

Va a haber, pues, un interesante torneo electoral en Chorrillos. Ya no irán las gentes a Chorrillos sólo por ver el mar. Irán también por ver las elecciones. Las ánforas van a recibir cédulas distintas con los nombres históricos distintos. Cédulas enemigas y nombres enemigos.

Y Chorrillos se agita desde ahora en espera de la lucha. Se despereza con aristocracia y languidez y se pone de pie. Y le pregunta al señor Concha:

–¿Es cierto que un señor Pardo quiere ser alcalde de Chorrillos?

Para que el señor Concha responda con una protesta:

–¡Alcalde, no! ¡Burgomaestre! Es más distinguido...

Bostezos

El debate sobre las concesiones de terrenos de montaña siguió ayer empantanado. Volvió a hacerse extensa disertación sobre la selva, sobre los caminos, sobre los lotes y sobre los árboles del Madre de Dios. Volvió a concurrir el señor ministro de fomento a quien el debate tiene ya ahíto. Volvió a enmarañarse el asunto de los expedientes.

Hacer luz en un asunto de la montaña resulta indudablemente tan difícil como hacer luz en un bosque virgen. Y no basta que un práctico en exploraciones y andanzas montañesas como el señor Vivanco, abra trochas y derribe obstáculos.

Ayer los diputados y los periodistas llegaron muy alegres a la cámara Y exclamaron unos y otros.

–¡Gracias a Dios! ¡Hoy concluye el debate sobre las concesiones de terrenos de montaña!

–¡El señor Velezmoro lo ha lapidado!

–¡Qué fortuna!

Pero el señor Balta, que es muy voluntarioso, se gozó en echar por tierra estas risueñas expectativas. Y dijo:

–No ha llegado a su término el debate. Yo voy a pronunciar el discurso que no pude pronunciar el otro día.

Y como intentasen disuadirle, insistía:

–¿Creen ustedes que yo voy a desperdiciar un discurso? ¡Un discurso tan bueno!

El anuncio fue consternador. La impresión de la cámara, unánime. La estación de los pedidos, brevísima. El señor Secada no se aventuró a hacer uno solo. Y corría de escaño en escaño esta vez.

–Va a decir su discurso sobre la montaña el señor Balta.

Los diputados se agobiaban como si les fuese a caer encima una montaña. O la farola.

Y más tarde, llegado ya a la cámara el señor ministro de fomento, el señor Balta pedía la palabra.

El señor Balta no podía consentir que un capricho de la suerte trastornase su propósito de demostrar sus conocimientos geográficos. No podía permitir que una asechanza de su mala fortuna le impidiese pronunciar un discurso.

Fue su disertación larga, fatigosa, monótona. El propio señor Balta hacía grandes esfuerzos porque no se le agotara el tema. Dejaba un expediente para coger otro. Y rogaba al cielo que el señor Manzanilla suspendiera la sesión para que su discurso fuera discurso de dos días conforme había anunciado. Le aterrorizaba la posibilidad de que el señor Manzanilla le dejara hablar y extenuarse hasta las 8 y 30 de la noche. Pero el señor Manzanilla fue comprensivo y bondadoso y levantó la sesión. Y el señor Balta dejó su escaño con una cara que pedía felicitaciones.

Fue así la tarde de ayer. Monótona. Completamente monótona. Incolo-

ra. Completamente incolora. Sosa. Completamente sosa.

Lo único que le dio vida un instante fue el conflicto eterno entre el señor Macedo y el señor Moreno.

El señor Moreno se quejó de que el señor Macedo hubiese presentado sorpresivamente un proyecto que su señoría tenía resuelto presentar también. Y exclamaba:

–Yo no sé por qué el señor Macedo se obstina en meterse en los asuntos de Chincha. ¡Su señoría no lo hace a humo de paja! ¡Su señoría tiene algún plan maquiavélico!

Y como el señor Manzanilla le recomendara moderación con el gesto, el señor Moreno agregaba:

–Tenga su excelencia confianza en mi ecuanimidad. Yo me encontraré algún día con el señor Macedo fuera de la cámara de diputados.

Y el señor Macedo decía después:

–Yo no quiero mantener mi proyecto. Yo lo retiro. Yo he querido únicamente indicarle a su señoría cómo se deben velar los intereses de Chincha.

Y el señor Moreno replicaba:

–¡Su señoría no es el diputado de Chincha! ¡Su señoría es un intruso!

(En *El Tiempo*: Lima, 6–IX–1916)

VOCES

Posta transatlántica

Hace pocos días sonó en lacámara de diputados una frase evocadora del señor Grau. El señor Grau hacía vibrante relato histórico. Fue así la frase:

–¡El señor Rafael Villanueva, apóstol entonces del leguiísmo...!

La frase evocadora tuvo resonancia solemne en la cámara. Halló eco sonoro en las bóvedas de las galerías y repercutió vibrantemente en los cristales de la farola. Y la cámara, las bóvedas, las galerías y la farola repitieron lenta y reflexivamente:

–¡Entonces!

Y especialmente en labios de leguiístas la repetición era más pensativa y consternadora:

–¡Entonces!

La frase del señor Grau tuvo la virtud de que todas las miradas convergieran hacia el señor Villanueva. Y todas las miradas encontraron al señor Villanueva en su escaño de la cámara de senadores. Pero después de fijarse en él mucho rato, se dispersaron afligidas. Y convinieron en que el señor Villanueva, siendo el mismo, no era ya efectivamente un apóstol.

Y es que el señor Villanueva tiene en estos momentos turbios presagios. Pone los ojos en el plazo cercano de las elecciones en Cajamarca. Y aunque está seguro de que Cajamarca le admira, le reverencia y le quiere, tiene un presentimiento doloroso y acongojante. Y piensa consternado en la posibilidad de que Cajamarca tenga la veleidad inaudita de no reelegirle senador.

El señor Villanueva cree que su personalidad política reside principalmente en su senaduría. No concibe su reputación sin su senaduría. No concibe su importancia sin su senaduría. Antes creía que su personalidad política la constituían por igual su senaduría y su leguiísmo. Pero ahora parece que cree que la constituye solamente su senaduría.

Y en su senaduría piensa el señor Villanueva todos los días. Les dirige

cartas a todos los cajamarquinos. Les dice en ellas sus afectos. Y les pregunta en sus epístolas:

–¿Qué opina el departamento de mi senaduría? ¿Qué opina el departamento de mi reelección? ¿Qué piensa el departamento de mi actuación?

En otra época, en el "entonces" que dijo el señor Grau, las cartas del señor Villanueva tenían también esta pregunta:

–¿Qué opina el departamento del señor Leguía? ¿Sigue admirando el departamento al señor Leguía? ¿Sigue queriendo el departamento al señor Leguía? Pero ahora el señor Villanueva se abstiene de estas interrogaciones. Y las gentes se asombran al encontrar al señor Villanueva tan cerca del señor Pardo. Y al encontrarlo lejos del señor Prado. Y al encontrarlo más lejos todavía del señor Leguía. El señor Villanueva, que tiene siempre muy buen humor, exclamaría si las gentes le anunciasen este alejamiento:

–¡El señor Leguía está en Londres!

Y las gentes le replicarían entonces:

–Pero hay cable. Pero hay correo.

Y el señor Villanueva se embarazaría mucho ante la réplica de que había cable y de que había correo.

Nosotros, que a través de todas las intermitencias presentes creemos siempre que el señor Villanueva representa el leguíismo tradicional, no podemos conformarnos con las actuales devociones pardistas. Y no concebimos que el señor Villanueva no siga admirando, como en recientes horas, al señor Leguía y no aceptamos que el señor Villanueva se haya olvidado del señor Leguía. Pensando en el leguiísmo del señor Villanueva nos levantamos y nos acostamos. Pensando en el señor Villanueva escribimos. Pensando en el señor Villanueva descansamos. Y pensando nos dormimos. Y nos preguntamos constantemente:

–¿Ya no será leguiísta el señor Villanueva?

Y enseguida nos contestamos que no.

Y pensando tanto en el señor Villanueva y en el leguíismo del señor Villanueva como el señor Villanueva piensa en su senaduría. Y pensando tanto en el señor Villanueva que hemos soñado con él. Y le hemos visto a solas en su despacho. Le hemos visto tan claramente que hemos advertido que estaba con bata y con gorro de dormir. Y que el gorro tenía una borla.

En nuestro sueño el señor Villanueva le hablaba a un retrato del señor Leguía. Le hablaba de esta guisa:

–¿Por qué nos olvida usted? ¿Por qué está usted tan lejos? ¿Por qué no nos ampara usted? Yo siento la necesidad de que usted nos asista. ¡Vuelva

usted al Perú, señor Leguía! ¡Toda la gente de Cajamarca me envía memorias para usted, señor Leguía!

Luego añadía con una entonación plañidera y conmovida:

–Ya no es posible ir a Palacio, señor Leguía. Ya no es posible. Yo he ido a veces. He ido por evocarlo, señor Leguía. Y he visto y he sentido que Palacio ha cambiado desde que usted se fue, señor Leguía. Y finalmente, después de una pausa que le daba bríos, el señor Villanueva decía:

–Palacio está desierto... ¡Nadie se da cuenta de que existe dentro un presidente...! Allí falta el alma de usted, señor Leguía...

Hemos soñado después que el señor Villanueva dejaba de dialogar con el retrato del señor Leguía. Y que aguaitaba a la calle por una persiana del balcón. Y que miraba el reloj. Y que cerraba las puertas de su gabinete. Y que constataba la soledad y discreción de la hora. Y que le escribía después al señor Leguía. Y que, enamorado de su frase final, le ponía en la carta:

–"Palacio está desierto... Nadie se da cuenta de que existe dentro un presidente. Allí falta el alma de Ud., señor Leguía...".

Y después de haber soñado todo esto nos hemos despertado. ¿Por qué nos hemos despertado después de haber soñado de esta suerte?

(En *El Tiempo*: Lima, 7–IX–1916)

VOCES

Punto final

Ayer la cámara de diputados dio término al debate de las concesiones de terrenos de montaña. Fatigoso, largo, complicado, abstruso y flácido había sido el debate. Y había sido también árido, a pesar de que tratándose de un debate sobre la selva podría parecer paradojal la expresión.

Hacía ya tiempo que los diputados se aburrían con él. Y sentían que los aplastaba el peso de los expedientes. Y a veces dejaban el salón de sesiones para refugiarse en torno de las plácidas mesitas del té o para pasearse en los corrillos o para hacerles cara a los peticionarios del salón de los pasos perdidos.

Y, mientras tanto, hablaban el señor Balta, el señor Vivanco o el señor ministro de fomento, sobre los lotes de montaña, sobre el Manuripe, sobre la casa Rodríguez, sobre la vialidad del Madre de Dios o sobre cualquier otro arduo tema boscoso.

Curioso era hacer una revista de escaños y de fisonomías. El señor Gamarra (don Abelardo) escribía en criollo para "Integridad". El señor Ramírez meditaba, con el mentón puesto en el puño de plata de su bastón, en el sentido recóndito de la elocuencia parlamentaria. El señor Castro (don Enrique) hacía filas de palitos de fósforo partidos por la mitad. El señor Velezmoro contaba los vidrios de la farola. El señor Málaga Santolalla hacía cálculos del sistema métrico decimal. El señor Gamarra (don Manuel Jesús) se retorcía los mostachos. El señor Secada hacía pajaritas de papel de oficio. El señor Borda se miraba furtivamente en un espejito de bolsillo. El señor Becerra le daba vueltas al dije de su cadena de reloj. El señor Macedo le hacía huesillo pérfidamente al señor Moreno. El señor Román leía el diario de los debates del año 1904. El señor Salomón escribía una carta que seguramente era una carta a Andahuaylas. El señor Alva (don Arturo) le discutía al señor Añaños acerca de la estética del poncho de vicuña. Y de esta guisa era interesante seguir descubriendo

aspectos de escaños y fisonomías de representantes.

Ayer, cuando el debate quedó restituido a su punto de partida –tal es el proceso de los debates parlamentarios–, los diputados comprendieron jubilosos que el final había llegado. Y se alborozaron en sus escaños. Y golpearon sobre sus carpetas.

El señor Solar vetó a nombre de la minoría dos mociones del señor Vivanco porque eran mociones de censura, y pidió que se dejase para hoy otra moción del señor Torres Balcázar porque, si no era moción de censura ni lo parecía, podía resultar siéndolo a última hora.

Y como el señor Torres Balcázar protestase, el señor Solar le respondió con una sonrisa:

–¡Perdón, honorable señor, pero la mayoría no puede pasar así no más una moción de su señoría! Una moción de su señoría, aunque parezca inocente, puede no serlo. Hay que registrarla bien, honorable señor. Hay que buscarle la intención. Hay que constatar que no sea contrabando. ¡Hay que ponerla en cuarentena!

El señor Torres Balcázar, regocijado, se reía a caquinos.

Y luego el debate se solucionaba, los pareceres se ponían de acuerdo y el señor ministro de fomento se iba de la cámara de diputados muy agradecido y muy cortés.

Al final de todo, cuando la controversia había concluido y cuando los sentimientos se habían uniformado, el señor Sayán y Palacios se interponía para pedir que se releyese la moción satisfactoria. Y para oponerse a ella, calificándola de inoficiosa, extemporánea y majadera.

Y el señor Chaparro, por su parte, cuando ya el voto se pronunciaba sólito, se ponía también de pie y exclamaba:

–¡Pido la votación nominal!

Toda la cámara hacia moción y murmuraba:

–¡Noooo!

El señor Chaparro tenía que sentarse y decir también que no. Pero cuando el voto iba ya a producirse nuevamente, tornaba a frustrarlo:

–¡Pido que se compute el quórum!

La cámara protestaba con más bullicio que nunca:

–Noooo!

Y el señor Manzanilla le preguntaba al señor Chaparro:

–¿Quiere su señoría que se haga votación nominal?

Y toda la cámara respondía a coro:

–¡El señor Chaparro retira su pedido!

El señor Chaparro tenía que asentir con la cabeza.

Y el señor Manzanilla tornaba a interrogar al señor Chaparro:

–¿Quiere su señoría que se compute el quórum?

La cámara entera volvía a responder unánimemente:

–¡El señor Chaparro retira su pedido!

Y daban terribles carpetazos. Y la minoría gritaba:

–¡Esos liberales!

La cámara se moría de risa.

El señor Chaparro tenía que decir por señas que él no quería nada y que la cámara hiciese lo que estuviese a su gusto.

Y el señor Balbuena se escabullía entre los pasillos y decía:

–¡Ya no puedo estar en mi escaño! Todos los días les hacen burla a los liberales. ¡A mí me da un rubor muy grande cuando la burla me sorprende entre ellos! ¡Porque a mí no me gusta encararme a las decisiones de la mayoría! ¡Yo soy respetuoso con las grandes y numerosas voluntades! ¡Yo no me empecino jamás!

Y el señor Chaparro salía consternado.

(En *El Tiempo*: Lima, 8–IX–1916)

VOCES

Huelga

Huelga en Trujillo. Huelga en Huacho. Huelga en Pativilca. Huelga en Paramonga. Huelga en San Nicolás. Huelga en el parlamento. La cámara de diputados no celebró sesión ayer por falta de quórum. Se declaró en huelga una fracción de la mayoría. Y el señor Borda decía:

–¡La minoría, como siempre, está en su sitio! ¡La que ha faltado es la mayoría! ¡Que conste, Excmo. señor!

Y es que los representantes de la mayoría recordaron el hábito de respetar el viernes de moda. Y convinieron en imitar los actuales gestos del proletariado. Y en proclamar también el derecho a la huelga. El señor Balbuena fue uno de los leaders de la huelga. En la Plazuela de la Inquisición daba grandes voces:

–¡Este es, honorables señores, el derecho a la resistencia! ¡Y el derecho a la resistencia es sagrado! Un reglamento draconiano nos impone el quórum. ¡Y nuestra voluntad, honorables señores, se rebela contra este reglamento draconiano y recurre a la protesta de la huelga! ¡Seamos altivos! ¡Seamos rebeldes!

Parecía un apóstol ácrata. Parecía un orador libertario. Parecía un sindicalista. Y detenía a los representantes que se dirigían a la cámara y les notificaba la huelga. La policía llegaba a creerlo un agitador sospechoso. Y lo vigilaba. Así fue la huelga. A las 4 y 30 p.m. el señor Manzanilla pasaba la última lista y declaraba que no había quórum y que en consecuencia no había sesión. Y añadía más tarde en los pasillos:

–¡El reglamento ante todo!

Y algunos representantes de festivo espíritu y regocijado humor se alborozaban. Y eran así sus comentarios:

–¡Esto es ideal!

–Los viernes deben ser siempre viernes de moda.

–Vamos a tener así tres grandes días en la semana.

–Exacto. Los viernes de moda, los sábados del señor Pardo y los miércoles del señor Manzanilla.

Y se atribuía a la falta de quórum una razón recóndita. La razón recóndita del miedo que inspira el debate de las responsabilidades políticas de los últimos tiempos. La evocación histórica pone nervioso al bloque. El bloque no tolera que se reviva el pasado. Las rememoraciones le hacen el mismo efecto que si se viniese abajo la farola. Y dice siempre:

–¡Dejemos el pasado! ¡Miremos al porvenir!

Y es entonces cuando el señor Torres Balcázar, más rojo y más solemne que nunca, se pone en pie para hablar así:

–¡El pasado acusa!

(En *El Tiempo*: Lima, 9–IX–1916)

VOCES

Laxitud

La política ha vuelto a esconderse dentro de un caparazón. Porque la política es comparable igual a la tortuga que al caracol de tierra. A ratos se esconde dentro de su concha. A veces saca la cabeza y camina. Y, como la tortuga o como el caracol, tiene la cabeza retráctil y avizora. A la tortuga la aproxima la marcha tardía, el mirar abstruso y la longevidad incurable. Al caracol de tierra la aproxima la suspicacia de la mirada, la tornadiza existencia y la trashumante volubilidad. Y si la política hace pensar a veces en el caracol de tierra, el caracol de tierra hace pensar también a veces en la política. Porque el caracol de tierra deja a su paso una huella mucilaginosa que luego se resquebraja, se pulveriza y se borra.

Y concurre a la inducción de tan raras comparaciones la circunstancia de que tanto la tortuga como el caracol de tierra son comestibles. Y de que tanto la tortuga como el caracol de tierra son ingratos para determinados paladares. Pero de ambos puede decirse que suelen dar de comer a las gentes.

No hay que creer, sin embargo, que cuando la política se mete dentro de su concha esté siempre tranquila. La política acostumbra agitarse y trabajar más que nunca cuando la concavidad sombrosa de su concha la ampara. Y hoy, como ya hemos dicho, la política ha tornado a esconderse dentro de su caparazón despues de haber enseñado airada la cabeza.

Nada saben las gentes de lo que piensa el señor Pardo. Tampoco saben nada de lo que piensa el señor Prado. Y mucho menos de lo que piensa el bloque. Los conflictos no han terminado. Viven latentes. Viven anestesiados.

El señor Prado ha tornado al plácido invernadero de Chosica. Sólo hoy, que es domingo, vendrá a la capital. Y hoy la ciudad cristianamente se entregará a la dulce tranquilidad del día domingo. El señor Prado, en su solariega mansión y en la intimidad de sus panoplias y de sus cuadros y de

sus huacos, recibirá a sus amigos, se conchabará con ellos y les agasajará con té humeante y perfumado y frágiles y jocundas galletas.

Peligroso es que el señor Prado insista en sus retiros invernales de Chosica. Mientras él gusta de la vida aldeana aquí hay intereses que se agitan y que se conmueven. Una presentación oportuna del señor Prado en Lima puede desbaratar una candidatura aunque sea una candidatura bloquista y aunque sea la candidatura de don Juan Pardo. Una ausencia del señor Prado de Lima puede determinar alguna nueva candidatura de don Juan Pardo, así sea únicamente candidatura a una diputación por Lima. Una presentación oportuna del señor Prado en Lima puede coincidir con un viaje del señor Pardo a Chosica. Una ausencia del señor Prado de Lima puede originar la candidatura de don Felipe Pardo a la alcaldía de Chorrillos.

Así está la política. Anoche hubo banquete y tertulia en el Palacio de Gobierno. El sábado del señor Pardo fue como siempre suntuoso y cortesano. El señor Pardo estuvo amabilísimo. Y hubo buen humor y espiritualidad.

Hoy que es día domingo, Lima oirá misa.

Y el día será tranquilo, lánguido, patriarcal, discreto, silencioso y católico.

Vox pópuli...

Aumentan alarmantemente los candidatos a las diputaciones por Lima. Se multiplican día a día. Salen de los campos, salen de las confiterías, salen de los hoteles, salen de las alcantarillas. Y hasta, como don Juan Pardo, salen de Palacio.

También es candidato a una diputación por Lima el doctor Balbuena, nuestro ilustre amigo y vibrante orador. El doctor Balbuena no sigue resignándose a la calidad de diputado suplente. Protesta contra ella. Y exige una diputación en propiedad. Y quiere que sea una diputación por Lima. El mismo nos lo ha dicho en un diálogo que con él hemos tenido. Un "diálogo indiscreto". Ha sido así:

–¿Verdad, doctor, que es usted candidato a una diputación por Lima?

–¡Auténtico! ¡Efectivo! ¡Real! ¡Anúncienlo ustedes! ¡Propálenlo ustedes! ¡Cuento con ustedes!

–Por supuesto.

–Yo no podía seguir siendo diputado suplente. Esto no se avenía con mi

calidad política. Que yo continuase de suplente equivaldría a que yo aceptase la secretaría de la legación en la Argentina., por ejemplo. ¡Ni más ni menos! ¡Y en dónde estamos!

–Evidentemente.

–Claro. ¿Es justo que yo sea diputado suplente de la provincia de Marañón? ¿Es justo que yo sea suplente de mi propietario? ¿Es justo que se me desaloje cualquier día de mi escaño y se me obligue al ayuno de mi oratoria? ¡No tal! ¡Si yo no conozco siquiera la provincia del Marañón! ¡Si yo no sé cómo se va a la provincia del Marañón! ¡Si yo no sé en dónde queda la provincia del Marañón!

–Queda en el muy noble e histórico departamento de Huánuco.

–Es lo único que sé. ¡Y es que yo no tengo obligación de saber qué provincia es la del Marañón! ¡Yo soy de la metrópoli! ¡Yo soy de la capital! ¡Yo soy de Lima! ¡Y Lima es la gran urbe del porvenir! Pongan ustedes esta opinión mía en el periódico.

–Muy gustosos.

–Y luego recuerden mi historia parlamentaria. Recuerden mi heroica figuración en el bloque. Recuerden mis discursos contra la cancillería. Recuerden mis valientes y atrabiliarias actitudes en la oposición. Recuerden mis opiniones socialistas.

–¿Sus opiniones socialistas también, doctor?

–¡Ah, no! Mis opiniones socialistas, no. Es peligroso. Las elecciones las hacen en el Perú los mayores contribuyentes. Y además podría complicárseme en el actual movimiento sindicalista. Recuerden únicamente que soy un amigo del pueblo, sin ser adversario de la burguesía ni del capitalismo.

Y el doctor Balbuena se ponía en postura de discurso:

–¡Porque yo creo que en la vida nadie es malo! ¡La injusticia no está en los hombres: está en la vida misma! Nadie es malo. Todos son buenos. Y hay que ir a la supresión de la injusticia sin echar sus responsabilidades sobre los que por ley de la vida la ejercitan. ¡Hay que ser justo ante todo! ¡Yo no quisiera que me llamaran "Balbuena, el orador", como quisiera que me llamaran "Balbuena, el justo"! ¡Y es que las grandes almas se parecen! ¡Y la mía se parece indudablemente al alma de Arístides!

Nosotros deteníamos el discurso. Y había una pausa. Nosotros nos sonreíamos. El doctor Balbuena, pasada su emoción de orador, se enjugaba la frente con el pañuelo de blanca batista y basta calada. Y luego el diálogo seguía de esta manera:

–La candidatura de usted va a ser muy popular.

–¡Unánime! ¡Nacional! ¡Americana! ¡Mundial! ¡Universal! Todo Lima me apoya. Me apoyan los políticos. Me apoyan los contribuyentes. Me apoyan los periodistas. Me apoyan los literatos. Me apoyan los obreros. Me apoyan los empleados de comercio. Me apoya mi barbero, que es un hombre de mucho criterio.

–¿Y lo apoya también el partido liberal?

–¡Con alma y vida! El partido liberal tiene derecho a una diputación por Lima. La deja el doctor Durand y la ocupo yo. Mi candidatura es liberal.

Y hacía una pausa. Y reflexionaba. Y luego añadía:

–Pero, esto, mejor no lo digan ustedes...

Nosotros se lo prometíamos al doctor Balbuena. Y le ofrecíamos nuestro concurso incondicional. Y nos obligábamos a ser sus capituleros. Y a formar un club. El doctor Balbuena, encantado, nos daba las gracias. Y cuando ya se despedía, había una transición en sus frases, miraba al estrado de la presidencia –esto ocurría en la cámara de diputados– y nos alegaba:

–¡Ah! ¡Y también me apoya Manzanilla...!

Y el señor Manzanilla, mirándonos, parecía asentir con la cabeza.

(En *El Tiempo*: Lima, 10–IX–1916)

VOCES

Oráculo

El señor Pardo siente a veces en la suntuosa soledad de su despacho presidencial, la inquietud del porvenir. Y se consterna y se aflige. Y le pregunta al señor Concha, con sigilo, si sabe adivinar el destino en el naipe. Y pretende hacerse decir la buenaventura con una gitana. Y requiere un oráculo de bolsillo.

Suele interrogar al señor Concha de esta guisa:

–¿Usted, Concha, cree en el destino?

Y el señor Concha le responde:

–Creo, Excmo. señor.

Y el señor Pardo torna a interrogarle:

–¿Le ha dicho a usted alguna vez una gitana la buenaventura?

Y el señor Concha torna a responderle:

–Me ha parecido ridículo permitirlo.

Y también ha tenido el señor Pardo interrogaciones de esta clase:

–¿Qué cree usted más eficaz, Concha? ¿La cartomancia, la astrología, la quiromancia? ¿Cómo se averiguará mejor el destino? ¿Dónde se averiguará mejor el destino? ¿En las barajas o en las rayas de la mano?

Y el señor Concha, por responder de algún modo, ha dicho entonces, seguramente, que lo más eficaz era la quiromancia y que donde mejor inteligiblemente escrito estaba el destino, era en las rayas de las manos.

Es que el señor Pardo padece del mismo mal que todos los peruanos. A los peruanos nos preocupan las cuestiones del porvenir tanto como nos despreocupan las cuestiones del presente. A los peruanos nos atraen y seducen por igual el naipe, el augurio y el oráculo. En los juegos de salón las gentes se hacen decir si será afortunado su amor, si será larga su vida y si será rica su hacienda. Y el señor Pardo, a quien seguramente no interesan las cuestiones de la actualidad, interesan sobremanera las cuestiones del porvenir.

Y ha querido hacerse decir también el destino por León Kendal.

Pensamos que habría tenido casi la certidumbre de que León Kendal era un adivinador trapacero, pero que, a pesar de todo, no habría resistido a la tentación de llamarlo e interrogarle. Le asistiría, colaborando con la tentación, la seguridad de que un extranjero introducido a la cámara presidencial pasaría desapercibido. No podría ocurrir seguramente con una gitana de grandes ojos y fresca y sazonada boca, por muy reputada que fuera la ponderación del Jefe del Estado.

Y León Kendal, solicitado, iría al despacho presidencial con su libro de autógrafos. Y lo primero que haría sería pedirle al señor Pardo que pusiera en él su firma. El señor Pardo la estamparía gustoso. Y luego le tendería al astrólogo su mano vuelta al envés. Y le pediría que le dijese el porvenir.

Y preguntaría el señor Pardo:

–Digame si tendré un monumento. ¿Acaso no soy acreedor a un monumento?

Y el astrólogo respondería:

–Sí, Excmo. señor. Tendrá V. E. un monumento.

Y el señor Pardo preguntaría:

–¿Y dónde será colocado ese monumento? ¿En la Plaza de Armas? ¿En el Paseo Colón?

Y el astrólogo respondería:

–En una plaza que aún no existe en la capital.

Y el señor Pardo se inquietaría mucho al pensar en la posibilidad de que esa plaza que el destino reservase a un monumento, fuese una plaza de arrabal. Y se aterrorizaría al pensar en la posibilidad de que fuese una plaza como la Plaza de la Victoria o como la Plaza de Buenos Aires.

Y luego preguntaría:

–¿Cuántos presidentes del Perú habrá entre mis descendientes?

Y el astrólogo respondería:

–Esto no lo sabe decir el destino. Concrete V.E. sus preguntas al porvenir de su propia persona.

Y el señor Pardo interrogaría entonces:

–¿Me iré yo al cielo?

Y el astrólogo respondería:

–Tampoco puede predecir eso el destino. El destino es imparcial en materia religiosa.

Y añadiría luego el astrólogo:

–¿Quiere saber V.E. lo que descifro en la raya de su vida?

Pero el señor Pardo respondería con presteza:

–¡No lo intente usted!

El astrólogo desistiría entonces de todo empeño de predicción. Recogería su álbum de autógrafas. Miraría con una lente la autógrafa del señor Pardo. Y definiría su calidad caligráfica. Luego se despediría.

Más tarde el señorPardo llamaría al señor Concha y le interrogaría otra vez:

–¿Cree usted, Concha, que el destino le dice a uno siempre la verdad? ¿O será bromista el destino? ¿O será mentiroso el destino? ¿Quién lo interpretará mejor? ¿Un quiromante o una gitana?

(En *El Tiempo*: Lima, 11-IX-1916)

VOCES

Kodak libre

Animo valiente y apostura traviesa llevaron ayer los diputados a su Cámara. El debate fue intenso e interesante. Arduo el trabajo de los taquígrafos. Febril la atención y fugaz el comentario de los periodistas. Enérgico el campanillazo y rotunda la teoría de la presidencia. Sonora y litúrgica la voz de la secretaría. Reformada y extraña la farola. Animado el ir y venir de los conserjes. Caprichosa y veleta, como de costumbre, la acústica de la sala. Huraño y reticente el eco de la voz del señor Latorre. Nutrido el despacho. Nutridos los pedidos. Nutrida la orden del día. Y, en resumen, fecunda la sesión como una tierra púber.

A mitad del despacho, se leyó un oficio del Ministro de Fomento. Mal acierto tiene el Ministro de Fomento. Había salido indemne e ileso de las interpelaciones. No le habían damnificado los sensacionales discursos del señor Vivanco, del señor Torres Balcázar y del señor Secada. Había podido abandonar silenciosamente la peligrosa sala de sesiones, en un instante de plácida complacencia parlamentaria. Y, a pesar de todo, cuando los peligros habían sido orillados, se le ocurría al señor Sosa hacerle desde lejos una morisqueta aviesa a la Cámara de Diputados y decirle en un oficio, con su timbre y su firma, que él sabía lo que hacía y que se le hiciese el favor de no dictarle pautas.

Oficio de tan arrogante e inusitado temperamento, no podía sentar bien a la minoría, que sintió, a su lectura, una tentación invencible de declarar que sólo por templanza y bondad extremas de su espíritu había podido salir el Ministro de Fomento de la Cámara con tranquilidad y regocijo.

Y el señor Vivanco, el señor Torres Balcázar y el señor Secada, hicieron estremecerse la sala con sus violentos apóstrofes. Crujían los cristales y vibraban las carpetas. Y el contratista de la farola, completamente desolado, temía por la estabilidad de su obra y dirigía a ella los angustiados ojos.

Y murmuraba contra el señor Vivanco, contra el señor Torres Balcázar y contra el señor Secada que de modo tan imprudente la ponían en peligro.

Se planteó una moción que iba a tener funesta repercusión en el ministerio. Pero la mayoría le salió al encuentro. Y el señor Tudela y Varela dijo:

–Yo me adhiero a la moción del señor Torres Balcázar, pero quiero ponerle una adición. ¡Un apéndice inocente, honorables señores! ¡Una apostilla explicativa casi!

Y envió a la mesa una adición que desvirtuaba y destruía por completo la finalidad recóndita de la moción del señor Torres Balcázar.

Nuevo y astuto método del señor Tudela y Varela. El señor Tudela y Varela, que suele idear innovaciones, ha pensado que más cómodo que oponerse a una iniciativa de la minoría es apoyarla, pero acoplándole y sumándole otra iniciativa que la deshaga y contradiga. De esta suerte se evitan los argumentos casi siempre fatigosos de la controversia. Es ingenioso el sistema. Le recomendamos al señor Tudela y Varela que saque de él inmediata patente de invención y usufructo. Podría aprovechar, para la celeridad del expediente, el agradecimiento que debe guardarle el Ministro de Fomento.

Y el señor Torres Balcázar, ante la táctica estratégica y traviesa del señor Tudela y Varela, tuvo una sonrisa. Retiró su moción. E hizo un discurso vibrante para decir cosas muy agresivas sobre la actuación del Ministro de Fomento y sobre la actuación del Ministro de Relaciones Exteriores.

Fue así el prólogo de la sesión. En los actos siguientes puso como de ordinario la nota festiva el señor Velezmoro. Hizo su eterno raciocinio de que la ausencia era distinta de la presencia, de que el voto favorable difería sustancialmente del voto adverso, de que poseer una cosa era tener dominio sobre ella, de que estar alegre no se semejaba a estar contristado y de que detestar una idea no era amarla.

Y lo decía con toda la seriedad con que sabe decir las cosas su señoría. La Cámara lo oía encantada. Los diputados lo miraban con las manos cruzadas sobre el abdomen. El señor Borda, malicioso cual ninguno, se agitaba brindando el comentario de sus guiños y de sus sonrisas. Si nosotros hiciésemos aquí literatura, diríamos que el señor Borda, por aturdir sus sonrisas, entre los escaños de severa caoba y sobre la insonora alfombra de felpa púrpura, discurría tornadizo e inquieto como un pez dorado...

Buen humor

La lozana alegría, el plácido humorismo y el regocijado sprit, siguen siendo patrimonio de la minoría en la Cámara de Diputados. Casi todos los diputados son joviales, humoristas y risueños, pero los diputados de la minoría son más joviales, humoristas y risueños que los demás. Y, como ya lo dijimos, siendo los que más en serio toman las cuestiones de la salud de la república, son también los que hacen triunfar en la Cámara el imperio del buen humor y de la risa.

Y, por eso, son los mimados de la Cámara. Todos sus compañeros –con adustas y escasas excepciones que engrosarán lentamente el número de la "lista negra",– les miman y les engríen. Y en la intimidad celebran franca y cordialmente la espiritualidad jubilosa del señor Borda y la eutrapelia volteriana del señor Secada.

Hace muchos días que la Cámara aspiraba a una fiesta que la reuniese, sin etiqueta y sin ceremonias, en franca expansión de amistad y camaradería. Pero, aunque las opiniones se mostraban unánimes en cuanto a la necesidad de la fiesta, existía desorientación acerca de su forma y de su pretexto. Y se decía:

–Hagamos un almuerzo en un jardín.

–Pero que no sea el Jardín Zoológico.

–Naturalmente. Allí hay etiqueta imperiosa.

–Y molestan los rugidos de los leones y los graznidos de los pavos reales.

Y cuando las opiniones parecían ponerse de acuerdo en el sentido de hacer un almuerzo en un jardín, con mesa al aire libre, orquesta nacional y menú criollo con "versecillos" del señor Abelardo Gamarra, surgía un observación desconcertadora:

–Pero, ¿con qué pretexto va a juntarse la Cámara en un almuerzo?

Y luego:

–Van a decirlo los diarios en sus crónicas sociales.

–Nos van a mandar banda de música del ejército.

–Nos van a tocar marchas militares.

–Nos van a tomar el pelo.

Y finalmente se convenía en que no estaba ajustada a la gravedad de la Cámara la celebración oficial de un banquete criollo, en un jardín y con orquesta nacional. Y el proyecto fracasaba.

Pero de la minoría ha surgido la iniciativa salvadora y feliz. Ya no habrá

banquete comprometedor. Y habrá siempre fiesta criolla del más genuino abolengo. La minoría ha desafiado a la mayoría a una jugada de gallos. Y la mayoría arrogante y heroica la ha aceptado. Y va a realizarse muy en breve con la colaboración entusiasta del señor Basadre, insigne "aficionado". Mas, se hará sin anuncio. Porque en el caso de anunciarse habría que poner: "La mayoría contra la minoría", igual que cuando se pone: "La Casa contra el Castillo". Y se hará sin público. A puerta cerrada. Como una sesión secreta sin taquígrafos juramentados, pero con absoluta y rigurosa reserva.

Hay ya animado y sabroso comentario alrededor de este torneo por realizarse. Y se habla así en los intermedios de los pasillos y de la cantina o en los apartes teatrales de las sesiones:

–Esto va a ser muy interesante. La mayoría y la minoría van a verse pico a pico.

–Ni más ni menos que en un debate sobre interpelaciones.

–Luego, una jugada de gallos tiene casi tanta trascendencia como un debate.

–El triunfo es ya el desvelo de ambos grupos. Va a ser esta la más importante lucha parlamentaria.

Y va a ser una lucha más leal que las que se realizan en el Parlamento. Porque va a ser una lucha equitativa. No va a influir en ella la superioridad del número.

-Exacto. Conveniente sería que los asuntos parlamentarios se resolvieran de esta guisa.

–Habría más equidad y justicia.

–Sería una reforma original.

Para esta gran jugada, que va a tener carácter de justa caballeresca, se han efectuado ya interesantes designaciones. Y han sido hechas todas por unanimidad de votos. No ha habido divergencias, no ha habido lucha, no ha habido forcejeo, como en las elecciones de mesas. Por aclamación se ha nombrado al señor Manzanilla juez de la cancha. Por aclamación se ha designado al señor don Manuel Jesús Gamarra árbitro de las navajas. Por aclamación se ha pedido al señor Abelardo Gamarra que escriba unas décimas conmemorativas.

Y ya están listos los gallos de la minoría. Son cinco gallos de arrogante catadura. Ostentan magnífico pedigrée y proceden de belicoso y tradicional criadero. El señor Basadre responde de su calidad excelsa. Y responde de su prosapia. Y lo que es más trascendental, responde de su filiación

política. El señor Basadre afirma esto último, congestionado por las sonrisas.

Y el señor Secada que tiene arranques líricos de vez en vez, hace la apología de la fiesta de esta suerte:

–Esto tiene una alta trascendencia histórica. Una rama del Parlamento va a rendir homenaje a los atributos nobilísimos del gallo. El gallo es el símbolo del heroísmo y de la vigilancia. El gallo es el rey trovador romántico y valiente del gallinero y de la granja. Conserva dentro de sus transacciones domésticas su salvaje arrogancia y su orgullosa majestad. Y es poeta. Saluda el alba con un canto fuerte cual una clarinada. Y es un caballero reñidor y gentil a quien place la lucha, el desafío, el lance y la muerte. ¡Hay, pues, una altísima significación en esta fiesta parlamentaria! ¡Es la exaltación del gallo! ¡Es el triunfo de Chantecler! ¡Es el retorno de la caballería hidalga! ¡Es la consagración de un símbolo¡

Pero el señor Basadre le suele malograr irónicamente la apología:

–Después de la jugada habrá lunch criollo. Se servirá pollo. Ya tengo dispuesta la muerte de doce gallos jóvenes...

(En *El Tiempo*: Lima, 12–IX–1916)

VOCES

El Mayorazgo

En la aristocrática familia Pardo, era hasta ayer el señor don Felipe, miembro poco definido y representativo. Caballero y arrogante como todos los nobles individuos de tan esclarecido linaje, el señor don Felipe no había adquirido una fisonomía pública que le singularizase y personalizase de manera inconfundible. Y se encontraba en situación de desigualdad visible respecto de sus hermanos. Todos ellos tienen más o menos determinados y conocidos los relieves de una personalidad distinta. El señor don José Pardo es el político y el presidente de la república en la familia. El señor don Juan tiene definidas sus actitudes bizarras de galantuomo hasta en la sonora eufonía de su "don Juan" familiar, y en sus recomendables y genuinas condiciones para la presidencia vitalicia del Club Nacional. El señor don Luis es el depositario de la energía industrial y economista de la familia. El señor don Enrique representa la tradición hidalga de la estirpe y del apellido. Y ocurría que el señor don Felipe no se encontraba bien caracterizado, a pesar de sus excelsos títulos de mayorazgo. Tan indecisa estaba su fisonomía pública que se discutía entre elegirle alcalde de Chorrillos y nombrarle ministro plenipotenciario del Perú en los Estados Unidos. La duda no podía ser más grave.

Pero ya ha encontrado el señor don Felipe Pardo una orientación definitiva de su personalidad y de su fisonomía. Y es una orientación que sienta admirablemente a su calidad de mayorazgo de la familia Pardo. Inquirió el señor Pardo cuál era la más noble y más distinguida preocupación de un mayorazgo aristócrata, rico y gentil. Y le dijeron que era la de coleccionista de antigüedades y obras de arte. Y le exaltaron las bellezas y el buen gusto de tan snobista y selecto empeño. Y le convencieron. El señor Pardo tuvo, sin embargo, un momento de vacilación al oír pronunciar la palabra anticuario, que no le pareció bastante eufónica y plácida. E interrogó:

–¿Pero no es también anticuario el señor Corbacho?

Mas le respondieron:

–Cierto. Sólo que el señor Corbacho es un anticuario por profesión y por tendencia científica. Usted sería un anticuario por elegante diletantismo. Lo que en él es "una chifladura", en usted sería "un adorno". Y el señor Corbacho, además de anticuario, es quiromante y teosofista y sabe leer el destino en las rayas de la mano, lo cual no es de buen tono.

Y luego tuvieron un argumento de decisiva eficacia:

–Tan selecta es la calidad de coleccionista que el Sr. Prado y Ugarteche vive engreído de tenerla.

Entonces el señorPardo preguntó:

–¿El señor Prado y Ugarteche es anticuario?

Y le contestaron:

–Sí: y de muy gentil linaje.

El señor don Felipe Pardo resolvió inmediatamente hacerse coleccionista de antigüedades y obras de arte. Seguro de que su hermano don Juan derrotaría al señor Prado en la jefatura del partido civil, se dispuso a derrotarlo a su turno como aristocrático anticuario. Y se refocilaba al considerar que de esta suerte iba a adquirir título de aristócrata de buen tono.

Desde entonces el señor Pardo no tiene otra preocupación que la de adquirir antigüedades de todas estirpes. Buscándolas, visita los establecimientos que en ellas comercian. En todos los establecimientos hace cotidianas compras. Y visita también las casas de sus amigos que supone ricas en rarezas arqueológicas. Y hace que se propale la voz de que está formando un museo. Y registra las habitaciones mas olvidadas de su mansión para ver si descubre en ellas un mueble o un utensilio de catadura histórica.

Su casa es un jubileo de gentes que acuden a ofrecerle antigüedades. Y entre las gentes que se las brindan y el flamante y noble coleccionista se suscitan diálogos interesantes.

Los hay de esta clase:

–¿Qué importancia tiene esta taza con el asa rota?

–Fue del uso personal del Virrey de Montes Claros. Como ha trascurrido tanto tiempo se le ha roto la "oreja". (Será preciso advertir que quien hacía la oferta no era por supuesto el señor Gamarra).

Y hay preguntas y respuestas análogas a las siguientes:

–¿Qué mérito tiene este chapín?

–Lo llevó puesto tres días seguidos la Perricholi.

–No me parece propio de un gentilhombre adquirir una prenda de tan deshonesta dama.

Y también se dialoga así:

–¿Por cuál motivo me ofrece usted este anillo de platino?

–Perteneció al cardenal Cisneros.

–En aquella época no se encontraba de moda el platino.

Y hay ofertas como las siguientes:

–Este amuleto fue del uso personal del inca Pachacútec.

–Esta silla propició las últimas meditaciones del Marqués Pizarro. El Marqués acostumbraba apoyarse en el brazo izquierdo. Por eso es que el dorado de este brazo se encuentra aún maltrecho.

–Este es un objeto de Pompeya. Las pequeñas huellas de ceniza que se advierten en sus ranuras son huellas de lava del volcán.

–Esta hacha parece que fue hecha por los indios a imitación de una del uso privado de Atahualpa.

Pero cuando las ofertas resultan eficaces, es cuando tienen una adición así que basta para determinar al señor don Felipe Pardo:

–El señor Prado y Ugarteche se interesa en realizar la adquisición...

Esta advertencia resuelve siempre al señor Pardo. Supo hace muy poco que el señor Prado había adquirido un cuadro del pintor peruano Campos. El señor Pardo buscó enseguida otro cuadro del mismo pintor y lo adquirió a crecido precio. Y por el estilo conocemos muchos casos análogos. Noticia detallada de las compras del señor Pardo en distintos establecimientos de antigüedades existe en nuestro poder. Pero no es discreto ni serio que la entreguemos a la malicia e irreverencia del conocimiento público. Nuestro deseo es sólo descubrir un nuevo e interesante aspecto de la fisonomía pública del señor don Felipe Pardo a fin de que el país tenga para él un legítimo título de admiración y respeto.

Porque ya el señor Pardo no piensa sino en las antigüedades. Los libros de arqueología constituyen su más amada lectura. Los huacos son sus mejores amigos. Las suntuosas reliquias coloniales le maravillan. Las porcelanas históricas le enamoran. Los cuadros le cautivan. Y sobre todo le sugestionan las armaduras, las panoplias, los petos, las corazas y los lanzones. Su incipiente y joven museo le hace amar los tiempos medioevales. Le hace aprenderse de memoria las historias de las cruzadas. Y las leyendas de la adusta y denodada caballería.

Y acaso, en la intimidad de sus horas solariegas, el ilustre mayorazgo

de la familia Pardo se arma caballero, se viste de cota y cimera, se pone casco y careta y empuña lanzón en una mano y escudo en la otra. Y de esta guisa se pasea con un bronco y agrio rumor de armaduras y corazas.

Y en esto sí no imita seguramente al Sr. Prado y Ugarteche. El procedimiento es original y personalisimo...

Discurso y whisky

Día a día, como dicen los sueltos editoriales de la prensa seria, nos vamos convenciendo de que el señor Macedo es mucho más temible de lo que se nos ocurría. Ya no son sólo preocupaciones vehementes suyas la Academia Nacional de Música, las retretas, las bandas del ejército, la dirección de correos y telégrafos, los asuntos de Chincha Alta y las aspiraciones de Chincha Baja. Una nueva preocupación ha embargado el ánimo ecléctico, sospechoso y reticente del señor Macedo. El señor Macedo ha emprendido violenta campaña contra el alcohol. Y dice diatribas contra la licenciosa y fea costumbre del aperitivo y del "pousse café".

Antier inició el señor Macedo su nueva y original campaña. La inició sin darle aviso a nadie y con sorpresa de todos. Todos se preguntaban:

–¿Por qué ha asumido el señor Macedo una actitud tan inesperada, insólita y repentina?

Y buscaban intención recóndita a sus discursos. Y como el espíritu de la cámara es tan aguzado y avizor, descubrió prontamente una extraña proyección a la campaña del señor Macedo. Hace mucho tiempo que el señor Macedo es el origen de todos los insomnios del señor Moreno. Hace mucho tiempo que el señor Macedo es el único motivo de los malestares físicos y espirituales del señor Moreno. Hace mucho tiempo que el señor Moreno no encuentra ni siquiera placidez y regalo en sus vacaciones parlamentarias, porque tras él, o antes que él, se dirige también a Chincha el señor Macedo. Y el señor Macedo, con maligno empeño, conspira en el cabildo, se conchaba en la rebotica, intriga en el club de tiro al blanco, agita a la parroquia de los bares y conmueve los ánimos de la feligresía. El señor Moreno, indignado, tiene entonces una exclamación que es muy análoga a la que emplea cuando, enamoradizo y malsín palurdo, corteja a la chola y acuciosa sirvienta:

–¡Este hombre me está "inquietando", Chincha!

Ahora el señorMacedo ha encontrado un flamante y tortuoso método de

herir los intereses y conveniencias del señor Moreno. El señor Moreno es vinicultor. Poderoso y progresista en su comercio de vinos, mostos y licores de distintas y clasificadas estirpes. El señor Macedo ataca el alcoholismo y aspira a que se tarife con toda dureza los gravámenes a los alcoholes, a fin de atenuar en lo posible su consumo. Ataca, pues, la industria del señor Moreno. La ataca indirectamente. La ataca con alevosía y sobre seguro, porque el señor Moreno no podría nunca controvertirle sin que el señor Macedo le replicase:

–¡Su señoría no puede terciar en esta parte! ¡Su señoría es parte interesada! ¡Su señoría hace vino!

El Sr. Macedo descubría antier su empeño con pleno regocijo y francos alardes. Hacía violentas frases contre el alcoholismo y afirmaba que si no era detenido arruinaría al país irremediablemente. La cámara se consternaba. Y el señor Macedo proseguía así:

–¡El mal nacional es el alcoholismo! ¡Incautos y engañados los que bebéis en las comidas mestizo Ocucaje o jocundo Burdeos! ¡Incautos y engañados los que jugáis al cachito, antes de ellas, un bitter batido o un cocktail análogo! La muerte os acecha con sombrías e inadecuadas intenciones. ¡Pueril esfuerzo el del Sr. Pardo al perseguir el opio! Apenas si se envenenan con tan sucia droga feísimos y desmedrados chinos y necios e inexpertos "hijos del país". ¡Combatamos el alcoholismo! ¡Nada de Champáña, nada de Chateaux, nada de vino Ocucaje, nada de vino de Chincha!

Y en este punto se detenía y se enjugaba el rostro con el pañuelo, para mirar de soslayo al señor Moreno. Luego proseguía:

–¡Pongamos término a esta dolencia nacional! ¡Evitemos la degeneración de la raza! Y antes de tolerar nuestro envenenamiento con vinos y licores importados y nacionales, prefiramos la resurrección de la chicha aborigen y sabrosa. Pero persigamos el alcohol y sobre todo persigamos a los que en él especulan. ¡Persigamos sin tregua a tan innoble casta de traficantes! ¡Pensemos que son como los mercaderes del templo salomónico!

Y luego hacía una pausa. Consentía una interrupción. Se acercaba a él un conserje, azuzado tal vez por un diputado malicioso e irónico. Y se acercaba para preguntarle al señor Macedo, como preguntan siempre los conserjes a los oradores en las treguas de sus discursos:

–Señor, ¿le traigo "algo"?

Y el señor Macedo, irreflexiva e ingenuamente, le respondía con

presteza y a la sordina:

–Sí. ¡Tráeme un whisky!

Y continuaba de esta manera:

–Convengamos en que es muy innoble y deplorable el hábito de usar bebida alcohólica…

Mas luego le ofrecían sobre una vulgar bandeja el imprudente vaso de whisky. Y el señor Macedo comprendía el contraste. Se aterraba ante su situación. Y retiraba consternado su pedido. Era grande la contrición de su conciencia y era acerba la certidumbre del pecado…

(En *El Tiempo*: Lima, 13–IX–1916)

VOCES

Panneau

A falta de intriga y enredo políticos, los incidentes parlamentarios del presupuesto y del proyecto de repatriación de los restos del señor Billinghurst, han dado tema sobrado para el comentario público y han puesto en ambas cámaras notas de emoción, de alboroto y de bullicio.

Y las masas populares –las mismas masas en las cuales el nombre del señor Billinghurst tuviera en un minuto de nuestra historia republicana la misma vibrante repercusión que el nombre máximo del señor de Piérola–, se han soliviantado al mirar que rencores y apasionamientos, latentes todavía, no han sabido callarse ante la invocación de la memoria del señor Billinghurst.

No ha sido, pues, el comentario que este último incidente ha motivado sólo un comentario de corrillos ociosos, de bares, de clubes y del Palais Concert. Ha sido un comentario de muchedumbres. Ha sonado con bronca resonancia de voz de multitud. Voz de coliseo. Voz de sinagoga. Voz de catacumba. Voz de asonada. Voz de jornada cívica. *Vox pópulli.*

Ayer se reabrió en la cámara de diputados el debate del pliego de ingresos del presupuesto. Y volvió a emplear su estrategia de leader moderno el señor Tudela y Varela. El señor Torres Balcázar, vibrante y sonoro, decía:

–¿Adónde vamos por tales caminos de precipitación y empecinamiento? ¿Adónde nos conduce la mayoría? ¡No es posible que un asunto de tanta trascendencia nacional se resuelva sin detenido análisis!

Y el señor Tudela y Varela, adelantándose al señor Torres Balcázar, interrumpía:

–¡Pues, entonces, H. señor, la mayoría propone que se reabra el debate!

Y el señor Torres Balcázar tenía que decir que era la reapertura del debate lo que iba a solicitar, y que el señor Tudela y Varela se había dado demasiada prisa en advertirlo.

Y es que el señor Tudela y Varela tiene vasto repertorio de recursos estratégicos en su programa y sistemas de leader de la mayoría. Tiempo hacía que el señor Tudela y Varela se preparaba para estas funciones. Desde que llegó a la cámara pensó su señoría que su destino era llegar a ser leader. Y repetía su nombre con todo el énfasis posible para decidir que poseía todas las características eufónicas del nombre de un leader. Y encontraba que su voz era una voz de leader que su ademán era un ademán de leader y que su temperamento era un temperamento de leader.

Pero, no han sido únicamente el señor Tudela y Varela y el país quienes han creído siempre en esta nativa predestinación de un gran leader civilista. Ha sido también el señor Pardo. El señor Pardo, mirando al señor Tudela y Varela y conversando con el señor Tudela y Varela, se ha dicho siempre que el señor Tudela y Varela era indiscutiblemente un leader. Y, naturalmente, se ha dicho también que era un leader pardista.

Por eso el gran legislador señor Maúrtua no ha sido llevado a la dirección de la mayoría. Por eso el señor Maúrtua ha sido puesto al margen de la política parlamentaria del gobierno. Por eso el señor Maúrtua, no ha figurado en el estado mayor civilista. Se ha pensado seguramente en que si el señor Maúrtua tenía en realidad notable talento, el señor Tudela y Varela tenía indiscutible y arrogante apostura de leader. Y en que una fotografía del señor Tudela y Varela a mitad de un discurso contra las minorías, era mucho más decorativa y hermosa que una fotografía del señor Maúrtua a mitad de un discurso sobre economía política. Y ya hemos dicho muchas veces que una razón de esta clase es siempre una razón definitiva para el altísimo concepto estético del señor Pardo.

Hoy continuará la discusión del pliego de ingresos del presupuesto. Y continúa mañana. Y continuará pasado mañana. Y continuará acaso muchos días. El señor Torres Balcázar hará extensas y sesudas observaciones sobre las partidas principales. La mayoría sostendrá los conceptos del gobierno y de la comisión de presupuesto. Y todo será como lo tiene previsto el señor Secada, a gusto y sazón del régimen, sin que valgan las reflexiones. Y todo volverá a hacerse, tal cual lo ha declarado el señor Ulloa, rutinaria y vulgarmente.

La única perspectiva interesante del debate podría constituirla la intervención del señor Manuel Jesús Gamarra que es un gran orador en

gestación. El mismo lo siente. Y, lo que es más grave, él mismo lo dice. Y habla así a sus íntimos:

–¡Castelar me seduce! ¡Siento que su espíritu está en mí!

(En *El Tiempo*: Lima, 14–IX–1916)

VOCES

La lista negra

El buen humor de la Cámara de Diputados y la travesura de la minoría han seguido propiciando el éxito festivo, juguetón y risueño de la "lista negra". La "lista negra" es, como ya hemos dicho, una protesta de la alegría de la Cámara de Diputados contra la gravedad y la intemperancia de los representantes que quieren ser adustos y que no quieren respetar al mismo tiempo los fueros de la juventud y el buen humor.

La "lista negra" es el tema de los comentarios más retozones y plácidos. Va de boca en boca. Fuga de la cantina para aparecer en un pasillo. Vuela del pasillo a un rincón de la sala de sesiones. Escala el estrado de la mesa. Sube a la mesa y se mete dentro del reglamento. Y se pasea oronda en el salón de los pasos perdidos.

Y la "lista negra" es motivo de inquietud azarosa para los diputados que tienen resquemores de conciencia. Y es motivo de alarma y pesadilla para los diputados reacios a la sonrisa. Todos ellos se preguntan si serán sus nombres postulantes a la "lista negra".

Hace pocos días que en este "índex" juguetón de la minoría han sido incorporados tres representantes. Y han sido incorporados en la "lista negra" con solemnidad excepcional. Han sido incorporados por decreto y con todas las formalidades de una determinación irrevocable y tremenda.

El señor don Manuel Jesús Gamarra, el señor don Fermín Málaga Santolalla y el Sr. don David Chaparro, han sido los elegidos para esta risueña excomunión de la minoría. Contra todos ellos han surgido cargos gravísimos y determinativos. Y no son precisamente cargos motivados por espíritu inflexible, ceñudo y austero de sus señorías. Son cargos por intemperancia, por intransigencia y por sobrada devoción al gobierno. La Cámara tiene acordado tácitamente cierto límite para el fervor gobiernista de la mayoría. Y la minoría de ahora se empeña en que los diputados no

rebasen jamás ese límite.

Nosotros nos hemos empeñado en conocer con detalle las causas del decreto contra el señor Manuel Jesús Gamarra, contra el señor Málaga Santolalla y contra el señor Chaparro. Y nos han dicho:

–El señor Manuel Jesús Gamarra es demasiado trágico y demasiado inexorable. Tiene una inflexibilidad bíblica y es enemigo del perdón. Y a pesar de que se sienta muy cerca de la minoría es el más rendido diputado de la mayoría. Además en una ocasión ha insinuado una guillotina. Y, finalmente, tiene el propósito de teñirse el pelo con agua oxigenada para semejarse al señor Borda.

Y nosotros hemos preguntado entonces:

–¿Y el señor Málaga Santolalla?

Y nos han dicho:

–El señor Málaga Santolalla se ha olvidado excesivamente del señor Leguía. Tenemos pues contra él los mismos reproches que contra el Sr. Villanueva. La minoría no es leguiísta, pero la minoría quiere la perduración de los entusiasmos políticos. Y el señor Málaga Santolalla va por el mal camino de hacerse demasiado pardista. Y va por otros malos caminos más.

Y hemos tornado a preguntar:

–¿Y el señor Chaparro?

Y nos han dicho entonces:

–El señor Chaparro, ante todo, es secretario accesitario. Su calidad de tal constituye una amenaza para la Cámara y para los periodistas porque el señor Chaparro se obstina en negar a su pronunciación la castiza claridad que la Cámara y que los periodistas reclaman. Nosotros no nos explicamos esta obstinación del señor Chaparro. Nos han dicho que reside en ciertos convencimientos autoctonistas del señor Chaparro. Y además el señor Chaparro se empeña en hacer uso de ciertos recursos de las minorías, tales como los de pedir votaciones nominales y constataciones de quórum. ¡Lo acusamos de invasión de atribuciones!

El decreto de la "lista negra" ha causado consternación entre los penados. La misma consternación que había causado en los ánimos de todos los representantes comprendidos en primer término en la "lista negra" la noticia de tal decisión de la minoría. Porque sólo ha habido una excepción. La del señor Velezmoro. El señor Velezmoro pidió que se le pusiese en la "lista negra". Y dijo luego:

–¡Claro! Yo soy muy pardista. ¡Y esto no debe olvidarlo nadie!

Sorpresa

La tarde de ayer, en la Cámara de Diputados, habría sido como la teníamos prevista, si no hubieran sido llevados también al parlamento "Los Misterios de Lima", con el honesto y recto propósito de pedir al Ministerio de Justicia que los esclareciese. Y, sobre todo, no habría tenido nada sorpresivo para nosotros si el señor Velezmoro no hubiera hablado de esta suerte:

–En todo debe atenderse solamente a la voz de la verdad. La voz de la verdad es sagrada. Hay que hacer caso a esa voz. Es una voz buena. No hay que hacer caso, en cambio, a las "Voces" de *El Tiempo*. ¡A mí no me importan las "Voces" de *El Tiempo*!

Toda una declaración sensacional del señor Velezmoro. Nosotros, infelices, estamos absolutamente convencidos de que al señor Velezmoro le importaban mucho las "Voces" de *El Tiempo*. Y de que el señor Velezmoro, magnífica persona, nos hacía el inmenso favor de tenernos estimación. Lo creíamos tan sinceramente, que teníamos gran empeño en popularizar al señor Velezmoro. Porque algunos representantes amigos nuestros nos lo habían pedido:

–Mencionen al señor Velezmoro. Ocúpense del señor Velezmoro. Es preciso darle notoriedad al señor Velezmoro. El señor Velezmoiro es un orador notable, pero su reputación no está aún formada en Lima. En Cajamarca sí es muy conocido el señor Velezmoro.

Nosotros, que somos incapaces de negar nuestro concurso a una obra tan importante como la de la popularización de un hombre en vías de ser hombre ilustre, obedecíamos al buen deseo de nuestros amigos. Estamos tan convencidos de que muchos genios pasan por la vida oscura y olvidadamente que nos ofrecemos a colaborar en la consagración de cualquiera genialidad desconocida.

Pero ocurre que el señor Velezmoro no nos estima como nosotros, infortunados, creíamos. Ocurre que sobre nosotros ha caído la más negra de las fatalidades. Ocurre que el señor Velezmoro nos desdeña. Esto es tan grave que nos contrista y nos acongoja. Pero, también, somos muy orgullosos, nos indigna. Y nos hace que nos prometamos vengarnos del señor Velezmoro. Y vengarnos de modo tremendo. No lo mencionará más nuestra pluma. Nos hemos puesto tan vanidosos que se nos ocurre que esto es como quitarle al señor Velezmoro la escalera de su inmortalidad. La única escalera posible...

(En *El Tiempo*: Lima, 15–IX–1916)

VOCES

Parlamentarismo científico

Gran espíritu reformista es el del señor Manzanilla. Es un espíritu que se yergue contra la rutina y pide a gritos renovación. Y que aspira a trascendentales modificaciones en el régimen parlamentario. Y que pretende el perfecto parlamentarismo científico.

El señor Manzanilla sueña con dotar a la presidencia de la cámara de todos los elementos necesarios para la absoluta dirección de los debates. Pero no los simples elementos de la autoridad, de la energía, del prestigio, del reglamento, de la campanilla y de las prácticas parlamentarias. Quiere complejos y máximos elementos físicos. Anhela que en la mesa presidencial existan todos los aparatos necesarios para sugestionar y dirigir sin palabras, sin campanillazos y sin ademanes los ánimos y las discusiones.

Nosotros estábamos intrigados con las continuas metamórfosis de la farola trágica. Unas veces la encontrábamos transparente y nítida. Otras veces la encontrábamos opalina y complicada. Otras veces la encontrábamos indecisa y anodina. Otras veces la encontrábamos azulada y mística.

Ahora sabemos que todas aquellas metamórfosis dependían del señor Manzanilla. El señor Manzanilla quiere que la farola sea transparente, en tal forma que ilumine el salón de sesiones de suerte que la luz tenga eficaz virtud de sedancia. Apasionado como es de los estudios científicos, pretende que la iluminación de la sala y de los debates sea lo más plácida, serena y apacible que resulte posible. Y buscando una iluminación así, ha dirigido él mismo la colocación de la cristalería de la farola.

Un día la ordenaba en una forma. Y más tarde, viéndola y probándola, decía descontento:

–Está demasiado diáfana.

Otro día la ordenaba en distinta forma. Y luego, viéndola y probándola, movía la cabeza y declaraba:

–Está demasiado turbia.

Y seguían las metamórfosis de la farola y las metamórfosis de la iluminación de la sala.

Un día se nos ocurrió que estaba hecha con vidrios de quitasueños. Y hasta la escuchábamos musical y bulliciosa. Otro día nos pareció formada con prismas múltiples. Y encontrábamos todo milagrosamente tornasolado. Y pensábamos que había un maravilloso arco–iris en la sala. Y veíamos anaranjado al señor Borda. Y veíamos rojo al señor Torres Balcázar. Y veíamos azul al señor Fuentes. Y veíamos amarillo al señor Chaparro. Y veíamos violado al señor Manuel Jesús Gamarra.

No sabíamos explicarnos estas metamórfosis. Y las atribuíamos a diabólico embrujamiento de la farola.

Pero ahora tenemos auténtica noticia de que el señor Manzanilla posee, no solo éste sino, también, otro notable procedimiento de parlamentarismo científico. Sabe que la luz eléctrica excita los nervios. Y que solivianta los ánimos. Y que pone violentas y excitadas a las gentes. Y ha dispuesto que sólo se encienda la luz de la sala de sesiones en el momento en que él lo ordene.

El señor Manzanilla demora cuanto es posible la orden de encender el alumbrado eléctrico de la sala. Espera para dictarla que las tinieblas comiencen a dominar en ella. La Cámara de Diputados se pone lívida y enfermiza primero, opalina y turbia después, penumbrosa y sombría por último. Es entonces cuando el señor Manzanilla mira el reloj y da enseguida la orden de que enciendan las luces. Y es entonces cuando suele hablarse a sí mismo:

–Son las seis de la tarde. A las 7 y 30 suspenderé la sesión. No habrá, pues, más de una hora y media de debate probablemente acalorado.

Es tanta la seguridad que tiene el señor Manzanilla en la eficacia del procedimiento, que no hace de él un secreto como suele hacerlo de otros del parlamentarismo científico. Y muchas veces en que su señoría ha encontrado muy lánguida la tarde y ha deseado soliviantar los ánimos y propiciar luchas y combates, ha dicho enseguida:

–Esto está muy triste. ¡Que prendan las luces!

(En *El Tiempo*: Lima, 16–IX–1916)

VOCES

Quinta tarde

Bajo la farola metamorfoseada, continuó ayer la Cámara de Diputados el examen del presupuesto nacional. La farola no estaba transparente, opalina, diáfana ni turbia. Su cristalería era multicolor.

Y hubo ayer no sólo examen sesudo y grave del presupuesto nacional, sino pródigo y candoroso debate sobre múltiples temas incidentales. El señor Manzanilla, risueño y gentil, hizo encender muy temprano las luces del salón. Deseaba sin duda que hubiese agitación y fiebre en el debate. Ansiaba soliviantar los ánimos. Guapeaba a la minoría. Cuando se encendieron las luces hubo muchas sonrisas y todas las miradas convergieron hacia el estrado de la presidencia. Y el señor Manzanilla, muy serio, recataba la mirada y la ponía alternativamente en la farola, en la campanilla y en el gesto alegre del señor Carrillo.

A la hora en que llegamos a la sala de sesiones, había comenzado ya la animada, sorpresiva, alevosa, voluble, inquietante y ecléctica estación de los pedidos. Hablaba el señor Torres Balcázar. El señor Torres Balcázar suele dar a su oratoria entonación de arenga patriótica. Algo de Pablo Deroulede tiene el señor Torres Balcázar.

Y, oyendo al señor Torres Balcázar, paseamos la mirada por la sala de sesiones. El señor Sayán y Palacios dialogaba con el señor Gálvez. El señor Manuel Jesús Gamarra dialogaba con el señor Enrique Castro. Probablemente trataba de probarle que era una calumnia nuestra suposición de que se proponía teñirse el pelo con agua oxigenada para parecerse al señor Borda. El señor Chaparro le recitaba unos versos en francés al señor Uceda, a quien le encantan los versos. El señor Borda tenía un aspecto triunfal y magnífico. El señor Fuchs, ponderado y risueño, le hacía cálculos de sistema métrico decimal al señor Vivanco. El señor Pacheco Benavides, ponderado y grave, le invitaba chocolatitos al señor Escardó y Salazar, que es austero en cuanto a golosinas y dulces. El señor Portoca-

rrero se inquietaba leyendo una carta del señor Corbacho. El señor Málaga Santolalla hacía cuentas con los dedos de ambas manos.

Nosotros mirábamos el reloj y pensábamos que era la quinta tarde del debate del presupuesto. La quinta serie, como dice el señor José María Miranda a quien seduce el cine permanente y "Los Misterios de New York". El quinto capítulo, como dice el señor Sergio Rodríguez a quien encantan los folletines de los periódicos.

Sorpresivamente nos abordó el señor Balbuena:

–¡Hace tiempo que me tienen ustedes olvidado! ¡No me mencionan ya las "Voces"!

Y nosotros le respondimos:

–¿Pero a usted, doctor, le importan las "Voces"?

Y el señor Balbuena se aprestaba a decirnos:

–Por supuesto.

Y nosotros tornábamos a responderle:

–¿Aunque nos desdeñe el señor Velezmoro?

Y el señor Balbuena nos abrazaba y nos decía con solemnidad:

–¡Por supuesto!

La actitud cariñosa y cortés del señor Balbuena nos ha obligado tanto que nos sentimos imperiosamente forzados a mencionarle y exaltarle. Y anotamos su nombre en nuestra cartera para inventarle una postura nueva cada día.

A los pedidos complicados y graves, siguió la mansa y apacible sesión de la orden del día. Discursos importantes y transcendentales sobre el presupuesto. El señor Tudela y Varela. El señor García y Lastres. El señor Torres Balcázar. El pliego de ingresos, los coeficientes, el cobre, el porvenir, el opio. Y finalmente el señor Torres Balcázar hacía una sonora digresión política para decir que los civilistas estaban anarquizados, que los demócratas estaban dormidos, que los constitucionales eran muy viejos, que los futuristas eran muy jóvenes y que los liberales eran incorregiblemente liberales.

Nosotros asistíamos interesados al desarrollo grave y solemne de este debate. Y el Conde de Lemos nos hacía profundas filosofías sobre el carácter de la estación de la orden del día, a propósito de nuestros comentarios sobre la estación de los pedidos. Y nos decía:

–La estación de la orden del día se diferencia sustancialmente de las estaciones del despacho y de los pedidos. La estación del despacho es la infancia de la sesión. La estación de los pedidos es la juventud. La estación

de la orden del día es la madurez. La estación del despacho es vulgar, rutinaria y mansa. La estación de los pedidos es caprichosa, violenta y agitada. La estación de la orden del día es serena, rotunda, elocuente y trascendental. A veces la sesión es precoz. Aparece el debate desde el despacho. Y la sesión entonces semeja un chico en quien la dentición se presenta prematuramente.

Y luego nos añadía:

–La voz del señor Tudela es monótona, azucarada y vulgar. Esta voz delata un alma fría y sin lirismo. ¿El señor Tudela y Varela es todavía alcalde de Miraflores?

Y el señor Basadre nos preguntaba:

–¿Por qué Dalmau no viene a los debates?

Nosotros le decíamos que no y nuestro interlocutor exclamaba:

–¡Pero el señor Pardo va a oír al señor Dalmau! ¡Esto no es justo!

Y no hubo nada más de importancia en la sesión.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–IX–1916)

VOCES

Caminata y fiambre

El señor Maldonado y el señor Ráez son dos venerables y austeras figuras de la cámara de diputados. Son apacibles, son severos, son ponderados, son ecuánimes, son nobles, son graves. Y tienen un espíritu tan generoso y comprensivo para con la mataperrada ajena que se hallan a salvo de figurar en la lista negra. Y sus señorías son tan reflexivas, serenas y ordenadas personas que siempre están en la mayoría. Jamás tienen inquietudes, vacilaciones, veleterías, incertidumbres, reticencias.

El señor Maldonado y el señor Ráez se sienten muy enlazados por la similitud de sus temperamentos que hace que entre sus almas se levantase un gran puente de amistad por la semejanza de las ideas. Los dos son antiguos diputados. Los dos tienen inmensa popularidad en sus localidades. Los dos han sido ministros de hacienda. Los dos son financistas. Los dos miran con paternal protección la incipiente personalidad del señor García y Lastres.

Nada turba la serenidad de estas almas antiguas vigorosas y conservadoras. Nada las agita. Pasan por la vida con un gran gesto de majestad. No les turba el rumor del bochinche, del motín, ni de la jornada cívica. Y de ambas se podría decir que se han hecho una atmósfera de sus propias ideas, tal como quería Baudelaire. Y habría que pensar entonces que estas dos grandes almas son dos almas de poetas.

Y a suponerles almas de poetas ayuda su devoción por el pasado. Su culto por la naturaleza. Su amor al campo. Su afecto a la vianda plácida sencilla y campesina. Su reverencia a la tradición y a la leyenda.

Todo lo antiguo, todo lo tradicional, todo lo histórico tiene un definitivo imperio en estos dos ciudadanos egregios. Sus patrióticos fervores les hacen guardar culto acendrado por las pasadas costumbres de los peruanos. Les place la historia del Tahuantinsuyo. Se refocilan con su lectura. Y si no fuesen diputados y hombres públicos serían arqueólogos y

juntarían huacos.

Y el señor Maldonado y el señor Ráez suelen hablar con satisfacción de todos los faustos y de todas las costumbres de la época incaica. Del Coricancha, de los incas, de los quipos, de los chasquis. Los *chasquis* constituyen motivo de cálido elogio para sus señorías. Muchas veces, viendo a un postillón moderno, uniformado y mercenario, han exclamado:

–¡Qué noble edad la de los *chasquis*!

Y en sus recreos y diversiones, son el señor Maldonado y el señor Ráez austeramente parciales. No transigen con la opereta rastacuera, ni con la zarzuela jacarandosa, ni con las corridas gallardas, ni con las carreras snobistas, ni con el circo ingenuo, ni con el cinema folletinesco y sospechoso. Aceptan la comedia. Pero es para ellos supremo esparcimiento el de las excursiones y el de los paseos campestres. Les encanta lo que aquí las gentes llaman caminatas. Hacen para ellas provisión de fiambre. Y las emprenden con el ánimo entusiasta, risueño y jocundo.

Ansiosos de propagar en la cámara de diputados la afición a las excursiones, invitaron muchas veces a sus compañeros más reposados y serios a festivas caminatas. Les decían:

–¡Hagamos un paseo! Vayamos a Ancón. Vayamos a pie. Y volvamos a pie. Es muy saludable.

Pero los invitados, rebeldes, protestaban. Los que eran asequibles proponían que el paseo fuese en automóvil, con gran indignación del señor Maldonado y del señor Ráez. Y los que eran más asequibles todavía insinuaban que el paseo fuese en caballos de paso. Mas los señores Maldonado y Ráez no aceptaban tan extraña e inaudita transacción.

Y desde entonces hacen solos sus paseos y excursiones. Toda su preocupación de la semana la constituye la caminata dominical. Porque, celosos cumplidores de sus deberes, como son, no abandonan sus labores parlamentarias por caminata alguna. Y las realizan siempre en los días domingos y en los días feriados. Sus paseos tienen un proceso de organización singular y curioso. El lunes acuerdan el lugar, Chorrillos, Surco o Pachacámac. El martes lo resuelven. El miércoles determinan el traje que usarán. El jueves señalan la hora de la partida. El viernes la hora de regreso. Y el sábado preparan el fiambre que, dadas sus devociones, es sencillo fiambre aborigen. Todo reconfortante, todo andino, todo plácido. Comprende como accesorio la coca estimulante para el esfuerzo y engañosa para el cansancio.

Para los señores Maldonado y Ráez no hay más saludable y gallardo

placer que el ejercicio físico. Son propagandistas de la gimnasia. Aspiran al establecimiento de un stadium. Y se proponen defender la importancia nacional de los boy scouts. El general Baden Powell monopoliza todas sus admiraciones.

La Cámara de Diputados, que les admira, no sabe sustraerse, sin embargo, a la tentación traviesa de hacerles broma de vez en cuando. Y les pregunta sobre la excursión, sobre el fiambre y sobre las "pascanas".

Sus señorías, fuertes y apacibles como dos patriarcas ancianos y venerables, se sonríen ante las bromas y desdeñan a las pobres y metropolitanas gentes del parlamento que no saben de los placeres de la caminata campesina, del descanso bajo un árbol, de la travesía de una sementera, y del yantar sin mesa, sin manteles y sin vinos generosos en un mesón palurdo o en un simple recodo del camino.

Y la cámara hace entonces agudas ironías. Y murmura que el señor Maldonado y el señor Ráez tienen no almas de poetas bucólicos como nosotros pensamos, sino almas de tenaces andarines. Y que son en la cámara dos globe–trotters cautivos. Y que se entrenan para disputar la carrera de maratón. Una maligna represalia de la cámara. Una osadía. Una irreverencia. Nosotros estamos indignados.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–IX–1916)

VOCES

La ovación ajena

El señor Pardo ha asistido el viernes y el domingo a los recitales de Dalmau. Ha estado en el palco presidencial, rodeado de un estado mayor aristocrático y gentil. Y, escuchando las ovaciones delirantes del público a Dalmau, se ha convencido, dolorosamente, de que más entusiasmos despierta un violinista que un Presidente de la República. Y, como el señor Pardo ama la ovación y la gloria, se ha dicho que es ya muy tarde para renunciar a una carrera política y dedicarse al violín y a la canción del ruiseñor.

Y el señor Pardo se ha sentido muy a gusto en los recitales de Dalmau. No ha sido únicamente que le haya halagado y complacido vivir horas de intenso lirismo y de dulce regalo artístico. Ha sido también que ha escuchado con pertinacia y espontaneidad las explosiones del aplauso. Y el señor Pardo es un enamorado del aplauso.

Tan ingratas son aquí las gentes, que hace mucho tiempo vienen negando al señor Pardo el homenaje de su aplauso. Y aunque el Sr. Pardo se ha insinuado a este homenaje en las solemnes ocasiones de la instalación del Congreso, de las carreras de gala y de la reprise de las comedias de su ilustre abuelo don Felipe Pardo y Aliaga, el aplauso se ha mostrado con él esquivo, huraño e inaccesible.

Es que la psicología del aplauso es complicada y extraña. El aplauso fue franco y efusivo en los momentos de éxito y juventud del señor Pardo. Ahora que las gentes miran al señor Pardo canoso, incierto y decadente, se muestran con él ingratas y reticentes. Y le hacen coqueterías y desvíos.

El señor Pardo, consternado, le pregunta al señor Concha:

–¿Es posible, Concha, que resulte preferible ser violinista a ser Presidente de la República?

Para que el señor Concha le responda:

–¡No, Excmo. señor! Vivimos un siglo de indiscutibles positivismos.

Un Presidente de la República norma la vida de la nación. Contrae responsabilidades y merecimientos. Un violinista arrulla una hora lírica de las gentes. Un Presidente de la República es un artículo de primera necesidad. Un violinista es una golosina. Un Presidente de la República es como la carne, como la leche, como el pan. Un violinista es como el bizcocho, como el pastel, como el bombón. ¡Es muy distinto, Excmo. señor!

Este género de deducciones y filosofías tranquiliza al señor Pardo. Pero lo tranquiliza momentáneamente. Porque después de que la eficacia de las sedantes y conceptuosas palabras del señor Concha ha pasado, el señor Pardo torna a pensar en el contraste entre los entusiasmos que motiva la presencia de Dalmau y las frialdades y desdenes que motiva la presencia suya.

Y tiene el señor Pardo para Dalmau un agradecimiento. El agradecimiento de que los aplausos que para Dalmau suenan le halagan y le arrullan consoladoramente, pues el señorPardo arrellanado en la butaca de su palco se hace la ilusión de que son aplausos suyos y de que traducen francas expansiones de su popularidad. Un hurto espiritual del señor Pardo. Un hurto inocente.

Pero el señor Pardo tiene también para Dalmau un rencor muy grande. El rencor de que en los recitales que ha honrado con su asistencia, el artista ha tocado sólo grandes piezas líricas. Todo ha sido poesía, todo ha sido romanticismo, todo ha sido sentimentalismo. Y esto indigna al señor Pardo. No comprende cómo Dalmau no ha tenido el acierto de ejecutar en su honor una marcha triunfal. Por lo menos la Marcha de Banderas, que es tan rotunda, marcial y arrogante, y que suena tan gallardamente en los clarines militares de la Escolta...

Sexta tarde

Fue ayer la sexta tarde del debate del pliego de ingresos del presupuesto. Por ser la sexta tarde pensamos nosotros que el debate languidecería. Y acaso pensó lo mismo que nosotros el señor Manzanilla. Apenas se inició el debate, el señor Manzanilla abandonó la presidencia y la entregó al señor Peña Murrieta. Desde entonces tuvimos el presentimiento de que la sesión iba a tornarse animada. El señor Manzanilla sabe siempre abandonar la presidencia a tiempo para poner al señor Peña Murrieta en nuevo atrenzo de inmortalidad.

Y el señor Peña Murrieta asumió la presidencia, gallarda y reposadamente. Y dio orden imprudente y enérgica de que fueran encendidas las luces. Y le dijo al señor Carrillo:

–¡Yo no les tengo miedo a los debates!

El debate intenso y agitado no se hizo esperar. Sobrevino inmediatamente. El Sr. Torres Balcázar, con papel y lápiz en la mano, evidenció que los cálculos de la comisión de presupuesto no resistían el análisis del señor Villareal ni del señor Velezmoro.

Y el señor Solar tuvo la ocurrencia de decirle al señor Torres Balcázar:

–¡Estudiemos esos cálculos a solas!

Para que el señor Torres Balcázar protestase enérgicamente:

–¡A solas, no! ¡Es un reto equívoco y reticente el de su señoría! ¡Estudiemos en público las cifras del presupuesto! ¡No llevemos a la trastienda las grandes cuestiones nacionales!

Y la barra enloquecida aplaudía frenéticamente.

Y fueron vanas las argumentaciones del señor García y Lastres, del señor Tudela y Varela y del señor Solar en defensa del pliego de ingresos.

El señor Torres Balcázar pedía:

–¡Que se apruebe el pliego con excepción de la partida de las aduanas!

Y cuando ya se iba a votar tornaba a pedir:

–¡Que se apruebe con excepción de la partida de los alcoholes!

Y cuando volvía a hacerse inminente la votación:

–¡Que se apruebe con excepción de la partida de los tabacos!

Y seguía indicando que se exceptuase nuevas partidas. Y, lo que es más grave, le demostraba a la mayoría que debían exceptuarse.

La mayoría; alarmada, decía:

–¡Va a exceptuarse todo el pliego de ingresos!

Pero lo decía tímidamente, con recato y con disimulo.

Hasta que el señor Torres Balcázar, haciendo una postura modernista, sacaba su reloj y exclamaba:

–Son las 7 y 40. Ya me he cansado. Es necesario que se levante la sesión, señor excelentísimo.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–IX–1916)

VOCES

La última cena

Antenoche, como en las noches de todos los lunes, se reunió el partido liberal en el salón grande de "La Prensa", en torno de su jefe fundador, pasado, actual y futuro. Fue la cena de despedida. Fue la última cena. Y tuvo en tal virtud ambiente de cena pascual. El partido liberal tomaba por última vez chocolate, bizcotelas y oporto con el doctor Durand.

La reunión fue plena. Como el Divino Maestro en el Evangelio, el doctor Durand estuvo rodeado de todos sus discípulos. Y como el Divino Maestro en el Evangelio, partió entre ellos un mismo pan. Y como el Divino Maestro en el Evangelio, tuvo frases históricas de recomendación y de consejo.

El partido liberal, hecho colegio apostólico, estaría silencioso. Y el señor Durand misterioso y risueño diría frases breves. Y entonces todo el colegio apostólico callaría y hasta el señor Balbuena, que es orador en todos los instantes de su vida, sabría en esta vez ser silencioso.

Y habría un momento en que todo el colegio haría el silencio más absoluto. No se oiría sino el ruido seco de una almendra que mascaría imprudentemente el señor Manuel Jesús Mendoza. Y la palabra adoctrinante y decisiva del doctor Durand se haría inminente. El doctor Durand estaría de pie y tendría un gesto de profecía o de augurio. Los liberales presentirían sus palabras. Y el doctor Durand diría las mismas palabras que los liberales presentirían:

–Amados discípulos, os dejo en gracia del Presidente de la República. Si sois discretos y prudentes no la perderéis y os haréis dignos de mi aprobación. Yo os dejo por breve plazo. Volveré a ser con vosotros en el reino de los cielos. Vosotros sabéis perfectamente cuál es el reino de los cielos.

Y luego el doctor Durand callaría. El doctor Balbuena, el más joven de sus discípulos, se parecería a San Juan en esos instantes. Y hasta el señor

Manuel Jesús Mendoza dejaría de hacer sentir el ruido imprudente de la sabrosa almendra. Tras la pausa solemne el doctor Durand continuaría:

–Sed parcos, sed austeros, sed honestos. Castigad vuestros apetitos. Sed puros de corazón y de conciencia. Y comprended que el Presidente de la República puede dejaros de amar si vosotros sois con él fríos o irreverentes. Amadle sobre todas las cosas.

Y seguiría una nueva pausa. El señor Balta miraría al techo. El señor Flórez miraría el piso encerado y luciente. El señor Balbuena juntaría las manos místicamente. El señor Manuel Jesús Mendoza chasquearía la lengua saboreando aún la plácida almendra del bizcocho. Y el doctor Durand diría entonces:

–Es necesario este sacrificio. Pero es también doloroso. Mi corazón se queda entre vosotros. Si sois buenos, pronto estaremos todos juntos en el reino de los cielos.

Habría enseguida un gran silencio. Se callaría el doctor Durand. Se callaría el partido liberal. Se callaría el salón grande de "La Prensa". El señor Manuel Jesús Mendoza acecharía con codiciosa mirada el oporto servido en la bandeja de plaqué. Y tornaría a saborear la almendra plácida.

Y más tarde, sonadas las doce, terminaría la cena. El doctor Durand abrazaría a todos sus discípulos. Acaso, como en el Nuevo Testamento, profetizaría que uno de ellos le haría traición. Acaso como en el Nuevo Testamento, profetizaría también que otro le negaría tres veces. Y, acaso, como en el Nuevo Testamento, uno de sus discípulos le daría un beso en una mejilla...

Setima tarde

El debate del pliego de ingresos del presupuesto languidece pero no termina. Hay instantes en que parece que va a llegar a su fin. Mas enseguida se reanima. Es un debate que se estira como un jebe.

El señor don Manuel Bernardino Pérez diría:

–El debate se estira como una liga de mujer.

El señor don Abelardo Gamarra diría:

–El debate se estira como un alfeñique.

Pero lo evidente es que el debate se estira, sea como un jebe, sea como una liga o sea como un alfeñique. El proyecto gubernativo del pliego de ingresos se tropieza cada instante. Y si no cae, por lo menos se tambalea. El señor Torres Balcázar juega con él por patriótico entretenimiento.

Ayer el señor Manzanilla dejó otra vez la presidencia de la Cámara a punto de comenzar el debate del pliego de ingresos. Pero no la dejó al señor Peña Murrieta, a quien estos achaques de la inmortalidad tienen un tanto escamado, sino al señor Escardó Salazar.

La minoría estuvo, pues, en la presidencia de la Cámara. El señor García y Lastres se sentía a ratos sin garantías. Y no se aventuraba casi a pedir la palabra. Y el señor Escardó Salazar, sonriéndose de la eficacia de los procedimientos científicos del señor Manzanilla, ordenaba que se encendieran todas las luces del salón de sesiones.

Y el señor Torres Balcázar, sereno, ponderado, discreto y amable disertaba sobre el presupuesto y hacía sumas, restas y multiplicaciones. Y cuando el señor García y Lastres, el señor Tudela y Varela y el señor Solar no querían atenderle, el señor Torres Balcázar dejaba su escaño y se iba, con sus cuadros, con sus cifras y con su lápiz, a los escaños de sus señorías. Sobre la carpeta del ministro examinaban los cuatro el presupuesto nacional, que es como quien dice examinar la salud de la patria. Gallardas y simpáticas innovaciones del señor Torres Balcázar a quien cautivan otros aspectos del parlamentarismo científico del señor Manzanilla.

A las 7 y 30 el señor Torres Balcázar recurrió a su procedimiento de anteayer. Sacó su reloj y dijo:

–Son las 7 y 30. Yo estoy cansado. Comenzamos a trabajar a las 4 de la tarde. Han transcurrido tres horas y media seguidas. No es posible trabajar más de tres horas y media seguidas sin perjuicio de la salud. V. E., que es médico, lo sabe. ¡Pido que se levante la sesión!

Y el señor Escardó Salazar, encantado en la presidencia de la Cámara, tenía que acceder mal de su grado. Y que agitar la campanilla. La cámara, sugestionada, pensaba que la campanilla tenía un sonido nuevo.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–IX–1916)

VOCES

Octava tarde

Todo el debate de la Cámara de Diputados se hizo ayer bajo la presidencia del señor Manzanilla. Y fue sereno, risueño y amable. Pero no fue eficaz como habrían deseado el señor García y Lastres, el señor Tudela y Varela y la mayoría. El pliego de ingresos del presupuesto siguió tropezándose. Y el debate tornó a estirarse como un jebe.

El señor Manzanilla tomó todas las medidas y todas las precauciones posibles para hacerlo tranquilo y provechoso. Aguzó los medios del parlamentarismo científico. Y retardó tanto como fue posible el encendimiento de la luz eléctrica.

La sala de sesiones estuvo por mucho rato penumbrosa y sombría. Los secretarios leían proyectos y dictámenes. Y la cámara los aprobaba sin ánimo para el debate. De repente entró a la sala y se sentó silenciosamente en el escaño de costumbre el señor García y Lastres. La minoría estaba en parte ausente y en parte distraída. El señor Manzanilla dijo muy bajito que seguía el debate sobre el pliego de ingresos. Y dijo luego que iba a votarse. Pero en estos momentos precisos ingresó a la sala con el hongo en una mano y el bastón en la otra el señor Torres Balcázar. Y penetrando apresuradamente pidió la palabra. La barra prorrumpió en aplausos. Y es que el señor Torres Balcázar tiene la virtud de la oportunidad. Un minuto de retardo habría bastado para que se aprobase el pliego de ingresos y fuesen estériles las observaciones e iniciativas de su señoría. Un minuto de retardo habría sido suficiente para que la tarde de ayer fuese la última del debate. Y el señor Torres Balcázar no supo tener el minuto de retardo.

El debate se inició en la penumbra. Y siguió por mucho rato en la penumbra. Toda la cámara estaba en la penumbra. La comisión de presupuesto sobre todo. Y el pliego de ingresos siguió dando tumbos como un encostalado en absurda y cómica carrera.

Y repentinamente, cuando el debate languidecía, el señor Maúrtua tuvo

una postura inesperada y sensacional. Hizo un discurso vibrante y sonoro demostrando que el presupuesto era empírico, erróneo y rutinario. Y protestó contra la vulgaridad del procedimiento en nombre de la ciencia. Habló así:

–Yo soy un ministerial. Yo soy un civilista. Yo soy un gobiernista. Pero yo soy ante todo un científico. Yo no puedo tolerar que un gobierno haga un adefesio, aunque sea el gobierno del señor Pardo.

Y cuando el señor Tudela y Varela le replicó y dijo que las del señor Maúrtua eran solamente teorías, el señor Maúrtua volvió a hablar. Y habló de esta guisa:

–Las teorías, honorable señor, son las enseñanzas derivadas de la realidad. Hace muy mal su señoría en despreciarlas. Yo en cambio me asombro del empirismo que patrocina y defiende su señoría. Yo abomino a los prácticos. Ser un empírico y hacer presupuestos es tan deplorable como ser un curandero y asistir enfermos. ¡Yo execro el empirismo! ¡El empirismo matará a la república! ¡Sólo la ciencia puede salvarla!

Y la Cámara entera, mayoría y minoría, se decía que el señor Maúrtua tenía razón, que el señor Maúrtua estaba justificando la labor del señor Torres Balcázar, que el señor Maúrtua había evidenciado que el procedimiento inglés no se podía aclimatar en el Perú, que la comisión de presupuesto no había obedecido la más elemental doctrina científica. Toda la Cámara, salvo la comisión de presupuesto, estaba conforme en confesar que la ciencia era la única verdad y la única salvación.

La única excepción era la del señor Abelardo Gamarra. El señor Gamarra sostenía que más eficaz era siempre la práctica que la teoría, que más eficaz era siempre "un curioso" que un facultativo y que más eficaz siempre un remedio casero que un remedio de farmacia...!

Es lo que decía el señor Maúrtua. El criollismo en las finanzas.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–IX–1916)

VOCES

Novena tarde

El señor Manzanilla no quiso perder ayer la costumbre de compartir la presidencia de la Cámara de Diputados con el señor Peña Murrieta. El señor Manzanilla fue presidente hasta que llegó el Ministro de Hacienda a la sala de sesiones. Y el señor Peña Murrieta fue presidente desde que llegó el Ministro de Hacienda a la sala de sesiones. Se diría que el señor Manzanilla no quiere ser presidente de la cámara cuando llega a ella el Ministro de Hacienda.

El debate de presupuesto se inició lánguidamente. Pero de pronto tuvo un estremecimiento, una convulsión, un grito. Fue a propósito del negociado de la Brea y Pariñas. El señor Químper pidió que fuese a la cámara el Ministro de Fomento para explicar las medidas del gobierno en este asunto. Y la mayoría, previendo la dilación de este debate que estira más cada día, se opuso al pedido del señor Químper. Y el señor García y Lastres se puso de pie para decir sus eternas y arrogantes frases:

–Los antecedentes de este gobierno son inmaculados. El criterio de este gobierno es majestuoso. El pensamiento de este gobierno es supremo. La honorabilidad de este gobierno es insospechable.

El señor García y Lastres es evidentemente "colónida". Tiene la certidumbre de que es genio. Imita a los escritores del grupo literario más audaz y vibrante de esta tierra. Y habla de esta suerte:

–Mi admirable proyecto. Mi notable estudio. Mi portentoso análisis. Mi gran erudición.

Y de vez en cuando hace estas modificaciones modestas:

–El admirable proyecto del Ministro de Hacienda. El notable estudio del Ministro de Hacienda. El portentoso análisis del Ministro de Hacienda. La gran erudición del Ministro de Hacienda.

Y el Ministro de Hacienda es el propio señor García y Lastres.

Y tuvo ayer otra actitud interesante el señor García y Lastres a propósito

de la renta del estanco del tabaco. El señor García y Lastres no consentía que se aumentase la renta del tabaco. Y fundaba su oposición así:

–¿Por qué dice su señoría el señor Torres Balcázar que va a aumentar la renta del tabaco? ¡Si las gentes fuman menos cada día! La ciencia demuestra que la nicotina hace daño. Y cada día disminuyen más los fumadores. Yo no fumo.

La cámara tuvo una sonrisa. Y el señor García y Lastres continuó.

–Sí, honorables señores, yo no fumo. No me placen ni los vulgares cigarrillos nacionales, ni los burgueses cigarrillos habanos, ni los voluptuosos cigarrillos egipcios. Tampoco me placen los puros. Hay gentes que los usan después de la comida tras el café. Pero yo no soy de esas gentes. Y el Presidente de la República tampoco fuma. Y el señor Manzanilla tampoco fuma. Son ya muy pocos los grandes hombres que fuman.

El señor Tudela y Varela se puso a punto de interrumpir para decir:

–¡Yo fumo!

Pero comprendió el señor Tudela y Varela que iba a dejar en situación desairada al Ministro de Hacienda. Calló su protesta. Y a la salida de la cámara le dijo a un compañero con absoluto convencimiento:

–¡El señor García y Lastres es todo un Ministro de Hacienda!

(En *El Tiempo*: Lima, 22–IX–1916)

VOCES

Entreacto

Ayer la Cámara de Diputados no quiso ocuparse del pliego de ingresos del presupuesto. No quiso verle la cara. Hoy se ocupará de asuntos particulares. Va a ser éste un entreacto.

Y es que el pliego de ingresos tiene ya fatigada a la Cámara. Hace dos semanas que en ella no se habla sino de partidas, estancos y coeficientes. Y para la tarde de ayer tenía la amenaza de un pedido de reconsideración del estanco del opio. El opio y el señor Balta iban a dejar dormida a la Cámara.

Ayer la Cámara vio una vez más en peligro al señor Ministro de Guerra. Hacía tiempo que el señor Ministro de Guerra, inflexiblemente defendido por la mayoría, se veía a cubierto de toda interpelación y toda moción adversa. Pero ayer la minoría se empeñó en censurar al coronel Puente. Y es que el coronel Puente tiene la culpa. Se obstina tanto en no ir al parlamento a responder las interpelaciones de los diputados, que la minoría, a quien agrada mucho ver en la Cámara al coronel Puente, lo ha tomado a desdén y menosprecio.

El señor Secada resucitó el asunto de la varadura del crucero "Grau". Y se empeñó su señoría en que el encallamiento de esta nave debía ser también el encallamiento del ministro. El señor Grau, defensor pertinaz e irreductible del ministro, le decía:

–¡No ha sido varadura! ¡Ha sido rozadura!

Y el señor Secada le replicaba:

–¡Ha sido varadura!

Pero el señor Grau no cejaba:

–¡No ha sido varadura! ¡Vea su señoría el diccionario de la lengua!

Y el señor Secada respondía inmediatamente:

–¡El diccionario de la lengua es un adefesio! ¡Los académicos saben hacer todo menos diccionarios!

La mayoría se callaba en espera de la votación. Pensaba que eran inútiles los argumentos cuando sobraban los votos. Pero no pensaba lo mismo la barra. Y cuando la mayoría se puso de pie para votar amparando al ministro de guerra, la barra la silbó ruidosamente. La mayoría ruborizada se diría que la devoción al ministro importaba el sacrificio.

Y más tarde, llegada la orden del día, el señor Manzanilla, que había ordenado que se encendiese la luz prematuramente, puso en debate sucesivas redacciones. Los diputados se marchaban a ponerse el frac para comer con el doctor Durand. Ninguno había tenido la previsión de llevar el frac puesto bajo el sobretodo, como suele hacerlo el señor Juan Francisco Ramírez que tiene un criterio yanqui en cuanto a la economía del tiempo.

Los únicos que no se movían eran los diputados de la minoría. Todos ellos le preguntaban al señor Manzanilla a qué hora se comenzaba el debate del pliego de ingresos. Y el señor Manzanilla les contestaba con una sonrisa y les recomendaba discreción con el ademán.

A las 7 y 25 no había más de 20 diputados en la sala y el señor Borda generosamente insinuó:

–Creo que no hay quórum, señor excelentísimo.

Y el señor Manzanilla levantó la sesión con un campanillazo tan tímido que parecía un campanillazo agradecido.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–IX–1916)

VOCES

Anticipo

Hace mucho tiempo que el señor Celestino Manchego Muñoz ha renunciado a los azares de su caballería andante en tierras de Huancavelica. Ha preferido la regalada complacencia de la vida metropolitana. Entre las reticencias y acechanzas de la serranía y los placeres y alegrías de la urbe, ha optado resueltamente por los placeres y alegrías de la urbe.

Y es que el señor Manchego Muñoz le teme ya a Huancavelica. Y le intranquilizan la amenaza de los atropellos de las autoridades y la posibilidad de que el albéitar le olvide, de que el boticario le traicione, de que el cura le execre y de que el campanero le hostilice.

Y entre hacer vida violenta y luchadora en serranías inhospitalarias y rebeldes y hacer vida serena en un hotel cotizable de la capital, el señor Manchego Muñoz, renunciando a sus viriles acometividades y a sus combativas tendencias, encuentra razonable mirar desde Lima los prolegómenos del proceso electoral de Huancavelica y asistir desde Lima al espectáculo de su popularidad desbordante y victoriosa.

Además, el señor Manchego Muñoz, siente la necesidad de cobrarle adelantos a la vida parlamentaria. Tiene la certidumbre de que dentro de un plazo inconmovible será diputado propietario por Huancavelica. Y piensa que no es pecaminoso que se haga desde ahora la ilusión de que ya es diputado. Un hurto espiritual tan inocente como el del señor Pardo respecto de los aplausos de Dalmau.

El señor Manchego Muñoz va todas las tardes a la Cámara de Diputados. Llega a la Cámara antes de que se haya pasado lista. Cuando se llama a los representantes se imagina que el secretario dice también su nombre y contesta mentalmente. A veces ha habido en él tantas alucinaciones y entusiasmo que ha exclamado:

–¡Presente!

Y cuando el señor Manchego Muñoz llega a la Cámara después de que

ha sido pasada la lista, muestra una contrariedad visible de diputado metódico y puntual. Y dice:

–¡He llegado tarde!

Los debates inquietan e interesan vivamente al señor Manchego Muñoz. Asiste a los debates desde la galería de la propia sala de sesiones. Y desde ella, a espaldas de los escaños de la minoría, se agita, interroga, hace acotaciones y paráfrasis e insinúa procedimientos. Cualquiera de estos días el señor Manchego Muñoz desciende a los escaños y pide la palabra.

Y es que el señor Manchego Muñoz es un parlamentario de nacimiento. El Parlamento le obsesiona. Fue candidato desde que tuvo la edad constitucional para serlo. Y su único ensueño es adquirir una representación vitalicia y llegar a la presidencia de la Cámara de Diputados. La sola persona a quien hoy envidia en todo el mundo el señor Manchego Muñoz es el señor Manzanilla.

Viéndole así, entusiasmado y devoto, asistir a los debates parlamentarios e intervenir y votar espiritualmente en ellos, se siente una indignación muy grande contra los mezquinos pueblos del Perú que no han tenido todavía el gesto comprensivo de elegirlo diputado. Y se reflexiona en lo mal que hace Huancavelica en abrigar todavía dudas acerca de su elección.

Desde la penumbra de su habitual sitio de la Cámara el señor Manchego Muñoz mira torvamente a su contendor el señor Menéndez. Y piensa que muy en breve ha de sustituirlo en su escaño. Y momentáneamente se venga de su señoría, que usurpa actualmente una representación que él siente suya, refocilándose a costa de todos los ataques de la minoría contra el señor Menéndez. Y él mismo azuza estos ataques y ajocha sigilosamente al señor Secada contra el señor Menéndez, usufructuando sus heroicos sentimientos proindígenas.

Y no hay sesión a la cual falte el señor Manchego Muñoz. Es más puntual y constante que todos los diputados. Está en la Cámara hasta que termina la sesión. Y da opiniones e iniciativas sobre el debate. Y se resiente con nosotros porque no le mencionamos en las Voces.

El señor Balbuena nos dice de él:

–El señor Manchego recibe un anticipo de la vida parlamentaria. Una buena cuenta. ¡Y quien consigue un anticipo sobre probables utilidades tiene crédito! ¡Indiscutible, amigos míos!

(En *El Tiempo*: Lima, 24–IX–1916)

VOCES

El retorno

En el Perú todos debíamos creer en el Destino. En el Perú todos debíamos ser fatalistas. Y en el Perú todos debíamos ser abúlicos. Absurdo es que haya entre nosotros quienes tengan fe en el triunfo de la voluntad. En el Perú todos debíamos vivir confiados en el santo advenimiento.

Y es que la voluntad de los peruanos no tiene nunca eficacia. Ni siquiera cuando es la voluntad del señor don José Pardo. Y esto basta para proclamar la absoluta ineficacia de la voluntad de los peruanos. Cuando la voluntad de una persona tan arrogante y máxima escolla ante el Destino, justo es pensar que la voluntad de las ínfimas personas de esta tierra no tendrá mayor fortuna. Pensar de otro modo, sería audaz y atrevido.

Hace pocos días que ha llegado a Lima el señor don Manuel Montero y Tirado. El señor Montero y Tirado fue a Estados Unidos, obedeciendo a la voluntad del señor Pardo. La voluntad del señor Pardo quería un empréstito. Pero, a pesar de ser la voluntad del señor Pardo la que quería un empréstito, el capital yanqui tuvo la rara descortesía de negarlo. En vano el señor Montero le decía al capital yanqui:

–¡Quien demanda un empréstito es el Presidente del Perú!

El capital yanqui no le respondía. Y el señor Montero y Tirado, atribuyendo este silencio grosero a ignorancia sobre quién era el Presidente del Perú, agregaba entonces:

–¡El Presidente del Perú es el señor don José Pardo!

El capital yanqui contestaba entonces. Pero contestaba de esta suerte:

–¿Qué garantía ofrece el Perú para este empréstito?

Y el señor Montero y Tirado se apresuraba a responder:

–¡La palabra de honor del señor Pardo! ¡La garantía del señor Pardo!

Pero el capital yanqui desdeñaba el ofrecimiento y decía:

–Preferimos la garantía del petróleo de Tumbes.

El señor Montero y Tirado se espantaba. Se decía que era una irreverencia muy grande la del capital yanqui. Y que Estados Unidos era una nación mercenaria y codiciosa. Y que había sido admirable el acierto de José

Santos Chocano al llamarlo país de prosa cotizable y nefanda. El capital yanqui había tenido la osadía inverosímil de encontrar buena la garantía del petróleo de Tumbes y mala la garantía del señor don José Pardo. El señor Montero y Tirado se enloquecía asombrado. Y les preguntaba a las gentes de Nueva York:

–¿Qué vale más? ¿El petróleo de Tumbes o la palabra de honor del señor Pardo?

Las gentes de Nueva York se explicaban la pregunta y sonreían. El señor Montero y Tirado, lleno de desolación, decidió su regreso. Y hace pocos días que el señorMontero y Tirado se encuentra nuevamente en Lima, ciudad que le quiere tanto como el señor Montero y Tirado se merece. Ha venido sin empréstito. Ha venido sin un centavo. Pero ha traído, en cambio, crédito.

Así es nuestra infelicidad. Así es de acerbo el destino con nosotros. Así es de descortés e inicuo. Envía el señor Pardo a Estados Unidos a un plenipotenciario para que pida prestados cuarenta millones. Gasta cuatro mil libras en hacerle cómodo el viaje y regalado el paseo. Y el plenipotenciario del señor Pardo no sólo vuelve sin el empréstito. Vuelve con un crédito. Las gentes de Nueva York no quisieron darle dinero con las garantías de la palabra de honor del señor Pardo. Mas hubo entre ellas una que le arguyó y que le demostró que el Perú le debía. Fue el ingeniero Jacobo Krauss.

El señor García y Lastres acaba de comunicarlo al Congreso en una nueva reunión de deudas nacionales. Le ha dicho al Congreso el señor García y Lastres:

–En Nueva York le han comprobado al señor Montero que debemos cuarenta mil libras por ciertos estudios portuarios. Como el señor Montero es tan honrado y circunspecto, ha tenido que reconocerlo. Debemos, pues, cuarenta mil libras más de lo que pensábamos. El señor Montero, que acaba de llegar de Nueva York, ha tenido oportunidad de comprobarlo.

Y el Congreso tendrá que sonreírse. Y tendrá que sancionar el crédito. Y tendrá que resolver su cancelación. Y tendrá que declarar que el viaje del señor Montero y Tirado a Nueva York –que no ha servido para conseguir un empréstito, pero que sí ha servido para descubrir una deuda– ha alcanzado un éxito admirable. Y que la iniciativa de este viaje ha sido una de las más admirables iniciativas del señor Pardo...

(En *El Tiempo*: Lima, 25–IX–1916)

VOCES

Buenos oficios

El señor Concha nos ha desmentido una vez más. Una vez más, dice él mismo, se ha visto obligado a desautorizarnos. Pero lo ha hecho por hacernos portadores de un reclamo. Hemos sido buzón de una queja del señor Concha. El señor Concha nos dedica todos los acápites de su carta, pero le dedica al señor Pardo todas las interlíneas.

Ayer hemos publicado esta carta de desmentido del señor Concha. Invitamos al público minucioso y cortés que la ha leído a que la relea. No la reproducimos por falta de espacio y por hacerle reclamo a nuestras ediciones pasadas.

Esa carta no tiene como principal objeto el desmentido. Tiene como principal objeto una lamentación del señor Concha. Contamos nosotros hechos de los cuales se derivaban una influencia y una autoridad muy grandes del señor Concha en el régimen actual. Y el señor Concha nos ha contestado para decirnos que nos agradece nuestro empeño en exhibirlo gozando de un influjo extraordinario y decisivo en el régimen, pero que desgraciadamente no tiene ni grande ni pequeño influjo. Y nos ha contestado para añadirnos que no tiene ni grande ni pequeño influjo "desgraciadamente", aunque debía tenerlo. Ha dicho así más o menos el señor Concha:

–Ustedes suponen que yo tengo gran predominio en la administración del país. Ustedes suponen que yo soy el favorito del señor Pardo. Ustedes suponen que yo tengo una autoridad muy grande. Ustedes son muy generosos. No es cierto que yo tenga tal predominio. No es cierto que yo tenga tal autoridad. No es cierto que yo sea el favorito del señor Pardo. Me parte el alma decirlo. Es una desgracia enorme. Y les juro a ustedes que no la merezco. Porque yo soy muy leal al señor Pardo. Porque yo merezco que me tenga en el mejor predicamento el señor Pardo. Porque yo soy acreedor

a todas las contemplaciones del señor Pardo. El señor Pardo es un ingrato.

Tales cosas nos ha dicho el señor Concha. No le calumniamos. Nos remitimos a su carta de ayer. La interpretamos con verdad absoluta. Tan absoluta que el señor Concha no podrá pedirnos una nueva rectificación. Nosotros apenas si hacemos la exégesis de la carta del señor Concha. Una carta del señor Concha es tan trascendental que requiere exégesis.

Y a nosotros nos conmueve la queja del señor Concha. Nos acongoja. Nos consterna. Y nos indigna contra el señor Pardo. El Perú entero piensa que el señor Concha es un favorito. Y el señor Concha tiene que decirle al Perú entero:

–Yo no soy un magnate. Yo no soy un favorito.

Mala suerte tiene el señor Concha. Organizó una excursión universitaria a Trujillo. Y se descarriló el tren que llevaba a los excursionistas. Intervino en un paseo del crucero "Grau" a Chorrillos. Y el crucero "Grau" estuvo a punto de encallar en Chorrillos. Desembarcó el señor Concha en una chalupa del "Grau". Y la chalupa del "Grau" perdió el timón y se quedó al garete. Todo esto después de que el señor Concha fue el alma de la candidatura del señor Pardo y después de que, triunfante esta candidatura, el señor Concha no ha llegado a ser el mentor y el confidente del señor Pardo.

A nosotros nos indigna esta desgracia del señor Concha. Nos parece una injusticia muy grande del señor Pardo. Releemos una, dos, tres, cuatro, cinco veces la carta del señor Concha. Y su queja nos contrista y nos llena de amargura. Y pensamos qu el señor Concha nos ha hecho intermediarios de un recado suyo para el señor Pardo. Pensamos que ha usado nuestra mediación. Y, llenos de simpatía para el señor Concha, decidimos ofrecerle nuestros buenos oficios...

Décima tarde

Hoy llegará el debate del pliego de ingresos a su undécima tarde. Que es como quien dice a su undécima hora. El debate avanza a paso de tortuga. Y entra ya a la tercera semana. La cámara bosteza aburrida de tanta suma, de tanta multiplicación, de tanto promedio y de tanto coeficiente.

Quienes más se desesperan con el debate del pliego de ingresos son los diputados del bloque chico. El bloque chico se consolida y afirma, pero se abstiene de intervenir en los debates. Vive lejos de ellos y lejos de la

cámara. Desde sus escaños dispuestos en fila mira de soslayo la función legislativa del parlamento. Rodea al señor Maúrtua, celebra su discurso sobre el presupuesto, se sonríe del leader de la mayoría y examina las metamórfosis de la farola. Y dialoga con un estrépito que exaspera a los secretarios y desquicia la acústica del salón. En la cámara se hacen comentarios sobre el bloque chico:

–Ese que está allí es el bloque chico.

–¿Todavía existe el bloque chico?

–Todavía existe el bloque chico.

–¿Todavía se llama bloque chico?

–Ya no se llama bloque chico. Ya no tiene título, mote ni denominación alguna. Pero aún vive y alienta.

–¿Y es pardista el bloque chico?

–No es pardista el bloque chico.

–¿Es entonces pradista el bloque chico?

–El bloque chico, es como dijo una vez el señor Maúrtua: ministerial.

–¿Acaso el señor Maúrtua es del bloque chico?

–El señor Maúrtua no es del bloque chico. Pero es ministerial como el bloque chico.

–El bloque chico es tornadizo como la farola.

–El bloque chico es grave.

–El bloque chico es retórico.

–El bloque chico es templado.

A veces el bloque chico deja sus escaños y celebra cónclaves ligeros en la galería sonora y penumbrosa de la sala de sesiones. Y la galería, que tiene gran acústica, recoge sus voces y llena la sala de un rumor zumbón y pertinaz. Los secretarios le piden al señor Manzanilla que agite la campana. Los periodistas pierden la ilación de los debates. Pero el señor García Irigoyen, ronco y monorrítmico, o el señor Solf y Muro, sedante y mesurado, siguen adoctrinando a la sordina.

Sin embargo el bloque chico es simpático. Y sobre todo es necesario en la Cámara de Diputados. Así como el señor Manchego es imprescindible en la galería izquierda de la cámara que es la galería de la oposición. El bloque chico es imprescindible en la galería derecha de la cámara, que es la galería de los periodistas.

Ayer, décima tarde del pliego de ingresos, el debate no tuvo importancia. Fueron aprobadas tres o cuatro partidas. Presidió el señor Manzanilla. Se encendió la luz eléctrica a las 5 y 35, hora imprudente y temprana. Y se

advirtió una nueva metamórfosis de la farola. La farola estaba luminosa. Sus cristales multicolores tamizaban la luz de muchos focos eléctricos. El señor Manzanilla estaba encantado de la nueva y brillante metamórfosis. Y desechaba indignado la idea del señor Manuel Jesús Gamarra de que se arreglase la instalación eléctrica de la farola combinando con los foquitos eléctricos una bandera peruana...

(En *El Tiempo*: Lima, 26-IX-1916)

VOCES

La primavera

Aunque el frío sigue acerbo y pertinaz la lluvia, aunque sigue intransigente la neblina y la atmósfera húmeda, es lo cierto que ésta es la Primavera. Lo dice el Calendario de Roca y Boloña. Lo dice el almanaque de Brístol. Lo dicen los periódicos. Lo dice el Centro Universitario. Lo dice Dalmau. Lo dice todo el mundo. A nadie le consta en rigor que ésta sea la Primavera. Ni siquiera a las niñas bonitas cuyos tiestos y cuyos jardines se desentumecen y retoñan. Ni siquiera a los niños que juegan foot–ball. Ni siquiera al señor don José Pardo que es Presidente de la República, y que, a pesar de serlo, sufre las amenazas de las gripes y de los catarros. Pero, sin embargo, es evidente que ésta es la Primavera, pese al frío, pese a la lluvia, pese a la neblina, pese a la atmósfera.

Para la política sigue haciendo frío. Para la política sigue siendo invierno. Para la política no ha llegado aún la Primavera. La política anda embozada y furtiva. La política está entumecida y tiritante.

La Primavera sólo ha comenzado para algunos políticos. Ha comenzado para el señor Manuel Bernardino Pérez, a quien todas las estaciones le parecen casi siempre Primavera. Ha comenzado para el señor Borda, que tiene alma juvenil, plácida y rozagante. Ha comenzado para el señor Manzanilla, que inventa juegos de luces y cristales para la farola de la Cámara de Diputados. Ha comenzado para el señor don Enrique de la Riva Agüero, cuyo espíritu es siempre primaveral como el de una golondrina. Ha comenzado para el señor don José de la Riva Agüero, que es fresco, rosado y exuberante como una flor o como una manzana. Ha comenzado para el señor Torres Balcázar, que es vibrante como un toque de atambor. Ha comenzado para el señor Maúrtua, que concilia sus científicas y positivistas convicciones con soñadores empeños. Ha comenzado para el señor Osores, que aspira a la noble calidad de burgomaestre. Ha comenzado para el señor Ulloa, que es persuasivo e idealista como un apóstol. Ha

comenzado para el señor Tudela y Varela, que ama a Miraflores, al campo, al mar, a la ribera, a las arboledas y a los jardines. Ha comenzado para el señor José María de la Jara, que es lírico, sentimental y candidato a una diputación. Ha comenzado para el señor Balbuena, que es alegre como un jilguero. (Hemos estado a punto de olvidarnos de mencionar al señor Balbuena, que no nos lo habría perdonado nunca).

Pero también ha habido políticos para quienes no ha comenzado aún la Primavera. Y uno de ellos es el señor don José Pardo. Es angustiadora esta certidumbre. Pero es igualmente exacta. La Primavera ha encontrado al señor Pardo viejo y decadente. Y lo ha encontrado enfermo. "Delicado de salud", como dicen las crónicas sociales y las crónicas palatinas. El día en que llegó la Primavera, según el Calendario, según el Almanaque de Brístol y según la Convención Universitaria, el señor Pardo estaba amenazado por la influenza y el romadizo. Y su espíritu sintió las aflicciones de su organismo caduco y desfalleciente.

Grande sería la tristeza del señor Pardo en ese día. Y grande sería también la tristeza de Miraflores. Muy sensible es que la tristeza del señor Pardo y la tristeza de Miraflores, por tener tan grave causa, no hayan sido también la tristeza del país entero. Y es que en día de tanta trascendencia cronológica, el señor Pardo pensaría que era la Primavera y se levantaría animoso y placentero. Y se sentiría joven, regocijado, jubiloso, vibrante. En bata de dormir dejaría el lecho tibio y regalado. Pero se miraría en el espejo. Y en el espejo traicionero y avieso se encontraría canoso, decaído y marchito. Una corriente de aire frío le causaría un estornudo. En los ojos del señor Pardo se aglomerarían las lágrimas ácidas e importunas del catarro. El señor Pardo sentiría frío dentro de su bata de dormir suntuosa y amable. En seguida se asomaría a una ventana. Y miraría anubarrado el cielo, turbio el horizonte, sucio y gris el cielo, sombría la ciudad, triste y desmedrado el jardín. Le afligiría una congoja muy intensa. Y lleno de pena pensaría que todo el país, que todo el contienente, que toda la tierra y que todo el universo estaban anubarrados, turbios, sucios, sombríos, tristes y desmedrados. Y la humedad impertinente de la atmósfera callejera le haría daño. Y suscitaría en él la tos, el estornudo y el lagrimeo prosaicos y dolorosos. El señor Pardo se convencería de que no era la Primavera y tornaría a la alcoba. Y tornaría al lecho.

La primavera no ha comenzado, pues, para el señor Pardo. No le ha encontrado buenmozo, alegre, rozagante, fresco, robusto. Lo ha encontrado envejecido, resentido y con romadizo.

Tampoco ha comenzado la Primavera para el señor don Javier Prado y Ugarteche. Pero no ha comenzado para el señor Prado y Ugarteche por motivos muy distintos. Para el señor Prado y Ugarteche la Primavera había comenzado hace mucho tiempo. Y es que el señor Prado y Ugarteche vive en Chosica, que es la aldea de la Primavera. Una trampa que el señor Prado y Ugarteche le ha hecho al señor Pardo...

(En *El Tiempo*: Lima, 27–IX–1916)

VOCES

Nuevo entreacto

El pliego de ingresos del presupuesto se vio ayer, una vez más, detenido y paralizado. Un debate animado y bullicioso llenó casi toda la tarde. Y de nada le valió al señor Manzanilla mantener en la penumbra el salón de sesiones hasta muy tarde. Los ánimos se encendieron espontáneamente sin que hicieran falta estimulantes físicos.

El señor Manzanilla se muestra más metódico y obstinado que nunca en cuanto al sistema de iluminación de la sala de sesiones. Perseverante en sus investigaciones y ensayos, ha comenzado a aplicar un nuevo procedimiento, el de la iluminación gradual. Ya no se encienden simultáneamente todas las luces. Ahora se comienza por encender las tímidas y débiles de la farola. Se encienden luego las luces de la galería alta. Y finalmente se encienden las luces de la galería baja. La luz se hace, pues, poco a poco. Se diría que hay un raro empeño en tener al parlamento en la penumbra, si no fuera presidente de la cámara un político tan progresista como el señor Manzanilla.

A quien más place la penumbra es al señor Criado y Tejada. Y no es porque el señor Criado y Tejada tenga muy buena vista. El señor Criado y Tejada es miope. Pero ocurre que el espíritu de su señoría se refocila en las sombras y se cohíbe en la luz. Se semeja al espíritu de una crisálida. O al de un murciélago. O al de un gato. Bajo un arco sombrío de la sala, el señor Criado y Tejada gusta de leer a Von Bernhardi y de reflexionar al mismo tiempo, no obstante la disimilitud de ambas ocupaciones, en arduas iniciativas electorales.

En cambio se rebela contra las sombras el señor Secada. El señor Secada tiene un espíritu que se semeja al de una mariposa. Esto no significa que el señor Secada se chamuscará algún día en el fuego de un fanal.

A pesar de la iluminación progresiva, de las sombras y de los procedimientos científicos del señor Manzanilla, hubo ayer debate político

animado y bullicioso como ya hemos dicho. Lo promovió el señor Grau con motivo de la presión de un adjunto electoral. Y lo sostuvo toda la minoría.

La minoría quiso también que se rindiese un homenaje a la fecha. Y presentó un proyecto para el establecimiento de una escuela de aviación. Pero se opuso a que fuese aprobado. Recordó que existía un acuerdo para posponer a la aprobación del presupuesto toda proposición que significase aumento de los egresos. El señor Manzanilla tuvo una sonrisa maligna.

Finalmente la Cámara se ocupó muy seriamente de la manera de exterminar los zancudos y de perseguir el tifus. Y después de que se hubo aprobado el proyecto, el señor Balta pidió que fuera publicado en los periódicos para estudiarlo con detenimiento. La votación de este proyecto fue larga pero silenciosa. La cámara no quiso debate. Y no hizo observación, sobre los métodos de extirpación de los zancudos y de persecución del tifus, ni siquiera el señor Velezmoro.

(En *El Tiempo*: Lima, 28–IX–1916)

VOCES

Undécima tarde

La tarde de ayer fue la undécima tarde del debate del pliego de ingresos. Pero no fue como esperábamos la undécima hora de este debate que está haciendo bostezar a la opinión pública. La opinión pública y nosotros que estamos muy cerca de ella no sabemos nada de estas graves cosas de los ingresos públicos, de los promedios, de los coeficientes, de los cálculos y de las probabilidades númericas. Tema tan prosaico no nos entusiasma.

Y este debate del pliego de ingresos es un debate mentiroso y avieso. A veces languidece. Da la impresión de que agoniza y de que se muere. Y cuando las gentes de la tribuna del público y de la tribuna de la prensa lo celebran y se alborozan, el debate vuelve a erguirse, vuelve a animarse, vuelve a adquirir vitalidad, energía y vibración. Es un debate embustero que defrauda las expectativas de las gentes.

El señor Torres Balcázar dirige este debate. El humor del señor Torres Balcázar es el diapasón de este debate. La perseverancia del señor Torres Balcázar es la perseverancia de este debate. Su señoría es como un atleta mitológico que detuviese un ciclón. Cuando le miramos en su escaño, colorado y sonoro, desmenuzar las partidas del ejecutivo, evocamos a Herakles echándose a cuestas la Tierra.

Precedió al debate del pliego de ingresos una animada estación de pedidos. Ocurre siempre así. Los debates de los pedidos son como el aperitivo de los debates de la orden del día. Sobre todo cuando en los debates de los pedidos interviene el señor Velezmoro que está de moda en la cámara de diputados. Los discursos de su señoría son tan graves y ceñudos que ponen las notas más risueñas en los debates. El éxito hilarante de las palabras de su señoría es definitivo, rotundo, indiscutible, perfecto. Una frase del señor Velezmoro tiene más eficacia que un chiste del Almanaque de Brístol.

En la estación de los pedidos, el debate aperitivo fue sostenido también

por el señor Torres Balcázar. El señor Torres Balcázar, recogiendo un pedido del señor Basadre, apostrofó al Senado por su hostilidad al proyecto de amnistía. Dijo que el Senado no tenía humanidad y que consentía que se muriesen en las cárceles los infelices responsables de delitos políticos. El señor Balbuena, paladín de la justicia, tuvo que abandonar la sala para no acompañar al señor Torres Balcázar en su apóstrofe.

Y en la orden del día tornó a vibrar la frase del señor Torres Balcázar. A nosotros se nos ocurre que la frase del señor Torres Balcázar es sonora, colorada y gorda como su señoría. Señaló el señor Torres Balcázar el porvenir sombrío del Oriente peruano. Y le preguntó al ministro de hacienda:

–¿Qué piensa el gobierno del señor Pardo del porvenir del Oriente peruano? ¿Qué ha planeado para defenderlo? ¿Cuál es el criterio del gobierno del señor Pardo en un problema nacional de tanta gravedad? ¡El Oriente peruano está amenazado! ¿Qué va a hacer el gobierno del señor Pardo para salvarlo?

El señor García y Lastres contestó como contesta siempre. Los mismos conceptos. Las mismas frases. La misma palabra. La misma voz. El mismo ademán. El mismo gesto.

–El gobierno se preocupa seriamente de este problema. Este problema es un problema muy serio y muy complicado. El gobierno lo estudia. Y el ministro de hacienda declara que será inteligentemente atendido. El parlamento debe estar tranquilo.

El señor Torres Balcázar insistió. El Sr. García y Lastres tornó a responder. Volvió a hablar el señor Torres Balcázar. Y, porque fuese su discurso el último, volvió a hablar el señor García y Lastres. Pero el señor Torres Balcázar se dio cuenta de la intención del señor García y Lastres y la frustró. Replicó todas las contestaciones del señor García y Lastres. Hasta que el señor García y Lastres abandonó su propósito y el señor Manzanilla levantó la sesión. Eran las 7 y 30 p.m.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–IX–1916)

VOCES

Duodécima tarde

El debate del pliego de ingresos ha seguido ocupando a la cámara de diputados. La de ayer fue la duodécima tarde de este debate complicado, abstruso, reticente y lánguido. Y hubo en ella largo discurso del señor Balta sobre el opio.

Y el opio del discurso del señor Balta hizo enfermizo el debate por largos instantes. La cámara adquirió ambiente de pagoda china. Las luces desfallecieron. Y la farola adquirió una fisonomía asiática y morbosa.

Todos le desconocíamos al señor Balta tan amplia versación sobre el opio. No podíamos imaginarnos que político tan respetable, austero y honesto como su señoría, dedicase su tiempo al examen de asunto de tan maliciosa categoría. Y teníamos que asombrarnos cuando escuchábamos al señor Balta disertar de esta suerte:

–Se fuma opio en la China, en la India, en Francia, en Estados Unidos, en Sud América. No se fuma opio en el Japón, en las islas Filipinas, en el Egipto ni en la Abisinia. El opio es sedante, anestesiante y alucinante. El humo del opio es profuso y suave. Tiene sabor plácido. Yo no he podido constatarlo, pero sabios maestros lo enseñan.

Nosotros esperábamos que el señor Balta se ocupase de Claude Farrere y de "Los Civilizados" para hacerle "reclame" a la biblioteca popular de "La Prensa". Pero nos equivocamos. El señor Balta no quiso hablar de Claude Ferrere, de "Los Civilizados", ni de la biblioteca popular de "La Prensa".

Los diputados escuchaban al señor Balta unciosamente. La cámara se sentía invadida de laxitud y morbidez. Y parecía que saboreaba opio.

Después en los grupos habituales había animado diálogo. El señor Balbuena como siempre se ocupaba de su candidatura, de su popularidad y de sus adhesiones. El señor Maúrtua decía juicios sazonados sobre cosas pueriles. El señor Menéndez afirmaba que el señor Manchego Muñoz

había perdido ya la adhesión del albéitar en Huancavelica. El señor Sayán y Palacios elogiaba las iniciativa del gobierno para perseguir el tifus y exterminar a los zancudos. El señor Uceda le demostraba al señor Abelardo Gamarra que no era cierto que fuese inconveniente el sistema métrico decimal. El señor Manuel Jesús Gamarra sostenía que la pronunciación del señor Luis Felipe Luna no era todo lo castiza que debía ser la pronunciación de un secretario. El señor Parodi conversaba con el señor Morán sobre la necesidad de combatir la literatura pornográfica. El señor Basadre le hacía traviesamente una caricatura al señor Maldonado.

Y la sesión se caracterizó como las anteriores por la metódica y progresiva iluminación de la sala. Se encendieron las luces unas tras otras. La sala permaneció por mucho tiempo en la penumbra. Y cuando los diputados más miopes se quejaban de la penumbra y protestaban contra el parlamentarismo científico, el señor Manzanilla ordenaba que se encendiera un foco más en la farola. La protesta era unánime. El único partidario que va a tener de repente el parlamentarismo científico de la luz va a ser el señor Balbuena...

(En *El Tiempo*: Lima, 30–IX–1916)

VOCES

Claudicaciones

Hay en la Cámara de Diputados silencios que extrañan y que estimulan el comentario y el chisme. Son los silencios de todos los oradores reputados que se encastillan en la mudez y en la discreción. Uno de estos silencios era el del señor Maúrtua. Las gentes se preguntaban:

–¿Por qué no habla el señor Maúrtua?

Pero el señor Maúrtua habló un día sobre la amnistía y el perdón. Y habló otro día sobre el presupuesto. Y fueron los suyos vibrantes discursos que calmaron la ansiedad de las gentes sedientas de la palabra de su señoría.

Sin embargo, son aún muchos los silencios que preocupan a las gentes. Sus interrogaciones se suceden de esta guisa:

–¿Por qué no habla el señor García Irigoyen?

–¿Por qué no habla el señor Solf y Muro?

–¿Por qué no habla el señor Criado y Tejada?

–¿Por qué no habla el señor Salomón?

–¿Por qué no habla el señor Fuentes?

Y estas interrogaciones se quedan sin respuesta.

El señor García Irigoyen, orador pertinaz e intermitente en otra época, calla ahora en la cámara. Y la cámara recuerda apenada los días en que el señor García Irigoyen fue leader y se duele de que no siga siéndolo. El señor Solf y Muro, suave y sedante, calla también. Su voz, que tiene parsimoniosas virtudes de son de dulzaina y de inhalación de cloretilo, no suena como antes arcangélica y mansa. El señor Criado y Tejada se circunscribe a sus estudios militares y, en las horas en que la Cámara ansía su palabra metafórica como poesía de Quintana y engalanada como transitoria cantina de 28 de Julio y Navidad, hace silencioso examen del progreso de las operaciones en la contienda europea. El señor Salomón, místico y grave como un rabí, no habla ni de la amnistía ni del presupuesto

como el señor Maurtúa. Piensa en Andahuaylas, en las elecciones por venir y en la trashumancia incurable y testaruda de su hermano don Oscar Víctor. El señor Fuentes, que es locuaz en la intimidad y en la cátedra universitaria, se torna reservado y discreto en la cámara.

Las gentes piensan que el señor García Irigoyen, el señor Solf y Muro, el señor Criado y Tejada y el señor Fuentes, están en plena claudicación de la oratoria. Tal como el señor Juan Francisco Ramírez claudicó un día de su resolución de no hablar nunca, ellos claudican hoy de su resolución de hablar toda la vida.

En quien más sorprenden estos silencios es en el señor Fuentes. El señor Fuentes es el leader de los constitucionales. El señor Fuentes es profesor de metafísica. El señor Fuentes es abogado. El señor Fuentes es coronel de infantería. El señor Fuentes es poeta. El señor Fuentes es cacerista.

Hay razones sobradas para que el señor Fuentes hable. ¿Y por qué no habla entonces el señor Fuentes?

Tiene amigos curiosos a quienes el silencio empecinado del señor Fuentes sorprende. Uno de ellos le ha preguntado:

–¿Por qué no habla usted, amigo mío?

Y el señor Fuentes ha respondido disculpándose con los ímpetus de la minoría:

–Ya no es posible hablar en la cámara de diputados. Tiene uno un duelo siempre en perspectiva. Para hacer un discurso hay que tener previamente elegidos médico y padrinos. Y esto es bárbaro. Y esto no es civilizado. Yo soy un hombre pacífico. Yo soy profesor de metafísica.

Y es que en el señor Fuentes, que así se asusta ante el duelo, existe una gran dualidad espiritual. Su espíritu tiene dos fases. Una de profesor de metafísica. Y otra de cacerista. Y el señor Fuentes piensa casi siempre que más razonable es ser profesor de metafísica...

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –X–1916)

VOCES

Malos presentimientos

Un día dimos la noticia de la candidatura del señor don Manuel Bernardino Pérez a la diputación por Pataz. La dimos regocijados, alegres, placenteros. Y dijimos que una candidatura de tan egregia calidad era una candidatura invencible.

Y es que nosotros pensábamos que la candidatura del señor Pérez habría despertado un entusiasmo frenético en Pataz. Y que en Pataz se habría comprendido el honor inmenso que significaba la candidatura del señor Pérez a la diputación. Y que en Pataz los viejos y los jóvenes, los cultos y los palurdos, tributarían la misma devoción al señor Pérez. Y que las niñas de Pataz tendrían en el testero de honor de su alcoba el retrato del señor Pérez. Y que los mozos de Pataz se pondrían en una escarapela el busto gallardo y robusto del señor Pérez.

Hoy hemos sabido con sorpresa que nos equivocábamos. La candidatura del señor Pérez no ha despertado en Pataz el entusiasmo, el fervor, la reverencia, el alborozo, la satisfacción, que nosotros suponíamos. Las gentes de Pataz no se han regocijado con la candidatura del señor Pérez. Las niñas de Pataz no tienen en el testero de honor de su alcoba el retrato del señor Pérez. Los mozos de Pataz no se ponen escarapelas con el busto gallardo y robusto del señor Pérez. Ingratitud, frialdad, reticencia, recelo, encuentra en Pataz la candidatura del señor Pérez.

La noticia de tal irreverencia tiene afligido al señor Pérez. El señor Pérez se encuentra consternado y triste. Su paso es lento y acongojado. Su voz es sombría y taciturna. Su mirada es turbia y descolorida. Su ademán es lerdo y fatigado. Y en los clubes y en las confiterías el señor Pérez se muestra transformado y enfermo. Y en su bufete de abogado se duerme sobre los expedientes y sobre los oficios. Y en Palacio ronda inquietamente en las oficinas del ministerio de gobierno pensando acaso en que el subprefecto, el amanuense archivero y el gobernador de Pataz no manifies-

tan todo el celo que su candidatura reclama.

Las gentes de Pataz, se han erguido rebeldes contra el señor Pérez. Las gentes de Pataz han censurado las aspiraciones del señor Pérez. Las gentes de Pataz han tenido la osadía de preguntar de esta suerte:

–¿Quién es el señor Pérez?

Y cuando las sabias y acuciosas autoridades les han dicho a las gentes de Pataz:

–El señor Pérez es el señor don Manuel Bernardino Pérez–, las gentes de Pataz han tenido la gravísima insolencia de interrogar nuevamente:

–¿Quién es el señor don Manuel Bernardino Pérez?

Y entonces las sabias y acuciosas autoridades de Pataz se han quedado perplejas. Han comprendido que no podían decir sino que el señor Pérez era el señor don Manuel Bernardino Pérez. Y que no podían decir que el señor Pérez era civilista, ni que el señor Pérez era amigo del Presidente de la República, ni que el señor Pérez había sido enemigo del señor Leguía, ni que el señor Pérez era abogado de la Beneficencia, ni que el señor Pérez era persona ladina y amable, ni que el señor Pérez había sido inspector de espectáculos, ni que el señor Pérez gustaba del trato asequible de las tiples de zarzuela y de las bailarinas de *varietées*. Las sabias y acuciosas autoridades de Pataz han entendido que si las gentes de esa provincia no saben quién es el señor Pérez es imposible precisarles con exactitud sus méritos, sus dotes y sus títulos. Gentes poco comprensivas y poco inteligentes las de Pataz, no son capaces de darse cuenta de la excelsitud y originalidad del señor Pérez.

A nosotros estas certidumbres nos tienen indignados. Si no fuéramos diaristas, si no tuviéramos la convicción de que nuestra pluma y nuestra frase son poco elocuentes para llevar a la conciencia de Pataz la grandeza del señor Pérez, si no comprendiéramos que iba a ser débil y humilde nuestro esfuerzo, nos iríamos a Pataz para escribir periódicos, para dar conferencias; para hacer la exégesis, la exaltación y el elogio de la candidatura del señor Pérez. Y protestaríamos contra las pretensiones del señor Gonzalo Herrera, opositor del señor Pérez. Y dirigiríamos un manifiesto al país sobre la candidatura del señor Pérez. Porque para nosotros la candidatura del señor Pérez es una candidatura nacional, como fue la del señor Pardo. Y nos sorprende que no haya sido una convención tripartita la que le haya proclamado.

Y hemos sabido con desolación una noticia desconsoladora. Una de las sabias y acuciosas autoridades de Pataz, el subprefecto Rebaza, ha resuelto

regresar a Lima y abandonar su puesto. El subprefecto Rebaza renuncia a la lucha. El subprefecto Rebaza ha flaqueado en la lid. El subprefecto Rebaza es un desertor. Es inútil que sostenga que en Pataz, a pesar de su persuasivo esfuerzo, las gentes tienen la audacia de no querer bien al señor Pérez.

Nuestro ánimo afligido comparte la amargura de estas apenantes noticias sobre la suerte de la candidatura del señor Pérez.

Y es tanta nuestra tristeza, y es tanta nuestra indignación, que proponemos que el señor Pérez retire su candidatura a la diputación por Pataz. Y que la presente a una diputación por Lima. En Lima elegiríamos canónicamente al señor Pérez.

(En *El Tiempo*: Lima, 2–X–1916)

VOCES

Interrogaciones

La política está dormida. No se le siente. No se le ve siquiera. Duerme a pierna suelta. Duerme con sueño de narcótico. Y es tan discreta que no ronca. Sólo que como la política es sonámbula, hay que temer que de repente se ponga de pie y haga alguna travesura. Y que luego torne a su lecho y siga durmiendo. Porque es evidente que la política es sonámbula. Y que tiene aguzado y perfecto el sexto sentido. Nosotros la hemos visto alguna vez en la noche pasar junto a nosotros con bata de dormir y alumbrándose con un candil.

Y este sueño de la política molesta a las gentes. Y nos indigna a nosotros que necesitamos que la política se agite, haga ruido y fomente escándalo. Y exaspera al chisme callejero que no encuentra tema.

Las gentes hablan de esta suerte:

–¿Qué pasa?

–No pasa nada.

–¿Qué piensa el señor Pardo?

–El señor Pardo no piensa nada.

–¿Qué piensa entonces el señor Concha?

–Piensa que es muy plácida y dulce la primavera. El señor Concha en otros tiempos ha sido estudiante, ha presidido el Centro Universitario, ha celebrado la fiesta de la Primavera y ha salido a la calle con escarapela.

–¿Y qué piensa el señor Prado y Ugarteche?

–El señor Prado y Ugarteche continúa en Chosica.

–¿Y qué hacen los civilistas?

–Los civilistas ponen los ojos alternativamente en el señor Prado, en el señor Pardo y en el señor Leguía.

–Poner los ojos en el señor Leguía es ponerlos en Londres.

–Efectivamente.

De esta vaguedad, de esta incertidumbre, de esta indecisión, de esta

incoherencia, de esta imprecisión no salen los comentarios de las gentes. Las gentes ansían que haya algazara, que haya intriga, que haya emoción. Y se mortifican porque no hay algazara, ni intriga, ni emoción.

Nosotros, más curiosos que las demás gentes, porque satisfacemos ajenas curiosidades, también hemos salido a las calles en demanda de novedades.

Y hemos preguntado:

–¿Qué pasa?

Y entonces nos han respondido:

–Hay una huelga de telegrafistas. El telégrafo de la República ha enmudecido. La nación está incomunicada.

Y nosotros hemos preguntado:

–¿Luego el señor Manuel Bernardino Pérez no puede comunicarse con Pataz?

Y nos han respondido:

–El señor Manuel Bernardino Pérez no puede comunicarse con Pataz.

Y a nosotros nos ha parecido una injusticia muy grande que el Sr. Pérez que ama tanto a Pataz no pueda comunicarse con esa provincia. Privar a un candidato que se comunique con la provincia amada es tan grave como privar a un enamorado que se comunique con la señora de sus pensamientos. Y, por eso, nos parece muy grave y cruel que se incomunique al señor Pérez.

Apenas hemos sabido que no hay comunicación telegráfica, que Lima está aislada, que los telegrafistas de las provincias se mueren de risa oyendo vibrar con pertinacia sus aparatos abandonados, nuestros pensamientos han volado a contemplar la situación del señor Pérez. No podía ser de otra manera.

Pero toda esta huelga, toda esta incomunicación, toda esta rebeldía no nos sirven para saber algo de la política, aunque el coronel Zapata diga que esa huelga, esa incomunicación y esa rebeldía son subversivas y requieren la aplicación del Código Militar. Y, lo que es peor, nos privan de noticias y nos aíslan más todavía. Y hacen que las preguntas sigan siendo las mismas:

–¿Qué pasa? ¿Qué se dice? ¿Qué se prevé?

(En *El Tiempo*: Lima, 3–X–1916)

VOCES

Gesto tonante

El coronel Zapata ha tenido siempre reputación de persona discreta, ponderada y cortés. No era para menos. El coronel Zapata es socio del Club Nacional. El coronel Zapata es amigo de don Juan Pardo. El coronel Zapata es civilista. Imposible era pensar que el coronel Zapata fuese indiscreto, descortés y mal educado.

Del coronel Zapata sabíamos todos que era militar de altas condiciones, funcionario de esclarecidas virtudes y hombre de excepcional energía. Admirábamos todas las dotes y merecimientos del coronel Zapata. Y admirábamos especialmente su energía. La energía del coronel Zapata es maravillosa. La energía del coronel Zapata es dominadora. La energía del coronel Zapata es tanta que en la mañana del 4 de febrero se instaló en el despacho de la dirección de correos y telégrafos, vestido con uniforme militar, y se quedó en él para siempre. El gobierno provisorio sintió la sugestión de este gesto de carácter y nombró director de correos al coronel Zapata horas después de que el coronel Zapata lo era. Nosotros apenas concebimos que de este rasgo de energía que honra a un ejemplar de nuestra raza no se haya hecho debido elogio y debida exaltación. Apenas nos explicamos que haya pasado casi desapercibido y no haya rodeado todavía de la admiración nacional al coronel Zapata.

Pero del coronel Zapata, a quien admirábamos en sus excelsas calidades de militar, de funcionario y de ciudadano, no sabíamos que, a pesar de ser socio del Club Nacional, amigo de don Juan Pardo, civilista y gentilhombre fuese persona mal educada. Mas acabamos de comprobarlo con dolor.

La huelga de telegrafistas ha hecho que nuestros repórteres molesten en dos ocasiones al coronel Zapata. Tratándose de un asunto de su despacho, nosotros, reverentes y respetuosos, pensábamos que la palabra más autorizada era sin discusión la palabra del coronel Zapata. Nos remitíamos absolutamente a la veracidad y justicia del coronel Zapata. Estábamos resueltos a desmentir indignados a los telegrafistas, si a juicio del coronel

Zapata los telegrafistas no habían estado en lo cierto. Y con este ánimo devoto y solícito fueron nuestros repórteres donde el coronel Zapata. Y le pidieron datos sobre la huelga para nuestro periódico.

Y el coronel Zapata se tornó airado al oír invocar el nombre de nuestra hoja. La motejó de mentirosa y malévola. Amenazó a nuestros repórteres. Les volvió las espaldas. Dio una patada en el suelo. Tuvo actitudes de niño engreído a quien han enfadado. El ministro de gobierno sonrió benévolamente ante la arrogancia desdeñosa y ante el disfuerzo pueril del coronel Zapata. Fue la suya la benevolencia del padre mimoso con el niño "consentido".

Y a nosotros nos ha consternado la violencia y la malacrianza del coronel Zapata. No las concebíamos. Nos tienen sorprendidos. Las comentamos con espanto y sorpresa. Y les decimos a las gentes:

–El coronel Zapata no tiene urbanidad.

Se lo decimos con sigilo, con reserva, con dolor, con tristeza, con contrición.

Y ha habido entre las gentes unas que nos han respondido:

–¿Cuál es la urbanidad que no tiene el coronel Zapata?

Y nosotros hemos contestado a nuestro turno:

–La urbanidad del librito de Carreño, la urbanidad de las enseñanzas domésticas, la urbanidad de las lecciones escolares, la urbanidad del buen tono, la urbanidad de todos los funcionarios asequibles con los periodistas, la urbanidad del señor Manzanilla, la urbanidad del Club Nacional, la urbanidad de don Juan Pardo, la urbanidad universal, en fin, la urbanidad que la frase criolla llama "política".

Entonces estas gentes nos han respondido:

–Ese es un concepto hermético de la urbanidad. Un concepto personal. Un concepto anticuado. Un concepto estrecho. El concepto de ustedes. El concepto del doctor Gerardo Balbuena. El concepto del doctor Luis Varela y Orbegoso. Pero no es el concepto del coronel Zapata. La urbanidad de ustedes no es la urbanidad del coronel Zapata. La urbanidad del coronel Zapata es la urbanidad del imperialismo alemán, la urbanidad del mariscal Von Hindenburg, la urbanidad del vivac, la urbanidad del esfuerzo, la urbanidad del campamento, la urbanidad del cuartel. Una urbanidad fuerte. La urbanidad de ustedes es una urbanidad meliflua. ¿Por qué dicen ustedes que el coronel Zapata no tiene urbanidad?

Pero nosotros somos tan testarudos que esta disertacion conceptuosa y profunda no ha sabido convencernos.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–X–1916)

VOCES

Discursos, discursos, discursos

Los telegrafistas, la huelga, el coronel Zapata, las líneas, los postes, los aisladores, los problemas obreros, el Código Militar, la Constitución de la República y la incomunicación telegráfica, preocupan a la cámara de Diputados desde hace tres días.

Llamado por el señor Ulloa, ha acudido a la Cámara el señor ministro de gobierno para explicar la actitud del gobierno frente a la huelga de los telegrafistas. Y hace tres días que el señor ministro de gobierno le dice al señor Ulloa y a la cámara:

–Todo lo ha hecho el director de correos. Yo me he limitado a sancionar el procedimiento del director de correos. Yo tengo muy buenas intenciones. Yo pienso que todo el mundo tiene buenas intenciones. Yo supongo que el director de correos y telégrafos las tendrá también. Yo pido la confianza de ustedes. Pero si ustedes me la niegan yo inclinaré la cabeza como un hijo obediente.

Toda la cámara de diputados le ha dicho al ministro de gobierno:

–Su señoría es muy buena persona. Pero el director de correos y telégrafos no lo es. Sálvese su señoría y deje que se pierda el director de correos y telégrafos.

Y se han pronunciado muchos discursos. Discursos elocuentes, persuasivos, apostólicos del ilustre señor Ulloa. Discursos humildes, mansos, suplicantes del apacible señor García Bedoya. Discursos nerviosos, vibrantes y rotundos del ático señor Secada. Discursos candentes, irónicos y burlones del ameno señor Químper. Discursos majestuosos, científicos y solemnes del erudito señor Maúrtua. Discursos repentinos, sonoros y espontáneos del señor Balbuena. Discursos. Discursos, discursos.

De esta suerte se desliza el debate. Fatiga de los taquígrafos. Inquietud y sinceridad de la barra. Acotaciones risueñas de los periodistas. Graduación científica de la luz por el señor Manzanilla. Intermitentes vibraciones

de la campanilla presidencial. Intensidad y desmayo. Agitación y languidez. Sorpresa y monotonía.

Y el señor Criado y Tejada haciendo cada cinco minutos una interrupción con un código o una ley en la mano. Hace muchos años que el señor Criado y Tejada se limita a esta labor. Sentado en su escaño estudia todas las leyes de la República. Y cuando un representante pronuncia un discurso, en el cual sería oportuno el intercalamiento de una interrupción, el señor Criado y Tejada interviene de pronto y dice:

–Perdón, honorable señor. La Constitución de la República en su artículo 20 dice así...

–El Código de Justicia Militar en el capítulo III se ocupa de lo siguiente...

–El inciso 5º del artículo 8º de la Ley electoral establece que...

–El artículo 11 del Código de Procedimientos Civiles prohíbe tal cosa...

La oratoria del señor Criado y Tejada es una oratoria de citas de nuestra legislación. Es una oratoria de interrupciones. Y las interrupciones de su señoría son muchas veces interrupciones sofistas. El alma de su señoría se ha amalgamado con el alma de la Constitución, de los códigos, de las leyes y de los decretos. Y se le han contagiado todas las inexorabilidades, todas las intransigencias, todas las gazmoñerías, todos los rigores. El alma del señor Criado y Tejada es un alma de artículo penal.

A las 8 y 10 de la noche se levantó la sesión. Hubo el animado desbande de las grandes ocasiones. Y hubo el obligado comentario de las grandes expectativas. El señor Abelardo Gamarra decía:

–Van a volver *turumba* al ministro de gobierno...

(En *El Tiempo*: Lima, 5–X–1916)

VOCES

Fiesta grande

Fue ayer el cumpleaños del señor Manzanilla. Su señoría estuvo de fiesta. La Cámara de Diputados estuvo de fiesta. La ciudad estuvo de fiesta. Fue un día de fiesta grande. El señor Manzanilla, rejuvenecido y risueño, vivió un instante de apoteosis.

Antenoche estuvo reunida toda la Cámara de Diputados en la casa del señor Manzanilla. Era día de recepción del señor Manzanilla. Se charlaba, se murmuraba, se jugaba tresillo. El señor Abelardo Gamarra se empeñaba en convencer al señor Uceda de que debía jugar con él una partida de "carga la burra". El señor Velezmoro proponía "la gallina ciega". El señor Uceda se ruborizaba como un niño impúber ante estas invitaciones. De pronto dieron las doce de la noche. Toda la Cámara de Diputados abrazó al señor Manzanilla. El señor Peña Murrieta, con un cuadro de autógrafas en una mano, dirigió la más elocuente salutación al señor Manzanilla. El señor Manzanilla tuvo una respuesta emocionada y agradecida. Y hubo luego felicitaciones, abrazos, vítores, champaña, chocolate, pasteles, gelatina y bizcotelas.

Ayer la mañana fue plácida y primaveral. Las gentes comentaban el cumpleaños del señor Manzanilla, exaltaban y ponían por las nubes al señor Manzanilla. Y le preguntaban al doctor Luis Varela y Orbegoso, que es un Almanaque de Gotha latente, cuántos años cumplía el señor Manzanilla.

El más alborozado era el señor Balbuena. Discurría por las calles apresuradamente, a ratos a pie, a ratos en coche, a ratos en automóvil y a ratos en tranvía. Y se detenía para decirles a las gentes:

–¡Hoy es el cumpleaños del señor Manzanilla!

Y se indignaba cuando las gentes no lo felicitaban. Y preguntaba:

–¿Por qué no han embanderado las calles? ¿Por qué no han pintado las fachadas de los edificios? ¿Por qué no han puesto cadenetas? ¿Por qué no

han puesto quitasueños? ¿Por qué no han hecho tedéum? ¿Por qué no se regocija la ciudad como debía regocijarse? ¿Por qué no hay tamales como en Navidad y como en Año Nuevo? ¿Por qué no se clausuran esas abyectas y sordidas pulperías y boliches?

Y les dirigía de esta suerte la palabra a los albañiles palurdos y zafios que encontraba en las calles:

–¡Suspendan ustedes sus trabajos! ¡Alégrense ustedes! ¡Refocílense ustedes! ¡Hoy es el santo del señor Manzanilla! ¡Hoy es el santo del defensor del riesgo profesional!

Los albañiles palurdos y zafios lo miraban asombrados primero y le respondían después:

–No podemos abandonar nuestros puestos. Si los abandonamos dirán que nos hemos declarado en huelga. Y declararse en huelga es un delito. A los que se declaran en huelga les aplican el código de justicia militar y los mandan a la cárcel.

Entonces el señor Balbuena les lanzaba la más vibrante y tremenda invectiva:

–¡Cobardes y malagradecidos ciudadanos! ¿Olvidan ustedes los beneficios del riesgo profesional? Si ustedes se caen de ese andamio y se lastiman en la rótula o en el tobillo, sus patrones tendrían que asistirles e indemnizarles. ¿Y saben ustedes gracias a quién les tendrían que asistir e indemnizar sus patrones, si se lastimasen ustedes en la rótula o en el tobillo? ¡Gracias al señor Manzanilla! ¡Malsines!

Y hubo muchos alborozos en honor del señor Manzanilla, muchos brindis en honor del señor Manzanilla, muchos cocktails en honor del señor Manzanilla, muchos almuerzos en honor del señor Manzanilla. Las gentes se reían, gritaban, comían, bebían y se regocijaban en honor del señor Manzanilla. Hasta el cañonazo de las doce del día sonó en honor del señor Manzanilla.

Y en honor del señor Manzanilla los diputados no quisieron que hubiese sesión. El señor Manzanilla, heroico cumplidor del deber, estuvo en el estrado presidencial de la cámara desde las 4 de la tarde hasta las cinco. Los diputados llegaban hasta él para saludarle y celebrarle. Pero no querían sesión. Querían homenaje pleno. Se alzaban juguetones y risueños contra la autoridad del señor Manzanilla Y le decían alegremente:

–¡Hoy es día de fiesta!

Y el señor Balbuena agregaba:

–¡Fiesta nacional!

E intentaba pronunciar un discurso que parecía un panegírico:

–El Almanaque Bailly Bailliere dice de este día magnífico: "5 de octubre, jueves. El día dura once horas, 57 minutos. San Plácido, mártir, y Santos Froilán y Atiliano, obispos". Y la Astrología dice que los nacidos en este día están bajo la influencia de Libra. Y el símbolo de Libra, Excmo. señor, es la Balanza. Y la Balanza simboliza a la Justicia. ¡El espíritu equitativo, ponderado y austero de V. E. está pues bajo los nobles auspicios del símbolo de la Justicia! ¡Y yo, que siento muy arraigado en mí el sentimiento de la Justicia, yo que soy portalira y preconizador de la Justicia, yo que soy un enamorado de la Justicia, yo que admiro a V.E. porque es un paladín de la Justicia...!

Mas el señor Manzanilla interrumpió con un enérgico campanillazo al señor Balbuena. Y le dijo risueñamente:

–¡No hay nada en debate, honorable señor Balbuena!

Dudas

El asunto de la huelga telegráfica ha inquietado no sólo al parlamento. Ha inquietado no sólo a la opinión pública. Ha inquietado también al señor Pardo y al señor Concha. Y esto da idea de la trascendencia de la huelga telegráfica.

Efectivamente. Cuando un asunto preocupa al señor Pardo no hay ya que dudar de su trascendencia. Miraflores no tuvo importancia hasta que interesó al señor Pardo. El petróleo no significó nada hasta que puso en él los ojos el señor Pardo. Chosica fue un humilde rincón hasta que la visitó el señor Pardo. En el Perú todo lo enaltece, dora y exalta el señor Pardo.

Y hoy el señor Pardo piensa en la huelga telegráfica. Hay que creer que la huelga telegráfica tiene una gravedad enorme. Hay que solicitar que los periódicos se ocupen de ella con títulos de seis columnas. Hay que requerir para ella la atención mundial. Hay que demostrar que supera en proporciones a la guerra europea.

No sólo piensa en la huelga telegráfica el señor Pardo. Piensa también en ella el señor Concha. Sólo que el señor Concha piensa en la huelga por instigación y requerimiento del señor Pardo.

Es que el señor Pardo ha sufrido la enorme contrariedad de que un telegrama suyo no pudiese ser trasmitido. Ha querido hacer llegar un mensaje a un punto de la República y le han respondido que era imposible por motivo de la huelga. Y le han agregado que desde Trujillo o desde

Arequipa, un telegrafista taimado y burlón osaba burlarse de una orden presidencial. Entonces el señor Pardo se ha dado cuenta de la seriedad de la situación. Ha pensado en lo que quedaría para la población desafortunada, humilde y miserable, cuando para él había rebeldía insolente y profana de los telegrafistas trasmisores.

Solemnes y reflexivas han sido las conversaciones del señor Pardo con el señor Concha sobre el conflicto. De una de ellas ha llegado a nuestro conocimiento noticia cabal. Nuestros informadores, que están en todas partes, hasta en las que el señor Pardo no se imagina, nos la han traído.

Hablaba el señor Pardo con el señor Concha sobre la necesidad urgente de solucionar el conflicto. y convenían ambos en que la única solución reposaba en el apartamiento del coronel Zapata de la dirección de correos. Esto indignaba al señor Pardo. Argüía el señor Pardo que él no podía sacrificar al coronel Zapata.

Hubo hondas dudas. Pero pronto el señor Concha tuvo una idea lucidísima. Podría permutarse al coronel Zapata con otro alto funcionario. Acogió de buen grado el señor Pardo la idea de la permuta. Y preguntó:

–¿Con quién permutaríamos al coronel Zapata, Concha?

Respondió el señor Concha:

–Con el director de otra institución pública.

Tornó a preguntar el señor Pardo:

–¿Con qué director, Concha?

Tornó a responder el señor Concha:

–Con el señor Irigoyen, director de la Penitenciaría.

Y el señor Concha, que es campechano y criollo en el decir, agregó risueñamente:

–*Meta* V. E. al señor Irigoyen en el Correo y *meta* al señor Zapata en la Penitenciaría..

Un chiste de zarzuela. Un chiste espontáneo del señor Concha. Un chiste que hizo sonreír al señor Pardo. Un gran éxito del señor Concha.

(En *El Tiempo*: Lima, 6–X–1916)

VOCES

Luto

Vivimos de anestésicos y de narcóticos. Nada se soluciona. Todo se posterga. En la cámara de diputados, la adición a la amnistía duerme desde hace un mes. El pliego de ingresos del presupuesto duerme desde hace una semana. La interpelación al ministro de gobierno ha comenzado a dormir hace dos días. Y para cada crisis política hay un anestésico. Todo es anodino, incoloro, vago, lánguido, voluble.

Ayer fue breve sesión en la cámara de diputados. La muerte del señor Forero hizo que el señor Manzanilla la levantara al llegar a la orden del día. Y el señor Manzanilla – que antier no más estuvo de cumpleaños, fiesta y alborozo– tuvo que decir, contristado y afligido, un discurso necrológico.

Los diputados sintieron que el duelo de la cámara era una tregua inesperada en el debate de las interpelaciones. E hicieron vivos comentarios de la tregua.

–Se posterga un voto de confianza.

–¿Por qué no un voto de censura?

–Tratándose del ministro de gobierno no cabe sino el voto de confianza.

–El ministro de gobierno es un ministro hecho para la confianza.

Y se lamentaba la interrupción de las interpelaciones. La cámara está ya acostumbrada a la concurrencia de un ministro de estado a sus sesiones. Y desea que cuando no es el ministro de hacienda sea el ministro de gobierno quien asista. Al único a quien no quiere recibir la cámara de diputados es al ministro de relaciones exteriores. Es que el ministro de relaciones es demasiado austero, demasiado hermético, demasiado grave, demasiado seco.

En cambio el ministro de gobierno es amable, risueño, bondadoso; tan asequible y tan arcangélico que no parece ministro de gobierno. Su señoría es anacrónico en la cartera de gobierno. Absolutamente anacrónico. Tiene generosa mansedumbre de abadesa. Mirándole, oyéndole y admirándole,

piensa uno que su señoría no debía estar en el ministerio de gobierno sino en la dirección del Buen Pastor o en la presidencia del Apostolado de la Oración.

No es, pues, posible que personaje tan cristiano, dulce y seráfico, abrigue temores a las alevosías de los votos de censura. Su señoría pide la confianza. Y la pide con tanta ternura, con tanto sentimiento, con tanta resignación que la cámara va a tener que dársela de toda suerte. Dice así el señor García Bedoya:

–Yo quiero la confianza de la cámara de diputados. Pero si la cámara de diputados me niega la confianza y me da la censura, yo la acogeré con igual amor. Mi ánima recibirá sumisa, humilde y contrita la confianza o la censura.

El luto del parlamento interrumpe uno de los debates más sensacionales de la legislatura. El debate de la huelga, del derecho a la protesta, de los grandes problemas sociales, de los modernos ideales reformistas, del socialismo, del salario, del trabajo y del capital. El señor Manzanilla goza con este debate. Se refocila viendo cómo las cuestiones del trabajo preocupan a la cámara de diputados. Preside todas las discusiones. Hace que se enciendan en honor a ellas, a primera hora, las luces de la cámara. Y proclama todo su infinito amor a los obreros. Su único dolor es no hallarse en su escaño de representante para poder pronunciar discursos y escuchar aplausos. Sobre todo para escuchar aplausos.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–X–1916)

VOCES

El segundón

Del señor don Felipe Pardo y Barreda dijimos un día que era el Mayorazgo de su excelsa familia. Mas no supimos agregar que el señor José Pardo era el Segundón porque no tuvimos rápida cuenta de ello. Aunque parezca absurdo o malévolo afirmaremos que no se nos ocurría que el señor don José Pardo era el Segundón cuando nosotros mismos hablábamos de que el señor don Felipe Pardo era el Mayorazgo. Y es que siempre nos había parecido que el señor don José Pardo, no sólo es el primero de los ciudadanos del Perú, el primerode los hombres públicos del Perú, el primero de los magnates del Perú, el primero de los hidalgos del Perú, sino que también es el primero de los señores Pardo y Barreda.

Pero pronto hemos reparado en el olvido. El señor don José Pardo es el segundo de los señores Pardo y Barreda. Y pues sabemos los derechos que da la primogenitura en las familias blasonadas y en las dinastías tradicionales, nos hemos preguntado:

–¿Por qué el Presidente de la República es el Segundón don José Pardo y no el Mayorazgo don Felipe?

Y hemos tenido la osadía de pensar que el señor don José Pardo era un usurpador y de persuadirnos de que era imprescindible proclamar una revolución restauradora de los derechos del Mayorazgo. Y hemos reflexionado en la ingratitud del país para la persona del Mayorazgo y en su complicidad para la usurpadora actitud del Segundón.

La Biblia, que es nuestro libro bien amado y cuyo amor está en nuestro corazón desde los días infantiles en que conocimos la síntesis ingenua, dulce y tímida de la Historia Santa, la Biblia, decimos, ha modificado nuestros pensamientos y nuestras reflexiones. Es que hemos recordado que el incauto y famélico Esaú vendió su primogenitura al predestinado y avizor Jacob por un plato de lentejas. Y es que hemos concebido inmediatamente que también el señor don Felipe Pardo habría vendido sus

derechos de Mayorazgo y Primogénito al señor don José.

Y de esta suerte hemos dialogado con nuestra conciencia:

–¿A qué precio vendería el señor don Felipe Pardo su primogenitura?

–Por el bíblico precio del plato de lentejas. O por el criollo precio de un plato de la vianda peruana que llaman "caucau".

–No es posible. Ni en el siglo veinte, ni en el que le precedió, es o ha sido posible vender una primogenitura por un plato de lentejas ni por vianda más moderna, plácida y oportuna.

–Avidos y glotones siguen siendo los hombres.

–Mas no cuando pertenecen a tan esclarecidos linajes.

–¿A qué precio vendería, entonces, el señor don Felipe Pardo su primogenitura? ¿A qué precio renunciaría a su derecho y calidad de Mayorazgo?

–¿A qué precio? ¿A qué precio?

Y la interrogación ha quedado insoluta. Si en la edad ingenua y lactante de la humanidad, Esaú, hambriento y fatigado, por un plato de lentejas, cedió el título de Mayorazgo a Jacob, el señor don Felipe Pardo, por más elevada concesión, ha cedido seguramente el mismo título a su hermano José en el siglo de la neurastenia, de la telegrafía sin hilos, del automóvil, del aeroplano, del rádium, del submarino, del conde Zeppelin, del futurismo artístico, del general Von Bernhardi, de la Casa Pathé y de los cañones del 42. Y hecho tan trascendental de la historia del mundo merece ser esclarecido. Así como se narra el pacto entre el palurdo y sencillo Esaú y el hábil e interesado Jacob, habrá que narrar en la posteridad el pacto entre el señor don Felipe Pardo y el señor don José Pardo. Y habrá que decir que el señor don Felipe Pardo fue el Esaú de este siglo veinte de este Perú democrático y de esta América del poeta José Santos Chocano y del sabio Tomás Edison.

Mas existe un concepto de la Biblia. Un alto concepto de la Exégesis que en tan alto y trascendental análisis conviene tomar en cuenta. Según él, Jacob fue un predestinado. Jacob no fue un avieso. El pacto del plato de lentejas estaba escrito en los destinos de la Humanidad. Y Esaú no fue un glotón, un goloso ni un incauto. Obedeció el mandato supremo. Y Jacob no fue un hermano astuto y malsín. Tuvo una divina predestinación. Surge, en presencia de este elevado concepto bíblico, otro humilde concepto nuestro. ¿No será también un predestinado el señor don José Pardo? Nació Segundón pero por fuerza del destino tenía que ser el señor de su hermano el Mayorazgo y el señor de todos nosotros los peruanos. Así debemos

creerlo. El señor don José Pardo es sin duda alguna un predestinado. Sólo por virtud de una predestinación podemos explicarnos que su derecho se superponga al derecho de su ilustre hermano primogénito. Y, si no pensáramos que sería un concepto muy atrevido, agregaríamos que sólo por virtud de una predestinación podemos explicarnos que el señor don José Pardo sea Presidente de la República.

El pensamiento reflexivo y austero de que el señor don José Pardo es un predestinado nos sugiere otros pensamientos reflexivos y austeros también y sobre todo congruentes con aquel. Si el señor don José Pardo es Presidente por predestinación, grande fue la osadía de quienes en 1904 se opusieron a su candidatura. ¡Cuán grande atrevimiento del honesto republico don Nicolás de Piérola! ¡Cuán grande yerro de ese hombre admirable! ¡Cuán impertinente, absurda y anacrónica pretensión la de sus amigos, corifeos y devotos liberales y demócratas! El señor Pardo tenía que ser triunfador en esa época como lo fue en 1915. ¡Audaces los que afirman la eficacia de la complacencia del señor Serapio Calderón, primero, y la eficacia de la complacencia del general Benavides, más tarde! ¡Audaces los que piensan en el éxito de la Convención tripartita! Todo fue predestinación.

José es nombre de predestinado. José es nombre de bíblica tradición. José llamóse el casto varón, hijo de Jacob, que adivinó los sueños del Faraón y a quien el Faraón hizo Superintendente de Egipto en gracia a la adivinanza del misterio de las siete gavillas gordas y de las siete gavillas desmedradas, de las siete vacas opulentas y de las siete vacas canijas. Y José llamóse igualmente el prudente y sabio patriarca que fue esposo de María y padre putativo del Mesías. Y sólo por un error de partida bautismal llamóse Josué y no José el fuerte y austero varón que hizo caer los muros de la ciudad alegre y confiada y que hizo detener el Sol. Los Josées obraron siempre grandes prodigios. Y el señor don José Pardo salva la magnífica tradición de todos los Josées. Lo reconocemos reverentes, humildes, fervorosos, turiferarios, contritos.

Pero si nos equivocáramos, si el señor don José Pardo, el Segundón ilustre, no hubiese adquirido legalmente los derechos de primogenitura de su hermano el Mayorazgo, resultaría que es un usurpador. Tal como saben las gentes, en las familias dinásticas el Mayorazgo llevaba el título, el Mayorazgo tenía la mayor parte de la hacienda, el Mayorazgo tenía el más alto cargo de la casa. Y el Segundón tenía que buscar en andanzas de amor o de guerra las situaciones que la familia no le daba. El Segundón tenía que

buscar matrimonio con princesa primogénita o unigénita para ser a su vez jefe de casa y señor de tierras. Y en la dinástica familia Pardo y Barreda no ocurre lo mismo. El Segundón es Presidente de la República. Y el Mayorazgo aspira a la Embajada en Washington o a la Alcaldía de Chorrillos.

El país está obligado a esclarecer este asunto. El país republicano, democrático y plebeyo, entiende a la verdad poco de estas cuestiones de linajes y títulos. Pero debe examinar la situación legal de esta familia ilustre y esclarecida. Y si el señor don Felipe Pardo no hubiese vendido su calidad al señor don José, el país debía acorrer al Mayorazgo, pelear por él y colocarle en el puesto que tiene el Segundón.

Tal hicieron siempre los pueblos fieles, respetuosos y sabios en la historia.

En el índex

La cólera del director de correos contra nosotros no tiene límites. No se traduce ya únicamente en el gesto ácido y descompuesto para nuestros repórteres y la violenta invectiva privada para nuestro diario. La indignación del coronel Zapata se endereza por caminos de franca y airada hostilidad contra esta pobre hoja y estos pobres escritores que han tenido la mala suerte de perder su gracia.

Nada más grave podría habernos ocurrido. Perder la gracia del Director de Correos y Telégrafos es el colmo de los infortunios. Es exponerse a la incomunicación absoluta. Es exponerse al desamparo popular. Es exponerse al olvido nacional. Es exponerse al fracaso. El altísimo funcionario que tiene en sus manos todos los hilos, todas las postas y todas las valijas de la nación, puede anonadarnos. Es más poderoso que Júpiter porque no necesitará que Vulcano le forje el rayo matador.

Sentimos casi la misma aflicción que sentiríamos si sobre nosotros, que somos piadosos, humildes y cristianos, cayera la excomunión de la iglesia. La misma aflicción que sentiríamos si nuestro diario pecador fuera puesto en el Index apostólico.

El coronel Zapata ha ordenado que se suspenda el envío de nuestro diario a todas las oficinas de correos y telégrafos que estaban suscritas a él. Nos ha hecho intempestiva y enérgica notificación de esta medida. Y ha prohibido a todos los empleados de correos y telégrafos que lean nuestro diario. Los mensajeros que portan a las casas los telegramas, esos niños

francos y vivarachos, en quienes se concilian la alegría infantil y el grave y austero sentimiento del deber, han escuchado igualmente la disposición imperiosa del coronel Zapata y han escuchado al mismo tiempo la amenaza de multas y de destitución en el caso de contravenirla.

La voluntad del coronel Zapata no quiere que "El Tiempo" vuelva a entrar a la casa del Correo. Y no quiere que "El Tiempo" vuelva a entrar a la casa de sus subordinados. Y no quiere tampoco que las manos y los ojos de sus subordinados se manchen y contaminen adquiriendo y ojeando clandestinamente nûestro periódico. Si el coronel Zapata tuviera potestad para hacerlo, prohibiría de un decreto la circulación de "El Tiempo" en toda la república.

Mirando cómo este funcionario acucioso, este caballero amable y este militar de heroicas y esforzadas tradiciones toma posturas coléricas y arbitrarias contra nosotros porque nos hemos atrevido a amparar el derecho de los telegrafistas, pensamos en que nada hay más contagioso que el despotismo y la intemperancia. Engreído, orgulloso y arrogante es el Presidente de la República, y engreído, orgulloso y arrogante se siente el director de correos. Y, como el director de Correos, se sienten también engreídos, orgullosos y arrogantes el subprefecto de la serranía, el comisario rural, el amanuense del Juzgado de Paz, el gendarme de la Recaudadora y el pinche de cocina de Palacio. Es un contagio inmediato y fulminante. Un contagio violento. Peor que el de la fiebre tifoidea. Peor que el de la viruela. Peor que el de la bubónica. Y ya sabemos todos la magnitud de sus estragos...

(En *El Tiempo*: Lima, 8–X–1916)

VOCES

Monotonía

Ayer la política tuvo su descanso habitual. Tal como ya hemos dicho, la política no será entre nosotros muy cristiana, apostólica y austera en sus manejos generales, pero sí es rigurosamente cristiana, apostólica y austera en la observación del descanso dominical. Entre nosotros, el domingo es un paréntesis, un entreacto, una tregua. Todo es misa, carreras de caballos o corridas de toros, rutinario y espontáneo corso de carruajes de alquiler, cinema, Palais Concert y mezquinas pero honestas diversiones.

Para los únicos para quienes el domingo no es ni un paréntesis, ni un entreacto, ni una tregua, es para nosotros los periodistas. Nosotros tenemos siempre que escribir el día domingo, a fin de que conozcan las últimas novedades las gentes que leen los periódicos el día lunes. Y en demanda de esas novedades vamos, humilde y piadosamente, lo mismo que las demás gentes, a misa, a las carreras, al cinema, al Palais Concert, a todas partes.

Ayer les hemos hecho a todos nuestros amigos, igual a los que figuran en la política que a los que no figuran ni en la política ni en cosa alguna, la siguiente pregunta:

–¿Hay alguna novedad política?

Y nuestros amigos han demorado la respuesta. Nosotros hemos creído que esta demora era una promesa de noticia. Pero todos nos han contestado de idéntica manera:

–No hay ninguna novedad política.

Nosotros hemos agregado entonces una pregunta que regularmente no ha sido la misma, pero que, en cambio, siempre ha sido distraída e incongruente:

–¿El señor Pardo no ha apadrinado la inauguración de ningún local de obreros, de sindicalistas o de tiradores?

Para que una nueva demora prolongara la siguiente respuesta, vulgar e

inútil:

–El señor Pardo no ha apadrinado la inauguración de ningún local de obreros, de sindicalistas o de tiradores.

Hemos tenido que desistir de nuestro empeño de adquirir alguna noticia política. Y hemos tenido que interrogar sobre la huelga de telegrafistas, sobre su falta de solución y sobre la incomunicación telegráfica. Y hemos tenido también que interrogar sobre el coronel Zapata. No haría lo mismo el coronel Zapata por nosotros. Esto le demuestra al coronel Zapata cuan gentiles somos cotidianamente.

Y hemos sabido que las gentes esperan que hoy concluirá la huelga. La Cámara de diputados separará el telégrafo de la dirección del coronel Zapata. Y los huelguistas, amnistiados y garantizados, volverán a sus labores.

Todo el mundo ha preguntado:

–¿Cómo suprimen entonces al coronel Zapata, que es como quien dice al factor motivo?

Pero los amigos del régimen han respondido prestamente:

–No es exacto. No suprimen al coronel Zapata. El coronel Zapata sigue siendo como antes, director de Correos. Unicamente le exoneran de la dirección de telégrafos. Y esto de los telégrafos, era, en su alta función, accesorio, suplementario. El coronel Zapata no quiere ser sino director de Correos tan sólo...

(En *El Tiempo*: Lima, 9–X–1916)

VOCES

El gran debate

Tal como lo hemos dicho, este debate de la huelga telegráfica en la cámara de diputados, reviste las proporciones de un gran debate. Se esclarecen en él arduos problemas sociales y arduos problemas científicos. Pero, como es un debate de la Cámara de Diputados del Perú, tiene que manifestar al mismo tiempo cierto eclecticismo criollo y cierto contraste criollo también. Se esclarecen en él simultáneamente menudos problemas políticos. Y al lado del examen del derecho a la huelga y de los métodos de Mr. Briand figura el examen de la competencia o de la temperancia del coronel Zapata y de los métodos del señor García Bedoya.

Todo Lima esperaba que ayer terminara este debate. Los huelguistas habían preparado para celebrarlo un desfile cívico, procesión de antorchas o cosa parecida. Habían repartido volantes. Habían contratado una banda de músicos. Y no habían contratado un carro alegórico por no hallar una niña asequible que quisiera ponerse gorro frigio para simbolizar a la libertad. Pero la sesión defraudó todas las esperanzas. Un larguísimo debate sobre los ascensos militares. El señor García Bedoya asistió a todo este debate desde un escaño contiguo al del señor Tudela y Varela.

El señor García Bedoya llegó a la cámara muy temprano. Casi al mismo tiempo que los diputados. Daba su presencia la impresión de que había sido necesario para el quórum. O de que su señoría padecía de nostalgia de la cámara y quería no perder detalle de la sesión. Ni la lista, ni el acta, ni el despacho.

Mas fue inoportuna y fatal la asistencia del señor García Bedoya a hora tan temprana. La cámara tuvo la descortesía, la irreverencia, de olvidarse que el señor García Bedoya se encontraba en la sala y de entretenerse en una discusión sobre si se ascendía ayer mismo al comandante Lafuente o si se esperaba para ascenderlo el ascenso previo al ministro de guerra. Mientras tal discusión se desarrollaba, muchas miradas convergían hacia

el señor García Bedoya. Y muchas voces decían:

–Este debate no debe interesarle al ministro de gobierno.

Y se preguntaban:

–¿Por qué ha venido su señoría tan temprano? Su señoría asiste a este debate como ministro de gobierno. Aquí se está hablando muy mal del ministro de guerra. ¿Por qué el señor García Bedoya no defiende a su compañero de gabinete?

Y se respondían:

–El señor García Bedoya no es en estos momentos el ministro de gobierno. Es tan sólo el diputado por Ayaviri.

Luego se reabrieron las interpelaciones. Habló el señor ministro de gobierno. Habló como siempre, optimistamente, mansamente y apostólicamente.

Y dijo:

–Aún no se ha solucionado la huelga. Pero está ya a punto de solucionarse. Yo no he podido solucionarla todavía. Espero, sin embargo, que me darán ustedes un voto de confianza.

Y el señor Torres Balcázar, vibrante y sonoro, le replicó:

–A su señoría lo está engañando como a un niño el director de correos. Tenemos escrita la confianza para su señoría y la censura por el director de correos.

Y después de un discurso del señor Secada, nervioso, inquieto y agridulce con anécdotas, citas, historietas y adagios, terminó la sesión.

Los telegrafistas lamentaron que una negligencia de la Cámara frustrara su desfile cívico, su procesión de antorchas y su apoteosis de triunfo...

(En *El Tiempo*: Lima, 10–X–1916)

JOSÉ PARDO, el Presidente de la República en 1915–1919, y a cuyo régimen consagró El Tiempo *una campaña opositora.*

ABELARDO GAMARRA, escritor costumbrista cuya gracia criolla animó la solemnidad de la Cámara de Diputados.

VOCES

Languidez

El debate sobre la huelga telegráfica ha descendido del alto nivel de los prncipios y de las investigaciones sociales. Y ha descendido al mezquino nivel de los votos de confianza y de los votos de censura. Ya no se comenta a Mr. Briand y a Mr. Viviani. Ahora se comenta al señor García Bedoya y al coronel Zapata. Si somos un poco atrevidos, declararemos que no nos parece lo mismo.

La sesión fue floja, penumbrosa, negligente y flácida. Así lo sentimos desde el primer momento. Hablaba el señor Jiménez. Y, como es costumbre en su señoría, hablaba a gritos. Su voz parecía una voz alucinadamente profetisa y obesa. Voz de los Santos Evangelios. Voz del Misterio. *Vox clamantis in deserto.*

Oyendo en tal hora al señor Jiménez hacerle violentos reparos a la reforma del Código de Procedimientos Civiles, hemos pensado en la trascendencia de la graduación científica de la luz por el señor Manzanilla. El salón estaba completamente sombrío. Había en él una vaga luz clorótica. Los representantes, los periodistas y los espectadores de la barra sentían una laxitud obsesionante. Y nosotros pensábamos en lo trágico que debía ser una noche sin luna a mitad de una pampa solitaria, en la cual diese voces agudas y trémulas el señor Jiménez.

El discurso del señor Jiménez fue sólo un anticipo de la longitud y languidez de la estación de pedidos. Después del señor Jiménez habló el señor Grau sobre las autoridades del Callao. Y habló el señor Ulloa sobre el impuesto al azúcar, sobre el ferrocarril a Huacho y sobre otras cosas graves y sonoras para las cuales el ilustre periodista tiene siempre juicioso y oportuno comentario de editorial. Y habló también el señor Químper. No es preciso agregar que habló sobre la cuestión de la Brea y Pariñas. Tampoco es preciso agregar que habló patrióticamente.

El señor García Bedoya no quiso asistir ayer a estos interesantes

preámbulos del debate sobre la huelga telegráfica. No quiso estar a la hora de la lista, ni quiso estar presente a la hora del acta, ni quiso estar presente a la hora del despacho, ni quiso estar presente a la hora de los pedidos. Una ingenua broma nuestra sobre su amor al parlamento y a su calidad de diputado por Ayaviri, ha disgustado acaso al señor García Bedoya. Y tal vez por esto no escuchó ayer la lista, el acta, el despacho ni los pedidos. Quiso que los escuchase únicamente su joven y lírico secretario el señor Abril y de Vivero. El señor Abril y de Vivero representó al Ministro en los preámbulos de la sesión. Conversando con él, que es nuestro buen amigo, pensábamos en el acierto con que el señor García Bedoya había buscado secretario. Ningún secretario armoniza mejor con su Ministro. Para un Ministro bueno y dulce como un misionero capuchino, no puede haber mejor secretario que un poeta romántico.

Y el debate de la huelga telegráfica lo absorbió íntegramente un discurso del señor Criado y Tejada, en colaboración con toda la Cámara. La unanimidad de los miembros de la Cámara interrumpían al señor Criado y Tejada. Y el señor Criado y Tejada tenía una respuesta y una cita del Código de Justicia Militar para cada miembro de la Cámara de Diputados. Hubo un récord de interrupciones y de diálogos.

Puesto de pie, con un Código en la mano derecha, el señor Criado y Tejada habló sucesivamente del principio de autoridad, de Benjamín Constant, del parlamentarismo y del señor Botetano. Y tuvo enamoradas y calurosas frases para defender el principio de autoridad.

El señor Torres Balcázar, socarrón y grave, les ponía a sus frases este comentario:

–¡Eso es medioeval!

Y el señor Abelardo Gamarra era más preciso, más interesante, y, sobre todo, más criollo:

–Eso es del tiempo de *ñangué*...

(En *El Tiempo*: Lima, 11–X–1916)

VOCES

Tarde de campanillazos

La Cámara de Diputados se rebeló ayer contra el parlamentarismo científico del señor Manzanilla. La graduación de la luz no tuvo eficacia. Y el señor Manzanilla hubo de emplear los anticuados recursos de los campanillazos y del reglamento para aplacar y acallar a la cámara soliviantada y colérica.

Y no fueron en esta ocasión los miembros de la minoría los que promovieron algarabía y bullicio. Fueron los miembros de la mayoría. Y fue sobre todo el sereno y ponderado señor Tudela y Varela. Fue el leader grande de la mayoría. Fue el paladín pardista de la cámara joven.

El señor Químper, comentando el frustrado intento contra el señor Salazar y Oyarzábal, habló de la concurrencia de turbas gobiernistas a la galería de la Cámara de Diputados. Y el señor Tudela y Varela, que es muy oportuno, pensó que este era un cargo a la mayoría. Y perdió toda su ecuanimidad proverbial, gritando que aquello no era exacto. Y el señor Solar, que no consiente que se ponga en duda su reputación de representante airado y valiente, protestó con mayor energía que el señor Tudela y Varela, lo cual quiere decir que protestó con más eficaz y sonora voz.

El señor Químper contemplaba risueñamente las actitudes violentas y destempladas de la mayoría y les ponía acotaciones irónicas. El señor Torres Balcázar se encendía para objetarlas. Y el señor Secada las azuzaba y espoleaba. Y la mayoría serenísima, la mayoría prudente, la mayoría apacible, la mayoría bondadosa, la mayoría temperante, la mayoría de todas las virtudes, la mayoría que odia el gesto cólerico porque el gesto colérico afea el rostro y descompone el adorno, la mayoría de las sonrisas y de las amabilidades, perdió la tranquilidad y habló de manera desordenada y vibrante.

El señor Moreno, coreando las exclamaciones irritadas de la mayoría, golpeaba su carpeta en una forma que nos hizo pensar seriamente en la

magnitud de las puñadas de su señoría. Y exclamaba:

–¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

La campanilla del presidente no tenía eficacia de ninguna especie. El reglamento fracasaba lamentablemente. Y la urbanidad y el buen tono sufrían terrible derrota. El señor Manzanilla comprendía el eclipse de su autoridad y se indignaba contra la barra. Y decía:

–¡Si en la Cámara no se restablece la serenidad, haré despejar a la barra inmediatamente!

Más tarde siguió el debate de las interpelaciones. El señor Moreno pronunció un extensísimo discurso. Una hora duró el discurso de su señoría y tuvo la virtud de no fatigar a la Cámara de Diputados. Así fue de profuso en frases graciosas, ocurrencias criollas, figuras retóricas y sonoras invectivas. El discurso de su señoría no parecía un discurso sino una miscelánea de almanaque. La Cámara de Diputados la celebraba con alborozo radiante de niño travieso. Y el señor Manzanilla se empeñaba en que el señor Moreno pusiese término a su discurso y le hacía, por señas, insinuaciones y súplicas. Ora se ponía verticalmente sobre los labios el dedo índice de la mano derecha. Ora le indicaba al señor Moreno la hora. Ora le hacía un guiño. Ora le dirigía una sonrisa. Ora le enseñaba la campanilla. Más el señor Moreno seguía impertérrito.

Y el señor Velezmoro, que aún siente el convencimiento y el orgullo de ser el leader chico de la mayoría, les declaraba muy enfadado a sus amigos:

–¡El señor Moreno está invadiendo mis atribuciones! ¡Esta es una falta de compañerismo.

(En *El Tiempo*: Lima, 12-X-1916)

VOCES

Estertores

El gran debate de la huelga telegráfica ha llegado a su fin. Tiene ya todos los síntomas de la muerte cercana. Tiembla, entorna los ojos, desfallece, pierde los sentidos. Ayer creyeron todos que el debate concluía. El señor Manzanilla asistía a sus estertores, desde el estrado presidencial, con esa indiferencia tranquila y risueña del médico de cabecera que ha visto morir a muchos enfermos. Todo indicaba la agonía y la muerte inminente. Todo. Hasta la austera presencia del señor Criado y Tejada que parece habitualmente un maestro de ceremonias funerarias.

Pero el debate vive aún. Y parece que va a ser trágica y consternadora su agonía. Ya no se discute la huelga telegráfica, ya no se discute al Director de Correos, ya no se discute al señor Botetano. Se discute ahora el voto de confianza al señor García Bedoya. Porque es indispensable que el señor García Bedoya se lleve un voto de confianza de la Cámara de Diputados. La mayoría lo ha pedido imperiosamente. Y no sabemos por qué no ha pedido también un voto de confianza para el secretario del Ministro, señor Abril y de Vivero. En este país todo el mundo pide voto de confianza.

Prologó al debate de la huelga telegráfica, una discusión entre los representantes del Cuzco sobre un proyecto del señor Gamarra (don Manuel Jesús). Los representantes del Cuzco sintieron trasladada la Junta Departamental de su circunscripción al Parlamento nacional. El señor Chaparro, que tiene ostensible hostilidad al señor Gamarra, desde los lejanos tiempos escolares, dijo que no era exacto. Insistió el señor Chaparro. Insistió el señor Gamarra. Tornó a insistir el señor Gamarra. Tornó a insistir el señor Chaparro. Ninguno de los dos quería consentir que su contendor fuese el último en la réplica. Y tuvieron que intervenir el señor Latorre y el señor Escalante para poner término a este duelo oratorio reticente, porfiado, sórdido y perseverante.

El señor García Bedoya hizo una vez más la defensa de sus procedimientos. Dijo una vez más que los huelguistas habían sido autores de un delito grave. Pero agregó que su criterio disentía del criterio del señor Criado y Tejada y que no le parecía bien que se encerrase en la Penitenciaría a los huelguistas, conforme al Código de Justicia Militar y a su exegeta el señor Criado y Tejada. Una demostración de la infinita misericordia de su señoría. Y luego se fue el señor García Bedoya de la Cámara de Diputados. El señor Macedo trataba de detenerle, diciéndole:

–¡A mí no me ha contestado su señoría!

Pero el señor García Bedoya, con el sombrero en la mano, le respondía:

–Yo le he contestado ya a todo el mundo.

Y el señor Macedo, indignado, tenía que solicitar que se leyese el artículo de la Constitución, que manda a los Ministros absolver las interpelaciones de los diputados.

Más tarde, el debate se hizo interesante y ardoroso. Oímos al señor Secada sostener que el señor García Bedoya no merecía confianza alguna. Oímos al señor Químper glosar las declaraciones del señor García Bedoya sobre el delito de los telegrafistas. Oímos al señor Balbuena, víctima y anatematizador en otros tiempos del Código Militar y de las arbitrariedades civilistas, decir que era muy justo que pusieran a un ciudadano en la cárcel cuando se tenía contra él una sospecha. Oímos al señor Fuentes afirmar que el voto de confianza tenía vivas vinculaciones con el ideal metafísico. Y oímos al señor Ulloa, más vibrante que nunca, más elocuente que nunca, más espontáneo que nunca, producirse así:

–¡Bien está que se le dé un voto de confianza al Ministro de Gobierno! ¡Bien está que la mayoría lo apoye y lo defienda! ¡Pero mal, muy mal, está que se diga que se nos ha convencido, que se nos ha confundido, que se nos ha contradicho! ¡Eso no, Excmo. señor! ¡Aceptamos la eficacia del número de la mayoría, pero no aceptamos la eficacia de sus argumentos!

Y a las nueve, perdida ya toda esperanza de que el voto de confianza pudiese ser remitido a Palacio anoche mismo, la sesión terminaba vulgarmente con un campanillazo.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–X–1916)

VOCES

Absoluciones

Ayer terminó, para tranquilidad de nuestros espíritus y alegría de nuestros corazones, el debate de la huelga telegráfica. No es que a nosotros, tímidos y cautos cronistas, nos haya molestado un debate en el cual se han discutido los más graves problemas sociales y administrativos y en el cual han intervenido persuasivamente el señor Ulloa, majestuosamente el señor Tudela y Varela, apostólicamente el señor ministro de gobierno, nerviosamente el señor Secada, risueñamente el señor Químper, impulsivamente el señor Moreno, científicamente el señor Maúrtua, reticentemente el señor Balbuena, rotundamente el señor Velezmoro y obstinadamente el señor Macedo. Es que el debate ha sido lánguido, desigual, ambiguo, estéril y melifluo. Y nosotros anhelábamos porfiadamente desde su iniciación que se le concediese al señor García Bedoya el voto de confianza que tan humildemente pedía.

A quien pide con la cristiana mansedumbre y la triste resignación con que pide los votos de confianza el señor García Bedoya, no es posible negarle nada. Su señoría no sabe exaltarse, no sabe indignarse, no sabe soliviantarse. Le da la razón a todo el mundo.

Pero pide para él la confianza. No podrá decirse que su señoría no es equitativo. La razón para los demás y la confianza para él. La confianza es lo único que puede servirle a un ministro de estado del Perú.

El voto de confianza fue aprobado sin discusión. La Cámara misma estaba fatigada ya del debate. Y no quiso poner nuevos reparos a la satisfacción de un anhelo tan legítimo del señor García Bedoya.

Como no era posible absolver solamente al ministro de gobierno, se pensó en que era absolutamente indispensable también absolver a los telegrafistas. Y los telegrafistas fueron absueltos. El único a quien nadie pensó en absolver fue el coronel Zapata. Y hubo antes bien una moción contraria al coronel Zapata, moción que no quiso rechazar la mayoría y que

no quisieron desaprobar sus leaders.

El señor Balbuena hacía en los corrillos la exaltación de estas absoluciones:

–¡Es la Justicia la que en estos momentos triunfa! ¡La Justicia que ha descendido de los cielos a los espíritus ponderados y sabios de los representantes! ¡Mi alma está llena de justicia! ¡Mi alma está diáfana y transfigurada!

Mientras tanto el señor Torres Balcázar exclamaba:

–¡Esta solución ha podido alcanzarse hace diez días! Hace diez días la planteó el señor Ulloa! Y la mayoría no la aprobó porque era del señor Ulloa. Hoy la mayoría la aprueba no porque es justa y reparadora sino porque está firmada por el señor Tudela y por el señor Balbuena.

El señor Sánchez Díaz, que nunca habla y que cuando habla lo hace con un breviario entre las manos, comentaba por su parte y a la sordina:

–Todos hemos absuelto al señor García Bedoya. Yo lo he absuelto también. Mas no sabemos si el señor García Bedoya habrá traído a este tribunal contrición y propósito de enmienda. Y sobre todo no sabemos si hará reparación de obras.

Y el señor Sánchez Díaz ponía los ojos en la farola pecadora ya que no podía ponerlos en el cielo puro. Ni en el señor Peña Murrieta.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–X–1916)

VOCES

Glosa y apostillas

Los periodistas que hacen una plácida religión de su ociosidad y de su humorismo, ponen siempre a las sesiones de la Cámara de Diputados, desde el rincón de la sala que les sirve de tribuna, muy risueñas y juguetonas apostillas. Es la suya una glosa arbitraria, traviesa, osada, ágil y audaz. Las cosas, los hombres y los debates de la Cámara de Diputados tienen en ella ponderación o crítica. Y semeja una discusión puesta al margen de las discusiones de la Cámara. Una discusión sin taquígrafos, sin presidencia, sin reglamento, sin barra. Y sin diario de debates.

Pertinaz y retozón es el empeño de los periodistas de hacer definiciones. Definen a los hombres de la Cámara y definen a las cosas de la Cámara. Nosotros, violando el secreto de estas glosas, hemos copiado algunas definiciones interesantes. Las definiciones de los discursos son estas:

–Los discursos del señor Criado y Tejada son siempre abstractos, sombríos y gobiernistas. Amparan un concepto feudalista y déspota de la administración pública. Sostienen el principio de autoridad. Y denotan aptitud latente, aunque olvidada, de su señoría para el ministerio de gobierno.

–Los discursos del Sr. Fuentes son indefinibles, brunos y anubarrados. Los inspira el ideal metafísico tamizado por un espíritu de prefecto de Loreto, de catedrático de la Universidad y de poeta cacerista.

–Los discursos del señor Torres Balcázar son tendenciosos, rotundos y determinativos. Rebotan como una pelota y hieren sorpresivamente. Tienen anverso y reverso como las medallas. En el anverso está la cara solemne de su señoría cuando vibra de emoción en un discurso y en el reverso está la cara burlona de su señoría cuando se sonríe después de la emoción del discurso.

–Los discursos del señor Maúrtua son científicos, concisos y analizadores. Involucran los más altos ideales administrativos y políticos en la

crítica de nuestros procedimientos criollos. Sus apreciaciones hacen pensar en las apreciaciones que habría podido hacer Larra sobre el caudillaje, sobre el general Cáceres, sobre historia literaria del Perú y sobre el partido futurista.

–Los discursos del señor Secada son vehementes, airados y sediciosos. Tienen énfasis rebelde y soñador. Escuchándolos, se da uno cuenta de que el señor Secada es librepensador ateo y fundador de la Unión Nacional.

–Los discursos del señor Químper son nerviosos, humoristas y acerbos. Permiten adquirir la certidumbre de que el señor Químper lee a Eca de Queiroz. Encausan francas orientaciones liberales. Y a pesar de que el señor Químper es aficionado a la ópera italiana y a la música clásica, no revisten lirismo alguno.

–Los discursos del señor Ulloa son graves, persuasivos, idealistas y patrióticos. No es posible escucharlos sin darse cuenta de que el señor Ulloa no es civilista, ni liberal, ni constitucional, ni futurista. Y no tiene nunca citas legistas como los discursos del señor Criado y Tejada.

–Los discursos del señor Tudela y Varela son civilistas, insuflados, arrogantes, enfáticos y burgueses. Se siente en ellos que el señor Tudela y Varela es buen mozo, elegante y amigo del señor Pardo. No se siente en cambio en ellos que el señor Tudela y Varela sea ya candidato a la presidencia de la República. Ni que es vecino de Miraflores.

–Los discursos del señor Solar son autoritarios, anodinos y sonoros. Se producen intempestivamente como los incendios y como los temblores.

–Los discursos del señor Urbina son acuosos, atrabiliarios y anticlericales. A través de ellos es fácil comprender que el señor Urbina lee a Voltaire y también a Vargas Vila. Indican igualmente la malquerencia del señor Urbina contra los redentoristas de Huanta y su afición a la música incaica de don Alomía Robles.

–Los discursos del señor Solf y Muro son pacíficos, tiernos y sedativos. Están ajustados al espíritu de la ley, de la moral catedrática y del partido civil. Tienen entonación escolástica. Y hacen pensar que el señor Solf y Muro escribía versos a los 18 años de edad.

–Los discursos del señor García Irigoyen son lóbregos, mortecinos, ácidos y toscos. Evidencian la calidad de profesor de la Universidad Mayor de San Marcos que tiene su señoría.

–Los discursos del señor Grau son violentos, rebotantes, marciales. Demuestran que el señor Grau tiene idénticas aptitudes de elocuencia para el ditirambo y para la catilinaria. Y aunque el señor Grau no ha sido

billinghurista posee a ratos cierta onomatopeya de jornada cívica.

–Los discursos del señor Fuchs son dulces, románticos y amorosos. No revelan el temperamento ni la profesión de su señoría: los mistifican. A través de ellos no es posible comprender que el señor Fuchs sea ingeniero de minas, ni que haya sido ministro de gobierno del general Benavides.

–Los discursos del señor Balta son anecdóticos, monótonos, matemáticos y extensos. Tienen complicaciones de teorema y de fórmula algebraica. Corren mala suerte cuando su señoría los prepara. Carecen de emoción retórica. Y están casi siempre orientados con generosidad y buenas intenciones.

–Los discursos del señor Sayán Palacios son pertinaces, imprudentes y angulosos. Causan la obsesión de que el señor Sayán y Palacios debe ser constitucional y amigo del general Cáceres. Y manifiestan que es abogado inteligente y ponderado.

–Los discursos del señor Balbuena –hemos estado en peligro de olvidar al señor Balbuena– son eclécticos, tornadizos, caudalosos, desbordantes, elocuentes y amablemente mordaces. Demuestran que el señor Balbuena no tiene aptitudes de fiscal y sí de defensor. Y que el señor Balbuena posee una alma lírica y cristalina como el agua de un surtidor.

Y son muchas más las definiciones de la glosa cotidiana de los periodistas. Pedimos el perdón de los oradores comentados para los audaces comentadores. Y esperamos que los oradores olvidados reclamen la apreciación respectiva...

(En *El Tiempo*: Lima, 15–X–1916)

VOCES

Dividendo presidencial

Ayer no hubo sesiones de parlamento. No hubo funcionamiento administrativo. No hubo actividad política. No hubo siquiera desfile triunfal o procesión de antorchas de los telegrafistas del Estado. El descanso dominical fue absoluto. Hubo sólo carreras de caballos. Pero fueron carreras de gala. Y asistió a ellas el Excmo. señor Pardo.

El hipódromo de Santa Beatriz fue pues el lugar de reunión de todas las gentes importantes de Lima o de casi todas por lo menos. Ministros de Estado, senadores, diputados, damas, niñas bonitas, jóvenes del Palais Concert. Y, para exaltación, culminación y grandeza de esta suntuosidad concurrió el Presidente de la República. Y se realizó una gran carrera clásica. La carrera "Presidente de la República".

El señor Pardo que les guardaba resentimiento a las carreras desde el triunfo de *Revoltoso* en el *Derby Nacional*, el señor Pardo que sentía en las carreras, como en toda gran solemnidad social, el desmedro de su fama de buen mozo y de galantuomo, el señor Pardo que se había apartado de esta elegante y aristocrática diversión, quiso hacer a los turfistas el obsequio de su asistencia y a la fiesta hípica el honor de su atención.

Y quiso también el señor Pardo hacer al sport la distinción de una apuesta en la carrera clásica. Pensó que una carrera que se denominaba "Premio Presidente de la República" merecía el honor de que él jugase en ella. Y se decidió a apostar a uno de los competidores. Mas no le pareció prudente hacerlo a ojo cerrado. Y preguntó:

–¿Febo, a qué stud y a qué personas pertenece?

Y le respondieron:

–Al stud Oasis y a los señores Augusto B. Leguía y Foción Mariátegui.

Y dijo entonces el señor Pardo:

–Basta. Sería absurdo que yo le apostara a un caballo del señor Leguía. ¿Peevish, a qué stud y a qué personas pertenece?

Y le respondieron:

–Al stud Junín y al señor Ricardo Barreda.

Y dijo entonces el señor Pardo:

–Sería parcial que yo le apostase a un caballo de Barreda. Lo atribuirían a mis vínculos de familia. ¿Miss Ketty, a qué stud y a qué personas pertenece?

Y le respondieron:

–Al stud Llano y al señor Baldomero Aspíllaga.

Y dijo entonces el señor Pardo:

–Esta bien. El señor Aspillaga pertenece al civilismo tradicional.

E hizo que le apostaran cinco libras a Miss Ketty.

El señor Pardo es afortunado en el juego. Miss Ketty alcanzó un magnífico triunfo. Las gentes esperaban que ganaría Peevish o que ganaría Febo. Pero el señor Pardo le apostó a Miss Ketty y la Fortuna se vio en un grave compromiso. Y como la Fortuna sabe ser galante con el señor Pardo, en las carreras de caballos y en la política, decidió favorecerlo esta vez.

Las gentes ovacionaron a Miss Ketty. Y el señor Pardo sintió muy halagado por estas ovaciones su orgullo de gentleman, de apostador y de Presidente de la República.

La pizarra del sport anunció este dividendo: S/. 6.10 por boleto de dos soles.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–X–1916)

VOCES

Gran minuto parlamentario

El ambiente preliminar

Los grandes minutos parlamentarios son casi siempre imprevistos. Son sorpresivos, son inesperados, son repentinos, son bruscos, son alevosos. Se parecen a los ataques cardíacos, a los incendios, a los terremotos, a las erupciones volcánicas, a las tempestades, a las catástrofes. Tienen las características de la asechanza y del proceso del aneurisma.

Y es por eso que cuando las gentes esperan un gran minuto parlamentario éste no se produce. Y las gentes se llaman entonces a engañadas, a defraudadas, a burladas. Las gentes no quieren darse cuenta de que la emoción para ser intensa ha de ser imprevista.

Anoche nos decía en esta imprenta un amigo nuestro:

–Los instantes políticos sensacionales se semejan a las faenas de toros sensacionales. Jamás se puede augurar una gran corrida de toros. Jamás se puede augurar una gran faena siquiera. Son sorpresivas y caprichosas. Una vez, Bienvenida...

Nosotros nos opusimos a que nuestro amigo continuara. Nuestro amigo es aficionado irreductible a la fiesta taurina y se refocila jocundamente en las tardes capitosas y groseras de nuestras corridas de toros. Y si le hubiéramos permitido que continuase, nos habría hecho la sinopsis de toda una temporada de toros, cosa que no tenía conexión con nuestra emoción política del momento ni de ninguna emoción espiritual de nuestra vida.

A las 4 y 15 de la tarde de ayer, el ambiente de la Cámara de Diputados era un ambiente vulgar. Se computaba el quórum, se leía el acta, se daba cuenta del despacho, se le tramitaba, se dialogaba y se soliloquiaba.

La pizarra del Salón de los Pasos Perdidos indicaba el más fatigoso debate: "Pliego de ingresos". Un debate que expira, que agoniza, que concluye definitivamente.

El despacho era copioso. Oficios, oficios, oficios. Proyectos, proyectos, proyectos. Dictámenes, dictámenes, dictámenes. Ritualismo cotidiano.

Y nuestro pensamiento, inquieto y voluble siempre, anhelaba un incidente, un suceso, una emoción, una noticia por lo menos. Nos habríamos conformado con una murmuración oportuna. Los periodistas nos conformamos casi siempre con una murmuración. Es el tributo mínimo que imponemos a las gentes que tienen nuestra amistad o nuestro trato.

En este momento no teníamos siquiera el placer de una murmuración. No hallábamos por lo menos al doctor Balbuena, para decirle nuestra protesta contra la plebeya estofa de los relojes que obsequia. Nuestra soledad era inmensa. Apenas si nos era dado reflexionar en la injusticia con que se trata a los secretarios. Sus señorías leen sin descanso. Se fatigan más que todos los oradores juntos. Y los conserjes no les ofrecen bebida alguna, reparadora y refrescante. Son inacuciosos y holgazanes los conserjes...

La moción inminente

Pronto tuvimos una noticia. Pronto nos rodeó el comentario. Pronto nos envolvió la murmuración. Los periodistas llevamos siempre una gran aureola de chisme. Poseemos un halo astral de curiosidad y de interrogación.

Habíamos sorprendido en la mayoría una cara de fiesta extraordinaria y triunfal. Y habíamos inquirido:

–¿Por qué tiene la mayoría una cara de fiesta tán extraordinaria y triunfal? ¿Por qué el Parlamento está lleno de sonrisas?

Y nos habían contestado entonces:

–Es que hoy será general de brigada del ejército del Perú, el coronel Puente. Y el Parlamento está alegre. La hora está alegre. La ciudad está alegre. El país esta alegre. El mundo entero está alegre. Una gran onda de alegría pasa por la tierra.

Nuestro interlocutor estaba radiante. El lirismo de su frase podía permitir la suposición de que era el señor Hildebrando Fuentes. Pero tenemos que desmentirlo. No era el señor Hildebrando Fuentes. Era el señor Balbuena.

La noticia nos pareció sensacional. Tuvimos el presentimiento de que iba a producirse un gran debate. Y nuestros espíritus, ávidos de emoción y de sorpresa, tuvieron una gran vibración de placer. Nos pusimos

radiantes y alegres como el señor Balbuena, como la Cámara, como la hora, como la ciudad, como la tierra.

Supimos luego, que se iba a presentar una moción tremenda y definitiva. Una moción que declaraba la voluntad de la Cámara de ascender ayer mismo al coronel Puente. Y todos encontraban una explicación para ella:

–Hace más de un mes que la Cámara de Diputados engaña al Ministro de Guerra con la promesa de su ascenso.

–Hace más de un mes que se aplaza tan imperioso acto.

–Hace más de un mes que el Parlamento del Perú comete la más grande de las injusticias.

–Hace más de un mes que el coronel Puente debió ser general.

La estación de los pedidos se inició con monotonía y vulgaridad. El señor Sergio Rodríguez impugnó los procedimientos de la Junta Departamental de Cajamarca e impugnó también una nota del Ministro de Hacienda. Y lo hizo en un discurso extensísimo y vibrante. El discurso del señor Sergio Rodríguez suscitó la emulación de los representantes de Cajamarca. La elocuencia viva y espontánea de su señoría despertó envidia. Y todos los representantes de Cajamarca hablaron. Fue hora y media de debate entre los diputados de las provincias de Cajamarca. Y una absoluta imposibilidad para que se pusieran de acuerdo. Hasta que el señor Luna Iglesias, más conciso, más práctico, más acertado que todos propuso:

–¡Que venga el Ministro de Hacienda!

Y la Cámara entera opinó como el señor Luna Iglesias:

–¡Que venga el Ministro de Hacienda!

Luego las adiciones a la amnistía y el encarpetamiento de este proyecto por el Senado, dieron origen a un nuevo debate. El señor Torres Balcázar habló una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez veces. Le objetaron incansablemente también. La figura del señor Torres Balcázar comenzaba a ser heroica...

La chispa

Eran las 7 y 30 de la noche. El señor Manzanilla miraba el reloj de la Cámara y pensaba que aún no había llegado la orden del día. Y hablaba el señor Torres Balcázar. Pedía que el Ministro de Guerra fuese a la Cámara a contestar las interpelaciones del señor Químper. La moción inminente a favor del ascenso del coronel Puente, fracasaba. La cara de fiesta de la mayoría se enturbiaba. Y fruncía el entrecejo.

El señor Torres Balcázar decía:

–¡Cómo vamos a ascender al coronel Puente antes de que venga a responder nuestras interpelaciones! ¡Si el coronel Puente exige que la mayoría, que aquí obedece la consigna de palacio, lo ascienda previamente!

El señor Moreno que se da por aludido, siempre que se menciona a los amigos personales del coronel Puente o del coronel Zapata, intervenía:

–¡La afirmación del señor Torres Balcázar es una impostura!

Y el señor Torres Balcázar protestaba:

–¡Yo no tolero que de una declaración mía se diga que es una impostura! ¡Pido a V. E. que sea retirada esa palabra!

Y ante el gesto vibrante y altivo del señor Torres Balcázar, ante el requerimiento enérgico y autoritario del señor Manzanilla, ante el campanillazo exigente y mandón, la palabra del señor Moreno se cohibía primero y claudicaba después.

Cuando los periodistas pensaban que este incidente constituiría toda la nota culminante del debate, y cuando nosotros decíamos que la moción del ascenso al coronel Puente, se quedaría en la inminencia, habló el señor Tudela y Varela.

El señor Tudela y Varela se transfiguró. Se asombró de que la Cámara hubiese escuchado tranquilamente la declaración del señor Torres Balcázar de que la mayoría servía la consigna de palacio. Enrojeció, gritó, vibró, clamó, imprecó, protestó. Jamás hemos visto tan indignado y descompuesto al señor Tudela y Varela. Sabíamos de él que era leader grande de la mayoría. Sabíamos que un leader grande debe ser siempre mesurado, discreto, sereno y ecuánime. Sabíamos que el señor Tudela y Varela era un candidato en marcha a la Presidencia de la República. Sabíamos que había sido bloquista y que era preclaro amigo del señor Pardo. Pero no sabíamos que era susceptible, como dice el señor Manzanilla y picón, como dice el el señor Abelardo Gamarra.

Nos explicábamos que el Sr. Velezmoro, leader chico, se soliviantase y se saliese de quicio. Nos explicábamos que el señor Moreno, amigo personal del coronel Zapata y del coronel Puente, se soliviantase y saliese de quicio. Nos explicábamos que el señor Mujica y Carassa, que suele tener nerviosas actitudes, se soliviantase y saliese de quicio, igualmente. Pero no podíamos imaginarnos que el señor Tudela y Varela, catedrático de la Universidad, leader principal de la mayoría pardista, presidente de la Comisión de Presupuesto, alcalde de Miraflores y persona de los más altos

matices sociales y políticos, perdiese su serenidad de esta manera.

Había oído decir:

–¡La mayoría obedece una consigna!

Y le parecía tan grande, tan tremendo, tan espantoso que la mayoría obedeciese una consigna, que protestaba así:

–¡Esto es muy grave, Excmo. señor! ¡Esto pone en peligro la respetabilidad del Parlamento! ¿Qué hace la palabra de V. E.? ¿Qué hace la campanilla de V. E.?

La mayoría se electrizaba. Y la Cámara entera se llenaba de emoción, de inquietud, de vehemencia, de coraje, de exaltación.

El instante

Preguntó el señor Torres Balcázar:

–¿La mayoría no obedece aquí los rumbos de la política presidencial?

Respondió el señor Tudela y Varela:

–¡Por supuesto!

Y replicó el señor Torres Balcázar:

–¡Esa es la consigna!

La palabra fue fatal.

Vibró indignada la protesta del señor Tudela y Varela. Vibró indignada la protesta de toda la mayoría. La Cámara se llenó de exclamaciones.

El señor Torres Balcázar, majestuoso y heroico, no perdía su serenidad. Y repercutían sonoras las acusaciones de sus compañeros de la minoría, en medio de los gritos, de los carpetazos, de los denuestos, de las protestas airadas.

Se diría que la Cámara no había escuchado nunca la palabra consigna.

Se diría que le había hecho el mismo efecto que en hogar austero e intransigente haría una palabra deshonesta e inusitada. Se diría que jamás se le había dicho en el Parlamento a la mayoría que estaba sujeta a una consigna.

Todo un gesto inesperado y sorpresivo. Una susceptibilidad máxima. Un escrúpulo supremo. Una austeridad imponente. Un orgullo solemne.

Y, en este gran desorden, la campanilla del presidente desfallecía fatigada y enferma, sin autoridad, sin éxito, sin eficacia.

El señor Torres Balcázar, que tuvo ayer la gran hora del triunfo, no contestó las protestas, los denuestos, ni los carpetazos. Solo, arrogante e imperturbable, calló, hasta que el vocerío calló también y hasta que el

señor Manzanilla y la mayoría entera le pidieron que retirase la palabra consigna. Y habló entonces:

–Las imprecaciones unánimes de la mayoría...

Toda la mayoría protestó:

–¡No ha habido imprecaciones!

El señor Torres Balcázar rectificó:

–La agresión colectiva de la mayoría...

Toda la mayoría protestó otra vez:

–¡No ha habido agresión colectiva!

El señor Torres Balcázar volvió a rectificar:

–La voz de la pasión, de la vanidad y del carpetazo...

La mayoría no se atrevió a exigir nuevas rectificaciones. Pero hacía declaración de que no había atacado personalmente al señor Torres Balcázar. Y esta declaración era hidalga, gentilísima y noble en el señor Larrañaga.

La figura del señor Torres Balcazar dominaba el momento.

La culminación

–¡Consigna! ¡Consigna! ¡Cuántas veces se ha dicho esta palabra! ¿Quién ha protestado contra ella en otros momentos?

Así hablaba el señor Torres Balcázar. Era el suyo un discurso político espontáneo, vigoroso, emotivo, sonoro, elocuente, gallardo, profundo, persuasivo. Tenía toda la fuerza de la lógica, todo el calor de la verdad, todo el fuego de la emoción.

Y no retiraba la palabra consigna. La ratificaba, la mantenía, la imponía. Y hacía de ella explicación, defensa, exégesis. El señor Torres Balcázar, acometido en su actitud por toda la mayoría, un minuto antes, no retrocedía. Y avanzaba con paso firme y dominador.

–¿Yo he dicho esto? ¡Vuelvo a decirlo! ¿Ustedes querían que lo retirase? ¡No lo retiro! ¡Pero esta no es una obcecación! ¡Este no es un empecinamiento! ¡Este no es un capricho! ¡He dicho la verdad! ¡Y voy a probarlo!

Dos minutos después el señor Tudela y Varela aplaudía honradamente la declaración del señor Torres Balcázar y el señor Manzanilla la encontraba satisfactoria. Y cinco minutos después el señor Torres Balcázar continuaba dando batalla contra el Ministro de Guerra.

Había profuso comentario en la Cámara. El señor Balbuena decía:

–Torres Balcázar es ágil.

Y el señor Moreno objetaba:

–No puede ser ágil. Es muy gordo.

El señor Balbuena insistía:

–Es físicamente obeso. Pero es mentalmente elástico. Su fisonomía espiritual es sobria. Su fisonomía material es adiposa.

Y eran, como estos, muchos los comentarios.

Más tarde, el señor Barrós hablaba sobre la ley de imprenta. Y la Cámara, naturalmente, no le oía. Pastoso, como un cigarrillo habano de "La Flor de Cuba",el señor Barrós hablaba con elocuencia y amenidad. Pero la Cámara vibraba emocionada por el gran minuto extinto. Y el señor Barrós hablaba infructuosamente. Equivocado era el momento para un discurso sobre la ley de imprenta. El señor Barrós no tiene el sentido previsor de la eficacia del esfuerzo.

S. E. se equivoca

Los síntomas de la decadencia del señor Pardo se multiplican, se acentúan, se extreman. El señor Pardo pierde su juventud. Y pierde su elegancia. Y pierde su lozanía. Y pierde su arrogancia. Y pierde su memoria. Y pierde su sprit. Le consuela apenas la certidumbre de que no perderá su amor propio, ni su egolatría, ni su orgullo.

Antes el señor Pardo no se equivocaba jamás ni en la tertulia íntima, ni en la conferencia grave, ni en la ceremonia oficial. Jamás dijo doctor a quien le debió decir señor. Jamás dijo general a quien le debió decir coronel. Jamás le dijo V. E. a quien le debió decir U. Sa. Se puede afirmar, en definitiva, que el señor Pardo jamás se equivocó en asuntos de tanta importancia como son los asuntos de tratamiento. Pudo equivocarse en otros asuntos. Asuntos internacionales, asuntos administrativos, asuntos políticos, asuntos científicos. Asuntos baladíes para personalidad tan esclarecida y aristocrática.

Pero el error en la pronunciación o en la denominación –el error del general Canevaro, del general Diez Canseco y del señor Velezmoro–, no afligió nunca al señor Pardo en lengua castellana, en lengua francesa ni en ninguna otra de las lenguas que el señor Pardo conoce.

Hace pocos días, la equivocación –pueril para unos y trascendental para otros– determinó, sin embargo, un instante de molestia y desazón para el señor Pardo. Y marcó un nuevo síntoma de su decadencia.

Fue en la fiesta de la Escuela de Ingenieros. Los estudiantes –juventud del esfuerzo, de la gimnasia, del scoutismo, del teorema, del teodolito, del plano, de la escala geométrica, de la topografía, del football y de las bandas de resistencia– recibían sus despachos o diplomas de sub–oficiales, de sargentos y de cabos. Y hacía entrega de estos diplomas, para gloria de ellos, el propio señor Pardo.

Al iniciarse la gentil y honrosa entrega, toda la Escuela de Ingenieros se estremecía de emoción. Los estudiantes sentían la inminencia del alto honor de recibir sus diplomas de manos del señor Pardo. La primera llamada fue emocionante. Pero no fue exacta. El señor Pardo llamó así:

–¡Capitán A.!

Y A. no era capitán sino sargento. El señor Pardo se había equivocado. A. pensó en el primer momento que la generosidad del señor Pardo lo había hecho capitán. Los profesores de la Escuela se dieron cuenta del error, estupefactos aunque cohibidos. Y el señor Pardo siguió llamando:

–¡Capitán B.! ¡Capitán C.! ¡Capitán D.! ¡Capitán F.!

A todos los alumnos les decía capitanes. Un circunstante se dio cuenta de la gravedad de las equivocaciones. La Escuela de Ingenieros se iba a reír del señor Pardo e iba a poner en duda que el señor Pardo era una persona infalible, serena y exacta. Y el circunstante se resolvió a llamar la atención del señor Pardo sobre el error. Le habló:

–S. E. se equivoca. Los alumnos no son capitanes; son sargentos, son sub–oficiales o son cabos.

El señor Pardo tuvo una repentina y brusca emoción. Se sintió embarazado y acobardado. Se dio cuenta de que había incurrido en un error. En un error gravísimo y punible. Estuvo a punto de interrumpir la lectura, e interrumpir la ceremonia. Pero su augusta serenidad se restableció prontamente. Y siguió llamando a los alumnos y entregándoles su diploma con voz majestuosa y sonora, con gesto arrogante y aristocrático y con cortesía afable y gentil.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–X–1916)

VOCES

La jornada de ayer

Es absolutamente indispensable que el coronel Puente, ministro de guerra, ascienda a general de brigada. La mayoría parlamentaria lo siente así, el presidente de la república lo siente así y el coronel Puente mismo lo siente así también. Es inaplazable que su señoría ascienda a general de brigada. El coronel Puente es un gran militar y un gran militar reclama siempre el título de general si no el de mariscal. No se concibe a Bolívar coronel. No se concibe a Napoleón coronel. No se concibe a Joffre coronel. No se concibe a Moltke coronel. Y el coronel Puente que lo sabe muy bien se mira en el espejo, reflexiona en sus cincuenta y cinco años, ve el calendario y piensa que es urgente que se le haga general.

La Cámara de Diputados debate desde ayer su ascenso. Debía debatir antes el pliego de ingresos y el pliego de egresos del presupuesto, el impuesto al petróleo, la reforma del código militar, la reforma de la ley de conscripción, el proyecto del señor Ulloa sobre los empleados telegráficos y otras graves cuestiones nacionales, pero es tan grande, tan venerable, tan intenso el capricho de que el coronel Puente sea convertido en general sin demora que todos los problemas políticos, administrativos y económicos han sido postergados en honor al ascenso del ministro de guerra.

Gran ambiente popular tuvo la sesión de ayer. En todas las galerías había efervescente e inquieta multitud. En los pasillos y en los salones del Palacio Legislativo se discurría, se comentaba, se auguraba, se murmuraba.

Apenas se inició la estación de los pedidos las gentes comprendieron la inminencia de la moción a favor de los ascensos. Se puso de pie el señor Escalante. Todas las gentes pensaron que su señoría iba a presentar la moción. Se puso de pie luego el señor Chaparro. Fue unánime la expectativa nuevamente. Pero el señor Chaparro se limitó a contestar al señor Escalante. Se puso de pie el señor Gamarra, don Manuel Jesús. Pero el

señor Gamarra se limitó a apoyar al señor Chaparro. Se puso de pie enseguida el señor Moreno. Nadie puso en duda que la moción iba a ser presentada por el distinguido amigo personal del coronel Puente y del coronel Zapata. La devoción amistosa del señor Moreno estaba seguramente en atrenzo de prueba. Pero el señor Moreno no habló de los ascensos militares sino de los ascensos navales.

Finalmente habló el señor Rubio, don Miguel. Y surgió la moción. Pero surgió con timideces, con ambigüedades, con reticencias, con gazmoñerías. El señor Grau tuvo que acorrerla. Y, encontrándola defectuosa y endeble, tuvo que sustituirla. El señor Torres Balcázar, el señor Químper y el señor Ruiz Bravo la combatieron sin tregua. El debate se encendía. Los periodistas presentíamos que no iba a tardar la crisis. Pensábamos que nos rozaba ya la emoción.

Mas el señor Manzanilla apeló al reglamento, a la campanilla, a los antecedentes, a la farola, a los secretarios, a la luz eléctrica y a su autoridad presidencial para decidir el término del debate. El parlamentarismo científico no admite que una estación se extienda con daño de la otra. Lo dijo el señor Manzanilla.

La hipertrofia de la estación de pedidos representa la atrofia de la estación de la orden del día.

Y el señor Peña Murrieta, médico y orador profuso en términos y figuras científicas, pensó que el señor Manzanilla le imitaba. Y tuvo una satisfacción muy grande.

El señor Torres Balcázar, incansable, tenaz y perseverante como una abeja, habló sin embargo ocho veces. Y pidió que se pasara a sesión secreta para hacer graves revelaciones. Pero el señor Manzanilla, los antecedentes, el reglamento, la campanilla y el voto de la mayoría se lo negaron. Y en vano lo amparó el señor Ulloa inducido por ese amor a la justicia y a la verdad que es tan profundo siempre en su señoría.

Y se inició el debate del ascenso del coronel Puente. El señor Grau dijo que el coronel Puente merecía el ascenso porque era un perfecto caballero, porque tenía muchos años de servicios, porque era dueño de grandes merecimientos y porque estaba ya en punto de general de brigada. Y presentó todos los certificados del coronel Puente. En el Perú el bagaje de los profesionales es siempre un bagaje de certificados.

Habló luego el señor Ruiz Bravo, sin exaltación, sin violencia, sin agresividad. Fue el suyo un discurso sereno, ponderado y discreto. Habló así el señor Ruiz Bravo:

–El coronel Puente tiene muchos certificados. ¿Quién no tiene aquí certificados? Una competencia hecha con certificados no es una competencia. ¿Dónde están las obras del coronel Puente? ¿Dónde las iniciativas del coronel Puente? ¿Dónde están los estudios del coronel Puente? Todo el mundo dice que el coronel Puente tiene talento, pero a nadie le consta tal cosa. Todo el mundo lo cree sin embargo bajo la palabra de honor del coronel Puente y bajo la palabra de honor de sus amigos. La palabra de honor sirve en el Perú para grandes cosas. El coronel Puente me hace recordar a Pacheco. El coronel Puente es sólo un Pacheco de nuevo cuño y de uniforme y entorchados militares. Yo pido para este Pacheco un novelador.

Y el señor Grau le respondía con argumentos de esta clase:

–El coronel Puente no es un Hindemburg. El coronel Puente no es un Joffre. El coronel Puente no es un French. Pero en el Perú el coronel Puente puede ser general de brigada.

La lógica del señor Grau es una admirable lógica criolla. Hoy seguirá el señor Grau desarrollándola.

Sólo que no será indispensable para que el coronel Puente se vista de general dentro de algunas horas.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–X–1916)

VOCES

Milagro patente

No se dirá que nosotros no somos profetas. No se dirá que nosotros somos apasionados, intransigentes e imprevisores. En la mañana de ayer dijimos que el coronel Puente se vestiría de general dentro de pocas horas. Y ha sido así. El coronel Puente es ya general del ejército peruano para tranquilidad de la patria y regocijo del espíritu público.

Es verdad que se ha dicho que el coronel Puente posee los merecimientos que se le atribuyen, es verdad que se le ha comparado con el ilustre señor Pacheco del exquisito Eca de Queiroz; es verdad que se ha recordado que no sabe francés, pero que esto no obsta para que haya hecho traducciones de ese idioma; es verdad que sus amigos no han contradicho tales aseveraciones. Pero tan imperativo ha sido el anhelo de que este ascenso triunfase, que la decisión de la Cámara de Diputados ha tenido que ser cortés, asequible y bondadosa.

Ningún ascenso ha despertado los debates que éste. Se ha discutido tanto que hubiera valido la pena que el favorecido hubiese tenido la coquetería de declinar su aceptación. Y, finalmente, ha sido aprobado en día del Señor de los Milagros, misericordioso hacedor de todos los prodigios y de todas las misericordias en esta tierra de criollos apacibles, sonrientes y místicos, y en día en que se ponía en escena en el teatro "El Soldado de Chocolate". Se podría decir que el ascenso del coronel Puente ha triunfado con el concurso del Señor de losMilagros, de la procesión, de los devotos con hábito morado, de los cirios exornados y de los turrones de doña Pepa.

La sesión tuvo animados preámbulos. En la estación de orden del día se puso en debate un bien intencionado proyecto del señor Sotil. Lo combatió el señor Balbuena porque el proyecto del señor Sotil establecía incompatibilidad en las relaciones de los doctores Blondet, hermanos, juez de 1ª instancia el uno y abogado el otro del Cerro de Pasco. El señor Balbuena

dijo:

–Blondet abogado es liberal y Blondet juez de primera instancia es liberal también. ¡Luego sus relaciones son insospechables y austeras! ¡Luego este proyecto es innecesario y superfluo! ¡Y yo le digo al señor Sotil que yo admiro tanto a Blondet abogado como a Blondet juez de 1ª Instancia!

Y el señor Sotil, con el corazón en los labios y con una mano sobre la carpeta, hizo la defensa, vibrante, emocionada, vehemente y sincera de su proyecto. Y dijo sencillamente, apasionadamente, cálidamente:

–¡Yo sólo pido justicia para mi pueblo!

Lo secundó el señor Jiménez, que ama mucho las causas justas y que tiene siempre un noble concepto sentimental de las cosas, pero que ama mucho asimismo el grito, la exaltación y el plañido. Habló el señor Jiménez con hábil lógica, pero habló a gritos como habla generalmente su señoría. Y muchas gentes que ingresaban en esos momentos a la galería creyeron que la Cámara se había salido de quicio.

Y el señor Ulloa, ático, majestuoso, ilustre como en todos los momentos de su vida, exclamó luego:

–¡Esta es señores diputados la elocuencia de los pulmones, pero no la elocuencia del raciocinio!

Mas tarde el señor Ruiz Bravo continuó el análisis del ascenso del coronel Puente, de la capacidad del coronel Puente, de la actuación del coronel Puente y de los méritos del coronel Puente. Y como se declarara terminado el debate sin que sus afirmaciones fuesen controvertidas, el señor Ruiz Bravo exclamó:

–¡Que conste, señores diputados, que lo que yo he dicho no ha sido desautorizado!

Y luego se ascendía al coronel Puente. El señor Grau recibía las felicitaciones. Y el señor Sánchez Díaz apostólico y fervoroso, decía con voz unciosa y con el alma puesta en la procesión del día:

–¡Milagro patente!

(En *El Tiempo*: Lima, 19–X–1916)

VOCES

Día de gracias

Ha estado ayer proscrita de la cámara de diputados la política. Ha estado proscrito el debate violento. Y ha estado proscrita también la oratoria vibrante y airada. La Cámara se sintió mística, unciosa y cristiana en homenaje a la procesión del Señor de los Milagros. Y parecía que hasta llegaban a ella los efluvios piadosos del incienso.

Y se sintió la Cámara tan mística, tan unciosa y tan cristiana que la poseyó una inefable ansia de dispensar gracias y hacer mercedes. Y dedicó casi todas sus horas a la aprobación de ascensos. Ascensos militares y ascensos navales. Ascenso del comandante Edgardo Arenas. Ascenso del comandante Pedro Pablo Martínez. Ascenso del comandante Manuel C. Bonilla. Ascenso del capitán de fragata Numa Pompilio León, que también es amigo personal del señor Moreno como el coronel Zapata y como el coronel Puente. (Vamos a creer que en este país basta ser amigo personal del señor Moreno para obtener un ascenso). Ascensos, ascensos, ascensos.

La fiesta del Señor de los Milagros había hecho absolutamente generosa a la Cámara de Diputados. Se sentía dispensadora de mercedes y obsequios. Y se empeñaba en hacer milagros.

Todo en la Cámara de Diputados era continua votación. Balotas blancas y balotas negras. Muchas balotas blancas y muy pocas balotas negras. Las gentes se preguntaban:

–¿De quiénes serán las balotas negras?

Y el señor Torres Balcázar, ansioso de exonerar a la minoría de la responsabilidad de estas balotas negras, dijo:

–La minoría no pondrá hoy balotas negras. Favorecerá todos los ascensos.

Y calló lo siguiente:

–La minoría tiene sólo balotas negras para un ascenso cuando este ascenso es el del coronel Puente.

Hubo en la tarde una incorporación. La incorporación del diputado suplente por Yauli señor Guillermo Valentini, para quien tuvo toda la Cámara entusiastas aplausos.

Y no hubo sino una nota interesante. En la estación de la orden del día el señor Sayán y Palacios se empeñó en pronunciar un discurso. Y el señor Manzanilla se empeñó en impedirlo:

–¡Perdón, señor diputado! ¡No hay nada en debate!

El señor Sayán y Palacios se empeñó entonces en presentar una moción. Y el señor Manzanilla con el reglamento en la mano se obstinó igualmente en obstruirlo:

–Muy bien, señor diputado. Puede usted enviar su moción a la mesa. Pero la tramitaremos mañana.

Y el señor Sayán y Palacios, completamente desesperado, pensaba en que el reglamento y el señor Manzanilla eran muy injustos. Sobre todo porque la Cámara estaba en día de gracias y mercedes.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–X–1916)

VOCES

Champaña

Hace días que el ministro de guerra vive envuelto en una aureola de felicitaciones. Todo alrededor de él no es sino cumplidos, piropos, champaña, brindis y copitas. Tiene un instante de apoteosis pública. Una apoteosis de salón, de comedor y de confitería.

El ministro de guerra está en el minuto de su celebridad y de su apogeo. Las gentes le miman y le engríen. El señor Grau dice en una esquina un ditirambo en su honor. Los señores Rubio repiten en la otra esquina el ditirambo del señor Grau. Y jefes y oficiales, militares y marinos, grandes y chicos, felicitan al ministro de guerra y le celebran. Y ha habido tanto incienso, tanto zahumerio, tanta devoción y tanta reverencia en las calles en los últimos días, que el señor Puente debe haber sentido que parte de ese incienso, de ese sahumerio, de esa devoción y de esa reverencia le correspondían indudablemente.

Las gentes dicen:

–Ochenta y una balotas blancas han hecho general de la República al señor Puente.

Y el señor Puente piensa que el color blanco es el más feliz, noble y hermoso de los colores. Abomina al color negro que es como quien dice el color de las viudas y de los indefinidos. Ama al color blanco. Y se lamenta de que su elocuencia no tenga lirismo bastante para hacer la loa y la exaltación de color tan admirable. En una loa del color blanco, el señor Puente pondría que es el color de la pureza, pondría que es el color de la candidez, pondría que es el color de la virginidad, pondría que es el color de la primera comunión, pondría que es el color de la leche de Chosica, pondría que es el color de las enaguas, y pondría, sobre todo, que es el color de las balotas indulgentes.

Los amigos del señor Puente han invocado todos sus merecimientos. Y han invocado especialmente el merecimiento de su juventud y de su

precocidad. El señor Grau ha dicho:

–El señor Puente es general a los cuarenta años.

Y el señor Puente ha rectificado:

–A los treinta y nueve años.

Y todos los amigos del señor Puente han encontrado admirable la precocidad de general que tenía el señor Puente.

Pero los militares viejos, de las campañas criollas, los militares del vivac, los militares del Manlincher, los militares de las revoluciones, se soliviantan ante esta afirmación de la juventud del coronel Puente. No transigen con ella. Sostienen que el señor Puente tiene más, mucho más de cincuenta años. Y como comparten igualmente la vanidad de su triunfo se lo reclaman, se lo pelean y se lo arrebatan a la juventud. Y lo mismo que en las polémicas literarias de hoy, les dicen a los hombres nuevos del ejército:

–El general Puente no es de vuestra generación. ¡El general Puente nos pertenece!

(En *El Tiempo*: Lima, 21–X–1916)

VOCES

Atingencias y carpetazos

La Cámara de Diputados está entregada a labor más activa, acuciosa, fecunda y perseverante. Labor de orden del día. Labor constructiva, como dice el señor Manzanilla. No hay debates políticos. No hay mociones tendenciosas. No hay interpelaciones. Todo es legislación. Atingencias y carpetazos. Carpetazos y atingencias. Discursos homeopáticos, diálogos, conciliaciones, acuerdos. Y el señor Manzanilla, más esforzado y más laborioso que nunca, presidiendo este concierto eficaz y patriótico con una sonrisa y un ademán en los cuales están involucrados el ideal político del diputado por Ica, la autoridad del presidente de la Cámara y la felicidad de la patria.

La sesión se dividió en tres tandas. Casi lo mismo que los espectáculos de zarzuela. Una sección para los asuntos internos de la Cámara. Una sección para los asuntos particulares. Y otra sección para los asuntos nacionales. Primero los asuntos de la Cámara. Luego los asuntos de los particulares. Y por último los asuntos de la nación. Una graduación científica y patriótica.

En la estación de los pedidos hubo uno interesante, conceptuoso y admirable del señor Salomón:

–Pido que mañana celebremos sesión extraordinaria. Es preciso que mañana domingo trabajemos para dejar sancionado el descanso dominical.

Y su señoría lo dijo muy serio porque un razonamiento de esta especie se encuadra muy bien dentro de su lógica. Encuentra muy justo que el parlamento se ocupe en día domingo del descanso dominical. Le parece lo más natural y razonable.

La Cámara de Diputados interpretó la frase del señor Salomón como una ironía muy grande. El señor Balbuena se acercó para felicitarlo. Pero el señor Salomón se indignó de que se hubiese tomado como una ironía lo

que para él era un argumento muy serio y muy convencido. Y se afligió al ver tan mal traducida su actitud. Apenas le consoló un tanto el acuerdo de la Cámara favorable a su pedido.

Más tarde el señor Peña Murrieta aludió a la junta departamental de Junín. Y el señor Sotil, presidente de esa junta departamental, pensando que había sido agredida se apresuró a declarar su protesta. Replicó entonces el señor Peña Murrieta recomendándole calma y templanza y dándole el consejo facultativo de que se curase los nervios. Le dijo así:

–El señor Sotil está muy nervioso. Esto tiene graves peligros. Es indispensable que use bromuro. Yo le garantizo al señor Sotil la eficacia del bromuro con toda mi experiencia profesional.

Y finalmente, después de los humoristas consejos del señor Peña Murrieta al señor Sotil, después de los sabios conceptos del señor Salomón, después de los debates de la orden del día, después de las constantes intermitencias y estertores del quórum, el señor Manzanilla leyó la nómina de los asuntos que debía tratar la cámara. Una relación interminable. El descanso dominical, el impuesto al petróleo, la prenda agraria, la hipoteca naval, los asuntos locales. Trabajo para una legislatura y no para una tarde de domingo en la cual la Cámara de Diputados de esta nación católica, apostólica y romana violará el primer mandamiento de la santa madre iglesia.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–X–1916)

Las moriscas construcciones del Hipódromo de Santa Beatriz, que estuvo emplazado en el actual Campo de Marte y fue escenario de muchos "escritos juveniles" de Juan Croniqueur.

LUIS MIRÓ–QUESADA, alcalde de Lima en 1916–1918.

VOCES

Precepto todopoderoso

Ni el empeño del señor Salomón, que habla a veces en serio como si hablara en broma y habla a veces en broma como si hablara en serio, ni las angustias de la legislatura ordinaria, ni el acuerdo de la sesión de anteayer, ni los requerimientos de la esforzada y científica presidencia, ni las citaciones, ni las súplicas, fueron suficientes para que la Cámara de Diputados faltara ayer al santo precepto católico de la santificación de las fiestas y del descanso dominical.

La Cámara de Diputados tuvo oportuna conciencia de la gravedad del pecado inminente y se detuvo ante la tentación. Y no hubo ayer sesión extraordinaria por falta de quórum. Y los diputados concurrentes execraron la iniciativa del señor Salomón:

–¡Pedir que se sesione en día domingo!

–¡En día de carrera de caballos!

–¡Qué absurdo!

–¡Y pedirlo el señor Salomón, que se apellida en israelita, que tiene místicos y unciosos modales, que debe respetar igualmente los mandamientos de la santa madre iglesia católica y los mandamientos de la ley mosaica!

–¡Mas absurdo todavía!

No podía ocurrir de otra manera. El precepto religioso de la santificación de las fiestas y el precepto civil del descanso dominical tienen la obediencia más absoluta de nuestra política y de nuestros políticos. Y el señor Salomón no logrará nunca que esa obediencia sufra desmedro.

Toda la vida política y administrativa de la nación se paralizó, pues, ayer como todos los domingos. Ni siquiera supo mover a la agitación, a la intriga, o al comentario por lo menos, la reacción del civilismo.

Porque hace tres días que el civilismo vuelve a animarse, a moverse, a

sacudirse. Toma acuerdos parlamentarios, requiere al doctor Prado y Ugarteche, pone los ojos en la próxima asamblea. Y augura la posibilidad de que la política torne a hacerse intensa, vibrante, complicada.

Sólo hubo ayer una nota rebelde a la santificación del domingo. Y fue la de un duelo trascendental. El duelo entre el general Puente y el señor Secada. Se explica esta nota rebelde y profana si se tiene en cuenta que uno de los duelistas es irreligioso y ateo.

El regimen y la opereta

Hace dos noches se puso en escena en el teatro Municipal la opereta "Eva". Y Esperanza Iris, el Municipal, Eva y Franz Lehar monopolizaron la atención y el interés de todas nuestras damas, aristócratas, burguesas y plebeyas, sentimentales, románticas y enamoradas.

Y esta opereta de Franz Lehar hecha de snobismos, de almibaramientos, de sensiblerías, de fuegos pirotécnicos, de fanfarrias, de plañidos, de cursilerías, de azúcares, de valses lánguidos, de brindis y de zalamerías, interesó no sólo a las mujeres bonitas y feas de Lima. Interesó también al señor Pardo. Y el señor Pardo hizo a la función, a Eva, al teatro y a Franz Lehar, el honor de su asistencia.

Las gentes hicieron maligno y pertinaz comentario de la presencia del señor Pardo. Y hablaron algunas de esta suerte:

–¿Por qué habrá venido a ver a "Eva" el señor Pardo?

–¿Por qué no habrá preferido "El Saldado de Chocolate"?

–¿Por qué no habrá preferido "El Mercado de Muchachas?

–¿Por qué no habrá preferido "El Amor Enmascarado"?

–¿Por qué no habrá preferido "Aires de Primavera"? ¿Por qué no habrá preferido sobre todo "Aires de Primavera"?

–Es justo que no le haya interesado "La Princesa del Dollar". La malacrianza de Mac Adoo debe tenerle aún resentido con las cosas yanquis.

–¿Qué motivo tiene esta devoción del régimen a Franz Lehar?

–La concurrencia del señor Pardo es todo un acto de devoción a Franz Lehar.

–El señor Pardo debe ser admirador de Franz Lehar.

–Se podría decir entonces que el presidente de la república del Perú admira a Franz Lehar.

–¿Será Franz Lehar digno de la admiración del señor Pardo?

Y en general se decía que el señor Pardo era en esos momentos un presidente democrático pues compartía el entusiasmo sensiblero y almibarado del público de Lima por la obra de Franz Lehar. Y se hablaba de las simpatías manifiestas del régimen por la opereta.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–X–1916)

VOCES

Postrimerias

La legislatura llega a sus últimos instantes. Desfallece, agoniza, se muere. Y se muere sin junta de médicos, sin penitencia, sin arrepentimiento, sin viático y sin extremaunción. Arrepentida de todas sus coqueterías y de todos sus ocios vive sus últimos momentos febril y activamente. Su labor legislativa se torna intensa, variada, multiforme. Y se hace de ella vivo y profuso comentario:

–La legislatura ha sido fecunda.

–La legislatura ha sido amable.

–La legislatura ha sido voluble.

–La legislatura ha sido penosa.

Ayer en la Cámara de Diputados hubo cinco horas de continuas sesiones. El señor Manzanilla, que quiere dar ejemplo de energía, de fortaleza de heroísmo ciudadano, no abandonó un solo minuto la presidencia. Y reprobó el cansancio y la holgazanería del señor Carrillo que se lamentaba de que el despacho fuera tan largo. Austeramente le recomendó:

–¡Cuando se tiene una función pública tan elevada y se es tan esclarecido funcionario, hay la obligación de sacrificarse en el servicio de la patria!

El señor Carrillo le miró, muy asombrado.

En la orden del día la cámara aprobó veinte proyectos. La prenda agraria. La profilaxia preventiva. El horario de la Corte Suprema. El ascenso del capitán de navío Caballero Lastres. Carpetazos, dictámenes, balotas. Labor incesante para los secretarios y para los periodistas.

El señor Peña Murrieta hizo un sensacional discurso sobre la profilaxia de las ciudades.

Habló de este modo:

–¿Nos rige el parlamentarismo científico? Yo voy a hacer un discurso científico. Voy a exigir que el organismo nacional se prevenga contra las

epidemias extranjeras. Hay que impedir que el tracoma, el cólera y la bubónica pasen la frontera. Es necesario que el país se dé fricciones cotidianas de vinagre Bully.

Y siguió hablando con exuberante tecnicismo. Un discurso de facultativo erudito y afable. Era lo único que le hacia falta a esta legislatura en agonías. La palabra de un médico. Si el señor Sánchez Díaz, seráfico y uncioso sacerdote, dice también una palabra, la legislatura habrá terminado por completo...

La lámpara maravillosa

Las tertulias presidenciales son cada día más monótonas, más tristes, más graves, más lánguidas. Todo en ellas es etiqueta, austeridad, afectación, estiramiento, cosas éstas en pugna con la psicología criolla.

Los concurrentes habituales se desesperan más cada día. De repente van a ir a ellas con la misma compunción con que podrían ir a un sepelio o a una misa gregoriana.

A la sordina, furtivamente, como un síntoma de tímida y reticente rebeldía, hay comentarios de esta clase:

–Debía haber cinema. Sería interesante ver a la Bertini en Palacio.

–Debía haber comedia. Sería interesante reírse de Paco Ares en Palacio.

–Debía haber concierto. Sería interesante oír la *Canción del Ruiseñor* en Palacio.

–Debía haber tonadillas. Sería interesante celebrar a la Quijano en Palacio.

Se hace a la personalidad excelsa del señor Pardo la grave y audaz ofensa de no considerarla factor, motivo o aliciente bastante de las tertulias palatinas. Y se piensa en la Bertini, en Ares, en la Quijano y en la *Canción del Ruiseñor*. Es cierto que esta ofensa es secreta, callada, furtiva. Pero bastaría que existiese en el espíritu y en el pensamiento de un tertuliante para que ya fuese pecadora, atrevida y profana.

Uno de los que más se ha consternado con la languidez de las tertulias presidenciales ha sido el señor Málaga Santolalla. Y su consternación no ha sido egoísta. No le ha afligido entristecerse él solo. Le ha afligido hondamente que se entristezcan los demás. Y, aspirando a dar animación y alegría a una de la tertulias, llevó a la penúltima de ellas una lámpara modernísima y admirable. Una lámpara ligera, manuable, sencilla, única. Una lámpara de gasolina, de vigorosa luz, de simplísimo manejo y de

sorprendentes aplicaciones.

El señor Málaga Santolalla la presentó como un objeto prodigioso al señor Pardo. Y todos los representantes los rodearon para conocerla. Y se apagaron las luces del salón para que se encendiese la lámpara del señor Malaga Santolalla y se constatase su poder luminoso.

Todos los representantes hicieron de la lámpara del señor Málaga Santolalla el más vehemente elogio.

–¡Esta es una lámpara maravillosa!

Y el señor Pardo, que recuerda los cuentos que fueran lectura favorita de su infancia, dijo:

–¡La lámpara de Aladino!

La lámpara sola alumbraba parpadeante y cohibida la estancia presidencial. Y el encomio seguía apasionado y fervoroso. El señor Málaga Santolalla repetía a cada instante:

–He mandado cincuenta lámparas iguales a mi provincia. Quiero llevar a mi provincia toda la luz posible.

Pero el señor Dunstan, que es ingeniero y que como tal tiene reticencias y emulaciones con sus compañeros, interrumpió bruscamente el elogio de la lámpara maravillosa:

–¡El señor Málaga Santolalla es agente con exclusiva de esa lámpara! ¡Y le está haciendo aquí reclame! ¡Esto es industrial! ¡Esto no es de buen tono, señores!

(En *El Tiempo*: Lima, 24–X–1916)

VOCES

Gesto adusto

El gran discurso del señor Cornejo sobre la Brea y Pariñas ha tenido eco, resonancia y aplausos en la opinión pública. Pero ha disgustado al señor Pardo. Hay que deducir que la opinión pública se ha equivocado y que el señor Pardo debe estar en lo justo.

Piensa el señor Pardo que el discurso del señor Cornejo ha sido atrevido, ofensivo, destemplado e irrespetuoso. Piensa que el señor Cornejo ha cometido el más grave error de su vida política. Y su indignación de esta hora contra el señor Cornejo se exalta, se solivianta y se fortalece con el recuerdo de la amistad y del consorcio entre el señor Cornejo y el señor Prado y Ugarteche.

El señor Cornejo ha perdido la gracia del señor Pardo. La ha perdido repentina y violentamente. El mismo señor Pardo se lo ha notificado hace cuatro días en la tertulia palatina del sábado.

Estuvo en esa tertulia el señor Cornejo a quien seducen la cortesanía, la suntuosidad y la gentileza de las fiestas presidenciales. A pesar de sus democráticas convicciones, el señor Cornejo tiene alma de magnate.

Y el señor Pardo, que había leído y releído en la mañana de ese día el convincente y vibrante discurso del señor Cornejo, quiso hacerle sentir inmediatamente su disgusto. Quiso notificarle que estaba en pecado mortal. Quiso acusarle de desacato y osadía. Quiso decirle que le negaba su aplauso y le daba su reproche, su reprobación y su silbido.

Habló así, más o menos, el señor Pardo:

–Usted ha atacado duramente al gobierno. ¿Por qué hay en su discurso tantas reconvenciones? ¿Por qué hay en su discurso tantas sospechas? ¿Por qué hay en su discurso tantas reticencias? Parece que usted quisiera colaborar en una empresa de daño para la administración.

Habló así, más o menos, el señor Cornejo:

–No hay en mi discurso tales reconvenciones, tales sospechas ni tales reticencias. Hay sólo un análisis desapasionado y tranquilo sin tendencia

alguna de contrariar al gobierno. No lo ha leído usted con tranquilidad.

Insistió el señor Pardo:

–Lo he leído con mucha tranquilidad y con mucha detención, Cornejo.

Y contestó el señor Cornejo:

–Entonces no lo ha comprendido.

Esta frase, dicha con toda la sinceridad y con todo el calor de la réplica, indignó al señor Pardo. Le sacó de quicio. Le exasperó. Le pareció una herejía, una profanación, un desacato. Pensó que esta frase del señor Cornejo seguía a la supresión de los tratamientos obsequiosos y solícitos. Y le volvió las espaldas airadamente al señor Cornejo.

Desde ese minuto el señor Cornejo ha perdido la gracia excelsa del señor Pardo. Es un ángel caído. Ha pecado por desobediencia y ha sido castigado. El señor Pardo pondrá un querubín con una espada de fuego a la entrada del paraíso de su gracia para que el señor Cornejo no pueda regresar a él. Y el señor Cornejo, orador máximo, ilustre y esclarecido, será sólo un réprobo que habrá tenido la debilidad de asilarse en el cariño de los ciudadanos y de olvidarse del cariño del señor Pardo. En el índex en que estamos todos los excomulgados de la simpatía pardista figurará en adelante el nombre glorioso del señor Cornejo.

El señor Pardo, pertinaz y obcecado en su resentimiento y en su rencor, niega toda justificación al señor Cornejo. Mantiene su gesto intemperante y adusto. Y les dice a sus amigos cuando quieren tímidamente exculpar al señor Cornejo y pedir su absolución:

–¡El señor Cornejo ha ofendido al gobierno por amor al aplauso! ¡El apego a las vanas glorias terrenales ha perdido al señor Cornejo!

El statu quo

Lima está ya oficialmente notificada de que esta municipalidad joven, simpática y amable va a seguir rigiendo sus destinos por un año más. Tal como lo anunciamos nosotros en una de nuestras primeras informaciones, el statu quo de la prórroga implícita y formal ha frustrado la lucha, las intrigas, las inscripciones y la elección, y ha evitado al gobierno el duro atrenzo de otorgar su favor a un candidato con resentimiento del contrario. Se podría decir que, frente a la renovación de la Municipalidad de Lima en 1916, el gobierno del señor Pardo ha sido absolutamente imparcial. Y esto sería una prueba patente de la austeridad del gobierno del señor Pardo si no se agregara que el gobierno del señor Pardo fue absolutamente impar-

cial frente a esa renovación porque esa renovación no se realizó. Pues de otra suerte acaso se deduciría malignamente que el gobierno del señor Pardo puede ser imparcial en una elección siempre que la elección no se realice.

La municipalidad de 1916 va a ser pues también la municipalidad de 1917. El alcalde de 1916 va a ser pues también el alcalde de 1917. La ciudad va a continuar atendida y cuidada por un alcalde y un concejo solícitos, honestos, diligentes y hacendosos. Una paternal y acuciosa administración va a continuar barriendo, adoquinando y regando las calles, podando los parques, cuidando las alamedas y persiguiendo a los perros vagabundos.

La única dolencia de esta municipalidad es la dolencia de las dificultades del quórum. El quórum embaraza al alcalde, preocupa al secretario, inquieta a los conserjes y frustra las sesiones. El quórum constituye un problema tremendo. El quórum representa un tropiezo mayor que todos los tropiezos presupuestales.

Pero si en las sesiones el quórum suele ser escaso, en el palco municipal hay todas las noches quórum pleno, quórum exorbitante, quórum sobrado. Lo que no pueden conseguir los requerimientos del alcalde lo consiguen fácilmente la opereta vienesa y Esperanza Iris. El anuncio de "El Soldado de Chocolate" es tan eficaz como ineficaz es una citación reglamentaria. Y un cancán parisiense es para los concejales del palco municipal mucho más interesante que la cuestión de la reja de los Descalzos.

Y los concejales que más entusiasta quórum dan a las sesiones cotidianas del palco municipal son precisamente los más reacios en dar quórum a las sesiones semanales del Concejo. Les encanta ejercitar su función concejil en el palco de teatro. Les parece que la ejercitan así más ostensible y más patentemente. Les seduce el desempeño de sus cargos con tanta publicidad, buen gusto y elegancia. Son los suyos espíritus estetas y refinados que sienten toda la importancia de su cargo cuando se ponen frac y corbata blanca.

Y es tanta la asiduidad cotidiana de tal quórum que no sería raro que una de estas noches en que más le preocupase la escasez de las sesiones se presentara en el palco municipal el señor Miró Quesada, asistido de su secretario, y les dijera agitando la campanilla presidencial:

–Se abre la sesión...

(En *El Tiempo*: Lima, 25–X–1916)

VOCES

El último día

El último día de la legislatura ordinaria fue febril, intenso, congestionado. La Cámara de Diputados y la Cámara de Senadores celebraron sesiones sucesivas e interminables. En ambas la voz del secretario se enronquecía y la campanilla del presidente vibraba nerviosa.

Estas sesiones de las legislaturas tienen una animación de fiesta y de holgorio. Son atorbellinadas, extensas, bulliciosas, agitadas. Hay en ellas cierto rumor de feria. Los representantes se mueven, se exaltan, se conflagran y se ríen. Los empleados tienen un trajín incesante. Y los periodistas extreman la agudeza de sus sentidos para seguir la sesión, vertiginosa y complicada, en todos sus detalles, y para hacer prolija síntesis de ellos.

En la cámara de diputados el ambiente fue intranquilo. Hubo en todo instante vivo comentario y risueño corrillo. Y hubo interrogaciones frívolas e inquietantes. Esas interrogaciones que no encuentran nunca otra respuesta que la de una perplejidad, una sonrisa o un ademán:

–¿Por qué las últimas sesiones de las legislaturas son extrañamente alegres?

–¿Por qué en ellas hay tanto afán de legislar, de resolver, de decidir?

–¿Por qué las legislaturas terminan tan agitadamente?

–¿Por qué el señor Sánchez Díaz no dice en esta sesión un responso, una oración fúnebre, un panegírico?

–¿Por qué no pronuncia un discurso el señor Salomón?

La legislatura ha concluido, como todas las legislaturas, vulgarmente. El parlamentarismo científico del señor Manzanilla no ha tenido eficacia en este final. Ha sido el final que siempre hemos visto. Y no han valido para metodizarlo, para regirlo, para modificarlo, ni las graduaciones de la luz, ni las admoniciones presidenciales, ni los prestigios de la farola.

Haciendo la historia de la legislatura se decía:

–Se inició con cuarenta proyectos celestes del señor Borda.

–Atajó la reforma del jurado del doctor Cornejo.

–Libró a los paisanos de la justicia militar.

–Sepultó las teorías disciplinarias y autocráticas del señor Fuente.

–Perdonó a los telegrafistas, a los revolucionarios, a los ministros, a todo el mundo.

–Fue indulgente y protectora.

Y el señor Sánchez Díaz agregaba patriarcal, cristiana y unciosamente:

–¡Rogad a Dios por ella!

Debate emocionante

El dictamen de la comisión de cómputo causó el debate que todos esperaban. La legislatura terminó con un debate emocionante y sonoro. Se tuvo la certidumbre de su inminencia desde que se vio aparecer en su escaño al señor Salazar y Oyarzábal, orador pertinaz de vasta experiencia parlamentaria.

El primer discurso fue el del señor Salazar y Oyarzábal. Un discurso de análisis constitucional y de interpretación legislativa. Y siguieron muchos discursos vibrantes, persuasivos, apasionados. Gran discurso del señor Ulloa. Gran discurso del señor Torres Balcázar. Y, después de estos agitados exordios, se interrumpió la sesión por una hora.

Y una hora más tarde continuó el debate. El señor Ulloa se dirigió a los sentimientos de justicia y de austeridad de los diputados con elocuente concepto de admonición. Y el señor Torres Balcázar planteó francamente la permanencia del señor Castro y del señor Gianolli en sus curules. La moción fue votada nominalmente entre exclamaciones, argumentos, aplausos y campanillazos. Y tuvo el más culminante de sus momentos cuando el señor Tudela y Varela dijo:

–¡Yo voy a votar por el sí porque tengo que ser consecuente con mis ideas de otra época! ¡Yo no puedo claudicar, Excmo. señor! ¡Yo me aventuraré aun a un fracaso político por mantener la lealtad a mis principios!

La ovación fue estruendosísima. No la ha oído más entusiasta, fervorosa, devota y sonora el señor Tudela y Varela. Ni siquiera en el pueblo burgués y apacible de Miraflores.

Y, a pesar de los tropiezos de la primera votación, el acuerdo favorable a los señores Castro y Gianolli se abría paso más tarde. El señor Ulloa,

noblemente exaltado, conjuraba los más patrióticos sentimientos de los representantes para que diesen solución serena al conflicto. Y, contra los gestos airados de los liberales, profundamente resentidos con sus aliados civilistas, triunfaba la moción de la minoría.

Una gran jornada que ha sido la última de la legislatura ordinaria pero que podía merecer el honor de ser la primera.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–X–1916)

VOCES

Apoteosis

La ciudad estuvo ayer de luto. Su aspecto fue uncioso, austero, solemne, lacrimoso, recatado. Las gentes se vistieron de negro como en la Semana Santa. Y el recuerdo de un hombre público bienamado y patriota latió en los corazones y en las almas.

Y la política fue respetuosa ante el homenaje y la evocación. Guardó descanso como en las festividades cristianas. Y se vistió también de negro y se llenó también de compunción.

Nosotros, inducidos por nuestra curiosidad periodística que es profana e irrespetuosa aun en los días de duelo nacional, les interrogábamos a las gentes:

–¿Se convocará a congreso extraordinario? ¿Se ha convocado ya?

Y las gentes, que estaban vestidas de negro y tenían toda la gravedad del duelo, nos respondían:

–Hoy no es día de hacer política.

Sólo un acontecimiento se ha sustraído a la tristeza y a la compunción de la fecha. Sólo un acontecimiento ha sonado en todos los comentarios a pesar del recogimiento y la solemnidad de las ceremonias y los desfiles. Ha sido el triunfo de la minoría en la sesión de antenoche de la Cámara de Diputados.

Ese triunfo ha tenido una repercusión máxima. Y los diputados de la minoría han vivido un instante de suprema apoteosis.

Les asedian las felicitaciones, los cumplidos y los abrazos. Les persiguen los elogios. Les rodean los aplausos.

Y es que el suyo ha sido un triunfo magnífico. Ha burlado todas las expectativas. Ha sobrepasado todos los cálculos. Ha destruido múltiples ilusiones. El partidio liberal estaba tan convencido de su imposibilidad que había aceptado el sacrificio de dos de sus suplentes. Lo había aceptado lleno de resignación, de blandura, de humildad, como no nos parece muy

justo que corresponda a un partido de revoluciones, de altiveces y de gallardías.

Y el éxito que parecía imposible para el partido liberal y más imposible todavía para su abnegado leader el señor Balbuena –un modelo de desprendimiento y generosidad–, ha sido alcanzado, a pesar de todos los pesimismos, de todos los vaticinios y de todas las negativas, por el grupo obstinado, pertinaz y heroico de la minoría.

La mayoría confiesa el triunfo de sus adversarios. Lo reconoce y lo proclama con hidalguía. Pero le busca apocamientos. Y dice así:

–La minoría ha necesitado pedir el refuerzo del señor Salazar y Oyarzábal.

–Ha triunfado entre gallos y media noche.

–La ciudad no ha asistido, pues, a su triunfo.

–Su triunfo es un triunfo sin testigos.

–Un triunfo de madrugada.

Pero el triunfo sigue indiscutible, enhiesto, arrogante, majestuoso. Lo celebró la minoría en la madrugada de ayer con champaña y con aclamaciones. Lo comentaron ayer las gentes de la ciudad con entusiasmo y fruición. Y el comentario encomiástico y devoto perdurará por muchos días.

Todo el mundo lo ha recibido con satisfacción y alegría. En los únicos en los cuales ha encontrado hostilidad, exasperación y mala cara ha sido en los diputados liberales. La votación victoriosa que decidió la permanencia del señor Castro y del señor Gianolli en sus representaciones, les sacó de sus casillas. Y les indujo al extremo de apostrofar a algunos de sus compañeros civilistas, apenas se produjo, definitiva y sonora. Desde ese momento, la cordialidad entre los civilistas y los liberales de la Cámara de Diputados, ha quedado maltrecha y lastimada.

Tal como hemos dicho, la repercusión de esta victoria ha sido la única repercusión jocunda que ha encontrado cabida en los espíritus en la condolida y enlutada tarde de ayer.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–X–1916)

VOCES

Animos compungidos

Los dos últimos días han sido días de compunción y de tristeza unánimes. Y no ha habido sólo en ellos la compunción y la tristeza de los espíritus afligidos por el recuerdo del señor Billinghurst. Ha habido también la compunción y la tristeza de varios hombres esclarecidos que aspiran a las representaciones de Lima.

La declaratoria de cuatro vacantes era esperada con avidez y vehemencia por esos hombres esclarecidos. Representaba una promesa de éxito para todas las candidaturas. Y libraba sobre todo a los candidatos de exhibirse en pugna con las pretensiones ajenas. El señor Balbuena daba una prueba de esto. Nosotros le habíamos preguntado:

–¿Usted es candidato en oposición al señor Miró Quesada?

Y el señor Balbuena nos había respondido:

–¡No, por Dios! ¡Yo soy amigo y admirador del señor Miró Quesada!

Nosotros le habíamos preguntado entonces:

–¿Usted es candidato en oposición al señor Riva Agüero?

Y el señor Balbuena nos había respondido:

–¡No, por Dios! ¡Yo soy amigo y admirador del señor Riva Agüero!

Nosotros tornábamos a preguntarle:

–¿Usted es candidato en oposición al señor La Jara y Ureta? ¿Usted es candidato en oposición al señor Torres Balcázar? ¿Usted es candidato en oposición al señor Pérez Palacio?

Y el señor Balbuena había protestado enseguida con más energía y énfasis:

–¡Perdón, señores periodistas! ¡Mi candidatura no es adversaria de ninguna! ¡Mi candidatura es independiente y autónoma pero no amenaza a ninguna otra candidatura coexistente!

En la misma condición se encontraban las demás candidaturas. Ninguna candidatura era adversaria de otra. Todas eran muy amigas. Todas se

sonreían las unas a las otras. Todas se guiñaban un ojo. Todas hablaban de la libertad electoral, de la democracia y del amor al pueblo, a la justicia, al ideal.

El voto del miércoles de la Cámara de Diputados ha trastornado por completo esta situación. La desaparición de las cuatro vacantes ha destruido la fraternidad de las candidaturas. Cada una de ellas es desde ahora adversaria de todas las demás. El señor Balbuena es, aunque se esfuerce por negarlo, adversario del señor Riva Agüero, del señor Miró Quesada, del señor La Jara y Ureta, del señor Torres Balcázar, del señor Pérez Palacio, de todos los otros pretendientes. La fórmula futurista formada por los nombres del señor Riva Agüero y del señor La Jara y Ureta es enemiga de todas las candidaturas restantes. Una situación de lucha sustituye a la anterior situación de cordialidad y armonía.

A quienes más ha compungido el acuerdo de la Cámara de Diputados ha sido a los futuristas. Los futuristas consideraban asegurado el triunfo de sus dos ilustres candidatos. Se refocilaban celebrándolo y festejándolo con imprudente anticipación. La reducción de las vacantes al mezquino y abominable número de dos les ha desconcertado, les ha afligido, les ha acongojado, les ha exasperado. Para ellos habrían sido de duelo los dos últimos días aun en el caso de que el gobierno no hubiera ordenado el duelo nacional.

Y a quien más desconcierta, aflige, acongoja y exaspera la insólita resolución de la Cámara de Diputados es al señor don José de la Riva Agüero. El señor Riva Agüero aspiraba a que su candidatura fuera definitiva, indiscutible, suprema. Y esta aspiración suya cabía dentro de las cuatro vacantes. Reducidas las vacantes, la candidatura del señor Riva Agüero no puede ya ser, ni a sus ojos siquiera, definitiva, indiscutible ni suprema. Es por el contrario la candidatura que más se tambalea. Los empleados públicos, soliviantados rencorosamente por la parte que le ha correspondido al señor Riva Agüero en el empeño de mantener su contribución de hambre, amenazan a la candidatura del señor Riva Agüero procaz y violentamente.

El primero en llorar el desolador acuerdo de la Cámara fue el señor La Jara y Ureta, bienamado por todas las gentes intelectuales de esta tierra y amigo del señor Riva Agüero. El señor La Jara y Ureta aguardaba en una galería de la cámara la votación ansiada. Y cuando la votación se produjo, el señor La Jara y Ureta sintió la misma angustia que habría sentido si la farola le hubiera amenazado con aplastarle. Desolado y sonámbulo dejó la

galería de la Cámara. Bajó tristemente las hostiles gradas de mármol. Y en el salón de los pasos perdidos se echó en brazos del señor Maúrtua que salía también de la Cámara.

El señor Maúrtua tuvo entonces una frase muy consoladora y muy tierna para el señor La Jara y Ureta:

–¡Tranquilícese, La Jara! ¡Usted será siempre diputado! ¡Lo elegiremos en plebiscito nacional todos los hombres elocuentes del país!

Y respondió así el señor La Jara y Ureta:

–Mi aflicción no es egoísta, doctor Maúrtua. Yo no me aflijo por mi candidatura. ¡Yo me aflijo por la candidatura de Riva Agüero!

(En *El Comercio*: Lima, 28–X–1916)

VOCES

Entre interrogaciones

Las gentes están en espera anhelante del congreso extraordinario. Inquieren, interrogan, curiosean. Mas no logran adquirir la menor certidumbre sobre si habrá extraordinario o sobre si no habrá extraordinario.

Vivimos en la indecisión, en la penumbra, en el desconcierto, en el laberinto. Andamos a tientas en pos de la verdad para entregarla a la curiosidad exasperada del público. Y nos persuadimos dolorosamente de que la verdad está más furtiva y huraña que nunca.

El comentario público se desenvuelve de esta suerte:

–¿Habrá congreso extraordinario?

–Todo hace esperarlo.

–¿Es entonces seguro que será convocado?

–El orden de la administración y la salud de la patria lo hacen imprescindible.

–¿No querrá el gobierno evitarse la molestia de una nueva legislatura?

–El gobierno sabe respetar la ley.

–¿Se convocará entonces a congreso extraordinario? ¿Podemos afirmarlo?

–Preferible es no afirmarlo.

Así son la incertidumbre, el desconcierto, la indecisión. Todo el mundo coincide en orden a la necesidad de una nueva legislatura. Pero son muy pocos los que coinciden en la confiada esperanza de que hay que aguardar su convocatoria tranquilamente.

Nosotros, por supuesto, no compartimos estas sospechas y estos recelos del comentario público. Creemos a pie juntillas en que habrá legislatura ordinaria. No discutimos la devoción constitucional del señor Pardo. Y llegamos a ser más optimistas que sus partidarios sobre su austeridad y buen juicio. Y apenas si llegan a desorientarnos ciertas versiones que nos anonadan y asombran.

Porque hay hechos que debilitan y maltratan el optimismo más arraigado. Uno de ellos acaba de llegar a nuestro conocimiento y ha estremecido nuestra fe. Ha sido una entrevista reciente entre el Presidente de la República y un senador conspicuo.

El senador conspicuo, lleno de curiosidad, como todas las gentes, preguntó así al Presidente de la República:

–¿Habrá, señor, congreso extraordinario?

Y el Presidente de la República contestó:

–No lo sé todavía.

Y añadió con un tono dolorido de reproche y de queja:

–¡Tengo una mayoría que me hace más daño que la minoría!

(En *El Tiempo*: Lima, 29–X–1916)

VOCES

Cenit

El ministro de guerra ha tenido muy pronto oportunidad de vestirse públicamente de general de brigada. Y ha sido el uniforme de gala el que le ha tocado vestir. El uniforme de duelo nacional, como dice el general Canevaro.

El ejército, la ciudad, el país entero ha visto uniformado de general de brigada y decorado con todos sus arreos de gala al general don Benjamín Puente. Un inmenso regocijo debe haber sido el del ejército, el de la ciudad y el del país al admirar con tan noble uniforme y tan nobles arreos al ministro de guerra.

Y la guarnición de Lima ha constatado que al ministro de guerra le sienta bien el uniforme de general de brigada. No le es posible averiguar si le sienta bien el grado de general. Pero le basta con saber que le sienta bien el uniforme.

Los reparos sobre la suficiencia, sobre los conocimientos, sobre la obra científica, sobre la preparación, son reparos insignificantes. Para constatar una capacidad militar sobra con constatar la elegancia del porte y la bizarría de la marcha. Un régimen pardista, aristocrático, linajudo y decorativista no puede tener criterio distinto.

El general Puente está en el cenit de su vida política y militar. Le importa un ardite que se le haya comparado con el ilustre señor Pacheco, de Eca de Queiroz, que se haya negado su sabiduría y que se haya puesto en duda su austeridad. Tiene bastante para su satisfación y regalo con que el ejército le presente las armas y le ofrezca champaña.

Para que su apoteosis sea mayor, el celebrado periodista señor don Juan Pedro Paz Soldán ha escrito una máxima laudatoria en su obsequio. Ha enumerado todos sus heroísmos, ha recordado todas sus gallardías, ha exaltado todos sus denuedos y ha dicho toda su sabiduría. Y ha dado cabida a estas cosas en sólo cuatro columnas de "La Prensa". La ciencia de la

síntesis es un admirable privilegio del señor don Juan Pedro Paz Soldán.

Las gentes le desconocían al señor don Juan Pedro Paz Soldán tan admirable suficiencia y tan vasta erudición en asuntos militares. Le conocían y le celebraban todas sus esclarecidas virtudes. Le conocían y le celebraban todos sus prodigiosos eclecticismos de diarista. Pero le ignoraban tantas aptitudes y tantos conocimientos militares. La revelación del señor Paz Soldán como crítico militar ha causado estupefacción.

Y hay preguntas de esta clase:

–¿El señor Paz Soldán es militar acaso?

Y hay quienes afirman que el señor Paz Soldán posee viejos despachos militares y que no sería raro que uno de estos días el gobierno del señor Pardo propusiera al congreso su ascenso.

Porque lo indudable es que el comentario del señor Paz Soldán sobre el ascenso del ministro de guerra y sobre su calidad militar ha hecho honda impresión en el ánimo público. Ha puesto fin a todos los escepticismos y a todas las vacilaciones sobre la justicia del ascenso. Ha convencido a los más reticentes sobre la alta capacidad del ministro de guerra.

Apenas si tiene un defecto el comentario del señor Paz Soldán. Y es un defecto de oportunidad. Ese comentario se ha producido con cierta tardanza. Si el señor Paz Soldán lo adelanta unos días habría tenido un éxito contundente y definitivo. No habría habido discusión sobre el ascenso del ministro de guerra...

(En *El Tiempo*: Lima, 30–X–1916)

VOCES

La poesía y la política

En elogio del señor Concha podrían decirse muchas cosas. Podría decirse que es un inteligente y esclarecido secretario y confidente presidencial. Podría decirse que es un abogado de porvenir. Podría decirse que es un caballero de cristianísimas virtudes. Pero sería preciso hablar de su admirable sentido de la eficacia del esfuerzo para hacer de él verdadero y acertado elogio.

El señor Concha es dueño del más aguzado perfecto sentido de la eficacia del esfuerzo. El señor Concha es infatigable y pertinaz paladín del gobierno del señor Pardo. Hace propaganda porfiada y perseverante en su obsequio. Su palabra fecunda y trabajadora realiza el prodigio de conseguir siempre proselitismos y devociones para el señor Pardo.

Y el señor Concha que posee tan máximo sentido de la eficacia del esfuerzo ejercita su actividad de propagandista, de catequizador y misionero en el Malecón de Chorrillos y entre las niñas del Malecón de Chorrillos.

La palabra del señor Concha es persuasiva, oportuna y convincente en el Malecón de Chorrillos. Consigue para el señor Pardo en ese lugar aristocrático y poético todas las simpatías que no podría conseguir en cualquier otro lugar prosaico, rural o ciudadano. Las "causeries" del señor Concha tienen en el Malecón de Chorrillos la eficacia que no tendrían en el Paseo Colón, en la Plaza de Armas o en la Alameda de los Descalzos.

Mirando al secretario presidencial discurrir en el malecón poético y burgués, entre niñas bonitas y traviesas, se piensa en un nuevo Aristóteles y en un nuevo Platón. Se piensa en que este nuevo filósofo ha renunciado al Jardín de Academos y ha optado por reemplazarle con el Malecón de Chorrillos. Y se piensa que este nuevo filósofo, convencido de lo ingratos, desleales y aviesos que son los varones, los ha sustituido con las niñas bonitas y traviesas.

Y es que el señor Concha se ha persuadido de la necesidad de conciliar la estación, la moda, la poesía, la política, el flirt y el recreo. Y se ha persuadido también de dar a su esfuerzo de paladín administrativo y partidarista los más líricos atributos y la más lírica y solemne decoración.

El señor Concha es el cotidiano gacetero de las niñas del Malecón de Chorrillos. Les lleva siempre la última noticia teatral, la última noticia mundana, la última noticia política. Y las niñas del malecón le esperan siempre anhelosas. Y le interrogan llenas de curiosidad:

–¿Qué hay de nuevo, Concha?

Hoy, como todas las gentes, las niñas del malecón deben saber si habrá o no congreso extraordinario. Y le han preguntado al señor Concha:

–¿Habrá congreso extraordinario, Concha?

Y el señor Concha ha respondido:

–Habrá congreso extraordinario. El gobierno del señor Pardo es un gobierno respetuoso de la ley y de la opinión. Habrá congreso extraordinario para los presupuestos. Habrá congreso extraordinario para el asunto de la Brea y Pariñas. Habrá congreso extraordinario para el impuesto de petróleo. Habrá congreso extraordinario para el asunto del muelle de Pimentel, en el cual un gobierno tan austero no puede tener interés sospechoso alguno.

Las niñas han escuchado interesadas las disertaciones del Sr. Concha. El Sr. Concha las ha convencido de la importancia de las cosas políticas. Las ha convencido de esta importancia al amparo del encanto poético del malecón, de las noches de retreta y de las noches de luna. Ha conciliado, con suprema habilidad y elástico eclecticismo, la poesía y la política. Y ha asegurado para el señor Pardo en el Malecón de Chorrillos, el más sincero, apasionado, elegante, devoto y fervoroso de los proselitismos...

(En *El Tiempo*: Lima, 31–X–1916)

VOCES

Reconciliación

Ya no hay entredicho entre el señor Pardo y el señor Cornejo. El señor Cornejo es enemigo de la guerra. Ama la paz. No concibe otra lucha que la polémica ennoblecedora y elevada. Y como con un gobierno no se puede tener polémica alguna, así no sea ennoblecedora ni elevada, no concibe la lucha con el gobierno.

Hace diez días el señor Cornejo– tal como nosotros referimos– perdió la gracia del señor Pardo, por culpa de su discurso contra el proyectado arreglo con la Brea y Pariñas. El señor Pardo le hizo ostensible todo su enfado al señor Cornejo. Y el señor Cornejo tuvo que decirle a trueque de soliviantar más aún la cólera presidencial:

–Usted no ha entendido mi discurso, señor.

A partir de aquella escena y de su divulgación, las gentes proclamaron la inminencia de que la excelsa figura del señor Cornejo apareciera en la oposición. Y lo esperaron anhelosas y atentas. Pero es que las gentes son apasionadas y cándidas. Y es que las gentes no saben bien todavía cuán cauto, cuán prudente, cuán templado y cuán sereno es el señor Cornejo.

Como nosotros hemos dicho, el señor Cornejo tiene alma de magnate. Le agradan la cortesanía, el fausto, el apogeo, el poder. No tolera la condición mezquina del rebelde. Y su alma de magnate es también alma de católico devoto, convencido y ferviente. Le anunciaron que había sido excomulgado, que había sido puesto en el índex, que se le iba a cerrar el paso al Paraíso y tuvo una gran tristeza. Pensó inmediatamente en el arrepentimiento y en la contrición.

Y el arrepentimiento y la contrición del señor Cornejo no se hicieron esperar mucho tiempo. El señor Cornejo escribió una carta al señor Pardo después del incidente consternador. Una carta elocuente, sentida, emocionada, vibrante. Una carta de perfecta arquitectura literaria. Una carta llena de persuasiva retórica. En ella el señor Cornejo hacía penitencia de su

pecado y se quejaba del castigo con lamentación plañidera y doliente.

El Sr. Pardo, que admira al señor Cornejo en todo instante en que el señor Cornejo no se atreve a hacer crítica de sus procedimientos, acogió con amor y bondad la carta del orador ilustre. Tuvo para ella el gesto misericordioso que tiene la iglesia para la atrición del penitente sincero. Y le dio una respuesta verbal, breve y favorable. Le concedía permiso al señor Cornejo para visitarlo al siguiente día.

La entrevista de reconciliación fue cariñosa, cordial, íntima. El señor Pardo recibió al señor Cornejo lleno de amabilidad. Le dijo toda su admiración, todo su afecto, toda su simpatía. Le mostró su interés por la sanción parlamentaria de la reforma del jurado. Y cuando el señor Cornejo recordó la entrevista de la ruptura le dio su absolución en un abrazo.

Entonces el señor Cornejo habló de su resentimiento. Entonces se dolió de que el señor Pardo, a quien él amaba tanto, le hubiese tratado con dureza y acritud. Entonces dijo su queja consternada y amarga.

Pero el señor Pardo le habló así:

–Yo no le he censurado nada, Cornejo. Yo no le he reprochado nada. Yo no me he enfadado con usted.

El señor Cornejo se ratificó en su queja:

–Sus palabras señor fueron de reproche, de desagrado, de cólera.

Y el señor Pardo, irónicamente, amablemente, devolviéndole su frase de otro instante, le contestó de esta manera:

–Usted no ha entendido mis palabras, Cornejo.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –XI–1916)

VOCES

Incertidumbres

La política se agita, se conflagra y se atorbellina en la sombra. No se le ve casi. Pero se oye su jadeo, su trajín y su rezongo. El congreso es una válvula que asegura su tranquilidad generalmente. Y, por esto, la clausura del congreso la inquieta y la estremece.

Hasta hace ocho días no se sentía a la política. Era posible imaginarse que se había dormido para siempre. Las Cámaras se entregaban austeramente a la más pura labor constructiva. Y legislaban sobre ascensos, sobre impuestos, sobre economía, sobre crédito agrario y sobre puentes, escuelas, caminos y cañerías.

Apenas clausurada la legislatura, la política se despertó y se desperezó de proviso, sin respeto alguno para los duelos, para las conmemoraciones, ni para las solemnidades.

Todas las gentes han esperado en estos días la aparición de la convocatoria a congreso extraordinario, sin inquietud, sin intranquilidad, sin agitación. Han tenido fe absoluta y profunda en el gobierno y han vivido convencidas de que jamás un interés político podía postergar o impedir la convocatoria.

Pero de repente han surgido los temores, los sobresaltos, las zozobras. Ya hay presagios callejeros de que se prescindirá de la convocatoria. Ya se atribuye al señor Pardo sorpresivo empecinamiento. Ya se habla de ministros reacios a su deber constitucional. Y las murmuraciones que en un principio insinuaban débilmente la posibilidad de que no hubiese congreso extraordinario se han fortalecido, se han arraigado y se han hecho generales e impávidas.

Ya se dice rotundamente:

–¡No habrá congreso extraordinario!

Nosotros, que queremos ser optimistas, objetamos entonces:

–Es necesaria la resolución del congreso sobre los presupuestos, sobre

el impuesto al petróleo, sobre la Brea y Pariñas. La convocatoria se ha demorado, pero vendrá pronto.

Y se nos refuta:

–Se engañan ustedes. El señor Pardo no quiere que haya congreso extraordinario. El señor García y Lastres, el señor García Bedoya y el señor Puente no lo quieren tampoco. ¿Creen ustedes, jóvenes incautos y crédulos, que en el Perú puede hacerse una cosa que no quieran el señor Pardo, el señor García y Lastres, el señor García Bedoya y el señor Puente, juntos?

Mas, a pesar de todas las dudas y a pesar de todos los presagios, el sentimiento público es tan ingenuo y crédulo como nosotros. Le asiste el convencimiento de que habrá congreso extraordinario. Y piensa en que las vacilaciones y las reticencias son simples coqueterías del gobierno del señor Pardo, que quiere darse el gusto de alarmar por algunos días al país.

Hay en la sombra muchos forcejeos y muchas inquietudes. Es evidente que el señor Manzanilla se encuentra en pleno entredicho con el gobierno, en defensa de los fueros del parlamento. Es evidente que el gobierno, encaprichado en el menosprecio de esos fueros, mira en las consecuencias del entredicho una amenaza de la nueva legislatura. Y, aparte de estas evidencias, existe la grave posibilidad de una crisis ministerial.

El señor Riva Agüero, el señor Sosa y el señor Valera, prudentes y templados, piensan que es muy peligroso prescindir de la convocatoria y gobernar sin presupuestos y sin leyes. Y piensan también que no ha sido tan hostil y tan mala la pasada legislatura. Guardan de su complacencia el más agradecido recuerdo. Y le dicen al señor Pardo:

–Hay que dar una prueba de fortaleza, señor. Hay que proclamar que este gobierno, que es el más generoso, noble, próvido, paternal y honrado que ha habido en el Perú, no le tiene miedo al congreso. Hay que demostrar que se solidariza con nuestros actos una mayoría patriota y convencida. Y, en días de conmemoración de los difuntos y de conmemoración de Bolognesi, hay que ser heroicos, señor...

Menú criollo

En la Magdalena del Mar, en la villa de los duelos a pistola y de los duelos a sable, en la villa del mar hosco y encolerizado, en la villa del hotel francés, del casino y de las bochas, en la villa del vino tinto, en la villa donde el honor gusta de ser exonerado de manchas y empañaduras, en la villa apacible, serena y rústica de los chalets y de las gallinas americanas,

almorzaron ayer los diputados Castro y Gianolli, rodeados de cuarenta o cincuenta compañeros de cámara.

Fue la celebración jocunda, regocijada, expansiva y criolla, del triunfo alcanzado por la minoría en los últimos momentos de la legislatura en amparo de los derechos de los señores Castro y Gianolli.

Estos victoriosos diputados suplentes gustan de la alegría y del criollismo. Les sucede el yantar grato y suculento de los almuerzos limeños. Y se perecen por la vianda nacional, apetitosa y nutritiva.

Con tales anfitriones, tenía que ser, pues, esta fiesta, una fiesta llena de buen humor, de alborozo y de colorido.

Hubo en ella comentario risueño y juguetón. Y sin que se olvidara a la política ni a la convocatoria de congresos extraordinarios, se habló en general de muchas cosas simpáticas y cordiales.

Para guardar las prácticas parlamentarias, las severas prácticas parlamentarias, se pasó lista antes de la apertura del banquete.. Y se hizo constatación minuciosa y exacta del quórum. El quórum fue exorbitante y entusiasta.

Aplicando las prácticas parlamentarias, el señor Torres Balcázar dijo a la hora del antipasto:

–Estamos en la lectura del acta.

Y dijo el señor Balbuena a la hora de la "causa":

–Estamos en el despacho.

Y dijo el señor Carrillo más tarde a mitad del menú sabroso y mestizo:

–Estamos en los pedidos.

Y dijo finalmente el señor Velezmoro, a la hora del champán:

–Hemos pasado a la orden del día.

Hubo muchos brindis, mucha espontaneidad, mucha alegría.

Y hubo franco criollismo.

Sólo faltó, para que fuera absoluto y perfecto, la asistencia de don Abelardo Gamarra.

(En *El Tiempo*: Lima, 2–XI–1916)

VOCES

Malos augurios

Hay en la calle tanto presagio aciago, tanta mala profecía, tanto perverso vaticinio y tanta dolorosa murmuración, que nuestro optimismo fuerte, generoso y confiado de espíritus diáfanos y francos, se enferma, se contrista y se desmaya. Nos sentimos envueltos en una atmósfera de malignos augurios y escépticos comentarios. Y nos soliviantamos contra esta atmósfera asfixiante y desoladora.

Y es que la posibilidad de que no haya convocatoria a congreso extraordinario va tornándose en grave amenaza. Para nosotros, incautos y tímidos, es una suspicacia. Para los demás, avizores y expertos, es casi una certidumbre.

Las afirmaciones son rotundas, enfáticas, terminantes y definidas:

–No habrá congreso extraordinario.

–El señor Pardo no quiere que haya congreso extraordinario.

–El gabinete del señor Pardo tiene que pensar lo mismo que el señor Pardo.

–Los ministros irresolutos dejarán de ser ministros.

–El funcionamiento del congreso es molestoso, inquietante, perturbador e irreverente.

La posibilidad que antes constituyó sólo motivo de murmuración risueña, constituye hoy motivo de inquietud, de temor, de sobresalto, de aflicción y de comentario acerbo. La política se conflagra profundamente. El chisme es agudo y veleta. La suspicacia es acendrada y sutil.

Se habla de disensión ministerial, de crisis inminente, de vacilaciones presidenciales. Se habla de una profunda turbación política. Se habla de intrigas. Se habla de conchabamientos. Se habla de secreteos. Nosotros nos hallamos desorientados, absortos, entontecidos. Las gentes se muestran terriblemente pesimistas. Con ellas hemos dialogado de esta suerte:

–¿Habrá congreso extraordinario?

–No.

–¿Rotundamente?

–¡Sí!

–¿Por qué no habrá congreso extraordinario?

–Porque el congreso le fastidia al señor Pardo. No le guarda todos los acatamientos precisos. Duda de él. Sospecha. Interroga. Critica. Es irreverente, curioso y escéptico.

–Sin embargo. Grave cosa es que se prescinda del congreso extraordinario. No llegará a tal extremo el señor Pardo.

–El señor Pardo no piensa lo mismo que ustedes. No habrá congreso extraordinario. Al señor Pardo no le interesa que al país y a ustedes les disguste.

–¡Hombres de poca fe! ¿Por qué son ustedes tan accesibles a la suspicacia malévola? ¿Por qué suponen ustedes tan mal del señor Pardo? ¿No quieren ustedes creer que éste es un régimen de orden, de respeto, de austeridad, de reconstitución, de bien, de justicia, de probidad, de templanza, de virtud?

–Tenemos la acertada costumbre de no creer en los programas de los candidatos, ni en los mensajes del 28 de julio, ni en los editoriales de los periódicos gobiernistas.

–¡Cuán grande arbitrariedad representaría la prescindencia de la convocatoria!

–A los gobiernos fuertes no les interesan los calificativos ajenos.

–¡Cuán tremenda responsabilidad significa la administración sin presupuesto!

–Ese es un comentario de oposición sistemática.

–¡Mal acaban los gobiernos del mundo que administran sin presupuesto! ¡Desde Carlos I de Inglaterra hasta el señor Balmaceda de Chile, todos tuvieron acerba penitencia!

–Un gobierno fuerte no puede gobernar con los ojos puestos en la historia.

–La historia es sabia guía.

–La historia se ha hecho para la enseñanza de las escuelas fiscales. Tiene valor docente para los niños y para los bienaventurados.

Así, con este amargo pesimismo, con esta fría convicción, con esta dolorosa certeza, hablan las gentes. Y así, llenos de ingenuidad y de optimismo, les objetamos nosotros que hemos comenzado a dejar de ser ingenuos y optimistas.

La reconciliación

El ilustre señor Cornejo nos ha contradicho. Acepta que se diga de él que ha hecho penitencia, que se ha arrepentido y que ha mostrado fervorosa contrición por su postura contra la Brea y Pariñas y contra el gobierno. Pero no acepta que se diga de él que le ha escrito una carta compungida y devota al señor Pardo. El señor Cornejo no desmiente la atrición. Pero desmiente que haya sido dicha por escrito. Un gran orador no puede consentir que se le suponga capaz de arrepentirse en una carta. Un gran orador sólo puede arrepentirse en un discurso.

Alegre, sonriente, locuaz, el señor Cornejo ha detenido en una calle a nuestros cronistas. Nuestros cronistas, que le admiran y le quieren como a un maestro, se han inclinado ante él acuciosos y reverentes. Y el señor Cornejo les ha dicho:

–Jóvenes inexpertos, despreocupados y frívolos, vuestro diario se ha engañado gravemente.

Nuestros cronistas le han respondido llenos de humildad y devoción:

–¡Perdonádlo, por el amor de Dios, ilustre maestro!

El señor Cornejo les ha hablado entonces:

–¡Oid, mortales! Yo no tengo alma de magnate. Yo soy demócrata. Yo no tengo alma de feligrés descarriado y tímido. Yo pienso con Spencer. Vuestro diario se ha engañado, pues. Y se ha engañado más aún en otra afirmación que yo voy a desmentir. ¡Oid, mortales!

Nuestros cronistas han proferido con unción y religiosidad:

–Vuestra palabra, ilustre maestro, es luz para nuestros espíritus.

Ha agregado entonces el señor Cornejo:

–¡Yo no le he escrito al señor Pardo carta alguna! ¡El señor Pardo ha sido quien me ha escrito a mí! ¡Sabedlo, jóvenes inexpertos, despreocupados y frívolos!

Enseguida se ha despedido el señor Cornejo de nuestros cronistas. Abrumados por la trascendencia de la declaración del señor Cornejo, ellos han llegado a la redacción de este diario. Y nos han dicho con el alocado alboroto de su juventud y con el jadeo jubiloso de su trajín de repórteres vehementes:

–¡El señor Cornejo nos ha parado en la calle! ¡El señor Cornejo nos ha hablado hace un instante! ¡El señor Cornejo ha tenido una entrevista con nosotros!

Nosotros, por molestarles, les hemos preguntado con negligencia y con

displicente entonación:

–¿Cuál Cornejo?

Y ellos, asombrados por nuestra pregunta, han exclamado:

–¡El señor Mariano H. Cornejo! ¡El señor Cornejo de la Sociología! ¡El señor Cornejo de la reforma del jurado! ¡El señor Cornejo de la elocuencia maravillosa! ¡El señor Cornejo del departamento de Puno! ¡El señor Cornejo del discurso sobre la Brea y Pariñas!

Nosotros hemos fingido que sólo entonces nos hemos dado cuenta de cuál señor Cornejo había hablado con nuestros cronistas. Y les hemos dicho lenta y quedamente:

–¡Ajá, jóvenes!

Y nuestros cronistas nos han referido entonces, con exaltación y entusiasmo, las palabras del señor Cornejo. Fervientes admiradores suyos como son, lo han hecho con énfasis, con alegría y con alborozo. Y han agregado este comentario vehemente y regocijado:

–¡Así tenía que ser! ¿Cómo era posible pensar que el señor Cornejo se tomase la molestia de escribirle al señor Pardo? ¡Tenía que ser el señor Pardo quien se tomase la molestia de escribirle al señor Cornejo! ¡El arrepentimiento no ha sido del señor Cornejo! ¡Ha sido del señor Pardo! ¡El acto de contrición no ha sido del señor Cornejo! ¡Ha sido del señor Pardo! ¡La penitencia no ha sido del señor Cornejo! ¡Ha sido del señor Pardo! ¡El señor Cornejo ha llenado de alegría nuestros espíritus!

Y nosotros, que somos todo lo fríos, todo lo impacibles, todo lo ponderados y todo lo serenos que ha sabido ya hacernos la vida, hemos dicho otra vez lenta y quedamente:

–¡Ajá, jóvenes!

(En *El Tiempo*: Lima, 3–XI–1916)

Tres diputados cuya elocuencia destaca Juan Croniqueur: Mariano H Cornejo, Víctor M. Maúrtua y Víctor Andrés Belaúnde.

ABRAHAM VALDELOMAR, el celebrado "Conde de Lemos".

VOCES

Bruma

Todo es bruma en rededor de nosotros y sobre nosotros. La bruma nos roba el cielo. La bruma nos roba el horizonte. La bruma nos lo roba y nos lo oculta todo. Porque somos un poco románticos, nos consterna y nos aflige no poder contemplar el horizonte. Más nos afligiría y nos consternaría no poder contemplar el cielo, si la bruma de nuestra política, desde hace mucho tiempo, no nos hubiera robado el cielo para siempre.

Las gentes comentan esta situación llena de penumbras atmosféricas, llena de enrarecimientos, llena de malestares, llena de presagios. Y se dicen:

–Hay muchas nubes. ¿Pronosticarán una tempestad?

–En Lima las nubes no pronostican nunca tempestades.

–¿Por qué en Lima las nubes no pronostican nunca tempestades?

–Porque sólo necesitan dejarnos sin luz.

–Las tempestades son viriles, enérgicas, bravías. Las nubes son ambiguas, reticentes, cobardes. Las tempestades sacuden, estremecen, espantan. Las nubes contristan, desorientan, enferman.

–Por eso nos rodean las nubes y nos desdeñan las tempestades.

A estas extravagantes deducciones, a estas abstrusas filosofías induce a ciertas gentes la incertidumbre política que atravesamos. Se lamentan de que no haya claridad, de que no haya orientación, de que no haya carácter. Lo encuentran todo anodino. Y están en lo cierto.

Hemos escuchado a dos comentaristas callejeros que se decían:

–¿Va a haber congreso extraordinario? ¿No va a haber congreso extraordinario?

–El mismo señor Pardo no lo sabe.

–¿El señor Pardo no sabe lo que va a hacer?

–¿Es que el señor Pardo sabe alguna vez lo que va a hacer?

Los interlocutores se han sonreído y han hecho una pausa. Nosotros no

nos hemos explicado por qué. Ellos han agregado enseguida:

–No ha habido malicia en la pregunta.

–Tampoco la ha habido en la respuesta.

La malevolencia es aquí tan profunda como el escepticismo. Y la malevolencia y el escepticismo se han aguzado terriblemente en los últimos días.

Y lo que más acongoja es oír cómo se dice enfática y serenamente:

–¡Ya está decidido que no haya congreso extraordinario!

Por escasa que sea la simpatía que se le tenga al señor Pardo precisa replicar:

–No es posible. Una decisión de esa clase está preñada de peligros, de amenazas, de irregularidades.

Pero se siente un asombro muy grande enseguida ante esta respuesta inevitable:

–Al gobierno no pueden importarle los peligros, las amenazas, las irregularidades. Lo único que puede importarle es que el congreso no le mortifique, no le censure, no le ajoche. Y puesto que lo mortifica, lo censura y lo ajocha, es muy justo que decida suprimirlo.

Entre tanto, las esperanzas de congreso extraordinario se esfuman más cada instante. Se las roba la bruma. Ya casi no las distinguimos. Acaso dentro de muy poco las habremos perdido para siempre. Y desde ese momento el gobierno del señor Pardo sentirá la inmensa felicidad de gobernar sin presupuesto, sin control y sin molestias. Y habiendo felicidad para el gobierno del señor Pardo la habrá también seguramente para el ánimo apocado y humilde del país.

Hace un instante, en el camino a esta imprenta, cuando nos embargaba la absurda y complicada incongruencia de nuestras impresiones, nos hemos encontrado con dos representantes esclarecidos, joviales y gobiernistas. Los dos, que son siempre muy amables con nosotros, nos han dicho:

–¡Ya no pueden ustedes hacer comentario festivo sobre el congreso!

Nosotros les hemos respondido:

–¡Pero esperamos tornar a hacerlo muy en breve! ¡Tan luego como se inaugure el congreso extraordinario. ¡Sin tardanza!

Y los dos a un tiempo nos han atajado sonrientes:

–No habrá congreso extraordinario.

Su sonrisa ha turbado nuestros ánimos:

–¿Y ustedes se alegran?

Y los dos representantes esclarecidos, joviales y gobiernistas, nos han

dicho también con una sonrisa:

–¡Por supuesto! ¡Son las vacaciones! ¡Son las vacaciones, periodistas ilustres!

Minuto de la fascinación

El señor Pardo está en un instante crítico de su vida presidencial. Sus amigos, sus corifeos, sus áulicos, le han trazado un dilema que es como el del hambre, de la indecisión y de la miseria. Y le han dicho también acaso:

–Allí está la convocatoria: interpelaciones, molestias, críticas, irreverencias, invectivas. Aquí está la no convocatoria: felicidad, complacencia, paz, alabanza.

Podría decirse que el señor Pardo y sus consejeros están en la Isla del Gallo.

Los amigos, los corifeos, los áulicos del señor Pardo que le hablan de tal suerte son los mismos personajes penumbrosos de las intrigas sigilosas y de las asechanzas sórdidas. Los políticos que hoy andan de puntillas en las cámaras y antecámaras presidenciales son los mismos políticos que indujeron a métodos peligrosos en otros tiempos al señor Leguía, al señor Billinghurst y al general Benavides. Ellos no tienen nunca las responsabilidades, pero esto nada importa puesto que tienen casi siempre las iniciativas.

El señor Pardo, en medio de estos consejeros, siente sin duda alguna el bienestar del halago y de la aquiescencia. Y es que estos consejeros poseen admirablemente la ciencia del consejo. Aconsejan insinuando, deduciendo e induciendo. El consejo en ellos tienen un proceso científico y perfecto. Un proceso invariable y eficaz: Primero, insinúan; luego, deducen; y finalmente, inducen. ¿En cuál momento de tal proceso están ahora los asiduos del señor Pardo?

Ellos tienen un clarovidente concepto de la eficacia del esfuerzo. Jamás dan un consejo sino en terreno propicio. Son psicólogos refinados y talentosos. Y, por eso, al Sr. Leguía le aconsejaron la violencia. Y al señor Billinghurst, la disolución del congreso. Y al general Benavides, la presidencia provisoria. A todos les han aconsejado la aplicación del código de justicia militar. Al señor Pardo le aconsejan ahora el despotismo fiscal.

Gracias a que el empeño de estos políticos tiene resonancia simpática en el espíritu del señor Pardo, la posibilidad de que no haya congreso extraordinario se acentúa y se remarca. Y se acentúa y se remarca con

peligro para el señor Pardo que debía rodear de más escrúpulos y austeridad a su gobierno siquiera porque es todavía casi un gobierno recién nacido.

Nosotros que estamos lejos del señor Pardo, nosotros que no pensamos como él, queremos decirle que nos consternaría un error tan grande suyo. Desde nuestro camino, divergente del suyo, le damos un alerta generoso. Y le pedimos a Dios por su gobierno, como piden las almas creyentes por las almas en pecado mortal...

(En *El Tiempo*: Lima, 4–XI–1916)

VOCES

En el umbral

La penumbra se ha convertido en oscuridad. Ya no nos vemos siquiera los unos a los otros. Y nuestra política se ha transformado repentinamente en una política de limbo o de caverna. Política de laberinto fue siempre. No pudo llegar a ser política de averno. Y hoy comienza a ser política de subterráneo feudal.

Y es el señor Pardo quien se empeña en llevarnos a esta oscuridad. No quiere que haya congreso. El congreso analiza, investiga, estudia. El análisis, la investigación, el estudio suelen hacer luz. Y la luz le molesta al gobierno del señor Pardo. La desea cuando va a alumbrar un momento triunfal de su vida, pero la abomina cuando va a alumbrar un momento de fracaso. Como la desea muy pocas veces, habrá que preguntarse si son muy raros los minutos triunfales del señor Pardo. O habrá que preguntarse si la luz le hace a su gobierno el mismo daño que a las gentes enfermas de la vista. ¿Estará también enfermo de la vista este régimen?

Ante los hechos, impasibles, fríos, definitivos, todas las esperanzas patrióticas que inducían a confiar en la conversión del gobierno a la ruta de la sensatez y de la cordura, todas, absolutamente todas, languidecen, agonizan, fracasan. La posibilidad de congreso extraordinario parece ya definitivamente perdida. El gobierno del señor Pardo, clausura una válvula del sentimiento nacional, con el mismo gesto displicente y autoritario con que un burgués orgulloso hace cerrar una ventana por que el aire le molesta.

Hasta hace dos días las indecisiones, las incertidumbres, las perplejidades eran mantenidas por un vivo anhelo patriótico de que no se llegase a tan injustificables extremos, por un optimismo generoso que haría confiar en que no se apelaría a tan reprobados métodos y por una fe hidalga en la austeridad del régimen. Se proclamaba por todas partes que no habría convocatoria a congreso extraordinario. Pero no se quería creer esta afirmación. Y si se le creía, guardábanse reservas piadosas y vacilaciones

acendradas.

Hoy las indecisiones, las incertidumbres y las perplejidades, han desaparecido. Ya casi no es posible preguntar si habrá congreso extraordinario, sin que la respuesta no tenga una ironía risueña y burlona.

–¿Todavía esperan ustedes congreso extraordinario?

·Y si se insiste y rectifica así:

–Lo espera el país.

La contestación es necesariamente esta:

–¿Todavía espera el país congreso extraordinariamente? Es confiado, incauto e inocente el país. Vivimos entre candorosos.

Porque entre nosotros al optimismo se le llama candor y al patriotismo ingenuidad. Y si un hombre piensa que un estadista cumplirá con su deber y que un gobernante se inspirará en la opinión pública, hay que declararlo candoroso e ingenuo.

Así nos hemos puesto en el umbral de la inconstitucionalidad. O así nos ha puesto el señor Pardo.

El retorno

Los representantes empiezan a despedirse. Se van a sus provincias. Van a recibir los homenajes, los agradecimientos y los aplausos de sus pueblos. Algunos van a recibir su reelección. Todos van a recibir algo. Y por eso se van jubilosos, alegres, jocundos. Pasan por las calles diciendo casi a voces:

–¡Adiós! ¡Adiós!

Y las gentes exclaman con asombro:

–¡Cómo! ¿Y el congreso extraordinario?

Y ellos responden:

–¡Ya no hay que esperar congreso extraordinario!

Y lo dicen regocijadamente, con todo el regocijo del escolar provinciano en las vacaciones. Con todo el alborozo del escolar provinciano a quien esperan los padres amantes, la amada cándida y la prima coquetona. Como el gobierno no había definido rotundamente en ningún instante su resolución de no convocar a congreso extraordinario, algunos diputados se hallaban irresolutos, perplejos, desconcertados. No se atrevían a ir donde el señor Pardo para preguntarle si habría congreso extraordinario o no. Y finalmente se decidían por visitar al señor Pardo con el objeto de despedirse de él. La despedida significaba la presunción de la no convocatoria. Despedirse del señor Pardo, era decirle que se suponía la no convocatoria.

Decirle que se suponía la no convocatoria, era decirle que se encontraba muy propia de él esta resolución. La despedida involucraba, pues, una deducción y un comentario.

Para todos los representantes que le han visitado con el objeto de despedirse de él, el señor Pardo ha tenido la misma frase cordial, risueña y efusiva:

–¡Feliz viaje!

Y han sido estas entrevistas, interesantes, embarazosas y extrañas. No se mencionaba en ellas el congreso extraordinario, aunque sólo se pensaba en él. De una de ellas tenemos tan cabal noticia como si hubiéramos asistido a ella. Es la del señor Urquiaga, diputado por Azángaro. El señor Urquiaga, fatigado por la vida metropolitana y reclamado por su provincia, fue también a despedirse del señor Pardo. El señor Pardo le atendió con cortesía y afabilidad. El coloquio fue cordial. Y al despedirse el señor Urquiaga dijo con todo énfasis y sonoridad para que el señor Pardo recordara bien el objeto de su visita:

–¡Adios, señor Pardo!

Y el señor Pardo le respondió con más énfasis y más sonoridad todavía:

–¡Feliz viaje, señor Urquiaga!

Insistió el señor Urquiaga:

–¡Hasta julio, señor Pardo!

Y ratificó el señor Pardo:

–¡Hasta julio, señor Urquiaga!

El señor Urquiaga no ha sabido ya poner en duda que no habrá congreso extraordinario.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–XI–1916)

VOCES

Vacilaciones

El gobierno del señor Pardo nos ha puesto en el umbral de la inconstitucionalidad. Pero en el umbral está detenido hasta ahora. Parece que hubiera vuelto hacia atrás. Y esto es muy grave. Volver los ojos representa casi siempre una vacilación y representa tambien un peligro. La incauta, curiosa y desobediente mujer de Lot volvió los ojos en instante inoportuno y se convirtió en estatua de sal.

Y es que en el umbral de la inconstitucionalidad debe sentirse el mismo temor que sienten los niños en el umbral de un recinto oscuro, sospechoso y trágico, lleno de sombras, de duendes y de ánimas en pena.

El señor Pardo está, pues, en el minuto de la vacilación. Ha hecho alto angustiadamente. Pero lo alienta, lo estimula y lo sostiene su afan de suprimirse una molestia. Ya hemos dicho que al señor Pardo le fastidia el funcionamiento del Congreso. Es natural que piense en eliminarse un fastidio.

Hacen pocos días conversaba el señor Pardo con un representante de la mayoría. Y le decía su propósito de no reunir congreso extraordinario. El representante observaba. Y el señor Pardo argüía así:

–Qué quiere usted que se haga con una mayoría como la actual?

El representante aludía a la probabilidad de una resonancia ingrata de la no convocatoria.

Y el señor Pardo declaraba risueñamente:

–Todo está previsto. Junto con el decreto de prórroga del presupuesto, aparecerá un decreto de nivelación de los sueldos de los empleados públicos. ¡Un decreto compensará al otro! ¡Todo está previsto, amigo mío!

Estas palabras, ratificadas en otras ocasiones, y que han despertado en la mayoría un evidente descontento, hacen pensar en que la vacilación del gobierno no será breve. Su línea de conducta está ya decidida. Lo decía anoche el señor Octavio Alva, comentando los rumores de conversión del

gobierno y de inminencia de la convocatoria:

–¡Ilusiones, señores, ilusiones! No habrá extraordinario! ¿Quieren ustedes una prueba del convencimiento que me asiste para hacer esta afirmación? Me embarco esta semana.

Toda una prueba definitiva de que no habrá congreso extraordinario. El señor Alva parte para Trujillo esta semana. Luego, es imposible que haya congreso extraordinario.

Criollismo político

En estos graves momentos de inquietud política, de extravío administrativo, de preámbulos electorales y de evocaciones patrióticas el corazón del señor Balbuena esta lleno de amor al pueblo. Su alma vive un instante de inefable, idealista, cálida y acendrada ternura. Su sentido de la justicia se exalta, se intensifica, se hiperestesia. Todas sus sensibilidades generosas culminan. Hay un altruismo cristiano e infinito en sus sentimientos. Y hay un gran fervor patriótico en sus palabras y en sus actos.

Es tan risueño como antes, tan afable como antes, tan zalamero como antes, pero su humorismo, su eutrapelia, su regocijo de otros tiempos se encuentran en crisis. El señor Balbuena es hoy más trascendental, más reflexivo, más importante. Evoluciona hacia la gravedad, hacia el análisis, hacia la filosofía. Está en escorzo de apóstol, de predicador y de hombre grande.

Y todo esto se explica ampliamente. El señor Balbuena es candidato. Y, como además de ser candidato, es persona de talento, emplea hábiles sistemas de propaganda. Ha renunciado ya al sistema de los relojes de níquel. Los relojes eran desleales e inconsecuentes. Paralizábanse, adelantábanse o atrasábanse. Y el prosélito favorecido con el obsequio, protestaba contra el engaño. Era además un sistema bastante ineficaz, excéntrico, juvenil y estrafalario. Parecía un sistema de candidato yanqui, empeñado en recordar a sus electores la hora de la votación. Sólo que un candidato yanqui habría obsequiado cronómetros precisos, infalibles, exactos, para que el elector no sufriese equivocación y comprobase la bondad del obsequio.

Ahora el señor Balbuena efectúa una propaganada nacionalista. Proclama la urgencia de afectar el espíritu nacional. Exalta nuestra historia, exalta a nuestros héroes, exalta a nuestros políticos, exalta a nuestros escritores, exalta a nuestras industrias, exalta a nuestras viandas, exalta a

nuestras bebidas.

Hace dos días reunió en un almuerzo a sus amigos de la clase obrera. Y quiso reunir también con ellos a algunos amigos del congreso, de la política, del periodismo. Se empeñó el doctor Balbuena en que también nosotros ocupásemos un sitio en su mesa grande. Y nosotros que bien le queremos, agradecimos la invitación y la aceptamos.

Entonces el señor Balbuena nos hizo la apología de sus conceptos, de sus doctrinas y de sus apostolados. Adquirió gesto de predicador y voz de evangelista. Y nos habló de esta manera:

–Fomentemos el amor a lo que es peruano, a lo que es nuestro, a lo que es propio. Incorporemos en nuestros sentimientos el orgullo nacional que ha engrandecido a Alemania. Estimulemos el cariño a nuestra tradición y a nuestros hábitos. Los alemanes piensan que su cerveza es la mejor cerveza, que sus cañones son los mejores cañones, que sus tejidos son los mejores tejidos. Pensemos nosotros que nuestras viandas son las más ricas viandas, que nuestros vinos son los mejores vinos, que nuestros casimires son los mejroes casimires. Amemos la "causa" apetitosa y pintoresca; amemos el "pisco" grato y económico, amemos los chicharrones, amemos los tamales, amemos las papas rellenas. Hagamos de estas cosas un credo nacional.

Y antes del almuerzo, el señor Balbuena, expansivo y locuaz, nos repetía:

–Todo es aquí nacional, todo es aquí peruano, todo es aquí propio. El menú es criollo. Habrá arroz con pato, tamales, chicharrones, seviche. ¿No sienten ustedes aquí un ambiente lleno de patriotismo?

Nosotros asentíamos. Pero el doctor Luis Varela y Orbegoso, que tiene sus sutilezas malignas, nos decía aparte y a la sordina:

–Balbuena es todo un profesor de Economía...

(En *El Tiempo*: Lima, 6–XI–1916)

VOCES

Dudas

El gobierno del señor Pardo sigue en el umbral de la inconstitucionalidad. No se atreve a dar el paso definitivo hacia adelante. Pero su orgullo le impide dar el paso claudicante hacia atrás. Sin firmeza para avanzar, tampoco tiene valor para retroceder. Y está irresoluto, vacilante, pensativo. Le anima un capricho, pero le atajan sus peligros.

Y es por eso que las gentes tienen comentarios y apreciaciones tornadizos y volubles. Sus pesimismos se truecan a veces en optimismos y sus optimismos se truecan otras en pesimismos. La situación política tiene movimiento de veleta infantil.

Ora exclaman en las calles:

–Habrá congreso extraordinario. Todo ha sido un bluff. Se ha tratado de alarmar a la mayoría. El gobierno ha vuelto al buen camino.

Y ora se exclama así:

–No habrá congreso extraordinario. El congreso le fastidia al señor Pardo. Y el señor Pardo está definitivamente resuelto a librarse de este fastidio.

Todas las gentes esperaban que ayer se decidiera este grave problema político. La atención pública se reconcentró en rededor de la reunión del consejo de ministros. Lima entera tenía puestos los ojos en el Palacio de Gobierno. Los repórteres rondaban en los pasillos presidenciales.

Y cuando a las 8 y 30 de la noche terminó el consejo y salieron los ministros, los repórteres los abordaron con avidez y pertinencia:

–¿Qué se ha resuelto? ¿Habrá congreso extraordinario?

Y los ministros respondieron unánimemente:

–No se ha resuelto nada. Nada. Mañana tornaremos a reunirnos.

El desencanto de la ciudad fue agudo. La ciudad tenía la certidumbre de que ayer terminarían todas las vacilaciones, todas las dudas, todos los temores. Y sufrió una grave crisis nerviosa al saber que su inquietud se iba a prolongar por algunas horas y tal vez por algunos días más.

Esta situación y sus augurios tienen conmovidas a todas las gentes. Han alarmado a muchas, han atemorizado a algunas, han malhumorado a otras, han asombrado a todas. Y han tenido también una deplorable resonancia. La de alterar la ecuanimidad y la ponderación del señor Manzanilla.

Entre todas sus resonancias ésta es la que más nos aflige y la que más nos consterna. El más alto título del señor Manzanilla en la simpatía pública era su buen humor. Su más noble atributo era su sonrisa. Y el buen humor y la sonrisa del señor Manzanilla han sufrido, por culpa de tales crisis y malestares, gravísimo quebranto.

El señor Manzanilla ha sido siempre afable, atento, cordial y gentilísimo. Y, porque teníamos de él este conocimiento y esta persuasión, hicimos que nuestros cronistas acudieran donde él para solicitarle alguna impresión a propósito de una entrevista suya con el señor Pardo.

Nuestros cronistas, que son dechado de acuciosidad, solicitud y cortesanía, abordaron al señor Manzanilla en la Cámara de Diputados. Y le interrogaron con toda la discreción, con toda la humildad, con toda la reverencia y con todas las genuflexiones que les tenemos recomendadas.

Pero el señor Manzanilla, olvidando su habitual amabilidad, les dijo secamente:

–¡Yo no puedo decirles nada! ¡Yo no sé nada!

Y tuvo gesto adusto, ademán descortés y voz enfática.

Nuestros cronistas pensaron en dulcificarle adulándole. Y pensaron en adularle imitándole. Y le imitaron diciéndole:

–¡Perdón, honorable señor Manzanilla!

Mas el señor Manzanilla, impertérrito e imposible, persistió en su actitud y les negó el honor de sus declaraciones.

Y nuestros cronistas llegaron a esta casa de "El Tiempo" profundamente afligidos. Y nos hablaron de esta suerte:

–El señor Manzanilla ha sufrido el contagio de la arrogancia del señor Pardo. El señor Manzanilla está perdido. Acabamos de verlo después de una entrevista con el señor Pardo. Y le hemos encontrado distinto, modificado, inconocible. ¡Esta es una grave responsabilidad del régimen! ¡La más grave de todas sus responsabildiades!

La espada de Damocles

Una espada protege los propósitos inconstitucionales del gobierno. Es una espada de general. Y es una espada joven, impúber y hermosa. Una

espada virgen. Una espada señorita. Es la del general don Benjamín Puente.

El general Puente es uno de los adversarios del congreso extraordinario. Su palabra, su ademán, su pasión, alientan al señor Pardo en su capricho. Y lo estimulan a que exonere a este gobierno de la molestia de un parlamento analizador y fisgón.

El congreso le dio al ministro de guerra hace algunos días la espada de general. El ministro de guerra la recibió enamorado, agradecido y entusiasta. Pero hoy ha puesto esa espada a las órdenes de un mal capricho del señor Pardo. Y es la suya una espada temible y amenazadora como la espada de Damocles.

Las gentes hablan así:

–¿Por qué le tiene tanto rencor al congreso el señor Puente?

–El congreso le hizo general de brigada.

–Debiera estarle agradecido.

–Pero no lo está.

–El señor Puente debe guardarle resentimiento al congreso por las invectivas, por los reparos, por las censuras y por las balotas negras que le regatearon la espada, los entorchados y la pluma de general .

Hasta las gentes ha llegado la noticia de que el ministro de guerra combate la convocatoria al congreso extraordinario con vehemencia y ardor. Y de que se siente en atrenzo de héroe y le ofrece al señor Pardo ser su paladín. Refieren los bien informados que el ministro de guerra le ha dicho al señor Pardo con entonación transcendental y legendaria, con la misma entonación con que pronunciaría Bolognesi la frase célebre:

–¡El gobierno no puede retroceder ante ningún peligro en este momento histórico! ¡Debe arrostrarlos todos! ¡Debe ir resueltamente a la prórroga de los presupuestos! ¡Mi espada garantiza la paz y el orden! ¡Mi espada asegura la tranquilidad! ¡Mi espada es una prenda segura de éxito y de triunfo!

Es evidente que el ministro de guerra se encuentra en un minuto culminante de su vida. En un minuto tremendo. Si el señor Pardo se ratifica en la empresa de prescindir del congreso, el ministro de guerra será héroe mañana mismo indiscutiblemente. Tan indiscutiblemente que valdría la pena que el señor Pardo, a pesar de todas las conveniencias patrióticas, no desistiese de su empresa, para que así la historia de la república tuviera un héroe más.

La acusación de ingratitud al congreso que le hacen los malévolos al

ministro de guerra ha sido refutada. Ha sido enérgicamente refutada por el señor Juan Pedro Paz Soldán, defensor abnegado del ministro de guerra, y que tiene siempre preciosos argumentos para favorecerlo. El señor Paz Soldán ha dicho con una lógica admirable:

–El ministro de guerra no es un ingrato. El ministro de guerra guarda toda la gratitud posible para el congreso. Pero la guarda para el congreso que lo ascendió. El congreso que le ascendió fue el congreso ordinario. Al congreso ordinario le será grato eternamente. ¿Pero qué gratitud le debe el ministro de guerra al congreso extraordinario?

La gloria ajena

El señor Pardo tiene singulares megalomanías. Vive tan enamorado de la gloria y del aplauso que hasta cuando la gloria y el aplauso son ajenos se refocila orgullosamente a su costa. El homenaje público le seduce, le arrebata y le engríe.

Llora, trina o se ríe el violín de Dalmau y ovacionan entusiasmadas las gentes. Y el señor Pardo goza con estas ovaciones y las siente suyas. Se exhuma a don Felipe Pardo y Aliaga y al "Niño Goyito". Y se deleita y regocija el señor Pardo con las devociones públicas de la evocación. Se realiza una gran carrera clásica en el Hipódromo de Santa Beatriz. La honra con su asistencia el señor Pardo. Triunfa un crack ungido por el cariño popular y hay una gran apoteosis de aplausos y aclamaciones. Y el señor Pardo sonríe al influjo prestigioso de estos aplausos y de estas aclamaciones.

Ama tanto al aplauso el señor Pardo que se siente siempre dueño de él. Su vibración le basta. Y no le importa que el aplauso sea a Dalmau, a su antepasado don Felipe Pardo, a la señora Esperanza Iris, a Franz Lehar o al crack de Santa Beatriz.

Hace dos días una gran gloria nacional se ha remozado, enaltecido y acentuado. La patria entera ha vibrado en un instante de recogimiento y devoción. La exaltación de Bolognesi ha sido unánime, ferviente y magnífica. Y el señor Pardo ha pensado que esta gloria era casi suya. Su megalomanía singularísima y excéntrica ha sido más intensa y más honda que nunca.

Y el señor Pardo no ha callado su pensamiento vivo y profundo de que la gloria de Bolognesi es un poco suya. Lo siente lleno de convicción y de certidumbre. Y lo dice así a sus íntimos:

–Yo he hecho a Bolognesi heroe máximo. Antes Bolognesi era sólo un héroe oscuro, un héroe vulgar, un héroe sin importancia. Yo le enaltecí, yo le elevé, yo le impuse al amor nacional.

Y agrega enseguida el señor Pardo que fue él quien inauguró el monumento a Bolognesi, que fue él quien hizo la Cripta, que fue él quien transformó en fecha de conmemoración patria el 7 de junio. Hoy, es él también quien celebra el aniversario del héroe y quien hace en su honor revistas, proclamas, procesiones y otras reverencias.

No es una mendacidad nuestra, no es una malignidad nuestra, no es una murmuración nuestra. Los amigos del señor Pardo pueden certificarlo. El señor Pardo está seguro de que la glorificación de Bolognesi es obra suya. Y está seguro igualmente de que esta obra suya será otro de los muchos títulos que enaltecerán su nombre y su gobierno en la historia.

Y se alboroza con la gloria de Bolognesi por el mismo motivo por el cual se alborozaba con los aplausos de Dalmau. La siente casi propia. Tiene la persuación de que el homenaje a Bolognesi es también un homenaje a su persona.

Por esto, hace dos días, embargado por la emoción de los sones militares, el señor Pardo les decía a todos sus áulicos, a todos sus corifeos, a todos sus amigos:

–La glorificación de Bolognesi es uno de los honores de mi gobierno. ¡La gloria de Bolognesi me pertenece!

(En *El Tiempo*: Lima, 7–XI–1916)

VOCES

Statu quo

Seguimos viviendo en la incertidumbre. El gobierno continúa detenido en el umbral. Se aferra a él como las gentes timoratas que buscan en los temblores los quicios de las puertas. El señor Concha les dijo ayer a nuestros cronistas en la secretaría presidencial.

–Estamos en *statu quo*.

Ya hemos dicho cómo el *statu quo* es la fórmula favorita del régimen. El régimen les teme siempre a las soluciones definitivas. Su método bien amado es el aplazamiento. Gusta del anestésico.

Algo se ha avanzado en medio de estas vacilaciones, de estas dudas y de estas inquietudes. El Gobierno volverá probablemente sobre sus pasos. Permanece enamorado de su capricho, pero le arredran sus peligros, amenazas y riesgos.

Las gentes proclamaron ayer alborozadas y bulliciosas:

–¡Habrá congreso extraordinario!

La veleta política tuvo un movimiento ágil y regocijado. Pero para algo es una veleta. Repentinamente se detuvo. Y luego empezó a girar raudamente en sentido contrario.

Y las gentes tuvieron que contradecirse y exclamar:

–¡Error! ¡Error! ¡No habrá congreso extraordinario!

Y pasaba en automóvil el señor Amador del Solar. Pasaba en automóvil también el señor José Carlos Bernales. Y pasaba en victoria el señor Manzanilla. El señor Manzanilla pasa siempre en victoria.

Mas las gentes seguían inciertas, desorientadas e ignorantes.

Y el señor Concha tenía que concretar la situación en estas palabras:

–*Statuo quo*.

En la noche se hablaba de la crisis ministerial. Este rumor afianzaba la creencia de que el presidente había resuelto ir a la convocatoria. La veleta política giraba, pues, a media noche, favorablemente.

Y en el teatro Municipal era el epílogo de la ópera de Boito y Mefistófeles bajaba a los infiernos.

Consecuencia

No sólo hemos sido nosotros, modestos y humildes intérpretes del sentimiento público, los que hemos censurado el propósito del gobierno de abandonar la ruta constitucional. No sólo han sido las voces metropolitanas las que han vibrado reprobándolo. No sólo han sido los mismos amigos del gobierno los que se han asociado a esta reprobación. Tan cierto, tan hondo, tan vigoroso ha sido el repudio del absurdo proyecto del señor Pardo que su colaborador mas íntimo y adicto, el señor Concha, se ha sentido también partidario de la convocatoria a congreso extraordinario.

El señor Concha ha tenido que ser consecuente y leal con sus ideas políticas. Y de ellas había hecho reciente exposición, no en el parlamento, en la tribuna o en el corrillo político, pues el señor Concha no prodiga su oratoria en estas formas infecundas, sino en el Malecón de Chorrillos y ante el auditorio poético de las niñas bonitas.

Tal como nosotros dijimos, el señor Concha anunció que había convocatoria a congreso extraordinario. Y la anunció con regocijada simpatía. Hizo de la austeridad del régimen enaltecedor comentario. Y el señor Concha, que es un dechado de fidelidad a sus ideas, tuvo que seguir siendo preconizador de la convocatoria en el Palacio de Gobierno. El señor Concha no podía decir una cosa en el Malecón de Chorrillos y otra cosa en el Palacio de Gobierno. Jamás. Lo que el señor Concha diga en el Palacio de Gobierno ratificado será en el Malecón de Chorrillos. Y lo que el señor Concha diga en el Malecón de Chorrillos ratificado será en el Palacio de Gobierno.

Y este amparo dispensado por el señor Concha a la convocatoria no ha sido un amparo superfluo, inútil ni platónico. Ha sido un amparo de resonancia y trascendencia histórica. El señor Pardo, al encontrar hostilidad para su proyecto en su mismo consecuente, leal y fidelísimo secretario, habrá reflexionado tal vez en que su proyecto era peligroso.

Acaso entre el señor Pardo y el señor Concha se dialogaría grave y pensativamente. Y acaso se hablaría así entre ambos:

–¿Es cierto, Concha, que las gentes reprueban y critican mi plan? ¿Es cierto que le achacan peligros? ¿Es cierto que le apodan con irreverencia y temeridad?

–Podría serlo, señor.

–¿Es cierto que hay presagios de desagrado nacional? ¿Es cierto que las gentes pueden condenar y maltratar a mi gobierno?

–Podría serlo, señor.

–Es usted agorero, Concha.

–Soy cauto, próvido y clarovidente, señor.

–El congreso es mortificante, irreverente, pertinaz y fastidioso, Concha.

–Un gran hombre público es siempre templado, tolerante, benigno y, ecuánime, señor.

Y probablemente estos ponderados conceptos del señor Concha han influido en las dudas y en las vacilaciones del señor Pardo. Han servido eficazmente para fijarle en el umbral. Sus presagios le han detenido y entrabado ante la temeraria empresa.

La noticia de esta actitud y de estos sentimientos del señor Concha ha llenado de alegría nuestros espíritus. La constatación de su lealtad y de su consecuencia nos ha hecho proclamar una vez más sus cualidades de político virtuoso y discreto. Nos ha hecho pensar en la indiscutible importancia de las declaraciones del señor Concha en el Malecón de Chorrillos y en que declaraciones pronunciadas en lugar tan aristocrático y ante auditorio tan esclarecido y hermoso no pueden ser contradichas más tarde. Y nos ha hecho pensar también en que teniendo helénica cátedra de política nacional, de regatas y de lawn tennis en el Malecón de Chorrillos, no podía presentarse el señor Concha en claudicación y renuncio, sin mengua de su autoridad, entre sus amadas discípulas.

Controversia

La legislatura ordinaria está en debate todavía. Simultáneamente se discute la convocatoria de congreso extraordinario y lo que hizo el ordinario. Y entre la Cámara de Diputados y la Cámara de Senadores hay controversia. Una y una pretenden haber trabajado más y mejor.

La Cámara de Diputados exclama:

–Esta Cámara ha trabajado más fecunda y provechosamente que la de senadores.

Y la Cámara de Senadores por su parte, exclama también:

–Esta Cámara ha trabajado más fecunda y provechosamente que la de diputados.

Y las dos cámaras han publicado la enumeración de los asuntos que han resuelto. Y se han hecho cargos. Y se han acusado.

La Cámara de Diputados ha dicho:

–Los senadores han obstruido el paso a muchos proyectos.

Y la Cámara de Senadores igualmente ha dicho:

–Los diputados han obstruido el paso a muchos proyectos.

Y la Cámara de Diputados ha agregado:

–Los senadores han detenido la ley de amnistía. Una ley de justicia, de perdón, de misericordia.

Y la cámara de senadores ha agregado:

Los diputados han detenido la reforma del jurado. Una ley de progreso, de innovación, de adelanto.

La Cámara de Diputados publicó, a instancias del señor Salvador del Solar, una relación completa de su labor. Las gentes pensaron que el señor Solar quería hacer pública la intensidad del esfuerzo de su cámara. Creyeron que su orgullo de diputado le inducía a reclamar esa publicación. y han tenido un gran desencanto al saber que el señor Solar buscaba, por este medio, la publicación respectiva del Senado, a fin de que se comparase la labor de una y otra cámara. Les ha parecido que la exaltación y vehemencia de los sentimientos fraternales del señor Solar le movía a perseguir que se presentase a la cámara de senadores como la cámara más solícita, más abnegada y más laboriosa.

Sólo que la Cámara de Senadores ha hecho esa publicación equivocadamente. Ha señalado 12 proyectos sancionados ya por la cámara de diputados entre los que se encuentran aún pendientes de su voto. No queremos creer que lo haya hecho con malicia y sin lealtad. No queremos creer que lo haya hecho con tendenciosa intención. Queremos creer que lo ha hecho por error, por omisión, por atolondramiento. A menos que los empleados del Senado protesten contra estos cargos, en cuyo caso, como somos muy complacientes, nos veremos en un conflicto...

(En *El Tiempo*: Lima, 8–XI–1916)

VOCES

Expectación

El señor Pardo permanece detenido en el umbral. Concluiremos temiendo que se quede en el umbral eternamente. Nosotros le pedimos a Dios que retroceda. Otras gentes le piden al señor Pardo que avance. Y en esto nos diferenciamos áulicos y opositores. Ellos le piden al señor Pardo. Y nosotros le pedimos a Dios.

La veleta de la política sigue versátil, sigue inconstante, sigue tornadiza, sigue alocada. Y, sobre todo, sigue más veleta que nunca. Ya no es posible atenerse a noticia alguna, a afirmación alguna, a rumor alguno. Ya no es posible saber si habrá convocatoria o si no habrá convocatoria. Ya no es posible obtener un indicio de verdad.

A las diez de la mañana se dice:

–Habrá congreso extraordinario.

Y a las once se dice irremediablemente:

–No habrá congreso extraordinario...

Para volver a decir a las 12 con todo énfasis:

–Habrá congreso extraordinario.

Y, una misma persona os hace todas estas afirmaciones. Las contradicciones son ahora epidémicas. Y no debe extrañarnos que quien hoy nos afirma que el gobierno se ha decidido ya por la convocatoria y ha procedido con mucha cordura, mañana nos declare que, como ya nos había dicho, el gobierno se ha ratificado en la no convocatoria y ha procedido con la misma cordura.

El comentario público no encuentra perfecta y satisfactoria explicación de los motivos que hacen al gobierno enemigo de un congreso extraordinario. No sabe darse cuenta de las razones que inducen al gobierno hacia el camino de la inconstitucionalidad. Se pregunta si tendrá algún origen recondito su capricho. Y se pregunta si el gobierno le tendrá miedo a alguna solución parlamentaria. Hay interrogaciones así:

–¿Será el impuesto al petróleo?

–¿Será el impuesto al azúcar?

–¿Será el asunto de la "Brea y Pariñas"?

Y de esta suerte el comentario público sigue buscando una razón al propósito del gobierno. El comentario público es tan ingenuo que no quiere admitir totalmente la versión de que el gobierno no quiere que haya funcionamiento del congreso porque el funcionamiento del congreso le fastidia. Y no se le alcanza que sea razón bastante para tal resolución una de tanta magnitud en un régimen de aristocracia, de gentileza y de buen tono.

Y para otro complicado problema no encuentran tampoco explicación las gentes. Las gentes no conciben cómo va a prescindirse de la sanción legal del presupuesto por un gobierno de bloquistas y liberales, siendo los bloquistas y los liberales enemigos reprobadores resueltos de la dictadura fiscal en todos los tiempos.

Y para otras muchas cosas no encuentran tampoco explicación las gentes que no quieren darse cuenta de que en el Perú es muy difícil encontrar explicación para la mayor parte de las cosas...

El derecho divino

La familia presidencial ha comenzado ya a presentar postulantes a la representaciones parlamentarias. Se empieza desde ahora a requerir el voto público para las personas de la familia del señor Pardo que anhelan ser representantes de la nación.

Las gentes metroplitanas comentan:

–Los miembros de tan esclarecida familia son representantes de la nación sin necesidad de que se les elija diputados o senadores.

–El voto público es para ellos una consagración superflua.

–Además, la elección constituye un expediente demasiado prosaico y democrático para que se le emplee en honor de tan nobles señores.

Pero, a pesar de la unanimidad con que las gentes metropolitanas discurren al respecto, es lo cierto que los hermanos, primos y afines del señor Pardo necesitan de la elección vulgar, tumultuosa y artera para ser diputados o senadores. Nuestra defectuosa constitución les obliga al proceso ritual de exhibir sus candidaturas, de solicitar a las juntas, de halagar a los electores y de instruir a sus autoridades. No hemos avanzado aún lo bastante como para evitarles estas molestias y estos trámites.

Son ya varias las nacientes candidaturas de la familia presidencial cuya postulación se esboza llena de majestad, de grandeza y de gallardía.

Candidato a la diputación de Carabaya es el señor Juan Pardo, dueño de una reputación de gentleman y de aristócrata elegante y buen mozo que tendrá seguramente una eficacia definitiva en la voluntad de los apacibles y rústicos habitantes de la provincia puneña.

Candidato a la diputación por Cajatambo es el señor Ricardo Barreda, que es nobilísimo caballero, que es poseedor de una *ecurie* de caballos de carrera, que ha sido presidente del *Jockey Club* y que está ya en edad indiscutible de actuar en la política, con provecho para la salud de la patria y honra para la historia nacional.

Candidato a la diputación por Chancay es el señor Mansueto Canaval, magnate distinguido que hace al país el honor de dedicar sus valiosas energías a la legislación.

Candidato probable a la diputación por Lambayeque es el señor Luis Pardo, cuyos títulos y merecimientos son tales que no consienten enumeración.

Y es también candidato, pero candidato denido, a una diputación por Lima, el señor José de la Riva Agüero, jefe del partido futurista y, además, relacionado del presidente de la república.

Amoroso apego a los cargos públicos manifiestan, pues, los miembros de la familia presidencial. El país si es noble e inteligente sabrá agradecérselo. Por amor al país, tan excelsas personas transigen con los democráticos procedimientos de las elecciones, de las propagandas, de las mesas, de las ánforas y de los escrutinios.

Habrá que tener confianza en que los ciudadanos que aspiran a las mismas representaciones sabrán retirar sus postulancias humildes y tímidas ante las postulancias majestuosas y supremas que frente a ellas se yerguen.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–XI–1916)

VOCES

Y cuenta la veleta...

La veleta de la política nos intranquiliza, nos desconcierta, nos engaña y nos enreda más minuto a minuto. Ora gira en un sentido. Ora gira en otro. Ora se detiene. Ora gira rauda. Ora gira lenta. ¿No será la veleta de la política actual un símbolo de la voluntad del señor Pardo? Atrevido es interrogarlo. Atrevido e injusto. La voluntad del señor Pardo es, sin duda alguna, firme, decidida, rectilínea, invariable.

La ciudad amaneció ayer en algazara, agitación y trocatinta. Había bulliciosas aclamaciones:

–¡Un manifiesto! ¡Un manifiesto del señor Pardo y del general Cáceres! ¡Un manifiesto reprobatorio de la dictadura fiscal!

–¡Los bloquistas tradicionales se oponen a la prórroga del presupuesto!

–¡Los liberales se oponen a la prórroga del presupuesto!

–¡Los futuristas se oponen a la prórroga del presupuesto!

Y resultaba entonces que nosotros no éramos los únicos que nos oponíamos a la prórroga del presupuesto. Ya no eran sólo la minoría parlamentaria y EL TIEMPO los que reclamaban congreso extraordinario. Ya no era sólo el señor Manzanilla quien invocaba las conveniencias públicas y el respeto a los principios para pedirlo también. Ya estaba todo el mundo con la minoría parlamentaria, con EL TIEMPO, con el señor Manzanilla y con los demás defensores de la convocatoria de nueva legislatura.

Y esto nos asombraba tanto que interrogábamos:

–¿La opinión de los partidos, de los hombres públicos, de los clubes, de las confiterías y de los teatros está pues contra la prórroga del presupuesto?

Y nos respondían que sí.

Teníamos que hacer una nueva y sorprendida pregunta:

–¿Los futuristas también están contra la prórroga del presupuesto?

Y nos respondían que sí.

Y teníamos que hacer entonces una nueva e inevitable pregunta:

–¿Publicarán luego los futuristas otro manifiesto?

Porque a nosotros se nos ocurre que los futuristas no pueden pensar una cosa sin decirla en un manifiesto. Los futuristas se perecen por los manifiestos. Y es muy natural y explicable que así sea. Los futuristas son jóvenes y alborotados y aman la publicidad y el reclamo. El reclamo es para ellos tan importante y esencial como para Parke Davis o Lamman y Kemp.

Unicamente que los manifiestos de los futuristas son siempre inoportunos y fatales. Tienen mala fortuna. Y bastaría acaso que los futuristas se aprestasen a criticar la prórroga del presupuesto para que el gobierno convocase inmediatamente a congreso extraordinario...

Optimismo

El señor Pardo no podría ser un profesor de energía. Pero sí podría ser un profesor de optimismo. Lo es desde ahora. Y su profesorado tiene todos los atributos de la originalidad y del buen gusto.

Posee el señor Pardo un optimismo magnífico y arrogante. Le asiste siempre la seguridad del éxito. Jamás pone en duda que una empresa suya será afortunada. Y tiene la certidumbre de que lo que él piense será bien acogido por la opinión del país.

El señor Pardo está lleno de fe en su gobierno y en sus triunfos. No cree en presagios, no cree en augurios, no cree en amenazas. Le ha detenido en el umbral de la inconstitucionalidad el vocerío de las gentes por lo intenso y unánime que ha sido. Y la vacilación del señor Pardo ha sido un fenómeno de sugestión, pero jamás un fracaso de su optimismo.

Vive absolutamente convencido de que las gentes importantes, esclarecidas, nobles e inteligentes de la nación le rodean y le amparan. Y cree que no es posible que haya quienes tengan otros conceptos, otros sentimientos ni otras aspiraciones que las suyas.

En estos momentos, la figura del señor Pardo, rebosante de optimismo, parece interrogarles a las gentes:

–¿Quienes encuentran mala la prórroga de los presupuestos?

Y parece que las gentes le respondieran cortesmente:

–Grandes y numerosos hombres públicos. El señor Javier Prado, el señor Manzanilla, el señor Balta, el señor José de la Riva Agüero, el general Caceres, el señor Ulloa, los bloquistas, los liberales, los futuristas, los constitucionales, los independientes.

Y parece que el señor Pardo replicara:

–¡No es posible! ¡Yo sé que toda la opinión pública está conmigo! ¡Yo la siento alentándome, engriéndome, estimulándome, encomiándome! ¡Yo no me puedo engañar de esta suerte, gentes timoratas y medrosas! ¡Gentes de poca fe!

Hace algunos días conferenciaba el señor Pardo con el señor Picasso, preconizador pertinaz y conspicuo del arreglo con la Brea y Pariñas. El coloquio era trascendental y conceptuoso, como correspondía a un coloquio entre tan graves personajes. Y, en un instante en que el señor Picasso pronunció la palabra oposición, el señor Pardo se soliviantó violentamente. Y se puso de pie para preguntarle al señor Picasso:

–¿Dónde está la oposición? ¿Quiénes hacen la oposición? ¿Cómo se manifiesta la oposición?

El señor Picasso, discreta y cautelosamente citaba algunos nombres y algunos círculos.

Pero el señor Pardo exclamaba con toda su majestad y todo su énfasis:

–¡No hay oposición!

Grande amargura debe ser para el señor Pardo gobernar en un país de tantos apocamientos, de tantos escepticismos, y de tantos pesimismos. Honda debe ser la compunción de su ánimo lleno de optimismo al contemplar estos panoramas de desfallecimiento y timoratez. Y lo que más debe contristar a tan excelso profesor de optimismo es no tener discípulos.

El unico que está un poco contagiado del optimismo del señor Pardo es el señor Balbuena. El señor Balbuena está en camino de hacerse discípulo del señor Pardo. Lo queremos denunciar para que se sepa que el señor Balbuena va a dejar de ser discípulo del señor Manzanilla por ser discípulo del señor Pardo. Porque la vehemencia del optimismo del señor Balbuena es cada día más honda y locuaz.

Este optimismo del alborozado candidato a la diputación por Lima,es tan acendrado, tan profundo y tan hiperestésico, que lo induce a exclamar en todas las esquinas y en todos los portales:

–¡Tengo asegurado el éxito! ¡Mi candidatura hace una marcha triunfal! ¡Va al éxito definitivo de victoria y en victoria!

Y en esto no miente el señor Balbuena. A todas horas se le ve cruzar las calles en victoria. En lo cual sigue siendo discípulo del señor Manzanilla...

(En *El Tiempo*: Lima, 10–XI–1916)

VOCES

Los misterios de New York

Todavía le inquieta y molesta al señor Montero y Tirado su viaje a Estados Unidos. Todavía perturba su tranquilidad. Todavía preocupa su atención. Y es que el señor Montero y Tirado, que ha traído tan malos recuerdos de Estados Unidos, no ha traído en cambio sus maletas. O no las ha traído todas porque perdió dos en New York.

El señor Montero y Tirado debe estar convencido de que en New York los misterios son mayores que los que la película cuenta. Dos maletas suyas, dos maletas importantísimas, dos maletas transcendentales, se han extraviado en la cosmópolis gigante. Y el señor Montero y Tirado está en atrenzo de llamar en su auxilio al fabuloso y perspicaz Nick Carter para que le restituya sus maletas perdidas.

Grande debe ser el interés que el señor Montero y Tirado tiene en recuperar sus maletas, intensa debe ser su compunción por la pérdida y excepcional debe ser la gravedad de ella, cuando el ilustre agente financiero utiliza actualmente los servicios de la policía de New York y estimula y requiere su astucia para que se dé maña en encontrarlas.

Y esta pérdida de las maletas ha sido púdicamente callada por el señor Montero y Tirado. No era posible que a los amigos que le daban la bienvenida y que le preguntaban sus impresiones del viaje y del retorno, les dijese:

–¡Me han robado las maletas!

El señor Montero y Tirado es personaje de máximo pudor. Tiene perfecta conciencia de la excelsitud de su calidad de agente financiero. Y no admite que un agente financiero, vuelto a su nación, les cuente a sus compatriotas que en el viaje le han robado las maletas.

Y le asiste la más amplia razón en guardar el escrupuloso pudor de su reserva, por un motivo universalmente conocido. El señor Montero y

Tirado fue a Estados Unidos a gestionar que nos prestaran dinero. En Estados Unidos no quisieron prestarnos dinero, a pesar de ser el señor Montero y Tirado quien lo pedía. Pero un acreedor yanqui le reclamó al señor Montero y Tirado dinero que le debíamos y el señor Montero y Tirado tuvo que reconocer la deuda. Y quien fuera enviado a Estados Unidos para traer un empréstito no trajo precisamente el empréstito anhelado sino un crédito echado al olvido.

El empeño de recuperar las maletas nos intriga ¿Qué guardarían las maletas del señor Montero y Tirado? ¿Guardarían acaso documentos transcendentales? ¿Guardarían tal vez documentos secretos? ¿Guardarían los comprobantes del crédito reconocido pro el señor Montero y Tirado? ¿Guardarían sólo ingenuos y pueriles almanaques de Bristol y de Lamman y Kemp? ¿O guardarían únicamente el frac y otras prendas elegantes del señor Montero y Tirado?

A nosotros nos ha consternado la pérdida de las maletas del señor Montero y Tirado acaso tanto como al esclarecido agente financiero. Compartimos absolutamente su inquietud y su aflicción. Renunciaríamos a todas nuestras modestísimas aptitudes de cronistas a cambio de iguales aptitudes de detectives que nos pusiesen en condición de ponernos al servicio del señor Montero y Tirado y de ir a Estados Unidos a buscar sus maletas.

Y, pues no podemos socorrer al señor Montero y Tirado, pues no podemos servirlo, pues no podemos transformarnos en detectives, tendremos que recurrir a la fórmula criolla y platónica de darle un consejo. Y le aconsejaremos que se ponga en manos de San Antonio de Padua, que sabe devolver las cosas perdidas...

Indiferencia

El gobierno del señor Pardo ha adoptado una actitud interesantísima. Mira que a todo el país le preocupa, agita e impresiona el actual problema político. Y se presenta lleno de indiferencia, de despreocupación, de tranquilidad. El tremendo problema no le interesa. Y se ríe de las gentes ingenuas a quienes conmueve.

Todas las tardes el señor Pardo conferencia con sus ministros. La ciudad entera vive algunos instantes pendientes de lo que en Palacio se resuelve. Los cronistas aguardan en los pasillos y en las antesalas llenos de

inquietud. Y cuando concluye la conferencia y salen los ministros de la cámara presidencial los abordan apresuradamente:

–¿Se ha resuelto la cuestión del congreso extraordinario?

Mas los ministros les responden risueños y despreocupados:

–No nos hemos ocupado de esa cuestión.

Se asombran los tenaces cronistas y preguntan entonces:

–¿Mañana se ocuparán de ella?

Y los ministros, con más indiferencia todavía, les responden:

–¡Tal vez!

El serenísimo y majestuoso gobierno del señor Pardo no quiere que se le suponga preocupado por la reclamada convocatoria de congreso extraordinario. Le parece sin duda alguna que en él sería pueril y frívola tal preocupación. Otras cosas graves y transcendentales le reclaman su preferencia. Y casi no resultaría digno de él que embargase su atención problema tan baladí e insignificante como el de convocar o no convocar a congreso extraordinario.

Las gentes metropolitanas, agitadas y curiosas, preguntan si habrá o no habrá convocatoria. Y parece que el gobierno del señor Pardo les interrogara:

–¿Pero les importa mucho a ustedes el congreso extraordinario?

Y parece que después de una pausa les agregara:

–A mí no me importa absolutamente por ahora. Puede ser que mañana o pasado mañana o la semana entrante lo tome en cuenta.

El gobierno del señor Pardo está en un instante de aguda displicencia. No le interesa que a las gentes –vulgares, pobres y frívolas gentes– les inquiete la convocatoria de congreso extraordinario. El sigue completamente imperturbable, sereno, indiferente, majestuoso. No se confundirá con la multitud en la curiosidad ávida y perseverante. Se yergue estoico, hierático e indolente.

Y, seguramente, el gobierno del señor Pardo tiene razón. ¿Por qué le va a inquietar la convocatoria a congreso extraordinario? ¿Por qué le va a inquietar la agitación del país? ¿Por qué le va a inquietar la sanción legal del presupuesto? ¿Por qué le va a inquietar el pensamiento de los hombres públicos y de los partidos? ¿Por qué le van a inquietar los principios? ¿Por qué le van a inquietar las leyes?

Una de estas mañanas o una de estas tardes en que su humor sea generoso se acordará del problema político y exclamará:

–¡Se convocará a congreso extraordinario!

O exclamará tal vez:

–¡Se prorroga el presupuesto!

Y seguirá indiferente, despreocupado y tranquilo sin que las triviales inquietudes del vulgo le conmuevan.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–XI–1916)

VOCES

Disidencia

Hay disidencia entre los dos leaders de la mayoría ministerial de la Cámara de Diputados. Perturbadores resentimientos se han interpuesto entre el señor Balta jefe del grupo liberal y el señor Tudela jefe del grupo civilista. Es la suya una rivalidad de capitanes que se atribuyen recíprocamente el fracaso de una batalla.

Y no es sospecha, ni malévola ni candorosa, de nosotros. Fatigado está nuestro espíritu por las incertidumbres del trajín político para que nuestra imaginación se dé tiempo de travesuras. Ha sido el propio señor Balta quien ha dicho sus resentimientos con el señor Tudela y Varela en la conversación que publicó "El Tiempo" hace dos días. En toda esa conversación el señor Balta mencionó al señor Tudela y Varela con una pertinacia rencorosa que dice la mala voluntad que hoy por hoy le tiene.

Y es que el señor Balta guarda, entre sus zalamerías y afabilidades habituales, sigilosas y risueñas malignidades. Y las aguza ingeniosamente diluyéndolas entre las reticencias de su sonrisa.

Molestosa debe ser para el señor Pardo la perspectiva de una nueva legislatura en momentos en que hay hostilidad y enfriamiento entre sus principales paladines parlamentarios, sobre todo porque esa hostilidad y ese enfriamiento no son de los que terminan con la mediación y el abrazo, sino de los que se traslucen a través de la más efusiva amabilidad y la más sonriente cortesía.

Y es la que contamos una disidencia tanto más sensible cuanto que separa a dos leaders que debieran estar siempre en armonía y cordialidad. Están hechos para la alianza y la concordia. Y diferenciándose en sus modalidades personales se identifican en sus inclinaciones políticas.

Son dos leaders civilistas, absolutamente civilistas, perfectamente civilistas. Civilista es el señor Tudela y Varela. Y civilista es también el señor Balta. Nada importa que el señor Balta sea al mismo tiempo miembro

conspicuo del partido liberal y hasta vicepresidente de su comité directivo. Significará a lo más que un civilista semipreside al partido liberal.

Y no es que el señor Balta haga traición a su sinceridad. Absolutamente. Tal devoción guardamos a su persona que jamás nos arrepentiríamos bien de hacerle tan osada ofensa. Es que el señor Balta tiene espíritu de civilista pardista. Es que el señor Balta es un civilista instintivo. Tiene modales de civilista pardista y zalamerías de civilista pardista. Y es tan cierto el civilismo de su espíritu que siempre su íntima simpatía ha convergido hacia los civilistas. Desde el momento en que fue magnate de un gobierno civilista hasta el momento en que propició el advenimiento del presente gobierno civilista.

El señor Tudela y Varela y el señor Balta son, pues, dos políticos afines. Son dos temperamentos disímiles, pero son dos políticos afines. Sus disimilitudes no desvirtúan su calidad civilista. No la modifican en lo menor. Sus disimilitudes consisten únicamente en que el señor Tudela y Varela es insuflado y el señor Balta sencillo, en que el señor Tudela y Varela es jurisconsulto y el señor Balta ingeniero de minas, en que el señor Tudela y Varela es profesor de derecho diplomático y el señor Balta profesor de ingeniería, en que el señor Tudela y Varela es enfático y el señor Balta es persuasivo, en que el señor Tudela y Varela es arrogante y el señor Balta sagaz, en que el señor Tudela y Varela es alcalde de Miraflores y el señor Balta presidente de la Sociedad Geográfica, en que el señor Tudela y Varela tiene la imperiosa virtualidad del axioma y el señor Balta la meditativa gravedad del teorema.

La salud de la patria reclama que fraternicen, que se concilien, que se agarren de las manos. Y lo reclama igualmente el misticismo uncioso y devoto que pide la paz entre los príncipes de la iglesia y pide al mismo tiempo la paz entre los príncipes de nuestra dinastía...

Clarinada

Estamos en un instante de solemnidad y de recogimiento. Habla el doctor don Pedro de Osma. Y es como si hablara el partido demócrata. Y es como si hablara una tradición. La palabra del doctor Osma esta revestida de una sacra unción histórica que hace palpitar intensamente el alma nacional.

Y es tanta la solemnidad y es tanto el recogimiento en que resuenan las palabras del presidente del partido demócrata que el comentario risueño de

las calles se paraliza, la malevolencia trashumante se cohibe y la sórdida murmuración se calla. Y hasta la veleta de la política, la veleta versátil, la veleta loca, la veleta tornadiza, se detiene medrosa y tímidamente primero y comienza a girar con orientación plausible después.

Las gentes hacen una glosa reverente y cortesana a las palabras del doctor Osma sobre el deber de la convocatoria. Y hablan de esta manera:

–Hay conjuración de las opiniones históricas contra la dictadura fiscal. Ha sonado la voz del general Cáceres que es la voz del partido cosnstitucional, de la Breña y de las caballerescas panoplias militares. Y ha sonado luego la voz del doctor Osma que es lavoz del partido demócrata, de la "Declaración de Principios", de la coalición y del pierolismo.

–Y sonará la voz del doctor Prado y Ugarteche que es la voz del civilismo histórico.

–Y sonará la voz del doctor José de la Riva Agüero que es la voz del futurismo adolescente y regocijado.

–Y sonará la voz de todos los hombres de buena voluntad y sabio entendimiento.

La carta del doctor Osma ha repercutido como una clarinada. El presidente del partido demócrata ha tenido siempre apostura marcial. Está nimbado por una tradición de gallardía, de arrogancia y de entereza. Su historia es la historia de un tribuno denodado y viril.

Y la resurrección del partido demócrata reviste para el régimen pardista tan inquietantes zozobras que no quiere suponerla posible. Los gobiernistas decían ayer.

–No ha opinado el doctor Osma, presidente del partido demócrata.

Y cuando se les contradice se ratifican:

–Ha opinado el doctor Osma, alcalde de Barranco. Ha opinado el doctor Osma, gerente de Alpamina. No ha opinado, luego, el doctor Osma, presidente del partido demócrata.

Las gentes metropolitanas han comprendido que esta lógica era una lógica absolutamente pardista.

La resonancia de la palabra del doctor Osma ha sido hondísima a pesar de todos los sofismas y de todos los silogismos enemigos o risueños. El doctor Osma está en postura heroica. Y parece que con él se pusiera también en postura heroica el partido demócrata.

Hay, pues, un ambiente épico, un ambiente marcial, un ambiente sonoro. Ha vibrado una clarinada fuerte y tonante. Una clarinada de aurora, de diana, de amanecer.

La invocación del nombre del partido demócrata, que tiene evocaciones de procesión cívica, de lucha heroica y de esfuerzo prócer, ha resonado con clamores de grito histórico. Y tiene sones de voz madrugadora, de campana y de canto madrugador de chantecler.

(En *El Tiempo*: Lima, 12–XI–1916)

VOCES

Larga espera

Hace dieciocho días que estamos esperando que el señor Pardo nos diga si habrá o no habrá convocatoria a congreso extraordinario. Y hace dieciocho días que el señor Pardo nos hace vivir en la incertidumbre, en el desconcierto y en la indecisión más grandes, sin que nuestra ansiedad le conmueva.

Se diría que el país entero está en la antesala presidencial, aguardando que el señor Pardo salga a anunciarle su determinación. Y que el señor Pardo, como todo un magnate, se hace esperar del país cuanto le viene en gana. Justo es que el país tenga paciencia, resignación y beatitud.

Todos nos hallamos en la antesala del señor Pardo. Todos nos hallamos en espera de que el señor Pardo convoque a Congreso extraordinario o prorrogue el presupuesto de la república. Todos sentimos que es muy larga y fastidiosa la espera. Y todos, lo mismo que los peticionarios de las audiencias ministeriales, hacemos a la sordina profusos comentarios.

Entran y salen los conserjes. Suenan los timbres. Suenan los teléfonos. Suenan las horas. Nos aburrimos. Bostezamos. Nos referimos unos a otros toda la curiosidad señoreada de nuestros espíritus. Y nos desesperamos de la espera. Pero no abandonamos sin embargo la antesala del señor Pardo.

Hay momentos en que nos parece que las puertas de la cámara presidencial van a abrirse solemnemente. Hay momentos en que sentimos la inminencia de la voz del señor Pardo. Hay momentos en que nos persuadimos de que la voluntad del señor Pardo se ha pronunciado ya.

Y luego nos desencantamos. Se abren las puertas, mas se abren solamente para que de la cámara del señor Pardo salga un áulico, un consejero o un personaje de análoga calidad. Y este personaje puede ser el señor Enrique de la Riva Agüero, el señor García y Lastres, el señor Solar, el señor Manzanilla, el señor Tudela y Varela o el señor Picasso.

A veces nuestro atrevimiento es muy grande y les interrogamos:

–¿Ha resuelto algo el señor Pardo?

Y ellos nos responden:

–¡Aún no ha resuelto nada el señor Pardo!

Y torna a señorearse en la antesala el silencio. Y tornan a señorearse en nuestros espíritus la ansiedad y la incertidumbre.

Como no todos los que esperamos somos discretos, mesurados, tranquilos y serenos, hay entre nosotros gentes osadas y traviesas que se aproximan a las puertas de la cámara presidencial. Y estas gentes aguaitan por las rendijas y por la cerradura. Y entre ellas se llaman y se dicen frases sórdidas y sigilosas. Nosotros, muertos de miedo, no nos movemos de nuestros sitios y tememos que repentinamente se presenten los conserjes del señor Pardo y se lleven a la cárcel a estas gentes que seguramente han incurrido en delito previsto en el código de justicia militar.

Y estas gentes investigadoras y atrevidas que aguaitan por las rendijas y por la cerradura dicen impávida y risueñamente lo que está haciendo despreocupado y a solas el señor Pardo. Hablan de esta guisa:

–Ahora está mirando el calendario.

–Ahora se está riendo.

–Ahora está revisando los periódicos.

–Ahora está leyendo el Almanaque de Bristol.

–Ahora se está mirando en el espejo.

–Ahora se ha puesto colérico.

–Ahora se está asomando al balcón.

–Ahora está reflexionando.

Y anuncian siempre que está haciendo cosas que no se parecen ni a la convocatoria de legislatura extraordinaria ni a la prórroga del presupuesto.

En esta larga espera nuestras energías se exhaustan, nuestro ánimo decae, nuestros nervios se laxan y nuestra hiperestesia se excita. Nos asaltan tentaciones locas de avanzar hasta las puertas mismas de la cámara presidencial, no para aguaitar aviesamente, sino para tocar en ellas. Pero luego nos arrepentimos asustados. Y es tan sincera y consternada nuestra atrición que de ella sacamos fuerzas para continuar resignados en la espera...

Condolencia

Los quebrantos, las vicisitudes y las zozobras de la campaña electoral han comenzado para el señor Rafael Grau antes que para ningún otro

candidato. Y es que la campaña electoral del señor Grau era más vasta, más compleja y más grave que todas las campañas electorales posibles. El señor Grau no sólo quería ser diputado nuevamente. Quería también ser alcalde del Callao. Y era, pues, un gran hombre enaltecido por dos candidaturas.

Y su primera candidatura ha sido infortunada. Después de largo y ardiente proceso de juntas, inscripciones, sorteos y protestas, la fuerza numérica de los votos la ha derrotado. Y en dos días de lucha vehemente, democrática y bulliciosa, las aspiraciones del señor Grau han sufrido amargo contraste.

Y este contraste nos ha consternado a nosotros intensamente. Estamos dolidos, acongojados, afligidos. No nos conformamos con la derrota. Protestamos contra ella.

Atajamos en las calles a los transeúntes y les preguntamos:

–¿Es cierto que el señor Grau ha sido derrotado en el Callao?

Los transeúntes piensan probablemente que nos hemos vuelto locos. Pero nos responden:

–Es cierto.

Y dialogamos con los transeúntes llenos de exaltación:

–¿Las gentes del Callao han consentido que el señor Grau sea derrotado?

–Las gentes del Callao estaban divididas. Unas apoyaban al señor Grau y otras apoyaban al señor Miranda.

–¿Y el señor Miranda consentía en ser adversario del señor Grau?

–¡Sí, hombres!

–¡El Callao es entonces un puerto ingrato, tímido, cobarde!

–¡El Callao es el primer puerto de la república!

–¡Eso lo dice la geografía!

–La geografía es ciencia. La ciencia es verdad.

–¿Pero por qué no ha reelegido el Callao al señor Grau? ¿Por qué le ha desamparado en las elecciones?

–Los adversarios del señor Grau eran dueños de los mecanismos electorales. Eran dueños del amparo de las autoridades. Eran dueños de la simpatía del gobierno.

–¡Pediremos la nulidad de esas elecciones! ¡Nos iremos de queja ante la Corte Suprema!

–La Corte Suprema no tiene intervención en las elecciones municipales.

–¡Nos iremos de queja entonces ante la justicia militar!

–La justicia militar no tiene intervención en las elecciones municipales.

–¡Nos iremos de queja ante el doctor Mercado! ¡El doctor Mercado nos escuchará! ¡El doctor Mercado nos hará justicia!

–El doctor Mercado no tiene tampoco intervención en las elecciones municipales.

–¡El doctor Mercado tiene intervención en todas las cosas!

Los transeúntes nos dejan absolutamente convencidos de que nos hemos vuelto locos.

Y nosotros nos ponemos a gritar en todas las esquinas:

–¡Esta es la más grave responsabilidad del régimen! ¿Por qué el régimen ha impedido que el señor Grau sea alcalde del Callao? ¿Hay acaso en el Callao algún otro vecino con los títulos del señor Grau? ¿Hay acaso algún otro tribuno como el señor Grau? ¿Hay acaso algún otro paladín de las libertades públicas y del general Puente como el señor Grau?

Y las gentes nos quedan mirando asombradas y no saben comprender toda la grandeza de nuestra devoción por el señor Grau. ¡Son tan estrechas de entendimiento las gentes!

Un amigo nuestro ha tenido la osadía de hacernos estas reflexiones:

–Cálmense, jóvenes. Las elecciones del Callao han sido únicamente una lección de cosas.

Y nosotros le hemos rectificado:

–¡Una vergüenza!

Pero nuestro amigo ha continuado:

–No, jóvenes. Una lección de cosas. Los amigos del señor Leguía que terminan sus mandatos de diputados este año habían dejado de ser amigos del señor Leguía en los últimos tiempos para ser amigos del señor Pardo. El señor Grau no ha sido amigo del señor Pardo. Pero tampoco ha querido ser su adversario. Y el señor Pardo ha aprovechado la primera ocasión para hacerle sentir al señor Grau que él sí es su adversario. El señor Pardo no le agradece al señor Grau ni siquiera que haya hecho general de brigada a su ministro de guerra. Y la desilusión de hoy del señor Grau será mañana la de los amigos del señor Leguía que se han hecho amigos del señor Pardo. El señor Pardo que está en la presidencia de la república y el bloque que está junto al señor Pardo no permitirán que vuelvan a ser diputados los diputados leguiístas de 1911. Lo tienen jurado ya.

Nosotros hemos protestado:

–¡El señor Grau volverá a ser diputado!

Y también nos han contradicho:

–No volverá a ser diputado. El señor Grau quería que Cajabambilla fuese capital. Y Cajabambilla no es capital. El señor Grau quería ser reelecto alcalde del Callao. Y no ha sido reelecto alcalde del Callao. El señor Grau quiere hoy ser reelecto diputado. Y no será reelecto diputado. Las elecciones del Callao han sido una lección de cosas. Pueden aprovecharla los amigos del señor Leguía que han querido ser amigos del señor Pardo.

Todo esto nos ha consternado. No comprendemos cómo el señor Grau, que es un tribuno de jipijapa y acción, pueda dejar de ser diputado porque así lo quiera el señor Pardo. No se nos alcanza que la voluntad del señor Pardo, por omnipotente que sea, logre detener un éxito tan majestuoso y grande. Y pensamos que si el señor Pardo se empecina y se empeña en combatir al señor Grau, el señor Grau puede hacer temblar su gobierno con este grito democrático, revolucionario y tremendo que es en sus labios salutación, apóstrofe y doctrina:

–¡Salud y Patria!

(En *El Tiempo*: Lima, 13–XI–1916)

VOCES

En el laberinto

El señor Pardo nos ha metido en el Laberinto. Y se ha guardado en el bolsillo de la americana o del jaquet el hilo de Ariadna. Estamos, pues, desorientados, perdidos, desolados. Caminamos sin saber adónde caminamos. Nos detenemos sin saber dónde nos detenemos. Andamos sonámbulos. Nos dormimos de pie como las grullas y como los centinelas. Y nos enfermamos de incertidumbre,de sombra y de desconcierto.

A todas partes pensamos que nos llevaría el señor Pardo, pero jamás pensamos que nos llevaría al Laberinto. Sus prosélitos tradicionales pensaron que nos llevaría al Paraíso. Sus aliados pensaron que nos llevaría a Jauja. Sus enemigos pensaron que nos llevaría al Averno. El señor Peña Murrieta, que es médico, pensó que nos llevaría a un baño termal. El señor Víctor Andrés Belaúnde, que es idealista, pensó que nos llevaría a la fuente Castalia. El señor Cornejo, que es filósofo positivista, pensó que nos llevaría al camino real. El señor Fuentes, que es metafísico, pensó que nos llevaría al Limbo, probablemente por haber estado ahí todos los santos padres de la Biblia. El señor Sánchez Díaz, que es escolástico, pensó que nos llevaría al Purgatorio. Y el señor Pasquale, que es poeta, pensó que nos llevaría al Monte Parnaso.

Nosotros, que somos muy tímidos, cautos y respetuosos, no nos atrevimos a pensar adónde nos llevaría el señor Pardo. Si hubiéramos tenido ese atrevimiento habríamos pensado seguramente, así somos de corteses, que nos llevaría a la Tierra Prometida, pero que nos exoneraría de la peregrinación de cuarenta años. Y habríamos dicho que todos los peruanos estábamos en un éxodo hacia la felicidad, que el señor Pardo era nuestro Moisés, que en el camino nos alimentaría el divino maná y que nos daría el agua la prodigiosa y fecunda peña de Horeb. Y habríamos dicho también que no habríamos incurrido en el grave pecado de perder por un minuto siquiera nuestra fe y de adorar por un minuto siquiera al ídolo Baal.

Pero ni los prosélitos tradicionales, ni los aliados, ni los enemigos del señor Pardo, ni el señor Peña Murrieta, ni el señor Belaúnde, ni el señor Cornejo, ni el señor Sánchez Díaz, ni el señor Pasquale, ni nosotros, pensamos jamás que el señor Pardo nos llevaría al Laberinto. Y mucho menos pensamos que el señor Pardo, para mayor crueldad del castigo, se guardaría en el bolsillo de la americana o del jaquet el hilo de Ariadna.

Nuestra imaginación menguada y sórdida no se daba alcances para tanto.

Y en este Laberinto acaso estamos a merced del Minotauro. El Minotauro podría llamarse, entre nosotros y bajo el régimen del señor Pardo, la Dictadura Fiscal. ¿De cuántos otros modos podría llamarse entre nosotros el Minotauro?

Nosotros sufrimos tan aguda consternación que hemos perdido toda ecuanimidad. Estamos desolados. Nuestra imaginación se ha llenado de veleterías. Y corremos por las calles preguntándoles a nuestros amigos y a nuestros conocidos:

–¿Qué va a ser de nosotros?

Y nuestros amigos y nuestros conocidos, nos contestan igual:

–¡Lo que quiera el señor Pardo!

Y, pues somos muy porfiados y curiosos y tenaces, tornamos a preguntar:

–¿Y, qué será lo que quiera el señor Pardo?

Y nuestros amigos y nuestros conocidos nos responden:

–¡Será lo que convenga a la salud de la patria!

Nosotros seguimos preguntando a gritos:

–¿Qué será lo que convenga a la salud de la patria? ¿Será la convocatoria de congreso extraordinario? ¿Será la dictadura fiscal?

Pero entonces nadie nos hace caso, nadie nos responde, nadie nos atiende siquiera.

Y aquí estamos clamando, clamando, pero clamando en el desierto...

Desde la acera

Desde hace algunos días parece que las gentes metropolitanas que dicen el comentario callejero se han puesto más alborotadas, más habladoras y más indiscretas que de costumbre.

Y en contradicción con este alboroto, esta habladuría y esta indiscreción de las gentes metropolitanas, los políticos se tornan más reticentes,

más reservados y más herméticos.

Para quienes vivimos embargados por nuestra propia curiosidad y solicitados por la curiosidad ajena, es un arduo problema sonsacarles sus opiniones. Y es también casi un problema abordarlos. Los políticos ya no pasan a pie por las calles. Ahora sólo pasan en automóvil, en coche o en victoria. En esto, nuestra política ha evolucionado. No se dirá que es una evolución de poca trascendencia.

El señor Prado y Ugarteche pasa en automóvil. El señor Solar pasa en automóvil. El señor Riva Agüero pasa en automóvil. El señor Miró Quesada pasa en automóvil. ¿Cómo podremos saber lo que dicen el señor Prado y Ugarteche, el señor Solar, el señor Riva Agüero, el señor Miró Quesada, nosotros que les miramos pasar desde la acera?

El señor Manzanilla pasa, por suerte nuestra, en victoria. La victoria es el carruaje tradicional del señor Manzanilla. Y como el señor Manzanilla es hombre de acendrados hábitos demócratas, la victoria en que el viaja es siempre una victoria de alquiler.

Nosotros nos salimos de la acera para detener con nuestras voces y nuestros ademanes al señor Manzanilla.

Y el señor Manzanilla, que es muy amable, hace que su victoria se pare en nuestro obsequio.

Nosotros le interrogamos:

–¿Adónde va, usted, señor Manzanilla?

El señor Manzanilla, que sabe el cariño que nosotros le profesamos, no se sorprende de que le hayamos detenido para pregunta tan trivial, y nos responde:

–¡A la Cámara de Diputados, amigos míos!

–¿A reabrirla, señor? ¿Se ha convocado ya a congreso extraordinario?

–La Cámara de Diputados está abierta siempre, amigos míos. Aunque su funcionamiento es periódico, su majestad es inmanente. Y sus puertas estan siempre abiertas para los representantes, para todos los ciudadanos y, especialmente, para ustedes. ¿Quieren venir Uds. conmigo a la Cámara de Diputados, amigos míos?

–Si no se ha convocado a congreso extraordinario, ¿por qué va usted a la Cámara de Diputados, señor?

–Soy presidente de la Cámara de Diputados hasta el 27 de julio del año próximo.

–¿Y todavía cree usted señor que habrá convocatoria?

–Yo no afirmo. Yo no niego. Yo no prejuzgo. Yo soy un hombre

prudente y templado.

–¿Y si hay convocatoria?

–Me encontrará en mi puesto. Por eso todos los días voy a la cámara.

Y luego con un ademán lleno de cortesía:

–¿No quieren ustedes venirse conmigo, amigos míos?

Agradecemos la cortesía y nos despedimos.

Y detenemos luego al señor Balbuena, que pasa en victoria también. Pero no le interrogamos adónde va. Le decimos tan sólo:

–¡Allí va el señor Manzanilla! ¡Ha hablado con nosotros hace un segundo! ¡Apure su victoria y alcanzará a la del señor Manzanilla!

Y con gran sorpresa nuestra el señor Balbuena nos dice:

–¡Muchas gracias, amigos míos! ¡Es muy interesante la noticia de ustedes sobre el señor Manzanilla! ¡Pero ahora estoy en gira de candidato! ¡Voy a reunirme con algunos ciudadanos prosélitos míos que me están esperando en actuación solemnísima! ¿Quieren ustedes venirse conmigo?

–Nosotros sólo queremos que usted nos diga si le parece bien que no se convoque a congreso extraordinario.

–¡Perdón, amigos míos! Yo no opino. Yo ahora no soy sino un candidato. Yo no me pertenezco a mí mismo. ¡Me pertenezco totalmente a mis electores! ¡Yo pienso lo mismo que mis electores! ¡Y mis electores juegan foot–ball!

Y luego:

–¿Quieren ustedes venirse conmigo, amigos míos?

Nosotros dejamos al señor Balbuena. Y nos indignamos contra su respuesta. Si para conocer su opinión necesitamos conocer la de todos sus electores, será preciso que hagamos un plebiscito. Y los plebiscitos tienen muy mala historia entre nosotros. Bastará con que evoquemos al del pacto de Ancón y al del proyecto del señor Billinghurst.

Y pasa más tarde en automóvil el señor García Bedoya. Mas al señor García Bedoya no osamos detenerlo. Si lo detuviéramos, nos diría seguramente que el gobierno no había tenido tiempo para ocuparse del congreso extraordinario, y se alarmaría de nuestro desacato y atrevimiento. Acaso pensaría en que habíamos caído bajo el fuero militar igual que los telegrafistas. Y, seguramente, no nos invitaría a subir a su carruaje diciéndonos como el señor Manzanilla y como el señor Balbuena:

–¿Quieren ustedes venirse conmigo, amigos míos?

(En *El Tiempo*: Lima, 14–XI–1916)

VOCES

Ayer, hoy, mañana...

Hoy estamos como ayer. ¿Cómo estaríamos ayer? Mañana estaremos como hoy. ¿Cómo estaremos mañana?

No lo sabemos nosotros. No lo saben los demás. No lo sabe tal vez nadie. ¿Lo sabrá el señor Pardo?

Hemos amanecido inquietos, agitados, nerviosos. Y nos hemos encontrado en esta casa dormidos sobre la máquina de escribir, fiel, amantísima, niquelada y norteamericana, colaboradora y amiga nuestra.

Nos hemos puesto de pie. Nos hemos aliñado. Nos hemos mirado en un espejo. Y hemos ido a unirnos con todas las gentes que están en la antesala del señor Pardo, desde hace veinte días, en espera de que el señor Pardo salga a decirles su determinación.

Y al entrar hemos saludado cristianamente:

–Ave María Purísima...

Hemos saludado así, llenos de religiosidad, de unción y de humildad, para que no se nos creyese irreverentes e irrespetuosos. Pero no se nos ha respondido.

Aquí, en la antesala del señor Pardo, hemos encontrado a toda la ciudad. Porque, como ya hemos dicho, el señor Pardo, igual que un magnate en día de audiencia, tiene a toda la ciudad en antesala. Y la ciudad no sabe qué día ni a qué hora va a salir el señor Pardo de su cámara para anunciarle si habrá congreso o si habrá prórroga del presupuesto.

Hay quienes nos afirman:

–Ya el señor Pardo ha tomado su resolución. Mejor dicho, ya la ha ratificado. Prorrogará con un decreto el presupuesto.

Nosotros preguntamos:

–Entonces, ¿por qué no sale a decirlo a estas gentes que esperan llenas de ansiedad, de inquietud y de incertidumbre?

Y hay quienes nos replican:

–¡Cómo va a salir el señor Pardo a decirles a las gentes su determinación! ¡Saldrá a decírsela un edecán! ¡Saldrá a decírsela un amanuense!

¡Saldrá a decírsela un ujier! ¡Que aguarden las gentes mientras tanto!

Pero hay también quienes nos afirman:

–El señor Pardo convocará a congreso extraordinario. Pero no convocará ahora mismo. ¡No! ¡Sería una vulgaridad y una complacencia! ¡Convocará dentro de un mes! ¡Convocará para Pascua de Navidad!. Nos dará la convocatoria como nos daría Papá Noel un juguete si fuésemos chicos.

Y nosotros interrogamos:

–¿No seremos nosotros también chicos?

Para que nos contesten:

–¡Esperemos entonces la Pascua! ¡Y esperaremos que con ella nos llegue una pelota, un diábolo o una bicicleta!

Y el señor Balbuena, que anda por ahí como un fantasma y que ha oído esto, nos interrumpe a todos y habla así.

–¡Sí, señores! ¡Esperemos la Pascua! ¡Estoy organizando un Arbol de Navidad! Mis hijos van a regalar con dulces y juguetes a todos los niños modestos de Lima a quienes quieren como a hermanos. ¡Yo les he enseñado a amar a las gentes humildes y he encendido en sus corazones el sentimiento de la democracia y de la fraternidad!

Le interrumpimos:

–¿Este Arbol de Navidad va a ser otro propagandista de su candidatura?

Y el señor Balbuena nos responde iluminado:

–¡Por supuesto! Y no hay forma de que mis competidores me imiten y me plagien ¡Soy el único candidato de niños!. Mis cuatro hijas mujeres visitarán los hospicios de niñas. ¡Ningún otro candidato tiene más hijos que yo! ¡Riva Agüero y la Jara son solteros! ¡Riva Agüero y La Jara están derrotados! ¡No hay cuestión!

Y el señor Balbuena se marcha iluminado, radiante, jubiloso.

Le preguntamos a gritos a punto en que se aleja:

–¿Hay o no hay convocatoria?

Y turbamos toda su alegría, toda su exaltación y todo su regocijo:

–¡Por el amor de Dios! ¡Yo no sé nada de eso! ¡Si hay congreso, me incorporo! ¡Y nada más!

En atrenzo heroico

Aquí pasa la minoría de la cámara de diputados. Cedámosle la acera. Quitémonos el sombrero. Sintámonos genuflexos y tímidos. Pasa por la

calle vulgar, ruidosa e indiscreta, un grupo prócer.

Ese que va a la cabeza es el señor Torres Balcázar. Saludadle. Aquí donde le veis, risueño, colorado y redondo, es un gran paladín. Ese otro, plácido y nervioso, es el señor Químper. Ese otro, magrillo y esbelto, es el señor Secada. Ese otro, pequeño y gallardo, es el señor Borda. Ese otro es el señor Escardó y Salazar. Ese otro es el señor Borda. Ese otro es el señor Ruiz Bravo. Ese otro es el señor Pacheco Benavides. Todos esos otros son también diputados famosos y de noble recuerdo en la historia parlamentaria del Perú.

Pasa toda la minoría de la Cámara de Diputados. Pasa altiva. Pasa arrogante. Pasa victoriosa. Pasa unida y solidaria. Pasa agarrada de las manos.

–¿A dónde va la minoría de la Cámara de Diputados? ¿Va al Palacio Legislativo? ¿Va al Palacio de Gobierno? ¿Va a la casa del señor Manzanilla? ¿Va a *El Tiempo*?

–No va a ninguna parte. Ha salido toda junta para que la miren las gentes y para que sepan las gentes que está muy firme, muy decidida, muy mancomunada.

–¿Y va a pasar también bajo los balcones de Palacio?

–No. Bajo los balcones de Palacio no pasa nunca la minoría de la Cámara de Diputados.

Y se abren todas las ventanas y todos los balcones. Y a todas las ventanas y a todos los balcones se asoman varones curiosos y damas bonitas. Y parece que van a soñar.

(En *El Tiempo*: Lima, 15–XI–1916)

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ABRIL DE VIVERO, Pablo: 292, 295.
ADONIS: 61.
AFRODITA: 61.
ALADINO: 328.
ALEJANDRO, el Grande: 98.
ALFONSO, rey: 92.
ALOMÍA ROBLES, Daniel: 300.
ALVA, Arturo: 109, 199.
ALVA, Octavio: 18, 40, 362, 363.
ÁLVAREZ QUINTERO, Joaquín: 120.
ÁLVAREZ QUINTERO, Serafín: 120.
AÑAÑOS, Albino: 199.
ARENAS , Eduardo: 317.
ARES, Paco: 30, 327.
ARIADNA: 393, 394.
ARIAS ECHENIQUE, Bernardino: 138.
ARIAS POZO, Samuel: 35.
ARÍSTIDES: 206.
ARISTÓFANES: 178.
ARISTÓTELES: 344.
ASCANIO: v. González Prada, Alfredo.
ASPÍLLAGA, Baldomero: 303.
ATAHUALPA: 218.
BAAL: 393.
BADEN POWELL, Roberto: 235.
BALBUENA, Gerardo: 5, 13, 17, 21, 35, 37, 42, 43, 44, 65, 79, 100, 101, 103, 104, 105, 118, 129, 131, 133, 135, 139, 140, 150, 180, 181, 182, 183, 184, 201, 202, 205, 206, 231, 239, 240, 257, 262, 264, 273, 274, 276, 277, 278, 296, 297, 298, 301, 305, 306, 309, 310, 315, 321, 336, 337, 338, 350, 363, 364, 379, 396, 398.
BALMACEDA, José Manuel: 352.
BALTA, José: 72, 73, 78, 79, 85, 106, 115, 127, 137, 139, 140, 143, 180, 194, 199, 240, 246, 260, 263, 301, 378, 384, 385.
BARREDA, familia: 36, 53.
BARREDA, José M.: 48, 127.
BARREDA, Ricardo: 276, 303.
BARRIOS, Manuel Camilo: 27, 28, 29, 47, 48, 89, 153.
BARRÓS, Oscar: 310.
BASADRE, Eduardo C.: 145, 173, 177, 214, 215, 232, 262, 264.
BATAILLE, Henry: 69.
BAUDELAIRE, Carlos: 232.
BECERRA, Mariano: 109, 199.
BEDOYA, Augusto E.: 73, 182, 183, 190, 191.
BEDOYA, Saturnino: 39, 177.
BELAÚNDE, Víctor Andrés: 28, 31, 80, 81, 90, 145, 393, 394.
BENAVENTE, Jacinto: 101.
BENAVIDES, Oscar R.: 23, 183, 184, 284, 301, 357.
BERNALES, José Carlos: 71, 80, 156, 370.
BERNHARDI, Federico von: 259, 283.
BERTINI, Francesca: 74, 327.
BIENVENIDA: 304.
BILLINGHURST, Guillermo: 16, 17, 24, 27, 63, 89, 133, 155, 192, 193, 222, 337, 357, 396.
BLONDET, hermanos: 315, 316.
BOITO, Arrigo: 371.
BOLÍVAR, Simón: 92, 98, 122, 312.
BOLOGNESI, Francisco: 104, 349, 367, 368, 369.
BONILLA, Manuel C.: 317.
BORDA, Carlos: 8, 17, 48, 57, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 69, 72, 73, 74, 77, 78, 81, 84, 106, 109, 112, 114, 120, 121, 125, 128, 129, 131, 143, 159, 166, 177, 182, 183, 191, 199, 202, 212, 213, 226, 229, 230, 247, 249, 256, 333, 399.
BORELLI, Lyda: 69.
BOTETANO: 292, 295.
BRIAND, Arístides: 289, 291.
BUDA: v., Sakya Muni.
CABALLERO LASTRES, Daniel: 326.
CÁCERES, Andrés A.: 3, 11, 27, 28, 29, 30, 33, 35, 40, 53, 82, 86, 97, 126, 300, 301, 377, 378, 386.
CAHUIDE: 97.
CALDERÓN, Serapio: 284.
CALLE, Juan José: 71, 80, 81.
CAMPOS: 218.
CANAVAL, Mansueto: 376.
CANEVARO, César: 29, 35, 41, 47, 75, 97, 98, 99, 116, 152, 310, 313, 342.

CARLOS I de Inglaterra: 352.
CARREÑO, Manuel Antonio: 273.
CARRILLO, Luis A.: 29, 78, 93, 100, 101, 109, 230, 326, 350.
CARRILLO, Luis V.: 116,
CARTER, Nick: 380.
CASTELAR, Emilio: 83, 224.
CASTILLA, Ramón: 73, 97.
CASTILLO, Daniel I.: 117.
CASTRO, Enrique: 177, 230, 333, 336, 350.
CISNEROS, Abel G.: 101.
CISNEROS, Francisco Jiménez de: 218.
CONCHA, Carlos: 50, 65, 92, 93, 127, 167, 168, 170, 192, 193, 208, 210, 236, 237, 252, 253, 270, 278, 279, 344, 345, 370, 371, 372.
CONSTANT, Benjamín: 292.
CORBACHO, Jorge: 5, 139, 217, 231.
CÓRDOBA, Gonzalo de: 97.
CORNEJO, Mariano H.: 6, 8, 16, 47, 56, 74, 75, 76, 77, 79, 80, 81, 100, 101, 145, 329, 330, 333, 346, 347, 353, 354, 393, 394.
CORONEL ZEGARRA, Enrique: 75.
CORREA y VEYÁN, Guillermo: 71, 72, 341.
COX, Cecilio: 117.
CRIADO y TEJADA: Víctor: 35, 259, 265, 266, 275, 292, 295, 296, 299, 300.
CHAPARRO, David: 115, 116, 200, 201, 226, 229, 230, 295, 312.
CHOCANO, José Santos: 250, 251, 283.
CHUQUIHUANCA AYULO, Francisco: 115.
DALMAU: 232, 236, 237, 248, 256, 368, 369.
DAMOCLES: 67, 366, 367.
DANTÓN, Jorge Jacobo: 173.
DENEGRI, Luis Ernesto: 104.
DEROULE, Pablo: 230.
DÍAZ DE VIVAR, Rodrigo: 97.
DIEZ CANSECO, Juan M.: 80.
DIEZ CANSECO, Pedro Antonio: 47, 75, 127, 152, 310.
DUNSTAN, Guillermo: 328.
DURAND, familia: 40.
DURAND, Augusto: 4, 5, 6, 13, 14, 16, 27, 28, 29, 34, 35, 38, 39, 40, 51, 53, 63, 83, 89, 90, 98, 139, 150, 157, 168, 170, 179, 180, 181, 188, 189, 207, 239, 240, 247.
DURAND, Gregorio: 40, 43, 44, 132, 133.
DURAND, Juan: 40, 71, 150.
ECA DE QUEIROZ, José Maria: 144, 300, 315, 342.
ECHEGARAY, José: 112.
EDISON, Tomás: 112, 283.
ELÉSPURU, Juan Norberto: 75.
ESAÚ: 282, 283.
ESCALANTE, José Angel: 295, 312.
ESCARDÓ y SALAZAR, Enrique: 48, 159, 230, 241, 399.
ESQUILO: 120, 191.
FALL, Leo: 144.
FARRERE, Claude: 263.
FEBO: 302.
FIANSÓN, José: 147, 168.
FLORES, Benjamín: 39.
FLÓREZ, Ricardo: 6, 13, 71, 240.
FORERO, Carlos: 6, 13, 21, 22, 80, 94, 280.
FRENCH, John: 314.
FUCHS, Fernando G.: 230, 301.
FUENTE: 333.
FUENTES, Hildebrando: 10, 29, 35, 61, 80, 229, 265, 266, 296, 299, 305, 393.
GÁLVEZ, Aníbal: 88, 230.
GÁLVEZ, José: 28.
GAMARRA, Abelardo: 7, 45, 56, 72, 73, 78, 84, 87, 112, 114, 117, 118, 121, 140, 143, 162, 172, 178, 180, 199, 213, 214, 217, 240, 243, 264, 275, 276, 292, 307, 350.
GAMARRA, Agustín: 97.
GAMARRA, Manuel Jesús: 88, 93, 96, 112, 114, 115, 116, 140, 165, 166, 199, 214, 223, 225, 226, 229, 230, 255, 264, 295, 312, 313.
GARCÍA BEDOYA, José Manuel: 60, 114, 117, 274, 281, 289, 290, 291, 292, 295, 296, 297, 298, 349, 396.
GARCÍA IRIGOYEN, David: 8, 56, 80, 90, 177, 179, 188, 254, 265, 266, 300.
GARCÍA y LASTRES, Nicanor: 8, 22, 110, 147, 231, 233, 238, 241, 242, 244, 245, 251, 262, 349, 388.
GÁREZON, Pedro: 92.
GAZZANI, J. Fernando: 156.
GIANOLLI, Ernesto: 333, 336, 350.

GIUSEPINI: 92.
GONZÁLEZ, Miguel Domingo: 96.
GONZÁLEZ PRADA, Alfredo: 71.
GRAÑA, Francisco: 95.
GRAU, Rafael: 66, 79, 90, 143, 172, 182, 183, 184, 190, 196, 197, 246, 260, 291, 300, 313, 314, 316, 319, 320, 389, 390, 391, 392.
GUTIÉRREZ, Teodomiro: 64.
HERCULES: v. Herakles: 261.
HERRERA, Gonzalo: 268.
HINDENBURG, Pablo von: 122, 273, 314.
HOYOS OSORES, Oswaldo: 18.
INGENIEROS, José: 178.
IRIGOYEN, Manuel: 156, 279.
IRIS, Esperanza: 324, 368.
JACOB: 282, 283.
JAMMES, Francis: 167.
JARA y URETA, José María de la: 28, 100, 101, 154, 155, 257, 337, 338, 339, 398.
JIMÉNEZ, Plácido: 78, 291, 316.
JOFFRE, José: 312, 314.
JOSUÉ: 115, 384.
JÚPITER: 285.
KENDAL, León: 209.
KIPLING, Rudyard: 115, 147.
KRAUSS, Jacobo: 251.
LAFUENTE: 289.
LANATTA, Eduardo: 93, 94, 96.
LANFRANCO, Leoncio: 71.
LARRA, Mariano José: 300.
LARRAÑAGA, Pedro E.: 61, 309.
LATORRE, Antonio de la: 211, 295.
LAVALLE, Juan Bautista de: 30.
LEGUÍA, Augusto B.: 10, 16, 17, 23, 34, 152, 184, 185, 197, 198, 226, 268, 270, 302, 357, 391, 392.
LEHAR, Franz: 144, 324, 325, 368.
LEMOS, CONDE de: v. Valdelomar, Abraham.
LEÓN, Fray Luis de: 141.
LEÓN, Numa Pompilio: 317.
LOREDO, Julio R.: 71.
LOT: 362.
LOWE, Bruce: 52.
LUNA, Ezequiel: 18, 40.
LUNA, Luis Felipe: 130, 264.
LUNA IGLESIAS, Germán: 306.
LLOYD GEORGE, David: 188.
MAC ADOO: 110, 324.
MACBETH: 134.
MACEDO, Eleodoro: 96, 97, 107, 109, 118, 144, 157, 195, 199, 219, 220, 221, 296, 297.
MACHIAVELLO, Nicolás: 83.
MAETERLINCK, Mauricio: 112, 191.
MAEZTU, Ramiro de: 188.
MÁLAGA GRENET, Julio: 100, 101.
MÁLAGA SANTOLALLA, Fermín: 156, 199, 225, 226, 231, 327, 328.
MALDONADO: 177, 233, 234, 235, 264.
MALHERBE: 33, 62.
MALPARTIDA, Elías: 27.
MAMA OCLLO: 171.
MANCINI: 73.
MANCO CÁPAC: 64, 171.
MANCHEGO MUÑOZ, Celestino: 11, 82, 83, 90, 248, 249, 254, 263.
MANZANILLA, José Matías: 4, 5, 13, 17, 20, 22, 37, 42, 43, 47, 50, 56, 61, 63, 68, 69, 73, 74, 76, 78, 93, 106, 113, 127, 132, 137, 143, 144, 145, 153, 159, 164, 165, 178, 183, 194, 195, 200, 201, 202, 203, 207, 214, 228, 229, 230, 237, 241, 242, 244, 245, 247, 249, 254, 255, 256, 259, 260, 262, 264, 273, 274, 276, 277, 278, 280, 281, 291, 293, 294, 295, 306, 307, 309, 313, 318, 321, 326, 332, 349, 366, 370, 377, 378, 379, 388, 395, 396, 399.
MARCONI, Guillermo: 112.
MARÍA: 284.
MARIÁTEGUI, Foción: 302.
MARISCALA, La: v. Zubiaga de Gamarra, Francisca.
MARQUINA, Enrique: 94.
MARTÍNEZ, Pedro Pablo: 317.
MAÚRTUA, Víctor M.: 8, 56, 76, 77, 79, 175, 223, 242, 243, 254, 256, 263, 265, 266, 274, 297, 299, 339.
MENDOZA, Manuel Jesús: 39, 239, 240.
MENÉNDEZ, Julio C.: 8, 10, 11, 29, 41, 57, 59, 60, 84, 90, 117, 179, 249.
MERCADO, Juan: 166, 391.
MESÍAS: 12, 284.
MILL, Stuart: 61.

MIRABEAU, Honorato Gabriel: 83.
MIRANDA, José María: 79, 153, 390.
MIRÓ QUESADA, Luis: 14, 87, 89, 133, 155, 331, 337, 338, 395.
MIRÓ QUESADA, Oscar: 95.
MISTRAL, Federico: 112.
MOISÉS: 393.
MOLTKE, Helmuth–Carlos Bernardo, Conde de: 312.
MONTEAGUDO, Celedonio: 140.
MONTERO y TIRADO, Manuel: 4, 8, 24, 55, 250, 251, 380, 381.
MONTES CLAROS, Virrey Marqués de: 217.
MORAN, Miguel A.: 264.
MORENO, Pedro: 97, 107, 118, 144, 157, 159, 183, 195, 199, 219, 220, 293, 294, 297, 307, 310, 313, 317.
MUJICA, Manuel Antonio: 80.
MUJICA y CARASSA, Miguel: 307.
NAPOLEÓN (I): 98, 312.
NIETZSCHE, Federico: 122.
NOBEL: 112.
OECHSLE, A. F.: 78.
OSMA, Pedro de: 385, 386.
OSORES, Arturo: 4, 14, 16, 27, 29, 34, 35, 53, 86, 256.
PACHACÚTEC: 218.
PACHECO BENAVIDES: 230, 399.
PAPÁ NOEL: 398.
PARDO Y ALIAGA, Felipe: 15, 27, 33, 36, 52, 57, 62, 123, 168, 216, 236, 368.
PARDO Y BARREDA, familia: 36, 216, 219, 285.
PARDO Y BARREDA, Enrique: 216.
PARDO Y BARREDA, Felipe: 192, 193, 205, 217, 218, 282, 283, 285.
PARDO Y BARREDA, Luis: 216, 376.
PARDO Y BARREDA, José: 3, 4, 7, 8, 9, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 29, 30, 33, 34, 35, 36, 41, 46, 47, 49, 50, 51, 52, 53, 55, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 70, 74, 75, 76, 77, 80, 82, 86, 87, 89, 90, 91, 92, 101, 102, 110, 111, 118, 119, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 131, 135, 139, 141, 142, 147, 148, 149, 151, 152, 153, 156, 157, 158, 159, 160, 162, 167, 168, 169, 170, 179, 183, 184, 185, 187, 188, 192, 197, 203, 204, 205, 208, 210, 216, 217, 220, 223, 232, 236, 237, 243, 248, 250, 251, 252, 253, 256, 257, 258, 262, 268, 270, 278, 279, 282, 283, 284, 285, 287, 288, 300, 302, 303, 307, 310, 311, 324, 325, 327, 328, 329, 330, 331, 340, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 351, 352, 353, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 365, 366, 367, 368, 369, 371, 372, 374, 375, 377, 378, 381, 382, 384, 388, 389, 391, 392, 393, 397, 398.
PARDO Y BARREDA, Juan: 147, 148, 149, 150, 151, 153, 192, 193, 205, 216, 217, 272, 273, 376.
PARODI, Santiago: 264.
PASQUALE, Miguel A.: 66, 394.
PATHE, casa: 283.
PAZ SOLDÁN, Carlos: 79.
PAZ SOLDÁN, Juan Pedro: 342, 343, 368.
PEÑA MURRIETA, Rodrigo: 20, 21, 29, 37, 42, 43, 48, 57, 61, 73, 78, 93, 100, 127, 153, 159, 237, 238, 241, 244, 276, 298, 313, 314, 322, 326, 393, 394.
PÉREZ, Manuel Bernardino: 32, 90, 150, 240, 256, 267, 268, 269, 271.
PÉREZ PALACIO, Arturo: 134, 154, 155, 337, 338.
PÉREZ VELÁSQUEZ, Neptalí: 39.
PERRICHOLI: 171, 218.
PICASSO, Julio R.: 79, 80, 94, 137, 153, 379, 388.
PIÉROLA, Nicolás de: 222, 284.
PINZÁS, Teobaldo J.: 103, 104, 105, 139, 150.
PIRRO: 129.
PIZARRO, Francisco: 122, 123, 218.
PIZARRO, José M.: 75.
PLATÓN: 344.
PORTOCARRERO, Juan Francisco: 230, 231.
PRADO Y UGARTECHE, Javier: 6, 53, 141, 142, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 162, 167, 168, 169, 170, 192, 197, 204, 205, 218, 219, 258, 270, 324, 329, 378, 379, 386, 395.
PRADO Y UGARTECHE, Mariano Ignacio: 157, 158.

PUENTE, Benjamín: 8, 10, 41, 50, 110, 111, 185, 246, 305, 306, 307, 312, 313, 315, 316, 317, 319, 320, 324, 342, 349, 367, 391.
QUIJANO, Resurrección: 63, 327.
QUÍMPER, Manuel: 17, 77, 84, 112, 120, 125, 128, 158, 159, 244, 274, 291, 293, 296, 297, 300, 306, 313, 399.
QUINTANA, Manuel José: 265.
RÁEZ, José Luis: 177, 233, 234, 235.
RAMÍREZ, Juan Francisco: 127, 144, 145, 146, 147, 168, 199, 247, 266.
REBAZA, Juan E.: 268, 269.
RENARD, Rosita: 122, 123.
REY, Guillermo: 156.
RIBEYRO, Ramón: 163.
RIVA AGÜERO, Enrique de la: 8, 10, 22, 50, 51, 65, 96, 108, 109, 110, 112, 113, 120, 121, 124, 125, 128, 129, 135, 171, 172, 256, 349, 388, 395, 398.
RIVA AGÜERO, José de la: 27, 28, 29, 31, 33, 87, 89, 94, 95, 133, 154, 155, 256, 337, 338, 376, 378, 386.
ROBESPIERRE, Maximiliano: 173.
ROCA Y BOLOÑA, calendario de: 256.
RODRÍGUEZ, casa: 199.
RODRÍGUEZ, Sergio: 231, 306.
ROJAS LOAYZA, Pedro: 41, 80.
ROLDÁN, Belisario: 20.
ROMÁN, Francisco: 109, 132, 177, 199.
ROOSEVELT, Teodoro: 21.
RUBIO, Miguel: 313, 314.
RUIZ BRAVO, Pedro: 313, 316, 399.
SAKYA MUNI: 79.
SALAVERRY, Felipe Santiago: 97.
SALAZAR y OYARZÁBAL, Juan de Dios: 43, 127, 143, 177, 293, 333, 336.
SALOMÓN, Oscar Víctor: 112, 199, 265, 321, 323, 332.
SALOMÓN OSORIO, Alberto: 61.
SAMANIEGO, Félix María: 36, 120.
SAN ANTONIO DE PADUA: 381.
SAN ATILIANO: 278.
SÁNCHEZ DIAZ, José: 298, 316, 327, 332, 333, 393, 394.
SAN FROILÁN: 278.
SAN JUAN: 73, 239.
SAN MARTÍN, José de: 188.
SAN PLÁCIDO: 278.
SANTA CATALINA: 182.
SANTA ROSA DE LIMA: 169, 171.
SANTA TERESA DE JESÚS: 113.
SARMIENTO, Fernando: 97, 98, 111.
SAYÁN PALACIOS, Samuel: 88, 140, 150, 177, 179, 200, 230, 264, 301, 318.
SECADA, Alberto: 56, 60, 64, 66, 71, 72, 73, 79, 84, 88, 112, 113, 117, 120, 121, 125, 128, 142, 143, 145, 146, 159, 165, 177, 182, 194, 199, 211, 212, 213, 215, 223, 246, 249, 259, 274, 290, 293, 296, 300, 324, 399.
SEGURA, Manuel Ascencio: 19, 20, 45.
SERDIO: 72, 164.
SERRADOR, Esteban: 69.
SILVA SANTISTEBAN, Gonzalo: 35.
SÓFOCLES: 120.
SOLAR, Amador del: 6, 13, 19, 20, 25, 47, 71, 88, 107, 127, 200, 238, 241, 293, 300, 370, 388, 395.
SOLAR, Pedro Abraham del: 90.
SOLAR, Salvador del: 373.
SOLF y MURO, Alfredo: 8, 56, 60, 79, 254, 265, 266, 300.
SOSA, Belisario: 8, 88, 96, 121, 211, 349.
SOTIL, Domingo: 315, 316, 322.
SOTO, Belisario: 71.
SOUSA, Ernesto: 80.
SPENCER, Herbert: 353.
SÜTTNER, Berta: 112.
TABOADA, Luis: 26.
TOLSTOY, León: 19.
TORRE GONZÁLEZ, Agustín La: 71, 72.
TORRES BALCÁZAR, Juan Manuel: 17, 37, 38, 42, 43, 44, 47, 56, 78, 79, 106, 109, 114, 120, 121, 125, 128, 143, 144, 159, 172, 177, 200, 203, 211, 212, 222, 223, 229, 230, 231, 238, 240, 241, 242, 245, 256, 261, 262, 290, 292, 298, 299, 306, 307, 308, 309, 310, 313, 317, 333, 337, 338, 350, 399.
TUDELA y VARELA, Francisco: 16, 17, 18, 23, 24, 33, 61, 69, 70, 73, 76, 78, 88, 91, 93, 129, 130, 143, 148, 149, 212, 222, 223, 231, 232, 238, 241, 242, 243, 245, 257, 289, 293, 297, 298, 300, 307, 308, 309, 333, 384, 385, 388.

TÚPAC AMARU: 64.
UCEDA, Carlos E.: 28, 60, 73, 79, 94, 230, 264, 276.
UGARTE, Alfonso: 97.
ULLOA CISNEROS, Alberto: 17, 79, 166, 175, 223, 256, 274, 291, 296, 297, 298, 300, 312, 313, 316, 333, 378.
URBINA, Manuel Jesús: 300.
URQUIAGA, José Sebastián: 361.
URQUIETA, Mariano Lino: 103.
VALCÁRCEL, Mariano Nicolás: 144, 145.
VALDELOMAR, Abraham: 71, 155, 181, 231.
VALENTINI, Guillermo: 318.
VALERA, Wenceslao: 150, 163, 164, 349.
VARELA, Enrique: 8, 190.
VARELA YORBEGOSO: 71, 81, 108, 273, 276, 364.
VARGAS, Nemesio: 16.
VARGAS VILA, J.M.: 300.
VALVERDE, Quinito: 144.
VALLE, Félix del: 71.
VELARDE ALVAREZ, Gabriel: 90.
VELEZMORO, Neptalí: 64, 66, 129, 130, 131, 137, 138, 140, 159, 160, 177, 179, 191, 194, 199, 212, 226, 227, 231, 238, 260, 261, 276, 294, 297, 307, 310, 350.
VERBIST, Feline: 104.
VERDI, Giuseppe: 107.
VIDAL, Arturo: 39.
VILLANUEVA, Rafael: 19, 47, 152, 153, 196, 197, 198, 226.
VILLEGAS, Micaela: v., *Perricholi.*
VIRGILIO: 147, 167.
VIVANCO, Alejandro de: 17, 29, 40, 64, 68, 69, 73, 75, 78, 84, 88, 93, 94, 96, 120, 136, 137, 140, 143, 146, 172, 190, 194, 199, 200, 211, 212, 230.
VIVANCO, coronel: 75.
VIVIANI: 291.
VOLTAIRE, Francois–Marie Arouet: 300.
VULCANO: 285.
WAGNER, Ricardo: 107, 122.
WILSON, Woodrow: 8.
YEROVI, Nicolás: 82.
ZAPATA, José Ramón: 93, 94, 96, 97, 271, 272, 273, 274, 279, 285, 286, 288, 289, 291, 297, 307, 313, 317.
ZEGARRA, coronel: 75.
ZUBIAGA de GAMARRA, Francisca: 171.

ÍNDICE

	Págs.
Nota Editorial	VII
Prólogo por Alberto Tauro	IX

VOCES

Desperezo	3
La movilización	4
Los que se van	7
Escena perdida	10
En la obscuridad	12
Statu quo	13
Horóscopo	16
Film callejero	18
Hacia las cumbres	20
Telefonazo	21
La villa de los presidentes	23
Escenografía	24
Una dedicatoria	26
Convencionalismo	27
Gesto heroico	28
Descanso dominical	30
Candidato en marcha	31
Cuarto creciente	33
Plagio patente	34

Chocolate, pastas, oporto 35
Derechos de autor 36
Training 37
Milagro bíblico 38
Vísperas 40
Estética 41
Música de sirenas 42
Coqueterías 43
Pirotecnia 45
Antesala 46
La primera jornada 47
Presagios 49
Psicología 50
Carreras clásicas 52
Hoy 53
Prólogo 55
Diagnóstico 56
Primer acto 57
El simulacro 59
Régimen parlamentario 60
Día plácido 61
Concilios cotidianos 62
Vermouth 63
Profesión de fe 64
Propaganda 65
La farola trágica 66
Pereza 68
El leader 69
Cédulas, cédulas, cédulas 71
En el "foyer" 72
Intermezzo 74
Inauguración 75
Genuflexión 76
Aplausos 77
Definiciones, extravagancias 78
Más cédulas 80
Caballería andante 82
Plena ofensiva 83

Postura 86
Segundo acto 88
Flirts 89
Trueque 90
Medalla de oro 92
Viernes de moda 93
Después de la travesura 94
Proceso lánguido 96
Grandes capitanes 97
Jolgorio 100
Eleven o'clock tea 101
Vacaciones tristes 103
Fuego a discreción 106
A puerta cerrada 108
Congoja 109
Anticipo 110
Bajo la farola 112
Galantería 113
Handicap 114
Mixtura 117
Aniversario 118
Máscara y coturno 120
Bel ami 122
Mala noche 124
Clarinada 125
Sábado presidencial 126
Voces de gesta 128
Leader chico 129
Retorno 131
La ciudad y los campos 133
Panorama 135
Miércoles 137
Mala fortuna 139
Vuelve el tinglado... 141
Retreta 142
Claudicación 144
Minuto sensacional en el tinglado 147
En la sala 148

En el foyer 149
En los camarines 151
Facciones, facciones, facciones 152
Candidatura de la ciudad 154
Los sábados del Sr. Pardo 156
Sport 157
Debut 159
Sigilo 161
Error u omisión 162
Indulgencia plenaria 165
De ida y vuelta 167
Día místico 171
Paréntesis 172
Gracia, gracia, gracia 174
La lista negra 177
Homenajes 179
Anestesia 182
Augur 183
Menús 185
Pasajes 187
Tarde sosa 190
Política de balneario 192
Bostezos 193
Posta transatlántica 196
Punto final 199
Huelga 202
Laxitud 204
Vox pópuli 205
Oráculo 208
Kodak libre 211
Buen humor 213
El mayorazgo 216
Discurso y whisky 219
Panneau 222
La lista negra 225
Sorpresa 227
Parlamentarismo científico 228
Quinta tarde 230

Caminata y fiambre 233
La ovación ajena 236
Sexta tarde 237
La última cena 239
Sétima tarde 240
Octava tarde 242
Novena tarde 244
Entreacto 246
Anticipo 248
El retorno 250
Buenos oficios 252
Décima tarde 253
La primavera 256
Nuevo entreacto 259
Undécima tarde 261
Duodécima tarde 263
Claudicaciones 265
Malos presentimientos 267
Interrogaciones 270
Genio tonante 272
Discursos, discursos, discursos 274
Fiesta grande 276
Dudas 278
Luto 280
El segundón 282
En el índex 285
Monotonía 287
El gran debate 289
Languidez 291
Tarde de campanillazos 293
Estertores 295
Absorciones 297
Glosa y apostillas 299
Dividendo presidencial 302
Gran minuto parlamentario. El ambiente preliminar 304
La moción inminente 305
La chispa 306
El instante 308

La culminación 309
S.E. se equivoca 309
La jornada de ayer 312
Milagro patente 315
Día de gracias 317
Champaña 319
Atingencias y carpetazos 321
Precepto todopoderoso 323
El régimen y la opereta 324
Postrimerías 326
Gesto adusto 329
El statu quo 330
El último día 332
Apoteosis 335
Ánimos compungidos 337
Entre interrogaciones 340
Cenit 342
La poesía y la política 344
Reconciliación 346
Incertidumbres 348
Menú criollo 349
Malos augurios 351
La reconciliación 353
Bruma 355
Minuto de la fascinación 357
En el umbral 359
El retorno 360
Vacilaciones 362
Criollismo político 363
Dudas 365
La espada de Damocles 366
La gloria ajena 368
Statuo quo 370
Consecuencia 371
Controversia 372
Expectación 374
El derecho divino 375
Y cuenta la veleta 377

Optimismo 378
Los misterios de New York 380
Indiferencia 381
Disidencia 384
Clarinada 385
Larga espera 388
Condolencia 389
En el laberinto 393
Desde la acera 394
Ayer, hoy, mañana 397
En atrenzo heroico 398

ÍNDICE ONOMÁSTICO 401

3 9001 03133 5337

Este Tomo 4 de ESCRITOS JUVENILES (Voces 1) de José Carlos Mariátegui se terminó de imprimir el 10 de noviembre de 1992, por encargo de la Empresa Editora Amauta S.A., en los talleres de la Editorial Gráfica Labor S.A., sita en la Calle Uno Nº 146, Ate, Distrito de Vitarte, Lima, con Registro Industrial Nº 5–14457–G.

La corrección de pruebas estuvo a cargo de Jorge Rosales Hinojosa.

La carátula fue diseñada por Carlos González.